DONALD SASSOON

SÍNTOMAS MÓRBIDOS

ANATOMÍA DE UN MUNDO EN CRISIS

CRÍTICA

DONALD SASSOON

SÍNTOMAS MÓRBIDOS

ANATOMÍA DE UN MUNDO EN CRISIS

CRÍTICA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Agradecimientos
Cita
Prólogo
1. Lo viejo muere
2. El aumento de la xenofobia
3. El declive del estado del bienestar
4. La caída de los partidos establecidos
5. El hegemón estadounidense
6. Los relatos europeos
7. ¿Implosiona Europa?
8. ¿Hay esperanza?
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre

Comparte

SINOPSIS

Donald Sassoon, uno de los historiadores e intelectuales públicos más eminentes de Europa, ha estado observando los acontecimientos de los últimos años con creciente ira y consternación, preguntándose cuáles son los rasgos de la crisis actual que parece estar condenando al declive a la civilización occidental. El resultado es esta obra palpitante y accesible, fruto de una avanzada comprensión histórica pero también de una compleja polémica, deslumbrantemente internacional en su alcance y referencia, que analiza todo lo que está yendo mal en el mundo, y las iniquidades manifiestas del liberalismo de mercado a principios del siglo XXI .

DONALD SASSOON

SÍNTOMAS MÓRBIDOS

Anatomía de un mundo en crisis

Traducción castellana de
Héctor Piquer

CRÍTICA
BARCELONA

Gracias a los amigos que leyeron, hicieron sugerencias y corrigieron errores: sobre todo a Marina Lewycka, pero también a Lauro Martines, Ilaria Favretto, Vassilis Fouskas, Stella Tillyard, Leonardo Clausi, Paul Auerbach y a mi viejo amigo Ivo Galante. Y gracias a Sam Cohn por sus enseñanzas sobre Maquiavelo y los síntomas mórbidos del siglo XIV .

La crisi consiste appunto nel fatto che il vecchio muore e il nuovo non può nascere: in questo interregno si verificano i fenomeni morbosi più svariati . *

ANTONIO GRAMSCI

Prólogo

A muy temprana edad me di cuenta de que la historia, a diferencia de las matemáticas, no es la misma en todas partes. Cuando empecé mis estudios de primaria en París, a todo colegial francés le explicaban que «nuestros» antepasados eran los galos. En nuestro libro de texto había una imagen de Vercingétorix, el líder galo (inspirador de Astérix, el famoso personaje de tebeo creado en 1959) que, tras desafiar a los conquistadores romanos, fue derrotado por Julio César en la batalla de Alesia y conducido preso a Roma, donde lo obligaron a recorrer sus calles y, finalmente, lo ejecutaron. Todos sentíamos lástima y compasión por aquel hombre encadenado y arrastrado por la cuadriga del cruel conquistador.

Un par de años después, en 1954, mis padres se mudaron a Milán y tuve que ir a una escuela de primaria italiana. Para mi tranquilidad, las tablas de multiplicar eran las mismas, pero en la sección de historia de nuestro libro de texto apenas se mencionaba al héroe galo, así que le pregunté a la maestra por Vercingétorix. Tras un momento de duda, respondió: «Ah, sí, Vercingetorige»; y añadió: «Bueno, fue un bárbaro más de los muchos aplastados por las poderosas legiones romanas de César». Me impresionó que un héroe nacional francés apenas fuera conocido en Italia, un país vecino, y que allí se ensalzara al salvaje que le había puesto los grilletes.

Aquella fue la mejor lección de historia de mi vida. Desde entonces he desconfiado de los postulados nacionales, no porque quiera dar ejemplo de nada, sino por mi experiencia vital. Como judío nacido en Egipto, con pasaporte británico obtenido probablemente por motivos coloniales por mis predecesores, educado en Francia y, después, en Italia, el Reino Unido y Estados Unidos, me resultó más fácil que a la mayoría no caer víctima de las mitologías nacionales, incluidas las judías.

Aunque siempre he intentado escribir para un público amplio, mis anteriores libros se han ceñido a lo que podría considerarse como académicamente «respetable». Al fin y al cabo, la historia es una materia de

interés general y sumamente accesible, a diferencia de la mayoría de las ciencias y otras disciplinas más profundas y especializadas, como la crítica literaria, la filosofía, la sociología o la economía.

Cuando me preguntan cuál es el propósito de la historia, según mi estado de ánimo, respondo que no hay propósito alguno, que sencillamente me divierte, como la música o dibujar; o —de manera más seria— que ninguna sociedad, ni siquiera la más primitiva, puede prescindir de la historia, ya que las preguntas «¿de dónde venimos?» o «¿qué pasó antaño?» se las plantean la mayoría de las sociedades. Buscamos respuestas y, o bien las encontramos, o bien las inventamos; y de ahí los relatos, cuentos, mitos, religiones... y la historia. En los últimos tiempos —digamos que a partir del siglo XIX —, muchos historiadores han dejado por fin de complacer a los poderosos y aplaudirles sus hazañas, y han intentado ofrecer respuestas basadas en pruebas sólidas y análisis imparciales de las fuentes. Por supuesto, ser ecuánime, justo y renunciar a tus prejuicios es difícil, pero lo intentas, aunque no siempre con éxito. Conseguirlo no depende, simplemente, de una predisposición personal. También debe existir un entorno en el que el historiador pueda desempeñar su labor sin miedo. Como es lógico, es más fácil ser historiador en una democracia que en la Rusia estalinista o la Alemania nazi; en cambio, es posible ser un buen científico en ambas. La Unión Soviética (URSS) tenía buenos historiadores, pero eran lo suficientemente listos como para pasar de puntillas por la historia reciente: el peligro que entrañaba escribir algo incómodo sobre Pedro el Grande no era comparable al de escribir algo incómodo sobre Stalin.

En las democracias modernas, los historiadores son más libres, aunque no se cuenta mucho con ellos; un precio que merece la pena pagar por la libertad. La gente accede a la historia a través de la literatura, el cine y la televisión, y los políticos la suelen utilizar como si de un carrito de supermercado se tratara, eligiendo y metiendo en él cualquier cosa que les sirva. Los historiadores, exceptuando los pocos que dominan el arte de la comunicación en la pequeña pantalla, deben contentarse con suministrar la materia prima a cineastas y novelistas. A la mayoría le encanta que sus libros tengan este uso. En los países donde se da importancia a lo que los franceses llaman el *roman national* , la narrativa fundacional del Estado, los historiadores pueden tener algún problema, pero, en conjunto, el «revisionismo» (es decir, el desafío a la ortodoxia) está aceptado y, a veces,

premiado. Los historiadores irlandeses o israelíes de nueva hornada, a pesar de haber sido objeto en algún momento de críticas feroces y, en ocasiones, maliciosas por parte de otros colegas y algunos políticos, no han sido asesinados ni deportados, ni han perdido sus empleos. Al contrario, por «liberar» a irlandeses o judíos israelíes de los mitos fundacionales de sus respectivos estados, algunos de ellos han adquirido, por su valentía, una fama ciertamente merecida. Como resultado, pronto ha sido posible escribir sobre la Gran Hambruna irlandesa como consecuencia de un proceso sobre todo socioeconómico, y no como algo maquinado o cruelmente ignorado por los británicos. En Israel, los llamados «nuevos historiadores» (investigadores como Benny Morris, Avi Shlaim e Ilan Pappé) han podido escribir que alrededor de setecientos mil palestinos fueron víctimas de una limpieza étnica durante la guerra de 1948, y que no abandonaron por voluntad propia sus tierras, tal como me contaron hace años en mi escuela judía.

En el Reino Unido, la situación es mucho más tranquila. En el siglo XIX se impuso la interpretación *whig* de la historia, con su visión bondadosa del progreso nacional a través de la reforma, aunque ya no es el caso en la actualidad. Ya no quedan mitos nacionales británicos relevantes. Por supuesto, son muchos los que creen que el Reino Unido ganó la segunda guerra mundial casi sin ayuda, o que el colonialismo británico fue excepcionalmente benévolo, o que la democracia inglesa/británica fue la primera del mundo, pero muy pocos investigadores piensan que sea así.

Es fácil ser un historiador sereno e imperturbable en el Reino Unido. Apenas existen riesgos. Pero esto no significa que no tenga que controlar mis pasiones políticas, aunque no siempre lo consiga. Hay maneras de intentar ser autocrítico. Cuando escribo, me gusta imaginar que, encaramado a mis hombros, tengo a un hombrecillo gruñón que no se cansa de irritarme dándome consejos. Lee todo lo que escribo de un modo hipercrítico y dice cosas como «esto no tiene sentido, sé más claro»; «esta frase es demasiado larga, acórtala»; «¿cómo sabes eso?, ¿qué pruebas tienes?»; «no es muy original, seguro que ya lo ha dicho alguien más». A veces le hago caso, y a veces, no. Pero cuando aspiras a ser un historiador decente, tratas de escuchar con seriedad. Sin embargo, este libro, a pesar de estar escrito por un historiador, no pretende ser «ecuánime». No es un libro

de historia. Es una polémica —fundamentada en la historia, por supuesto— y, a diferencia de algunos de mis libros anteriores, este es, afortunadamente, breve.

1

Lo viejo muere

En una cárcel fascista de Turi, en el sur de Italia, en 1930, un año después del Crac del 29, ocho después de la marcha sobre Roma de Mussolini y tres años antes de la llegada de Hitler al poder, el líder del Partido Comunista Italiano (PCI), Antonio Gramsci, manuscribió esta famosa reflexión: «La crisis consiste, precisamente, en que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer, y en este interregno aparece una gran variedad de síntomas mórbidos».

¿Siguen siendo vigentes las palabras de Gramsci para describir la situación actual, más de ochenta años después de su muerte, ocurrida en 1937? No estamos en los años treinta ni a las puertas del fascismo. La democracia liberal está presente en más países que nunca. Puede que el desempleo haya aumentado en comparación con los años dorados del auge de posguerra, pero la recesión global de 2007-2008, a pesar de su gravedad, no ha sido en ningún sitio tan catastrófica como lo fue el Crac de 1929, al menos de momento. Para Gramsci, la crisis —cuando lo viejo se muere y lo nuevo todavía no ha nacido— era una «crisis de autoridad», donde las clases dominantes perdían terreno, el consenso que las afianzaba desaparecía y su control ideológico sobre las masas se esfumaba. Estas masas, decía Gramsci, dejaron de abrazar las ideologías tradicionales y se volvieron progresivamente más cínicas y escépticas. Dejaron de confiar en las élites, y estas lo sabían. Pero lo «nuevo» seguía siendo imprevisible. Tradicionalmente, los marxistas veían las crisis como una oportunidad para un cambio radical. Gramsci, mucho más cercano a nosotros, es menos optimista. La coyuntura que describía era un «interregno» rebosante de «síntomas mórbidos», y no una situación potencialmente revolucionaria. No descartaba un retorno a lo viejo, pero esperaba (desde lo que él llamaba el «optimismo de la voluntad», en oposición al «pesimismo del intelecto») que los síntomas mórbidos diesen una oportunidad al progreso.

La característica principal del interregno entre lo viejo y lo nuevo es la incertidumbre. Es como cruzar a nado un gran río: dejas atrás la margen vieja, pero apenas distingues la otra orilla. Las corrientes pueden hacerte retroceder y no descartas morir ahogado. Incapaz de anticipar lo que sucederá, te invaden el miedo, la angustia y el pánico.

Un crítico de Gramsci podría aducir que, cuando el italiano escribió estas palabras, en su país ya había aparecido algo «nuevo» no deseado: el fascismo. Un «síntoma mórbido», sin duda, pero también una nueva forma de estado que gozaba de cierto consenso popular. El viejo estado liberal se había evaporado, las esperanzas alimentadas por la revolución de Octubre se habían desvanecido y las ansiadas revoluciones a lo largo y ancho del continente no habían llegado a materializarse.

Al acabar la Gran Guerra, los revolucionarios, que habían albergado la esperanza de repetir en buena parte de Europa los logros de los bolcheviques, salieron claramente derrotados. La revolución húngara liderada por Béla Kun en 1919 fue violentamente sofocada. En Austria, los consejos de soldados y obreros (los sóviets) encabezados por comunistas no consiguieron acabar con la naciente república burguesa. En Alemania, la revolución espartaquista de 1918 y 1919 fue reprimida de manera sanguinaria por el Freikorps (una organización paramilitar de extrema derecha) bajo el liderazgo del dirigente socialdemócrata Friedrich Ebert, y los cabecillas espartaquistas Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueron asesinados. En Italia, el *biennio rosso* (el Bienio Rojo de 1919 y 1920), como llegó a conocerse la ocupación de fábricas y los disturbios campesinos a lo largo de esos dos años, terminó en fracaso. Mussolini fue nombrado primer ministro mientras sus seguidores marchaban sobre Roma (el 28 de octubre de 1922) y, pocos años después, se estableció la dictadura fascista.

Menos radical fue lo ocurrido en Francia, Estados Unidos o el Reino Unido. En 1920, los estibadores británicos se negaron a cargar barcos destinados a intervenir militarmente contra el régimen bolchevique. En 1926 se declaró una huelga general que solo duró nueve días, aunque los mineros continuaron la lucha durante unos meses. Finalmente, obligados a rendirse por falta de comida, volvieron a las minas. La clase dirigente británica se mantuvo más firme que nunca. En Francia, la moneda se devaluó y se sucedieron varios gobiernos, pero no se produjeron más que algunos disturbios tras la oleada de huelgas de mayo de 1920.

En 1921, en Virginia Occidental, Estados Unidos, tuvo lugar uno de los conflictos obreros más importantes de la historia estadounidense, la batalla de Blair Mountain, en la que participaron diez mil mineros armados. [1] El Ejército intervino y reprimió la huelga, que se saldó con decenas de trabajadores muertos. Después, la violencia recuperó sus niveles habituales. Pocos estadounidenses conocen este episodio. Apenas se menciona en novelas, canciones o películas.

La izquierda había sido derrotada en todos lados, pero gran parte de lo viejo había desaparecido (el régimen zarista, el Imperio Austrohúngaro, el Imperio Otomano) y aparecía algo «nuevo» (la URSS, Yugoslavia, Hungría, Austria, Turquía).

Estados Unidos no tardaría en embarcarse en el New Deal. En China, el gobierno nacionalista encabezado por Chiang Kai-shek, tras derrotar a varios caudillos y matar, en 1927, a cientos de comunistas (otrora sus aliados), consiguió hacerse con el control de casi toda China.

Después de la revolución de Octubre no surgieron más regímenes comunistas (exceptuando Mongolia). Los comunistas estaban vetados, prohibidos o eran incapaces de salir de la irrelevancia política, salvo en Alemania (aunque los nazis acabaron pronto con ellos) y en Francia. Durante el período de entreguerras tampoco hubo revoluciones socialistas. En vísperas de la segunda guerra mundial, los gobiernos autoritarios de derechas dominaban gran parte de Europa. En 1923, en Bulgaria, una sublevación militar desembocó en la dictadura del rey Boris. En Albania, un cacique local, Ahmed Zogu, tras hacerse con el poder en 1924, se convirtió en el rey Zog en 1928. El país ya era un estado policial consolidado cuando, después de la segunda guerra mundial, los comunistas lo transformaron en un estado policial aún más represivo bajo el mandato de Enver Hoxha.

En 1935, Polonia también se había convertido en una dictadura militar *de facto* . En Lituania, Antanas Smetona, que había accedido al poder en 1926, implantó un sistema de partido único en 1932. En 1929, en Yugoslavia, el rey Alejandro encabezaba un régimen autoritario. En 1934, en Estonia, fue el turno de Konstantin Päts de convertirse en dictador. En 1938, en Rumanía, Carlos II obtuvo plenos poderes y acabó siendo un dictador de hecho. Ese mismo año, en Letonia, el antisemita Kārlis Ulmanis organizó su propio golpe de Estado en Letonia. Y en todo el período de

entreguerras, y hasta 1944, Hungría estuvo gobernada por el almirante Miklós Horthy, quien, al igual que Mussolini, introdujo leyes antisemitas en 1938.

En Europa occidental también hubo dictaduras: la Italia fascista, obviamente, a la que siguieron la Alemania nazi, la España de Francisco Franco, el Portugal de António de Oliveira Salazar y la Grecia de Ioannis Metaxa. En la década de 1930, y presionado por el cuasifascista Movimiento Lapua, el gobierno finlandés promulgó una serie de leyes anticomunistas destinadas a prohibir publicaciones y arrestar a líderes comunistas y socialistas. En Austria, Engelbert Dollfuss asumió poderes dictatoriales en 1933 y, apenas un año más tarde, fue asesinado por elementos pronazis. La dictadura se prolongó hasta la anexión del país por Hitler, en 1938.

La Europa anterior a 1945 vivía esclava de los autoritarismos de derechas.

Gramsci hizo en prisión lo que todo revolucionario inteligente siempre debería hacer: reflexionar sobre las causas de su derrota. También escribía a la sombra de lo que parecía el mayor revés sufrido por el capital: el gran Crac del 29. Para algunos, fue como si la tan esperada y augurada crisis capitalista hubiese hecho por fin acto de presencia. Sin embargo, la izquierda fue incapaz de volver a escena. Las clases trabajadoras se hallaban en una situación calamitosa.

En la década de 1930, los índices de desempleo eran verdaderamente terribles: un 17,2 % en Alemania, un 22 % en Estados Unidos, casi un 20 % en Canadá y Australia, un 16 % en Austria, un 15 % en el Reino Unido y un 12 % en Bélgica. [2]

En 2017, el desempleo, sobre todo el juvenil, también era un problema. En la Unión Europea (UE) alcanzó un promedio del 8 % (y un 20 % entre los jóvenes). En la eurozona registró un porcentaje algo mayor: 9,4 %. Especialmente grave fue en España (con un 17,4 % de promedio y un 40 % el juvenil) y en la mayoría de los países balcánicos (un 25,8 % en Bosnia, un 22 % en Macedonia, un 17,7 % en Montenegro, un 15 % en Albania y un 14,4 % en Serbia; Croacia, en cambio, con un 11,5 %, se mantuvo a la par que Italia). Pero en la mayoría de los antiguos estados comunistas, el desempleo registró valores similares a los de la Unión Europea, desde un 9,4 % en Letonia y un 9 % en Eslovaquia hasta un 4,2 % en Hungría y un 3,2 % en la República Checa. No tan bien les iba a Chipre (11,9 %),

Portugal (11,2 %), Italia (con un 11,6 % de promedio y un 30 % entre los jóvenes) y Francia (con un 9,9 % y un 20 %, respectivamente). Grecia fue un caso especial, con una tasa de desocupación de más del 23 % (y el 40 % entre los jóvenes). Finlandia se mantuvo justo por encima de la media de la UE, y Suecia, justo por debajo. Canadá e Irlanda registraron índices de desempleo de algo más del 6 %; Israel, Rusia y Nueva Zelanda, justo por encima del 5 %; Estados Unidos, el Reino Unido, China y Suiza, menos del 5 %; Alemania, solamente un 3,8 %; Japón, apenas un 2,9 %, y Singapur, un escaso 2,1 %. [3] El panorama es dispar y la falta de trabajo sigue siendo un problema serio (sobre todo para los jóvenes) que puede redundar en beneficio de los partidos xenófobos. Sin embargo, como evidencia el hecho de que, en algunos países de Europa del este, una extrema derecha fuerte convive con una relativa bonanza laboral, no parece que pueda establecerse una relación directa entre el aumento de los partidos extremistas y los índices de desempleo en general.

La situación del empleo hoy no es buena, pero no tiene nada que ver con la de los años treinta del siglo pasado. Con todo, también nos enfrentamos a «síntomas mórbidos», como la aparición de gobernantes autoritarios elegidos democráticamente en gran parte de Europa oriental (Viktor Orbán en Hungría), en Rusia (Vladímir Putin), pero también en Occidente y otras latitudes, con el incalificable Trump en Estados Unidos, o Israel, donde Benjamín (Bibi) Netanyahu está sometido a constantes investigaciones por corrupción.

Después está la falta de apoyo popular a los partidos políticos establecidos que han gobernado Europa desde 1945, principalmente la izquierda socialdemócrata tradicional, pero también los partidos conservadores tradicionales, y el aumento de la xenofobia en gran parte de Occidente.

Por último, asistimos a la desintegración del «sueño europeo», es decir, de la idea de que una Europa fuerte y sólidamente constituida podría afrontar, unida, los desafíos futuros. Apenas quince años más tarde de que el estadounidense Jeremy Rifkin, un gurú abonado a los telediarios y casi siempre errado, anunciara que Europa estaba «eclipsando silenciosamente el sueño americano», [4] el Reino Unido —y la Unión Europea— está lidiando con el *brexit* , España se enfrenta al separatismo catalán, Grecia

tiene ante sí un futuro todavía más duro si cabe, a Bélgica le cuesta formar gobierno y mantener unido el país, y, en Italia, los nuevos amos son los partidos euroescépticos.

Este libro no ofrece soluciones, aunque sí algo de desesperanza. Se centra en Occidente, pero los «síntomas mórbidos» abundan por doquier, como Narendra Modi, en la India, un país en pleno desarrollo económico donde todavía impera una inmensa pobreza y donde, en 2016, según las estadísticas oficiales, una mujer fue violada cada trece minutos, una recién casada fue asesinada por la dote cada sesenta y nueve minutos, y diecinueve mujeres fueron atacadas con ácido cada mes. [5] En Turquía tenemos a Recep Tayyip Erdoğan, elogiado en sus inicios por todo el mundo —incluidos el *Financial Times* y *The New York Times* — y hoy denostado no sin motivo. Y en Turkmenistán vemos cómo Gurbangulí Berdimujamédov es reelegido presidente en 2017 por tercera vez con el 98 % del voto popular —en una vida anterior había sido el cabecilla del Partido Comunista Turkmeno—.

En Brasil tenemos a Jair Bolsonaro, un nostálgico de los viejos tiempos de la dictadura, homófobo confeso, misógino, partidario de la tortura, racista... Lo tiene todo para triunfar.

En Sudáfrica ha presidido la república Jacob Zuma, un polígamo acusado de violación y corrupción al que su propio partido obligó a dimitir. Su sucesor, Cyril Ramaphosa, es un antiguo líder sindical reconvertido en millonario y miembro del consejo de administración de Lonmin, la compañía minera británica que, en agosto de 2012, llamó a la policía para que sofocara una huelga en Marikana que se saldó con 34 mineros muertos y 78 heridos.

En Filipinas tenemos al peligroso psicópata Rodrigo Duterte, a quien Donald Trump ha elogiado por ejecutar extrajudicialmente a consumidores de droga. [6] Según cifras oficiales, más de cuatro mil personas —otras fuentes apuntan a ocho mil— han sido asesinadas en operaciones antidroga desde que Duterte es presidente. La Corte Penal Internacional ha iniciado una investigación al respecto, pero ello no ha impedido que el presidente de Sri Lanka, Maithripala Sirisena, animado por el ejemplo de su homólogo filipino, anuncie que empezará a ahorcar a traficantes, acabando así con casi medio siglo de moratoria sobre la pena capital.

A lo largo de la última década, la «guerra de la droga» librada en México se ha saldado con las vidas de 230.000 personas (13.000 solamente en 2011). [7] En 2018, más de 130 candidatos y militantes de partidos que se

presentaban a las elecciones del 1 de julio fueron asesinados durante la campaña electoral, probablemente por su posicionamiento en contra de los cárteles de la droga. [8] Andrés Manuel López Obrador, el recién elegido presidente que hizo campaña contra la corrupción, va a tener que trabajar muy duro.

En Birmania, la ganadora del premio Nobel de la Paz Aung San Suu Kyi guardó un culposo silencio durante los sanguinarios pogromos y la limpieza étnica perpetrados contra los musulmanes rohinyá (6.700 muertos en un solo mes en 2017, según Médicos Sin Fronteras). [9] La guerra de Afganistán, la más larga de la historia de Estados Unidos, prosigue, y en ella han muerto decenas de miles de personas. En Irak tampoco reina la paz. La Primavera Árabe, que tantas esperanzas hizo albergar a muchos, ha tenido un final desastroso: en Túnez, donde empezó todo, después de nueve gobiernos y pocos cambios relevantes, el pueblo no ha visto mitigado su descontento. En Egipto, la sanguinaria dictadura liderada por Abdelfatah el Sisi (apoyado por Occidente y elogiado por Trump) hace que extrañemos al anterior dictador, Hosni Mubarak. En Libia, a pesar de la intervención «humanitaria» occidental, o debido a ella, los enfrentamientos civiles han hecho trizas el país. Siria, después de haber sufrido una cifra de bajas extraordinaria (poco menos de medio millón), se halla, mientras escribo estas líneas, con el régimen de Al Asad todavía en el poder, en lo que se espera que sea la última etapa de una espantosa guerra civil. Y, en Yemen, el vecino régimen saudí está librando una guerra despiadada con el resultado de una crisis humanitaria de proporciones gigantescas.

En Occidente pensamos que los terroristas islámicos matan mayormente a occidentales. No es así. Los musulmanes han asesinado a muchos más miembros de su propia religión. Los países más perjudicados por este terrorismo son Irak, Afganistán, Pakistán, Nigeria y Siria. En Nigeria, el yihadista Boko Haram ha asesinado a decenas de miles de personas y desplazado a 2,3 millones de ellas de sus hogares. Incluso ha puesto en el punto de mira a mezquitas «moderadas», como la de Kukawa, donde en julio de 2015 murió casi un centenar de personas. Entre 2003 y 2017, según el Portal sobre Terrorismo del Sur de Asia (SATP), la violencia terrorista en Pakistán se cobró casi 63.000 víctimas. [10]

En octubre de 2017, el grupo terrorista Al Shabab mató a trescientas personas en Mogadiscio, Somalia, utilizando un camión bomba. La noticia fue relegada a la sexta página del *Financial Times* y a la décima del *Daily*

Mail . Comparando esta pobre reacción mediática con la respuesta al ataque terrorista perpetrado el año anterior en la discoteca Bataclan de París, la novelista británico-somalí Nadifa Mohamet escribió:

> Londres, la ciudad que me educó, no ha conmemorado esta atrocidad igual que lo ha hecho con las sufridas por otras ciudades occidentales: ni banderas a media asta, ni el London Eye iluminado con los colores azul y blanco de la bandera somalí, ni siquiera un tuit de [el alcalde] Sadiq Khan. [11]

Un mes después, un grupo de militares armados mató a más de trescientos fieles, entre ellos 27 niños, durante un viernes de plegaria en la mezquita de Rawda, en Sinaí del Norte, Egipto. El 28 diciembre de 2017, un ataque suicida con bomba perpetrado en Kabul mató a 41 personas e hirió a centenares de ellas, pero, al día siguiente, el atentado apenas fue mencionado en la página web de la BBC: la noticia de cabecera fue un incendio declarado en Nueva York en el que habían perdido la vida doce personas. [12] Puedo seguir enumerando más casos: en julio de 2018, un terrorista suicida asesinó a por lo menos 128 personas durante un acto de campaña electoral en el suroeste de Pakistán, y, de nuevo, la cobertura ofrecida por los medios occidentales fue mínima. Y mientras el asesinato de cincuenta musulmanes cometido por un terrorista de extrema derecha en Nueva Zelanda (el 15 de marzo de 2019) tuvo una amplia cobertura, la matanza de cien pastores fulanis (todos ellos musulmanes) perpetrada en el mismo período en el centro de Mali apenas trascendió. Los síntomas mórbidos proliferan en Occidente, pero la situación es mucho peor en el resto del mundo.

2

El aumento de la xenofobia

La xenofobia se ha extendido a la par que el movimiento global de la población. Los europeos, incluidos los que se declaran a favor de la intervención «humanitaria» (que generalmente implica bombardeos en países asolados por enfrentamientos), se quejan de que están «saturados» de refugiados. Sin embargo, solo un 17 % de las personas forzadas a desplazarse en todo el mundo ha encontrado acogida en Europa (en Estados Unidos, un 16 %), frente a un 30 % en África, un 26 % en Oriente Próximo y un 11 % en Asia y el Pacífico. [1] Entre 2014 y 2017, 22.500 migrantes perdieron la vida buscando seguridad, la mitad de ellos intentando cruzar el Mediterráneo. De 1993 a 2018, más de 34.361 muertes se atribuyen a lo que algunos denominan «políticas fatales de la fortaleza europea». [2] Esta cifra supera la de todos los asesinados por terrorismo en Europa desde enero de 1970 (11.288), incluida Rusia, la principal víctima del terrorismo en el Viejo Continente. [3]

La mayoría de los muertos o heridos por terrorismo en Europa occidental desde 1970 no han sido asesinados por yihadistas, sino por miembros de distintos grupos separatistas (nacionalistas irlandeses, paramilitares protestantes del Úlster, separatistas vascos) o por neofascistas y extremistas de izquierda en Italia. Durante el conflicto de Irlanda del Norte, conocido en inglés como The Troubles («los disturbios»), murieron 3.720 personas (casi la mitad menores de veinticinco años) y hubo 47.541 heridos. [4] Los incidentes terroristas en Europa alcanzaron su apogeo en 1979, mucho antes de que se acuñara el término «yihadista».

La palabra «terrorista» evoca en el imaginario popular la visión de un musulmán. Sin embargo, el tiroteo en masa más mortífero perpetrado *por un individuo* en Europa tuvo lugar en 2011 en Noruega, de la mano de Anders Behring Breivik, un islamófobo de extrema derecha que asesinó a 77 personas (en su mayoría jóvenes simpatizantes del Partido Laborista). En Inglaterra, los peores tiroteos masivos de autoría individual no han sido

llevados a cabo por musulmanes o terroristas, sino por un anticuario desempleado (en agosto de 1987 en Hungerford, donde dieciséis personas fueron asesinadas), un taxista (el tiroteo de Cumbria, en el que murieron doce personas en junio de 2010) y un antiguo tendero que mató a quince niños y a su maestra en la masacre de Dunblane, Escocia, en marzo de 1996. El peor acto terrorista en Europa occidental tuvo lugar en diciembre de 1988, cuando una bomba colocada en un Jumbo (un Boeing 747) de la Pan Am explotó sobre la ciudad escocesa de Lockerbie y causó la muerte de sus 256 pasajeros, además de once víctimas en tierra. Libia asumió la responsabilidad, aunque se presentaron explicaciones alternativas.

Los terroristas se dedican a perseguir un fin político utilizando una violencia «intencionada» contra objetivos militares o, más frecuentemente, civiles inocentes. Esta idea no difiere mucho de lo que el historiador militar Frederick W. Kagan, del *neocon* Instituto Norteamericano de la Empresa, sugería cuando escribió:

> La guerra no consiste en matar a personas ni bombardear edificios. Es violencia intencionada para conseguir un fin político. La muerte y la destrucción, aun siendo los aspectos más deplorables de la guerra, pasan a un segundo plano. La persecución del objetivo político es, de hecho, la que distingue matar en una guerra del asesinato. [5]

Osama bin Laden no habría estado más de acuerdo.

El segundo ataque terrorista más mortífero (el primero fue el del 11S) sufrido en Estados Unidos tuvo lugar el 19 de abril de 1995, cuando Timothy McVeigh hizo estallar un edificio federal en Oklahoma City y provocó la muerte de 168 personas e hirió a otras 680. McVeigh no era musulmán, mexicano o árabe. Era un amante de las armas graduado en una escuela militar de Georgia, veterano de la guerra del Golfo de 1991 con varias condecoraciones, y, al igual que muchos republicanos, contrario al *big government* , es decir, a la excesiva intervención del gobierno federal en las políticas públicas y el sector privado.

El tiroteo masivo con más víctimas perpetrado por un individuo ocurrió en Las Vegas el 1 de octubre de 2017. Al menos 58 personas fueron asesinadas y más de quinientas, heridas. El suceso se habría calificado de acto «terrorista» si el asesino hubiese afirmado ser musulmán, como ocurrió con Omar Mateen, el solitario autor de la masacre de Orlando de junio de 2016, en la que murieron 49 personas. De ser ese el caso, muchos comentaristas habrían atribuido el «problema» al islam. Y si hubiera sido un «refugiado», muchos habrían exigido expulsarlos a todos y «devolverlos a

sus casas». Sin embargo, el asesino de Las Vegas era un contable jubilado de sesenta y cuatro años y raza blanca, nacido y criado en Estados Unidos. Ningún muro, deportación o veto a países de Oriente Próximo habría salvado a sus víctimas.

Un mes más tarde del tiroteo masivo de Las Vegas, un antiguo miembro (blanco) de la Fuerza Aérea de Estados Unidos mató a 26 personas en una iglesia bautista en Sutherland Springs, Texas. Por supuesto, nadie se manifestó en contra de los jubilados ni de los miembros de la Fuerza Aérea retirados. El suceso tampoco despertó demasiada inquietud. Donald Trump se limitó a decir que el autor estaba loco y que se alegraba de que otra persona tuviera un arma para disparar al asesino. El fiscal general de Texas sugirió que las iglesias deberían contratar los servicios profesionales de guardas de seguridad armados para protegerse (a pesar de que el asesino también había sido guarda de seguridad). [6] Varios senadores y políticos expresaron su dolor, desconsuelo y terror ante la tragedia de Las Vegas. Entre ellos, el senador John McCain, candidato republicano a la presidencia en 2008, que afirmó «rezar» por las víctimas y que, a su vez, había recibido un donativo de 7,7 millones de dólares de la Asociación Nacional del Rifle (NRA), el *lobby* de las armas; Marco Rubio, aspirante republicano a la candidatura presidencial en 2016, dijo que rezaba «por todas las víctimas y sus familiares», siendo el destinatario de 3,3 millones de dólares de la NRA; el senador Richard Burr, cuyo corazón estaba «con la gente de Las Vegas», había recibido 4,5 millones; el también senador Thom Tillis envió su «más profundo pésame», pero había aceptado 4,4 millones de dólares, y así sucesivamente. [7]

En febrero de 2018 se produjo otro tiroteo masivo (el octavo en lo que iba de año) en una escuela de Florida, con un balance de dieciséis alumnos asesinados por un antiguo estudiante del centro. Después se siguieron las oraciones y muestras de condolencia de senadores y congresistas, sobre todo republicanos, cuyas campañas y gastos habían sido generosamente subvencionados por el *lobby* de las armas. La «solución» surrealista de Trump fue armar a los profesores. El economista Nouriel Roubini, enfurecido, tuiteó:

> Republicanos con las manos manchadas de sangre «rezan» por las víctimas de la violencia armada mientras se embolsan a diario millones de dólares procedentes del dinero homicida de la NRA, que bloquea leyes sensatas para el control de las armas y permite que ocurran masacres a diario. Malditos asesinos. [8]

Unos meses más tarde, el 18 de mayo, diez niños de una escuela de Santa Fe fueron asesinados con arma de fuego por un alumno disgustado —ni musulmán ni terrorista— que, tal y como se informó, había disparado contra los estudiantes que no le caían bien. [9] En octubre, un ataque a una sinagoga judía de Pittsburg causó la muerte de once personas. El asesino era un varón blanco de mediana edad que odiaba a los judíos porque, según creía él, ayudaban a los migrantes mexicanos. A las pocas semanas, en Thousand Oaks, California, un veterano de la guerra de Afganistán, blanco y no musulmán, mató a doce personas. El 31 de mayo de 2019, en Virginia Beach, un empleado municipal descontento (que también había servido en el Ejército) mató a doce de sus colegas. En agosto de 2019, en un Walmart de El Paso (ciudad fronteriza con México y con una población mayoritariamente latina) un joven supremacista blanco mató a tiros a más de veinte personas y dejó a muchas más heridas. Aquel fue uno de los incidentes más mortíferos en la historia de Texas, y en una ciudad con uno de los índices de criminalidad más bajos de Estados Unidos mucho antes de la «valla» (en contra de lo que Trump declaró falazmente en su discurso sobre el Estado de la Unión de 2019). [10] Menos de veinticuatro horas después, otro hombre blanco mató a nueve personas (incluida su hermana) en Dayton, Ohio. Y así sucesivamente.

En Estados Unidos (donde, en proporción, hay más civiles que poseen armas que en Yemen, donde hay una guerra en curso, o en Irak), el 64 % de los homicidios están relacionados con las armas, frente a un 4,5 % en Inglaterra. [11]

Sabes que hay un problema cuando las fechorías de una minoría hacen que una comunidad entera se sienta asediada. En el norte de Inglaterra, en poblaciones como Rochdale y Rotherham, una serie de escándalos de explotación sexual con menores violadas, maltratadas y forzadas por bandas de hombres asiáticos, en su mayoría británicos de origen pakistaní, fue objeto, con razón, de una amplia cobertura mediática. Esto llevó a Sarah Champion, ministra (laborista) para la Mujer y la Igualdad del gabinete en la sombra [*] y parlamentaria por Rotherham, a publicar un artículo en el tabloide *The Sun* donde dijo lo siguiente: «Durante mucho tiempo hemos ignorado la raza de estos violadores y, peor aún, hemos intentado ocultarla. Basta ya. Son unos depredadores, unidos por el denominador común del origen étnico». [12] Después, en la BBC, mezclando autocompasión y rectitud moral, añadió: «La extrema derecha me atacará por no hacer lo suficiente y

la izquierda blanda se meterá conmigo por racista». Más tarde, dimitió de la primera línea de la oposición pidiendo disculpas «por las ofensas causadas por las palabras extremadamente mediocres elegidas» en su artículo de *The Sun* . A los pocos días, el 13 de agosto de 2017, el columnista de *The Sun* Trevor Kavanagh echó más leña al fuego con un artículo histéricamente islamófobo donde escribía que Suecia temía perder «su identidad como nación», Alemania estaba luchando contra una «oleada de violaciones y otros crímenes sexuales», y el Reino Unido afrontaba una «Cuestión Musulmana» (con mayúsculas y, por lo tanto, evocadora de la Cuestión Judía del nazismo; en el sitio web, la expresión fue corregida y escrita con minúsculas). Entre los muchos que denunciaron el artículo, hubo más de un centenar de parlamentarios, y también la Junta de Diputados de los Judíos Británicos. Dos meses antes, el 19 de julio de 2017, en Londres, un islamófobo indignado por los escándalos de explotación sexual citados en los medios y por la dramatización ofrecida por televisión, embistió con una furgoneta contra un grupo de personas, algunas de ellas vestidas con ropa tradicional islámica, a consecuencia de lo cual mató a una e hirió a varias. El hombre resultó ser un alcohólico solitario con «problemas de salud mental» que llevaba un año sin trabajar. El odio contra los musulmanes le había dado un propósito en la vida. En cierta manera, actuó como un yihadista. En el momento del incidente, un imán intervino para salvarlo de la ira de la multitud. [13]

Podemos imaginar la oleada de indignación mundial —totalmente justificada— que se habría levantado si alguien se hubiera atrevido a publicar que «los judíos poderosos tienen un problema con el acoso sexual» a la luz de las denuncias en las que se ha visto implicado el ex director gerente del Fondo Monetario Internacional (FMI) Dominique Strauss-Kahn, o de las acusaciones de conducta sexual inapropiada vertidas contra el influyente productor de Hollywood Harvey Weinstein, contra el aclamado director de cine Woody Allen, contra el gran actor Dustin Hoffman, contra el famoso director de orquesta James Levine (responsable musical del Metropolitan de Nueva York durante cuatro décadas) o contra el multimillonario Philip Green, a la vez que el multimillonario estadounidense Jeffrey Epstein, delincuente sexual registrado, fue arrestado en junio de 2019 y acusado de tráfico sexual de menores (se suicidó poco

después de su ingreso en prisión). Por no olvidarnos del famoso director de cine Roman Polański, que fue condenado por mantener relaciones ilícitas con una menor de trece años.

De hecho, muchos hombres poderosos, sin importar su origen étnico, parecen tener un problema con el sexo. Tal como reveló el *Financial Times* , en enero de 2018 se celebró en el hotel Dorchester de Londres una gala «benéfica» reservada a varones (actualmente en su 33.ª edición) a la que acudieron 360 participantes vestidos de esmoquin. Era una mezcla de empresarios, políticos de turno, magnates inmobiliarios, productores de cine y financieros. Se unieron a ellos 130 azafatas especialmente contratadas, con instrucciones de llevar vestido negro de tela escasa y ropa interior a juego, y a las que hicieron firmar un acuerdo de confidencialidad. Muchas de ellas —algunas eran universitarias que querían obtener un ingreso extra — fueron magreadas y sexualmente acosadas, recibieron propuestas deshonestas y soportaron comentarios obscenos y vulgares, así como insistentes requerimientos de ir a cenar a las habitaciones. Algunos de los asistentes metieron repetidas veces sus manos por debajo de las faldas de las mujeres, y uno enseñó el pene durante la velada. El acto de recaudación de fondos incluía premios como una noche en un local de estriptis y *lap-dancing* con cincuenta bailarinas exóticas para un centenar de invitados. El proceso de selección de las azafatas corrió a cargo de una agencia especializada. El sueldo era de 150 libras y, como condición, debían ser «altas, delgadas y guapas». Una azafata con experiencia admitió que solo unos pocos de aquellos hombres podían pasar por simples «capullos». Estamos hablando del centro financiero del mundo, donde los «másteres del universo» y los paternalistas «capitanes de la economía» se comportaron como patéticos gamberros sedientos de sexo que necesitaban un chute de autoestima y que, probablemente, pensaban que sería divertido. [14] Incluso algunos trabajadores humanitarios, como los de Oxfam, han contratado servicios de prostitutas en lugares como Haití, que en 2010 sufrió un terremoto espantoso en el que murieron 160.000 personas, trescientas mil resultaron heridas y un millón y medio perdieron sus hogares. [15]

La inmensa mayoría de los delincuentes sexuales en el Reino Unido son varones blancos, según explica el fiscal jefe del Ministerio Público de la Corona en el noroeste de Inglaterra, Nazir Afzal, un musulmán que ha hecho campaña contra el matrimonio forzado, la mutilación genital femenina y los crímenes por honor. Sue Berelowitz, comisionada adjunta

para la Infancia en Inglaterra, ha explicado que los delincuentes sexuales «provienen de todos los grupos étnicos, al igual que sus víctimas, contrariamente a lo que a muchos quizá les gustaría pensar». [16] Si tomamos el caso del abuso sexual infantil, no hay pruebas de que los perpetradores provengan desproporcionadamente de un grupo étnico determinado. Sin embargo, son hombres en una aplastante mayoría.

En el Reino Unido, a pesar del evidente recrudecimiento del racismo, cabría recordar que la situación era mucho peor en las décadas de 1950 y 1960. En los años cincuenta del siglo pasado, el entonces gobierno laborista de Clement Attlee elaboró un estudio sobre cómo se podría «controlar la inmigración de gente *de color* [la cursiva es mía] procedente de los territorios coloniales británicos». La inmigración de color se veía como un problema. [17] En agosto de 1958, hubo «disturbios raciales» en el cosmopolita barrio londinense de Notting Hill provocados por jóvenes blancos de extrema derecha, comúnmente conocidos como *teddy boys* . Al año siguiente, Oswald Mosley, líder de la Unión Británica de Fascistas en la década de 1930, se presentó como candidato a las elecciones generales en el distrito electoral de Kensington North en representación de su nuevo partido, el Movimiento de la Unión (la denominación Fascistas había sido sabiamente omitida) para reclamar la repatriación forzosa de los inmigrantes caribeños (quienes, según él, traían enfermedades). Obtuvo un porcentaje de votos nada despreciable del 7,6 %. En las elecciones de 1964, ganadas por el Partido Laborista que encabezaba Harold Wilson, Peter Griffiths, el candidato conservador del distrito electoral de Smethwick, cerca de Birmingham, llevó a cabo una campaña abiertamente racista en la que sus simpatizantes coreaban el eslogan: «If you want a nigger for a neighbour, vote Labour» («Si quieres a un negro de vecino, vota al Partido Laborista»). Griffiths se negó a repudiarlos: «Nunca condenaría a nadie por estas palabras. Lo veo como una manifestación del sentir popular». [18] Ganó el escaño a los laboristas con una variación de votos del 7,2 % (frente a la variación prolaborista a nivel nacional del 3,5 %).

Pocos años después, en 1968 el gobierno laborista aprobó la Ley de Inmigrantes de la Commonwealth, que restringía el derecho de los ciudadanos de las naciones de la Commonwealth a establecerse en el Reino Unido. Como había cláusulas referidas al origen de los abuelos, estaba claro que el objetivo era dejar fuera a los ciudadanos de ascendencia asiática perseguidos en algunos países africanos, como Kenia, víctimas de una

política de «africanización». Semanas más tarde, Enoch Powell, que entonces era el ministro de Defensa en la sombra, advirtió de que la inmigración procedente de las antiguas colonias británicas desembocaría en una violencia apocalíptica comparable a los recientes disturbios raciales en Estados Unidos. Con una mezcla de comprensión y aprobación, citó a un votante que le aseguró que, muy pronto, el hombre negro llevaría «la batuta sobre el hombre blanco». [19] En su famoso discurso de «los ríos de sangre» (durante el cual las palabras «ríos de sangre» nunca se mencionaron), Powell recurrió a la típica estrategia retórica de citar a otra persona para decir algo que no se quiere decir directamente. Pudo haber hablado, pero no lo hizo, de los numerosos incidentes racistas en los que los negros habían sido golpeados por los blancos. Los incidentes de los que habló en un segundo discurso, menos famoso, eran falsos en su práctica totalidad. [20]

Esta hipocresía fue especialmente evidente por el hecho de que Powell nunca se había quejado de los inmigrantes negros cuando había sido ministro de Salud (1960-1963) y las autoridades sanitarias siguieron contratando a personal de las antiguas colonias para cubrir las necesidades del Servicio Nacional de Salud (NHS). Como titular de la cartera de Salud fue un desastre: se negó a llevar a cabo una consulta pública sobre la talidomida, un medicamento que tomaban las embarazas para aliviar las náuseas matinales y que terminó causando, en todo el mundo, más de diez mil casos de nacimientos de bebés sin extremidades o con serias lesiones cerebrales. Su principal asesor médico se había basado en los informes proporcionados por Distillers, la farmacéutica que fabricaba el medicamento. [21] Para colmo, Powell también se negó a introducir las pruebas de cáncer de cuello uterino que habrían podido salvar muchas vidas, tal como había sucedido en Estados Unidos. [22]

Incluso su famoso discurso de «los ríos de sangre», pronunciado hace medio siglo, es inexacto. Para alardear de su conocimiento de los clásicos, Powell recurrió a una cita de la *Eneida* de Virgilio: «Al mirar al futuro, tengo una corazonada y, como el romano, veo el río Tíber espumeante de mucha sangre». Se equivocaba: no era un romano quien auguraba sangre, ya que en los tiempos de la *Eneida* no había romanos. Era el dios (griego) Apolo hablando a través de su sacerdotisa, la sibila de Cumas (Cumae, o Cuma, era una colonia griega situada cerca de Nápoles), quien le dijo a Eneas (un refugiado procedente de Troya que, si por Enoch y sus secuaces hubiera sido, no habría podido ni siquiera acercarse a Roma): «Diviso

guerras, hórridas guerras, / y el Tíber espumeante de mucha sangre» («Bella, horrida bella / et Thybrim multo spumantem sanguine cerno», Libro VI). En la obra de Virgilio se habla de invasión y conquista; nada que ver con lo que pudiera amenazar en aquel entonces a la circunscripción electoral de Enoch Powell, Wolverhampton, la cual, por una maravillosa ironía de la historia, en 2017 eligió a la parlamentaria laborista Eleanor Smith, de raza negra y origen caribeño africano.

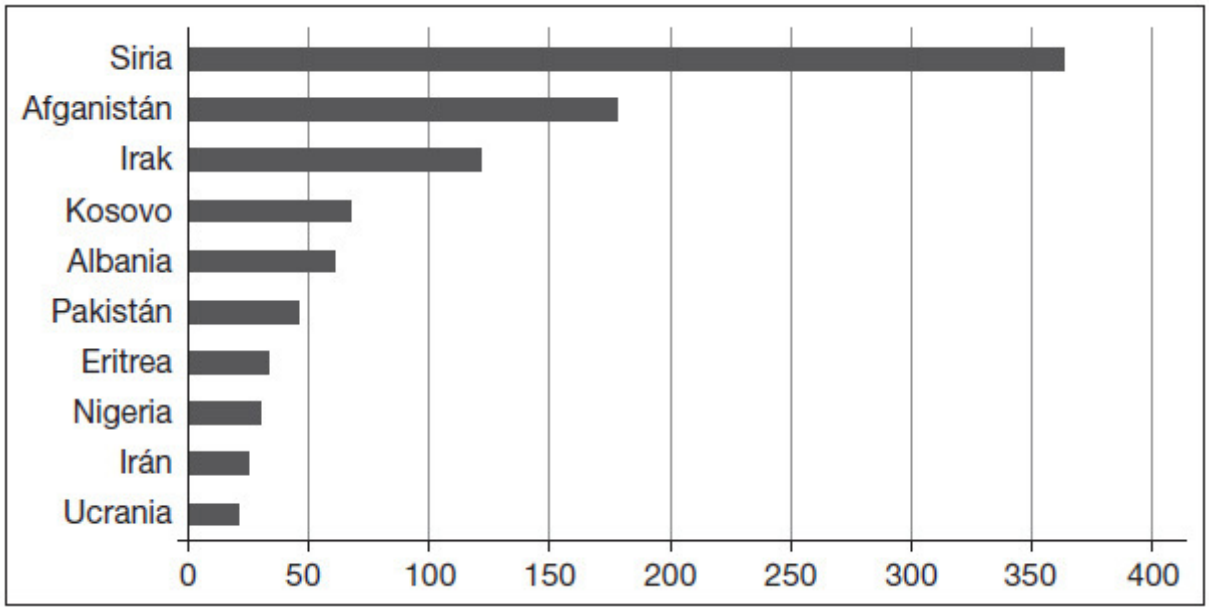
Tras su discurso de «los ríos de sangre», Powell fue destituido del gabinete en la sombra por el líder conservador Edward Heath. Powell recibió apoyo desde los sectores más inesperados: un millar de estibadores encabezados por Harry Pearman (un cristiano anticomunista) marchó enarbolando pancartas con eufónicos eslóganes como «Don't Knock Enoch» («No echéis a Enoch») o «Back Britain, Not Black Britain» («Recuperemos un Reino Unido sin negros»), en protesta por la «victimización» de Powell. [23]

Pronto les siguieron los portadores de carne del mercado de Smithfield, mientras el conservador *The Times* (entonces editado por William Rees-Mogg) tildaba el discurso de Powell de «maligno» (22 de abril de 1968). Powell recibió miles de cartas de apoyo. Huelga decir que, aunque Powell se equivocara en esta y muchas otras cosas y cambiara de opinión con frecuencia, ello no hizo mella en la admiración que le profesaban sus numerosos simpatizantes y hagiógrafos. Uno de ellos, Simon Heffer, autor de la sumamente larga y positiva biografía de Powell, escribió en 2012 un artículo sobre él en el *Daily Mail* con el titular «Un profeta proscrito: cien años después de su nacimiento, Enoch Powell ha sido vindicado en una multitud de cuestiones cruciales». [24] No se puede decir que el uso del verbo «vindicar» no entrañara polémica: Powell se había negado a la entrada británica en la Unión Europea y era un ferviente monetarista (o, dicho de otro modo, un pionero de los síntomas mórbidos).

No sorprende que el *Daily Mail* estuviera en la primera línea de los defensores de Powell, ya que sigue publicando artículos menospreciando a los refugiados, sosteniendo que muchos ni siquiera son refugiados o afirmando que «actualmente hay alrededor de 6,6 millones de refugiados en el norte de África, Jordania y Turquía esperando entrar en Europa» (24 de mayo de 2017). La mayoría de los refugiados que buscan cobijo en Europa vienen de Siria y Afganistán (véase la tabla siguiente), [25] y no alcanzan, ni por asomo, la cifra de 6,6 millones:

Clasificación de las diez nacionalidades más importantes en demanda de asilo a la UE

Primera solicitudes, en miles, durante 2015



Fuente: Eurostat

El *Daily Mail* no es un principiante en la difusión de noticias falsas (como la famosa e inventada Carta Zinóviev, publicada justo antes de las elecciones generales de 1924 con el titular «Los líderes socialistas traman una guerra civil») o en la elección de titulares negativos sobre los refugiados extranjeros: el 20 de agosto de 1938, este diario conservador trató de manera positiva las palabras de un magistrado británico que se quejaba de que el modo en que «los judíos sin estado procedentes de Alemania» estaban «llegando a todos los puertos de este país» estaba siendo «ultrajante». [26] Pocos años antes, otro titular del *Daily Mail* saludaba a la Unión Británica de Fascistas con un editorial escrito por su propietario, lord Rothermere: «Un hurra por los camisas negras» (15 de enero de 1934). A la semana siguiente, el *Daily Mirror* , de tendencia laborista, publicó el titular «Echemos una mano a los camisas negras». El autor era el mismísimo lord Rothermere, que también era dueño del *Mirror* . El antisemitismo en sus distintas formas gozaba de buena salud en la cúpula del Partido Laborista mucho antes de la furia provocada por el anticorbynismo paranoico. En 1922, en un panfleto prosionista escrito a su regreso de Palestina y publicado por la Confederación Laborista Socialista Judía Poale-Zion,

Ramsay MacDonald, futuro primer ministro laborista, distinguió entre los judíos sionistas buenos y el judío plutócrata rico, «el verdadero materialista económico»:

> Es el tipo de persona cuyas opiniones sobre la vida hacen a uno antisemita. No tiene país ni familia. Como empresario o financiero, es un explotador de todo lo que pueda exprimir. Está detrás de cada maldad que cometen los gobiernos, y su autoridad política, siempre ejercida en la sombra, es mayor que la de una mayoría parlamentaria. De los cerebros, el más afilado, y de las conciencias, la más obtusa. [27]

En 1929, Sidney Webb, uno de los principales arquitectos de la organización socialista Sociedad Fabiana, posteriormente nombrado lord Passfield y secretario de Estado para las Colonias en el gobierno laborista, se congratuló de que no hubiera «ningún judío en el Partido Laborista» y de que el socialismo francés, alemán y ruso estuvieran «plagados de judíos». «Nosotros, gracias a Dios, no los tenemos», y añadió que probablemente fuera así porque en su partido no había dinero. [28] Aquella era una forma de antisemitismo muy extendida. Virginia Woolf —cuyo marido era judío—, aunque odiaba el fascismo, escribió el tipo de cosas que hoy seguramente causarían repugnancia: molesta por estar sentada junto a *sir* Philip Sassoon, al que describió como un «judío de Whitechapel de bajo linaje», reflexionó: «Cómo odié casarme con un judío, cómo odiaba la voz nasal de los judíos y sus alhajas orientales, sus narices y sus perillas»; si bien añadió: «... es que yo era una esnob: porque tienen una inmensa vitalidad, y creo que esta es la cualidad que más me gusta de ellos». [29]

La guerra no cambió de manera significativa la xenofobia británica. En 1948, en un artículo titulado «Dejémosles que sean desplazados» (20 de julio de 1948), destinado a atacar un plan de búsqueda de empleo para personas desplazadas en el Reino Unido (es decir, refugiados), el *Daily Mirror* bramó: «Otros países se han llevado la crema y nata y a nosotros nos han dejado la escoria ... Ellos aumentan nuestra incomodidad y hacen crecer la ola de criminalidad. Es intolerable. Hay que juntarlos y devolverlos a su país». En 1949, el órgano de la *intelligentsia* socialista, *New Statesman* (editado por el venerado Kingsley Martin), exigió una rígida selección de los ucranianos destinada a «excluir a analfabetos, deficientes mentales, enfermos, ancianos, políticamente sospechosos y de conducta perturbadora»: «[Deberíamos] eliminar la porquería entre los que ya han llegado». [30]

En Francia, la inmigración (sin la cual la propia Francia y todo Occidente en conjunto serían un lugar funesto) ha dado lugar a una literatura alarmista que ha resucitado antiguos tópicos racistas. Stephen Smith, en su libro *La ruée vers l'Europe. La jeune Afrique en route pour le Vieux Continent* (Grasset, París, 2018), asegura que cien millones de africanos podrían cruzar el Mediterráneo hasta 2050; el miembro de la prestigiosa Academia Francesa Alain Finkielkraut se lamenta en su superventas *L'identité malheureuse* (Stock, París, 2013) de los peligros que la inmigración podría acarrear a la identidad francesa (como si esta hubiera sido siempre un constructo sólido), y Renaud Camus, un exsocialista actualmente en la extrema derecha, denuncia en *Le grand remplacement* (publicado en 2011 por una pequeña editorial proisraelí) una «trama» para sustituir a la población francesa «real» por africanos. [31]

Hoy da dinero la islamofobia en detrimento del antisemitismo. Resulta difícil imaginar en la actualidad un *best seller* que haga sonar la alarma contra el supuesto poder de los judíos. En cambio, existen numerosos libros que advierten de la amenaza que los musulmanes representan para los «valores» europeos (entre los que no se incluyen, por lo visto, el nazismo o el estalinismo). El género islamófobo no es nada original: sostiene que hay demasiados musulmanes, que estos no tardarán en apoderarse de todo y que Occidente está condenado, a no ser que «nosotros» reaccionemos. La famosa periodista italiana Oriana Fallaci, en su exitoso y ampliamente traducido libro *La rabia y el orgullo* (escrito como respuesta al 11S y publicado en Italia en 2004) y en *La fuerza de la razón* (2004), produce textos llenos de insultos histéricos hacia «los hijos de Alá». El título de la obra de otra autora, Melanie Phillips (una periodista que, al igual que Fallaci, se ha desplazado ideológicamente de la izquierda a la derecha), lo dice todo: *Londonistan: How Britain is Creating a Terror State Within* («Londonistán: cómo Gran Bretaña está creando un estado terrorista dentro de sus fronteras») (2006). Un ejemplo más reciente de este género periodístico ha sido *The Strange Death of Europe: Immigration, Identity, Islam* (2017), del periodista británico Douglas Murray. En un artículo publicado en *The New York Times* , ante el envejecimiento de la población en Europa, el historiador Niall Ferguson añadió que «una sociedad musulmana joven en el sur y el este del Mediterráneo está preparada para colonizar —el término no es demasiado fuerte— una Europa senescente». [32] En *America Alone: The End of the World as We Know It* (2006), el

periodista canadiense Mark Steyn se lamenta del «hecho» de que, pronto, los musulmanes tendrán más hijos que los blancos, ya que «crían con ahínco». [33]

Mark Steyn puede estar tranquilo: los estadounidenses musulmanes (un 1 % de la población) tienen un promedio de 2,4 hijos durante sus vidas, mientras que los estadounidenses «normales» tienen una media de 2,1. [34] Según el Centro de Investigaciones Pew, la población musulmana de Estados Unidos será de 8,1 millones en 2050, un 2,1 % de la población total de la nación, menos que el porcentaje actual de musulmanes en el Reino Unido, Francia y Alemania. [35] No se puede decir que esto sea «criar con ahínco», precisamente.

Quien sí lo está haciendo es la comunidad estadounidense de judíos ortodoxos, con cuatro hijos por pareja (al contrario que el resto de los judíos, quienes, en general, son liberales y votan al Partido Demócrata). [36] No es este un fenómeno exclusivamente estadounidense. De hecho, en el Reino Unido, donde residen unos 270.000 judíos, los ultraortodoxos (cuya tasa de natalidad supera de largo la del resto de grupos) constituirán el 30 % de la comunidad judía en 2031 y, veinte años después, una mayoría de ellos habrá dejado atrás la imagen un tanto estereotipada del judío progresista, intelectual y cultivado. [37]

Anteriormente, en el *Wall Street Journal* del 4 de enero de 2006, Steyn predijo que, con toda seguridad, la población musulmana europea llegará al 40 % en 2025. [38] Semejantes temores demográficos son seculares y las estadísticas acostumbran a ser falsas (se supone que la prensa estadounidense siempre contrasta la información, pero parece que los responsables del *Wall Street Journal* estarían dormidos ese día). La población musulmana de la Unión Europea (apenas hay musulmanes en Europa del este, exceptuando, por supuesto, Rusia, donde constituyen una parte sustancial de la población) era de apenas el 4,9 % en 2016 (diez años después de la gran profecía de Steyn). Según el Centro de Investigaciones Pew, se barajan tres hipótesis sobre cuál será el porcentaje de musulmanes en Europa en 2050:

1. el 7,4 %, si no hay inmigración;
2. el 11,2 %, con inmigración «normal»;
3. el 14 %, si se mantiene la actual tendencia impulsada por la crisis de los refugiados. [39]

No solo los musulmanes son una amenaza para Estados Unidos. También están los mexicanos, o «violadores», como los llama Donald Trump. Esta es la lógica que hay detrás del «muro» que el presidente estadounidense prometió levantar sobre la frontera mexicana. Pero Trump no ha inventado nada, ya que sigue los pasos del «progresista» Bill Clinton. En 1994, la Operación Guardián de la administración Clinton pretendía hacer más difícil y peligroso para los inmigrantes mexicanos ilegales cruzar la frontera, ya que haría que el viaje a través del desierto y el terreno montañoso fuera más prolongado y arriesgado. Esta medida se saldó con cientos de muertos. [40] En 1996, Clinton firmó un proyecto de ley (Ley de Reforma de la Inmigración Ilegal y de Responsabilidad del Inmigrante) que establecía un enorme sistema de deportaciones que se mantuvo hasta la época Trump. Tampoco debemos ignorar el apoyo ofrecido por Hillary Clinton al golpe de Estado en Honduras en 2009, cuando ella era secretaria de Estado y Obama, presidente. Dicho golpe propició en gran medida la oleada de refugiados e inmigrantes hondureños.

Durante los meses de mayo y junio de 2018, una aplicación estricta (tolerancia cero) de la legislación vigente en Estados Unidos hizo que 2.342 hijos de inmigrantes ilegales fueran separados de sus familias y metidos en jaulas de acero en centros de detención masiva. [41] El espectáculo de los niños llorando y pidiendo ver a sus padres horrorizó a muchos estadounidenses, pero no a Trump. Laura Bush, esposa del expresidente George W. Bush, denunció a través del diario *Washington Post* esa cruel e inmoral aplicación de las normas. [42] A esta denuncia se sumó aparentemente Melania Trump cuando declaró que detestaba «ver a los hijos separados de sus familias» —¿quién no?—. Tras considerar que había ido demasiado lejos, y a pesar de estar firmemente convencido de que los inmigrantes indocumentados «no son personas, son animales», *the Donald* cedió y dio un insólito —y tal vez momentáneo— giro de 180 grados. [43] Ann Coulter, una analista política famosa por sus comentarios arrebatados, afirmó en la cadena de noticias Fox News que los niños que lloraban eran «actores». [44] El reagrupamiento de estas familias se prevé difícil, quizá imposible, ya que los menores están diseminados por todo el territorio de Estados Unidos.

Algunos inmigrantes mesoamericanos en Estados Unidos son etiquetados, de manera algo despectiva, como migrantes «económicos» en vez de refugiados, como si el deseo de emigrar para mejorar la vida de uno

fuese algo de lo que avergonzarse, como si Estados Unidos no fuera un país hecho de inmigrantes. Mantener alejados a los que huyen del hambre, las guerras o la persecución es aún más vergonzante. En este sentido, el historial británico de acogida de refugiados es del todo censurable, pero no tanto como el de Japón, que en 2017 aceptó solamente veinte solicitudes de asilo de las veinte mil recibidas. [45] Las cifras de Estados Unidos, un país con trescientos millones de habitantes, son pésimas. En 2015, bajo la presidencia de Obama, fueron admitidos 2.192 refugiados procedentes de Siria. En 2018, hasta el mes de abril, fueron once, aunque, conmovido por la grave situación de los sirios (supuestamente) gaseados por el régimen de Al Asad, el gobierno estadounidense ordenó bombardear varias instalaciones militares sirias. [46]

La prensa sensacionalista británica transmite la imagen de que su país está plagado de solicitantes de asilo, pero la realidad es completamente distinta. En 2015 se calculó que había 123.000 refugiados en el Reino Unido, alrededor de un 0,2 % de la población. [47] Por contra, desde el 25 de agosto de 2017, más de 647.000 refugiados se han trasladado de Birmania a Bangladés, uno de los países más pobres del mundo. [48]

La histeria en torno a los refugiados es habitual en la prensa, incluida la británica, pero los políticos juegan a lo mismo: David Davies, un conservador galés, y Jack Straw, antiguo ministro laborista del Interior y de Exteriores, recurrieron al amarillismo para pedir que los hijos de los refugiados en Calais se sometieran a pruebas dentales para determinar su edad. [49]

La voz más importante, con diferencia, que se ha alzado en Europa contra la histeria antirrefugiados ha sido la de la canciller alemana y presidenta de la Unión Demócrata Cristiana (CDU), Angela Merkel. Demostrando una integridad poco habitual, tanto en la izquierda oficial como entre el resto de los líderes europeos, Merkel, en el momento más álgido de la crisis de los refugiados, decidió abrir las fronteras para acoger a más de un millón de ellos. Era una oportunidad para los alemanes de ofrecer una buena imagen. Tal como escribió el político liberal-conservador irlandés Thomas Meaney, «durante un período breve, los alemanes se han sentido totalmente encantados con su propia magnanimidad, entregando botellas de agua y muñecos de peluche a los sirios», a diferencia de los franceses, que se aseguraron de que los refugiados se pudriesen en la «jungla» de Calais (una política seguida tanto por el socialdemócrata

Hollande como por el centrista Macron), o los británicos, que apenas aceptaron a ninguno, o los húngaros, que cerraron sus fronteras. [50] La popularidad de Merkel empezó a descender después de los casos de agresiones sexuales (incluidas veinte violaciones o intentos de violación) cometidas sobre 1.200 mujeres en Colonia y otras ciudades alemanas por parte de unos dos mil norteafricanos durante la celebración de la Nochevieja de 2015 a 2016.

La opinión negativa que un país tiene de los musulmanes es casi inversamente proporcional al número de musulmanes que viven en él. En Hungría (el estado más islamófobo), un 72 % ve de manera negativa a los musulmanes, los cuales constituyen un 0,1 % de la población; en Italia, un 69 % (allí hay un 3,7 % de musulmanes), y en Polonia, un 66 % (donde la población musulmana es del 0,1 %). Las opiniones negativas alcanzan los índices más bajos (alrededor del 28 o 29 %) en los países donde el porcentaje de población musulmana es mayor: Francia (7,5 %), Alemania (5,8 %) y el Reino Unido (4,8 %). [51]

Según una encuesta realizada por el Proyecto de Globalismo YouGov-Cambridge, los británicos están más convencidos de los beneficios de la inmigración que cualquier otra gran nación europea. Casi la mitad de ellos cree que los inmigrantes tienen un efecto positivo o neutro para el país, y el 28 % piensa que los beneficios de la inmigración superan los costes, en comparación con el 24% en Alemania, el 21 % en Francia y el 19 % en Dinamarca. En cambio, el 50 % de los italianos cree que el impacto neto de la inmigración es negativo, así como el 49 % de los suecos, el 42 % de los franceses y el 40 % de los alemanes. Sin embargo, los británicos también se muestran relativamente hostiles a los refugiados. Solo el 29% de ellos (a diferencia del 44 % de los franceses) considera que las personas que huyen de la guerra o de la persecución son buenas para el país. [52]

El auge de los partidos antiinmigrantes en Europa no se puede explicar únicamente por la existencia de una situación económica preocupante. En España, Irlanda y Portugal, las políticas antiinmigración son más o menos contenidas. Su éxito en otras partes de Europa está relacionado con factores ideológicos, como la sensación de un ataque a la identidad nacional y su aprovechamiento por parte de los partidos políticos con el famoso «estilo paranoico» que describió el historiador Richard Hofstadter en su clásico análisis de la derecha radical estadounidense durante el macartismo (*The Paranoid Style in American Politics* , 1966).

En Estados Unidos, la islamofobia paranoica está intelectualmente avalada por *think tanks* que afirman ser imparciales, como el derechista Instituto Gatestone (uno de sus presidentes fue John Bolton, afortunadamente efímero embajador de Estados Unidos en las Naciones Unidas y, más adelante, aunque no por mucho tiempo, asesor de Trump en temas de seguridad nacional). Su página web contiene artículos en los que se asegura que en Europa hay «zonas intocables» de población musulmana y «microestados gobernados por la ley islámica de la *sharía* ». La idea de las zonas intocables fue introducida por el «experto» en terrorismo Steven Emerson, que afirmó que Birmingham (la segunda ciudad más importante del Reino Unido) era «totalmente musulmana ... donde los no musulmanes simplemente no pueden entrar». Más tarde se disculpó de manera miserable («un tremendo error ... lo lamento profundamente»), pero sus palabras ya habían trascendido y el primer ministro David Cameron describió a Emerson, con mucho acierto, como «un perfecto idiota». [53] Lo mismo podría decirse de Peter Hoekstra, el embajador en los Países Bajos (a la vez que inmigrante holandés) nombrado por Trump. En 2015, Hoekstra había afirmado que allí también había «zonas intocables» donde los islamistas radicales prendían fuego a coches y políticos. En un programa de la televisión holandesa negó haber hecho tales afirmaciones («noticias falsas», dijo), pero le mostraron los vídeos delatores. [54] Esta gente no solo miente, sino que olvida que miente.

Los agoreros que más libros han vendido se han limitado a repetir los viejos tópicos recurrentes que triunfaban alrededor del año 1900, cuando emergía una literatura moderna del alarmismo: todo estaba condenado, los bárbaros eran una amenaza y nuestros valores estaban en peligro. Quizá lo estén, pero no necesariamente por culpa de los musulmanes: en Estados Unidos, una mayoría —pequeña— de los musulmanes estadounidenses apoya el matrimonio homosexual, mientras que la oposición a este la componen casi por entero los cristianos evangelistas y testigos de Jehová, muchos de los cuales apoyan a Trump. [55]

El fatalismo es un tema fascinante. Al finalizar la primera guerra mundial, la idea de la «decadencia y caída» se convirtió en un género de moda, popularizado después por escritores como Arnold Toynbee en los distintos volúmenes de su *Estudio de la Historia* (1934-1961) u Oswald Spengler en su exitosa obra *La decadencia de Occidente* , publicada en 1918, aunque redactada antes de la guerra. La xenofobia reinaba entre las

clases cultas. El pensador alemán Max Weber, modelo del liberalismo político, pero siempre más nacionalista que liberal, se alarmó por la llegada de trabajadores polacos y defendió el cierre de las fronteras orientales de su país. «Desde el punto de vista de la nación», escribió, «las grandes empresas que solamente pueden mantenerse en detrimento de la raza alemana merecen acabar destruidas». [56] Más recientemente, Samuel P. Huntington (el del «choque de civilizaciones») teorizó (si se puede llamar así a la exposición de prejuicios banales tomados en serio solo porque era profesor de Harvard) la incompatibilidad de varias identidades en una única nación y las amenazas que representan para «Occidente» sobre todo los musulmanes (por lo visto todos ellos, ya fuera en Indonesia, Pakistán, Marruecos, Irak, Albania o Nigeria) y, también, los cristianos no protestantes, ya que su último libro, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense* (2004), advertía de la amenaza cultural impuesta por la inmigración procedente de América Latina. [57]

Hoy se alzan cada vez más voces contra la inmigración en toda Europa. En Alemania, por ejemplo, la xenofobia ya no es patrimonio exclusivo de sectores marginales y partidos emergentes, como Alternativa para Alemania (Alternative für Deutschland, AfD). El político Thilo Sarrazin, del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) y antiguo miembro del consejo ejecutivo del Bundesbank, el Banco Federal Alemán, ofreció una entrevista a la revista cultural germana *Lettre International* (septiembre de 2009) en la que habló de la gran cantidad de árabes y turcos berlineses que, según él, se dedicaban a poco más que vender fruta y verdura y producir «niñas con chador» mientras vivían de las ayudas oficiales y se negaban a integrarse (incluso aportó estadísticas de tales «inadaptados»: el 70 % de los turcos y el 90 % de los árabes). [58] Posteriormente, en 2010, Sarrazin utilizó su recién adquirida notoriedad para publicar un libro lleno de hostilidad hacia los inmigrantes, *Deutschland schafft sich ab* («La abolición de Alemania»), que se convirtió en un *best seller* , con 1,5 millones de copias vendidas (al parecer, fue el libro de no ficción de tapa dura más vendido en Alemania desde la posguerra). [59] Su última obra, que posiblemente propaga el mismo mensaje, titulada *Feindliche Übernahme. Wie der Islam den Fortschritt behindert und die Gesellschaft bedroht* («Una toma hostil. Cómo el islam obstaculiza el progreso y amenaza a la sociedad»), ha tenido problemas para publicarse. Gran parte de su discutible batiburrillo de pseudociencia evocadora de antiguas teorías eugenésicas ha sido ampliamente criticada

por científicos en todas partes, incluida Angela Merkel, fisicoquímica de formación. Pensadores liberales, como el jurista Christoph Schönberger y el politólogo Herfried Münkler, creían que Alemania podía liderar Europa precisamente porque su pasado la había vacunado contra distintas variedades de populismo moderno, a diferencia de Francia (Le Pen), Italia (Liga Norte) y Grecia (Amanecer Dorado). [60]

Eran demasiado optimistas. Llegó un momento en Alemania en el que determinados puntos de vista, hasta entonces considerados ilícitos, se volvieron aceptables. En las elecciones federales de septiembre de 2017, un partido de reciente creación que hasta hacía poco se veía como una formación marginal de derechas, Alternativa para Alemania, obtuvo el 12,6 % del voto popular y se convirtió en la tercera formación más importante del país. Obtuvo unos resultados particularmente buenos en los estados de la antigua Alemania Oriental, donde la población inmigrante es escasa. Tampoco se puede decir que sea el principal partido de los «excluidos», dado que el 39 % de sus simpatizantes tienen unos ingresos por encima de la media. [61] AfD fue fundada por figuras conocidas que se habían opuesto a los programas de rescate para Grecia. Una de ellas, Konrad Adam, era el editor de la sección de cultura del reputadísimo diario conservador *Frankfurter Allgemeine* . Su portavoz adjunto en 2014 era Hans-Olaf Henkel, que había sido miembro de Amnistía Internacional (!) y presidente de la Federación de Industrias Alemanas (BDI) entre 1995 y 2000; abandonó el partido cuando este se transformó en una formación abiertamente xenófoba. Su portavoz parlamentaria, Alice Weidel, ha trabajado para Goldman Sachs y tiene como modelo a Margaret Thatcher: también es euroescéptica y un poco feminista, tal como dio a entender cuando se quejó de que solo un 18 % de los votantes de AfD eran mujeres. [62] Como si quisiera despistar a quienes piensan que la homofobia es inherente a la extrema derecha, Weidel salió del armario para hacer público su lesbianismo, y tiene dos hijos adoptivos con su compañera, de origen ceilandés. Pero, de manera oficial, el partido que encabeza rechaza los matrimonios homosexuales y defiende la familia tradicional. [63]

En Italia, el racismo es ciertamente menos complicado y más vulgar, y no únicamente entre los aficionados al fútbol (donde el racismo es endémico en toda Europa y los jugadores negros son objeto de insultos y sonidos que imitan gritos de mono; en Inglaterra, en las décadas de 1970 y 1980, el cántico «There ain’t no black in the Union Jack / Send the bastards

back» [«El negro no es un color de nuestra bandera / Bastardos fuera»] se podía escuchar en cada partido). [64] El mandamás del fútbol italiano, Carlo Tavecchio, se hizo famoso por lamentar que en su país jugara gente que antes estaba «comiendo plátanos», refiriéndose a los futbolistas africanos. [65] A pesar de tales comentarios (y de su historial delictivo: evasión fiscal, acoso sexual, etc.), Tavecchio fue elegido presidente de la Federación Italiana de Fútbol en 2014 y reelegido en 2017. Dimitió en noviembre de ese año porque Italia no consiguió clasificarse para el Mundial de 2018 (y no por los numerosos cargos que se le imputaban).

En política, la situación es peor. El 13 de julio de 2013, siendo vicepresidente del Senado, el dirigente de la xenófoba Liga Norte y antiguo ministro del gobierno de Silvio Berlusconi, Roberto Calderoli, declaró socarronamente —por lo visto, le parecía divertido— que la ministra de Integración, Cécile Kyenge (nacida en la República Democrática del Congo), le recordaba a un orangután. Kyenge, miembro del centroizquierdista Partido Demócrata (Partito Democratico, PD), fue objeto de insultos constantes y le llegaron a lanzar un plátano mientras pronunciaba un discurso en público. Calderoli fue absuelto por el Senado (con los votos del propio PD) de la acusación de incitación al odio racial. A «cambio», el político tuvo que retirar las quinientas mil enmiendas que había presentado contra las reformas constitucionales propuestas por el Partido Demócrata. Calderoli no es un novato de los comentarios repulsivos. En 2016 dijo que la selección francesa de fútbol había perdido contra Italia porque era un equipo lleno de «negros, islamistas y comunistas». [66] ¿Qué debió de haber dicho cuando Francia ganó a Italia en 1998? A principios de 2018, cuando Calderoli todavía era vicepresidente del Senado, su partido, la Liga Norte, firmó un pacto de colaboración con Rusia Unida, la formación de Putin, así como con otros partidos europeos de extrema derecha. [67] En 2019, Calderoli fue condenado a dieciocho meses de prisión por difamación e incitación al odio racial, pero, dadas las peculiaridades del sistema legal italiano, es poco probable, por desgracia, que vea una cárcel por dentro.

A Berlusconi —cómo no— le faltó tiempo para utilizar el comodín de la inmigración. En febrero de 2018, durante la campaña electoral para los comicios de marzo de ese mismo año, anunció que la inmigración era «un tema muy urgente» porque en Italia había entonces «seiscientos mil inmigrantes sin autorización para quedarse» y estos representaban «una

bomba social a punto de explotar», ya que estaban «dispuestos a cometer crímenes». Un par de semanas antes, la cifra de inmigrantes era de 476.000. Según parece, no se acordaba de que en Italia se habían cometido más crímenes mientras él era primer ministro (2008-2011) que en los últimos cinco años, cuando el número de inmigrantes había descendido notablemente. [68] Berlusconi hizo estos comentarios como respuesta al tiroteo perpetrado por un activista de la Liga Norte, Luca Traini, que se saldó con seis inmigrantes africanos heridos en Macerata, en el sur de Italia. Las elecciones de 2018 estuvieron dominadas por la inmigración (aunque el problema principal fuera el desempleo, en especial el juvenil). Los resultados dieron la victoria, en términos porcentuales, al Movimiento 5 Estrellas (M5S, euroescéptico y antiinmigrante), pero la coalición de centroderecha obtuvo el mayor número de escaños, si bien no consiguió una mayoría de gobierno suficiente. Sin embargo, el principal partido de esta coalición de centroderecha era ahora la ultraderechista Liga Norte, que superaba a la Fuerza Italia de Berlusconi, y este partido, en alianza con el Movimiento 5 Estrellas, tenía ahora mayoría suficiente. No por mucho tiempo, ya que Salvini, en 2019, asumiendo que podría forzar nuevas elecciones y dejar atrás al Movimiento, fue derrocado por el propio Movimiento, que simplemente cambió de bando y forjó una inestable alianza con el centroizquierdista Partido Demócrata.

En Francia, la líder del Frente Nacional, Marine Le Pen, se mantuvo prudentemente distanciada de los comentarios en extremo racistas que había proferido en el pasado hasta que le recordaron —como hizo la periodista británico-iraní Christiane Amanpour en una entrevista emitida por la CNN el 20 de enero de 2017— las advertencias que había lanzado en 2012, cuando dijo: «Algunos [inmigrantes] os robarán la cartera y maltratarán a vuestras esposas». La práctica del racismo abyecto se ha dejado para unos pocos candidatos del Frente Nacional, pero casi nadie duda de que el principal atractivo de este partido sean la xenofobia y la islamofobia. Las cifras así lo demuestran: una tercera parte del país que en 1789 redactó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano votó a Le Pen en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2017 (y piensa, obviamente, que los derechos del hombre y el ciudadano no deberían extenderse a quienes no sean franceses «de verdad»).

No es este un problema exclusivo del Frente Nacional. La ola de islamofobia en Francia no es un tema menor y la «izquierda» tampoco se salva. Muchos intelectuales han aprovechado la oportunidad de alabar a cualquiera que exprese aversión al islam, sobre todo después del demencial ataque a los periodistas del semanario satírico *Charlie Hebdo* , perpetrado el 7 de enero de 2015 por dos terroristas musulmanes, que se saldó con dos personas muertas y once heridas. *Sumisión* , la banal novela de Michel Houellebecq, retrata una Francia «legalmente» controlada por el islam. El libro fue un éxito de ventas y su autor, conocido por proferir insultos deliberadamente provocadores contra el islamismo —«es asqueroso leer el Corán», etc.— que se sumaron a su ya mala fama, no tardó en ser aplaudido por intelectuales «ilustres» y gurús diversos, como Alain Finkielkraut (autor de un libro sobre antisemitismo y miembro de la Academia Francesa), Bernard-Henri Lévy, Emmanuel Carrère, Hélène Carrère d'Encausse (experta en historia de la Rusia soviética y secretaria permanente de la Academia Francesa) y muchos otros. [69]

En el verano de 2016, agentes de la policía francesa que patrullaban por las playas de Niza multaron a una mujer musulmana por ir sin traje de baño. Iba completamente vestida y llevaba el pelo cubierto, aunque no la cara (desde abril de 2011, en Francia —al igual que en los Países Bajos y otros estados europeos socialmente «liberales»— está prohibido llevar el rostro tapado en espacios públicos, a pesar de que estas leyes tan estúpidas son difíciles de hacer cumplir). [70] El 28 de julio de 2016, el alcalde de Cannes, David Lisnard (del partido de centroderecha Los Republicanos), prohibió el uso del burkini, una especie de bañador que cubre casi todo el cuerpo, pero lo suficientemente cómodo para nadar. Francia fue —merecidamente— ridiculizada en Twitter con la etiqueta #WTFFrance (*What the fuck France*). El alcalde se justificó con el argumento de que no llevar un bañador «normal» iba contra los principios de la *laïcité* —deberían haberle dicho que nunca se había multado a una monja por andar por la playa vestida con su hábito reglamentario—. Marine Le Pen se sumó a la lucha con una novedosa definición de lo que significa para ella ser francesa: «La France, ce n'est pas le burkini sur les plages. La France, c'est Brigitte Bardot» («Francia no es el burkini en las playas. Francia es Brigitte Bardot»).

La supuesta laicidad francesa se ha convertido, cada vez más, en una excusa para la islamofobia, al tiempo que conserva su atractivo como mito fundacional de la Francia moderna. Se supone que debe haber separación entre Iglesia y estado, pero la moral convencional —en Francia y el resto de Occidente— está llena de tabús y dogmas, de cosas permitidas y prohibidas, de celebraciones rituales y fiestas de guardar cuyos orígenes son religiosos. Así, la Francia laica echa el cierre en Lunes Santo, la Ascensión, Pentecostés, la Asunción de la Santísima Virgen María, Todos los Santos y, por supuesto, Navidad. En consecuencia, judíos y musulmanes deben adaptarse a esta «laicidad» en sus festividades. Además, una ley del 31 de diciembre de 1959 establece que el estado secular francés —es decir, los contribuyentes— está obligado financiar más de ocho mil escuelas, católicas en su mayoría, y, por tanto, a sus dos millones de alumnos (17 % del total) y 140.000 profesores. [71]

En nombre de la *laïcité* , más de diez municipios de la Costa Azul francesa prohibieron el burkini, inventado y bautizado en 2003 por un australiano de origen libanés y que, en el Reino Unido, estaba a la venta en los grandes almacenes Marks and Spencer. Este ridículo *affaire* no terminó con unos pocos alcaldes sin principios arramblando votos después de enturbiar las aguas. Laurence Rossignol, ministra —socialista— para los Derechos de la Mujer, se sumó a la recta lucha contra el burkini al considerarlo un símbolo de opresión contra las mujeres. Pronto recibió el apoyo del primer ministro Manuel Valls, el socialista de derechas, quien en 2012 había defendido el derecho de los judíos a llevar la kipá. [72] Al igual que los talibanes, las autoridades iraníes y otros modelos de concepción totalitaria de la sociedad, Rossignol, Valls y otros quisieron imponer normas de vestimenta a las mujeres. Electoralmente hablando, sabían lo que hacían: según un sondeo de la empresa de demoscopia IFOP, el 64 % de los franceses estaba en contra del uso del burkini en las playas y solo un 6 % estaba a favor; al resto le era indiferente. [73] Finalmente, el Consejo de Estado —el más alto tribunal administrativo galo—, como sabía más de derechos humanos que muchos ministros socialistas, restableció la sensatez y derogó la prohibición, una decisión acogida por el diario *Le Monde* como una victoria del Estado de derecho. [74]

Sensatez que duró poco, al menos entre los políticos franceses de derechas. Consternado por los pobres resultados de François Fillon, candidato de Los Republicanos —los herederos del gaullismo— para las

elecciones presidenciales de 2017, el partido eligió como sucesor al aspirante de extrema derecha Laurent Wauquiez (con un abrumador 74,6 % de los votos, si bien solamente participó el 42 % de los electores inscritos). Wauquiez había presentado un programa antiinmigración que, según esperaban Los Republicanos, atraería a votantes del Frente Nacional. Entre otras cosas, reclamó «una derecha que no pida perdón por ser de derechas». [75] Al igual que Fillon, Wauquiez es un ferviente católico contrario al estado del bienestar, la semana laboral reducida, el matrimonio entre personas del mismo sexo y hasta la fertilización *in vitro* . Explicó que la homosexualidad era incompatible con sus «valores personales». En cambio, Marine Le Pen se declara «liberal» en lo relativo a los derechos de los homosexuales (una estrategia vista como un intento más de atacar a los musulmanes basándose en la creencia ampliamente extendida de que el islam es particularmente homófobo).

La histeria desencadenada en Francia por los símbolos de devoción de la fe musulmana ha continuado incluso bajo la presidencia de Macron. En mayo de 2018, Maryam Pougetoux, líder estudiantil de la Sorbona, fue entrevistada en televisión con el hiyab puesto. Habría tenido menos problemas si se hubiera presentado en bikini. No solamente fue atacada por los provocadores habituales, sino también por el ministro de Interior, Gérard Collomb —exsocialista y masón—, a quien «escandalizó» que una dirigente estudiantil pudiera llevar semejante símbolo religioso. *Charlie Hebdo* , el semanario que había sufrido el azote del terrorismo y se había declarado orgulloso defensor de las libertades republicanas, se arrastró todavía más hondo en el fango racista publicando una caricatura «satírica» que mostraba a Maryam Pougetoux, de diecinueve años, con facciones simiescas. [76]

En 2017, el Tribunal Europeo de Justicia dictaminó que los empleadores podían prohibir a sus trabajadores la exhibición de símbolos religiosos. El asunto fue remitido por un tribunal belga en 2006, cuando una recepcionista de la filial en Bélgica de la empresa de seguridad británica G4S fue despedida porque quería llevar chador. Aunque los principales objetivos de la prohibición eran las mujeres musulmanas, la resolución significó que, en teoría, un empresario podía impedir que un hombre judío llevara una kipá, un sij llevara un turbante o las personas cristianas llevaran cruces. Entretanto, en Francia, Dinamarca, Bulgaria, Austria, Bélgica y zonas de Suiza está prohibido llevar en espacios públicos burka y nicab

(prenda que cubre el rostro), una decisión que Amnistía Internacional lamentó apoyándose en el evidente principio liberal de que «todas las mujeres deberían tener la libertad de vestir como quieran y llevar ropa que exprese su identidad o creencias». [77] En Baviera, en cambio, el ministro presidente Markus Söder, de la Unión Social Cristiana (CSU), aprobó una ley de «crucifijo obligatorio» (Kreuzpflicht) que compelía a colgar una cruz en la entrada de todos los edificios públicos. Una idea similar fue puesta en marcha en Italia por Matteo Salvini, líder del partido de extrema derecha Liga Norte y ministro del Interior. Ambas iniciativas se toparon con la firme desaprobación de la Iglesia Católica. En Baviera, el obispo de Wurzburgo, Franz Jung, el cardenal Reinhard Marx, arzobispo de Múnich, y otras eminencias eclesiásticas que, obviamente, saben más de principios de laicidad que el ministro presidente bávaro, lamentaron la decisión. [78] En Italia, el periódico católico *Famiglia Cristiana* , apoyado por obispos y jesuitas, condenó la iniciativa mostrando en primera plana el titular «*Vade retro* , Salvini», comparando al ministro con Satán. [79]

Los lamentos alarmistas sobre el fin de la civilización occidental y la llegada de «hordas» de inmigrantes no son nuevos en Francia. En 1880, Gustave Le Bon, autor de *Psicología de las masas* , dijo que tratar de imponer las costumbres occidentales o transformar a musulmanes en ciudadanos franceses era una pérdida de tiempo. En 1889 publicó el estudio *Recherches anatomiques et mathématiques sur les lois des variations du volume du cerveau et sur leurs relations avec l'intelligence* , donde «demostró» que, a más cráneo, más inteligencia, y que los parisinos tenían —cómo no— más capacidad craneal que los habitantes de provincias, y los hombres, más que las mujeres, etc. [80] En 1886, Édouard Drumont explicó en su popularísimo libro *La Francia judía* que los judíos nunca dejaban pasar la oportunidad de timar; que había que estar atentos a su «famosa nariz», orejas de soplillo, pies planos y «la piel húmeda y blanda del hipócrita y el traidor», y, por supuesto, su olor. [81]

Más recientemente, «racistas científicos» como Richard Lynn y Tatu Vanhanen afirmaron, en su libro *IQ and the Wealth of Nations* (2002), que el cociente intelectual (CI) medio de un país es la variable fundamental para explicar las diferencias de nivel de renta per cápita entre estados. Así, es de suponer que, si en Malaui descubren la mayor reserva petrolífera del mundo y, por consiguiente, aumenta su renta per cápita, el coeficiente intelectual de los malauíes también aumente. Pero hasta que llegue ese feliz momento, su

CI se mantendrá más bien bajo. Charles Murray y Richard Herrnstein, en su éxito de ventas *The Bell Curve* (1994), aseguraron que los blancos eran más inteligentes que los negros. La «ciencia» racial está pasada de moda. Entre líneas da a entender que educar a los negros es una pérdida de tiempo. Lo mismo se decía de las mujeres. Algunos todavía lo piensan.

Pero el miedo «racial» vende. En 1973, un siglo después de Drumont, Jean Raspail, un escritor católico de derechas que en 1981 ganaría el Grand Prix du Roman de la Academia Francesa, publicó su famosa novela *El desembarco* , que describe la llegada a Francia de un millón de inmigrantes procedentes del subcontinente indio. Atemorizados, los «verdaderos» franceses huyen de esta masa amenazante. En 2011, cuando miles de norteafricanos vinieron de verdad a buscar refugio a Europa, la novela fue reeditada y vendió más de veinte mil copias en pocos días. [82]

Las leyes contra los musulmanes practicantes han proliferado en toda Europa. En Suiza, un referéndum celebrado en 2009 dio pie a modificar la Constitución para impedir la construcción de minaretes (igualmente, tampoco se pueden construir iglesias en Arabia Saudí). Se pueden levantar edificios de gran altura, siempre que no sean minaretes. En 2014, otro referéndum decidió —por escasa mayoría— limitar el número de inmigrantes. Consultas anteriores sobre la misma cuestión habían fracasado, pero se habían celebrado antes de que el «miedo a la sobreextranjerización» (Überfremdungsangst) alcanzara cotas inauditas. [83]

En 2015 se produjo en Estados Unidos, antes de la llegada de Donald Trump a la presidencia, un fuerte aumento de delitos de odio contra musulmanes y árabes, el mayor registrado desde 2001. Otros grupos (LGBT, judíos, negros, blancos, etc.) también habían sido víctimas de este tipo de crímenes, pero los dirigidos contra musulmanes y árabes habían aumentado proporcionalmente más. [84]

En comparación, el Reino Unido de la época victoriana era un lugar más o menos tolerante. A pesar de la evidente hostilidad mórbida contra extranjeros, refugiados, inmigrantes, pobres o, simplemente, personas diferentes, entre 1823 y 1905 (cuando se aprobó la Ley de Extranjería) no fue expulsado ningún refugiado extranjero. Exiliados políticos, como Karl Marx, el socialista francés Louis Blanc, el nacionalista húngaro Lajos Kossuth, el nacionalista italiano Giuseppe Mazzini o el anarquista Felice

Orsini, tuvieron una vida medianamente feliz en Londres (Orsini fue arrestado y ejecutado cuando volvió a Francia para atentar contra Napoleón III; no debió haber salido del Kentish Town londinense...).

Los migrantes nunca han gustado. Si no les va bien y no trabajan, los llaman parásitos; si triunfan, peor, porque su éxito despierta la envidia de los demás. Esta es la suerte que han corrido los judíos allá donde han tenido que emigrar, pero también alemanes, griegos y armenios en los imperios zarista, austrohúngaro y otomano; los chinos en gran parte del sureste asiático, y los indios guyaratíes y punyabíes en África oriental (fueron expulsados de Uganda en 1972 y masivamente discriminados en Kenia).

Los insultos contra los que son «diferentes» han salido de todos los bandos. En 1880, en Italia, la revista jesuita *La Civiltà Cattolica* explicó que los judíos eran como «niños eternamente insolentes, obstinados, sucios, ladrones, mentirosos, incultos», que abusaban de la libertad que tenían para tratar de hacerse con el «control, no solo de todo el dinero ... sino de la propia ley» en aquellos países donde se les había permitido «acceder a cargos públicos». [85]

En Estados Unidos, la inmigración no blanca sufrió el maltrato de la violencia xenófoba. La Declaración de Independencia sostiene: «Consideramos evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales»; pero en California y gran parte de los estados del oeste de Estados Unidos se cobraban impuestos especiales a los chinos, a quienes también se les negaba el derecho a poseer tierras o, incluso, declarar contra los blancos ante un tribunal de justicia. [86] Tal discriminación fue establecida por ley en virtud de la Ley de Exclusión de China de 1882 (no derogada hasta 1943) y apoyada por la Federación Estadounidense del Trabajo (AFL). Samuel Gompers, presidente de la citada federación —y judío procedente del East End londinense—, declaró en 1905: «Los caucasianos no permitirán que negros, chinos, "japos" [sic] o cualesquiera otros destruyan su nivel de vida». [87] Henry George, el reformista radical y autor del exitoso libro *Progreso y miseria* (1879), arremetió contra los chinos diciendo que «sus principios morales son tan bajos como sus principios higiénicos», que eran «de costumbres inmundas» e «incapaces de entender nuestra religión» o «nuestras instituciones políticas». [88]

También en Australia las creencias supremacistas blancas se vieron como algo normal. En 1901, las políticas de la llamada «Australia blanca» limitaban la inmigración solo a blancos a través de una prueba de «dictado»

en cualquier idioma europeo (el Partido Laborista de Australia había querido excluir de manera explícita a asiáticos y africanos). Esta norma no llegó a abolirse completamente hasta 1973.

En Francia, en el Congreso Obrero de Lyon de 1878, un delegado se refirió a los árabes como «ese pueblo ignorante y fanático». El 7 de agosto de 1913, en el diario socialista *L'Humanité* , el parlamentario socialista anticlerical Maurice Allard (que también había intentado prohibir a los curas llevar el hábito en público) habló de los «primitivos y grotescos negros», con los que dijo tener mucho menos en común que con los alemanes. [89] La xenofobia estaba muy extendida en los sindicatos y era un reflejo de la preocupación de muchos franceses por la afluencia de trabajadores belgas e italianos (en 1886 había más de un millón de trabajadores extranjeros en Francia). [90] Entre 1881 y 1893, una treintena de italianos fueron asesinados en el sur de Francia en unos actos que solamente pueden ser descritos como pogromos. [91]

No hacía falta que la inmigración fuera masiva para que despertara el prejuicio racista. Entre 1908 y 1911, Joseph Havelock Wilson, parlamentario británico por el Partido Liberal y jefe del Sindicato Nacional de Marinos y Bomberos (NFSU), emprendió una campaña contra los trabajadores chinos de la flota mercante británica. [92] Sin embargo, en 1911 apenas había chinos en el Reino Unido, y muy pocos trabajaban en barcos británicos; había más en las flotas escandinavas. [93]

Los controles de inmigración son un invento moderno. Prácticamente durante todo el siglo XIX , la emigración (gran parte de la cual siempre fue *desde* Europa) no estuvo controlada. Poco antes del siglo XX, empezaron a imponerse restricciones en muchos países a medida que los gobiernos reclamaban su derecho a impedir la entrada de gente.

La diferencia entre ayer y hoy estriba en que, en la actualidad, en toda Europa hay partidos sólidamente atrincherados cuya única razón de existir es el odio hacia los inmigrantes y extranjeros. Y no se trata de partidos marginales; algunos están en el poder.

El problema es particularmente serio en algunos países excomunistas. Polonia tiene el partido Ley y Justicia; Letonia, Alianza Nacional; Eslovaquia, el Partido Nacional Eslovaco; y Lituania, Orden y Justicia. También proliferan los partidos nacionalistas que se obcecan en reinventar un pasado de victimismo o se lamentan de las batallas perdidas, como la de Kosovo de 1389, donde los otomanos vencieron a los serbios, o la batalla de

la Montaña Blanca de 1620 (Bitva na Bílé hoře), donde los católicos derrotaron a los protestantes en tierras checas. O bien celebran victorias como la de Carlos Martel sobre los árabes en Tours (o Poitiers) en el año 732, que supuestamente salvó a la Europa cristiana de los moros, cuando lo que hizo en realidad el noble franco fue impedir que saquearan un monasterio de la zona. [94]

En esta competición por el pasado más *kitsch* , la palma se la lleva el gobierno macedonio del partido VMRO-DPMNE (2006-2016), cuyas siglas significan Organización Revolucionaria Interna de Macedonia-Partido para la Unidad Nacional Macedonia. Esta formación nacionalista, convencida de que los macedonios actuales son descendientes directos de los macedonios de la época de Alejandro Magno (que nació en la Macedonia griega), se embarcó en un costoso proyecto, llamado «Skopie 2014», consistente en la construcción de monumentos extraordinariamente caros, destinados a ensalzar el pasado «glorioso» de Macedonia, como una estatua de 22 metros de altura que se cree que es de Alejandro Magno —en cuyo honor se bautizó también el Aeropuerto Internacional Alejandro Magno, en Skopie— y otra de la Madre Teresa de Calcuta (nacida en Skopie), así como distintos monumentos en recuerdo de los «héroes» que lucharon contra el Imperio Otomano (del que Macedonia formó parte).

Todos los estados homenajean a sus héroes nacionales erigiendo estatuas en plazas públicas: George Washington, Juana de Arco, Horatio Nelson, Garibaldi, etc. Pero estamos en pleno siglo XXI y Macedonia es uno de los países más pobres de Europa, más que Perú o Turkmenistán. [95] Por ello, uno no puede evitar cuestionarse que, con la pobreza y el desempleo (22 %) reinantes en este país balcánico, no haya mejores maneras de gastar el dinero público. Pero, como siempre, el nacionalismo —e incluso el nacionalismo más *kitsch* — prevalece sobre el sentido común. Sin embargo, tras la victoria, en mayo de 2017, de los demócratas pro Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y pro-UE liderados por Zoran Zaev, Macedonia parece haber recuperado la sensatez y se ha comprometido a ceder ante la obsesión griega de que, si el país se llama únicamente Macedonia, se está dando a entender que tiene algún tipo de ambición territorial sobre la región helena homónima —como si los griegos tampoco tuvieran cosas más importantes por las que preocuparse—. Se la conoce como la República de Macedonia del Norte. El nuevo nombre fue aprobado de forma masiva mediante un referéndum en 2018. «Macedonia del Norte»

recibió el 94 % de los votos, aunque solo el 36 % de los electores se molestó en acudir a las urnas. Así, Macedonia ya no es la ARYM (Antigua República Yugoslava de Macedonia) y el aeropuerto ya no se llama Aeropuerto Internacional Alejandro Magno, sino, simplemente, Aeropuerto Internacional de Skopje. Alejandro III de Macedonia puede por fin descansar en paz. Huelga decir que el cambio de nombre decepcionó a quienes, reacuñando el famoso eslogan, querían hacer Macedonia *great again* .

La conmemoración del pasado precomunista, por muy repulsivo que haya sido, es una característica cada vez más extendida entre el nacionalismo poscomunista. En Varsovia se erigió una enorme estatua en recuerdo a Roman Dmowski, el supuesto padre del nacionalismo polaco y eminente antisemita, al tiempo que se eliminaba una placa conmemorativa del lugar de nacimiento de Rosa Luxemburgo en Zamość. [96] Pero, como escribió Brecht en su epitafio para Luxemburgo (*Grabschrift für Rosa Luxemburg* , 1948):

> Aquí yace enterrada
> Rosa Luxemburgo,
> judía de Polonia,
> adalid de los obreros alemanes,
> asesinada por encargo
> de los opresores alemanes. ¡Oprimidos,
> enterrad vuestra discordia!

En Letonia, los veteranos de las divisiones locales de las Waffen-SS, acompañados de sus simpatizantes, desfilaron oficialmente el 16 de marzo de 2013 (Día del Armisticio en la república báltica) por la capital, Riga, para conmemorar su participación en la segunda guerra mundial como aliados de la Alemania nazi. [97] En Estonia, el ultraderechista Partido Popular Conservador (EKRE), defensor de una «etnia» estonia, antieuropeo, antiinmigración, homófobo y contrario a la minoría rusa del país, obtuvo en marzo de 2019 suficientes escaños para ser invitado a formar parte de la coalición gobernante, y se le concedieron cinco de las quince carteras ministeriales.

En Ucrania (occidental) se han multiplicado los monumentos a Stepán Bandera, el líder nacionalista que luchó junto a los nazis en la segunda guerra mundial. En Hungría hay varias estatuas de Miklós Horthy, aliado de Hitler durante el conflicto bélico. Bálint Hóman, destacado antisemita húngaro de entreguerras y defensor de la legislación antijudía, también iba a

tener estatua propia por iniciativa del gobierno de Viktor Orbán, pero, cuando estalló el escándalo, Israel (gran aliado de Orbán) se molestó. Barack Obama intervino, la administración húngara dio marcha atrás y Hóman se quedó sin estatua. [98]

El actual gobierno húngaro no representa ni mucho menos la extrema derecha en el país. Sin embargo, Viktor Orbán anunció en 2014, justo antes de ganar por mayoría aplastante las elecciones parlamentarias, que tenía la intención de abandonar la «democracia liberal» en Hungría, presumiblemente para hacer de su país algo parecido a la Rusia de Putin o la Turquía de Erdoğan. E incluso habiendo descrito a los solicitantes de asilo como un «veneno» y alabado la figura de Trump, Orbán tiene a su derecha un partido aún más extremista, el Jobbik Magyarországért Mozgalom (Movimiento por una Hungría Mejor), que, forzado a reposicionarse hacia el centro, obtuvo un destacado 20 % de los votos en 2014 y 2018. [99]

Jobbik se define como un partido «radical», «patriótico» y «cristiano», un adalid de los valores e intereses de Hungría. Está a favor de la pena capital y en contra de la integración europea y el capitalismo global (está convencido de que los judíos —por ejemplo, George Soros— quieren acaparar Hungría, pero también lo está Orbán). Entre sus quimeras, Jobbik tiene la creencia de que los húngaros descienden de la raza «uralo-altaica», un concepto que un variopinto grupo de nacionalistas finlandeses y húngaros consiguió imponer en el siglo XIX . Esta formación también cuenta con una facción paramilitar, la Magyar Gárda (Guardia Húngara), fundada en 2007 y disuelta por los tribunales en 2009, ampliamente calificada de neofascista y cuyo uniforme está inspirado en el del antiguo partido pronazi húngaro Cruz Flechada.

La proliferación de organizaciones y partidos políticos de extrema derecha en Europa oriental es un aspecto más del desencanto general causado por el fracaso del poscomunismo y la democracia liberal.

El 1 de mayo de 2004, la Unión Europea había dado la bienvenida a diez nuevos estados miembros, incluidos ocho del antiguo Bloque del Este. Los confiados europeos lo celebraron, pero quedaron rápidamente decepcionados. Las elecciones celebradas al mes siguiente para elegir el Parlamento Europeo fueron un fiasco: en todos los países recién admitidos,

con la excepción de Lituania, la participación (42,61 %) fue inferior al ya bajo promedio de la UE; en la República Checa y Eslovaquia, el porcentaje fue de un 18 % y un 13 %, respectivamente.

La situación también podría definirse como alarmante en Rusia. Según una encuesta realizada en 2017 por el Centro Analítico de Yuri Levada, la mayoría de los rusos consideraba a Stalin como «la figura más destacada» de la historia, seguido de Putin y Pushkin (¡al mismo nivel!). [100] El año anterior, un 8 % de los encuestados pensaba que Stalin había tenido un «papel claramente positivo» en la historia del país, mientras que un 46 %, más cauto, opinaba que el rol del mandatario soviético había sido «probablemente positivo »; solo el 6 % lo calificó como «claramente negativo» («probablemente negativo» para un 24 %). [101] Estas cifras son representativas de lo que algunos han definido como «nostalgia» de determinados aspectos del comunismo, como las prestaciones sociales, el pleno empleo y la capacidad de mantener «la ley y el orden». En 2009, un informe de Reuters citaba a una mujer búlgara de treinta y un años que vivía en la empobrecida localidad de Bélene: «Antes vivíamos mejor, nos íbamos de vacaciones a la playa y a las montañas, y teníamos montones de ropa, zapatos y comida. Hoy gastamos la mayor parte de nuestros ingresos en alimentos. La gente con títulos universitarios está desempleada, y muchos han emigrado». Un estudio elaborado por Gallup en 2008 situó Bulgaria, Serbia y Rumanía entre los diez países más descontentos del mundo. [102]

La situación en los Balcanes es tan acuciante que hay quien echa de menos los «viejos tiempos» del comunismo. Los salarios son bajos; el desempleo, muy alto, y la paz, precaria. En Serbia, en enero de 2017, el entonces presidente del país, Tomislav Nikolić, declaró que enviaría al Ejército a Kosovo si la población serbia local se veía amenazada. En junio de 2017, en Montenegro, la oposición sostenía que el país estaba al borde de una guerra civil. En Kosovo, Albin Kurti, el líder del partido más importante (Vetëvendosje!) y posible futuro primer ministro, pensaba que una disputa fronteriza con Montenegro podría degenerar en un conflicto armado. En Macedonia, los partidos de la minoría albanesa temen que el país se parta en dos, al estilo ucraniano. Milorad Dodik, el presidente de la República Serbia (Srpska) de Bosnia —una de las dos «entidades» que conforman la Federación de Bosnia y Herzegovina— está convencido de que su país está a punto de desmoronarse. El primer ministro albanés, Edi

Rama, apoyado por el presidente kosovar Hashim Thaçi —acusado de tráfico de órganos humanos por el Consejo de Europa—, ha amenazado con unificar Albania y Kosovo, una iniciativa que conduciría a una guerra segura. [103] Cuando, en 2007, la alta representante de la Unión Europea, Federica Mogherini, visitó el Parlamento montenegrino, la oposición boicoteó su intervención, y cuando habló ante el Parlamento serbio fue interrumpida por los nacionalistas euroescépticos con gritos de «Serbia, Rusia, no necesitamos a la Unión Europea». [104] Hasta hace poco, cualquier representante de Bruselas era una figura a la que había que respetar y cortejar. [105]

El comunismo significó un «progreso» en todos los países de Europa del Este. Exceptuando Checoslovaquia, antes de 1940 estaban mucho peor que la mayoría de los estados europeos occidentales. Bajo el comunismo hubo progreso económico, pero siguieron estando rezagados, muy por detrás del oeste capitalista. La Europa oriental precomunista, lejos de ser un ejemplo de democracia, estuvo plagada, como hemos visto, de regímenes dictatoriales de distintos matices e infectados por el antisemitismo.

Hoy, los partidos ultraderechistas no pretenden, al menos oficialmente, acabar con la democracia, y compiten legalmente por los votos. Muy pocos disponen de organizaciones paramilitares, y son rápidos a la hora de censurar los arrebatos más indignantes de sus adeptos menos inteligentes. Saben que la islamofobia se tolera y el antisemitismo, no (de hecho, algunos de ellos mantienen excelentes relaciones con Israel; el odio a los musulmanes crea extraños compañeros de viaje). Su objetivo es tomar el poder de manera legal, mediante las urnas. Su principal logro es haber desplazado la agenda política a la derecha. Para tener éxito no necesitan una mayoría, sino los votos suficientes para asustar a los partidos «respetables». En el Reino Unido, por ejemplo, el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP), una formación grotesca y ya moribunda —con cinco líderes distintos en dieciocho meses, y sigue la cuenta...—, dirigido por un charlatán popular, Nigel Farage, constantemente retratado con una exagerada sonrisa de oreja a oreja y una pinta de cerveza en la mano (el columnista conservador del *Daily Mail* Richard Littlejohn, que no tiene miedo a hacer el ridículo, lo describió como «sin lugar a dudas, después de Thatcher, la figura política británica más influyente y relevante desde Churchill»), contribuyó a que David Cameron convocara el fatídico referéndum sobre la salida de la Unión Europea.

A nadie le extraña que la islamofobia se esté extendiendo también en Israel —aunque ello no le impida quedar bien con las monarquías del Golfo y Arabia Saudí—. [106] En 2016, el Parlamento israelí aprobó un proyecto de ley, conocido como «ley del muecín», que prohíbe a los líderes religiosos utilizar altavoces para convocar a los fieles a la oración. [107] El año anterior, Benzi Gopstein, el máximo dirigente de un grupo de extrema derecha israelí, exigió la quema de iglesias. No se hizo nada contra esta formación. [108] Cualquier organización en cualquier país de Europa que exigiera la quema de sinagogas habría sido perseguida, y con razón. «Muerte a los árabes» es una consigna habitualmente coreada por manifestantes israelíes, pero muy pocos son detenidos. En junio de 2018, varios activistas de extrema derecha gritaron eslóganes celebrando la muerte de un palestino de dieciocho meses de edad frente a un juzgado en el centro de Israel cuando la familia de la criatura fallecida pasaba cerca de ellos a la salida de una audiencia. Los activistas no fueron arrestados. [109] En cambio, la poetisa palestina Dareen Tatour fue acusada de incitación al odio y condenada a cinco meses de cárcel por un poema que había colgado en YouTube. He aquí algunos fragmentos traducidos:

> Resiste, pueblo mío, resiste.
> En Jerusalén me vendé las heridas y me tragué el dolor,
> y sostuve el alma en mis manos
> por una Palestina árabe.
> ...
> Quemaron a niños inocentes;
> dispararon a Hadil en público,
> la mataron a plena luz del día.
> Resiste, pueblo mío, resiste.
> Resiste a la arremetida del colono.
> ...
> Resiste, mi pueblo rebelde.
> Escríbeme en prosa sobre madera de Agar;
> eres la respuesta a lo que quede de mí.
> Resiste, pueblo mío, resiste.
> Resiste, pueblo mío, resiste.

Dareen Tatour es una de los más de cuatrocientos palestinos arrestados en 2016 y 2017 por sus declaraciones de resistencia contra los israelíes. [110] También hay muestras de resistencia por parte de algunos jóvenes israelíes. En diciembre de 2017, 63 de ellos enviaron una carta a las autoridades para comunicar su negativa a realizar el servicio militar y en la que declaraban

que no participarían «en la ocupación». Actualmente, las cifras de alistamiento están bajando y las deserciones ascienden a más de siete mil soldados de ambos sexos cada año. [111]

En junio de 2018, en la ciudad de Afula, una manifestación de judíos israelíes encabezada por el vicealcalde marchó por las calles del municipio para protestar contra unos propietarios que habían decidido vender su casa a unos árabes. [112] No hace falta imaginar qué sucedería en Occidente si se convocara una manifestación contra la llegada de vecinos judíos. En la mayoría de las maternidades de los hospitales israelíes, las madres judías y árabes están separadas. Bezalel Smotrich, parlamentario por un partido religioso de extrema derecha, consideró «natural» que su esposa no quisiera «compartir habitación con alguien que acaba de dar a luz a un niño que podría asesinar a su hijo dentro de veinte años». [113] En sintonía con esta mentalidad profundamente racista, en julio de 2018 hubo un serio debate en el Parlamento israelí acerca de una ley que permitiera a una comunidad compuesta por miembros de la misma fe y nacionalidad «mantener el carácter exclusivo de su comunidad» o, en otras palabras, que autorizara a los judíos a excluir a los árabes de sus barrios. [114] Esta cláusula fue eliminada del proyecto de ley definitivo, pero la nueva Ley del EstadoNación define oficialmente Israel como el hogar nacional del pueblo judío y establece que «el ejercicio del derecho a la autodeterminación en Israel está reservado al pueblo judío». También impone el hebreo como idioma oficial del país, en detrimento del árabe. [115] En palabras de Bradley Burston, editorialista del periódico israelí *Haaretz* , es «la legislación con mayor carga de odio gratuito de la historia de la nación». [116] El célebre director de orquesta Daniel Barenboim, de nacionalidad israelí, declaró que la ley que el gobierno de su país acababa de aprobar «sustituye el principio de igualdad y valores universales por nacionalismo y racismo». [117] Mientras tanto, en el Reino Unido, la parlamentaria laborista Margaret Hodge acusaba al presidente de su partido, Jeremy Corbyn, de ser un «antisemita de mierda», porque su formación no había adoptado como ejemplo de antisemitismo la afirmación de que la existencia de Israel como estado es racista (finalmente, el Partido Laborista adoptó íntegramente la absurda «definición de práctica» de antisemitismo de la Alianza Internacional para la Conmemoración del Holocausto y todos sus ejemplos, los cuales mezclan antisemitismo con crítica a Israel). Por supuesto, según Hodge, hasta Barenboim debe de ser un antisemita...

Menos delicada se mostró la parlamentaria laborista cuando era ministra de Vivienda y exigió que los no nativos ocuparan los últimos puestos en las listas de adjudicación de pisos; fue criticada por hacer concesiones a la extrema derecha, pero esta la elogió. [118] Acertadamente retratada en *The Independent* como una «narcisista grandilocuente», Hodge describió cómo se sentiría si el Partido Laborista le abriese un expediente disciplinario (cosa que no hizo porque no se atrevió) con una pregunta: «¿Qué se sentía siendo judío en la Alemania de los años treinta?». [119]

En todo Oriente Próximo hay páginas web árabes que contienen expresiones de antisemitismo. Los sentimientos antijudíos en la región difícilmente pueden sorprender cuando el propio estado de Israel funde los conceptos «judío» e «israelí». Las crueldades e injusticias, la humillación e intimidación constantes en los controles de seguridad, las detenciones y el incesante aumento de las demoliciones de hogares sufridas por los palestinos en toda Cisjordania están profusamente documentados, también en el valeroso periódico israelí *Haaretz* . Sin embargo, solo los arrebatos más vergonzosos han salido a la luz en la prensa convencional europea, quizá por temor a ser acusada de antisemitismo. [120] Los asentamientos judíos de la ribera occidental ocupada del río Jordán fueron creados confiscando las tierras palestinas —que eran más fértiles— y los recursos hídricos. En la actualidad, los colonos judíos controlan alrededor del 42 % de Cisjordania. [121] Están «protegidos» por puestos de control, zonas militares y una «barrera de separación» que ha creado enclaves palestinos aislados en la zona ocupada. Sus habitantes, físicamente desconectados de Jerusalén, no tienen libertad de movimiento. Casi la mitad de los judíos israelíes (48 %) opina que los árabes deberían ser expulsados de Israel, un 46 % piensa que no, y un 6 % no lo sabe o no contesta. [122]

Un sargento del Ejército israelí recibió un apoyo considerable en su país después de disparar en la cabeza, en marzo de 2016, a un asaltante palestino que yacía herido en el suelo. El militar, Elor Azaria, fue acusado de homicidio y condenado a dieciocho meses de prisión. [123] Cumplió nueve de ellos, apenas uno más que la adolescente Ahed Tamimi, encarcelada por dar una bofetada a un soldado completamente armado.

Los conflictos suben el listón de la barbarie. En 2013, un soldado británico fue condenado por asesinar a un prisionero talibán y encarcelado, en un inicio, de por vida. Tras una campaña orquestada por el *Daily Mail* ,

el tribunal militar de casación dictaminó que el soldado había sufrido un problema mental y redujo la sentencia a siete años, de los que solamente cumplió tres y medio.

Pero hay en Israel otro tipo de «fobia»: la experimentada entre los propios «hermanos» judíos. Siendo el sionismo un proyecto «europeo», los askenazíes (los judíos de Europa) demostraron hacia los «judíos orientales» los mismos prejuicios que los habitantes de Europa hacia los no europeos. Así, David Ben-Gurión, «padre fundador» de Israel y primer ministro casi ininterrumpidamente entre 1948 y 1963, describió a los judíos inmigrantes del otro lado del Jordán como «carentes del menor resquicio de educación judía o humana» y, en sede parlamentaria, los llamó «salvajes». Refiriéndose también a los judíos orientales, Abba Eban, vice primer ministro (1963-1966) y ministro de Asuntos Exteriores (1966-1974), declaró: «[Habría que] infundirles el espíritu occidental en vez de permitirles que nos arrastren a un orientalismo antinatural». Finalmente, Golda Meir, primera ministra de 1969 a 1974, en un discurso pronunciado en 1964 ante la Federación Sionista del Reino Unido, se preguntó si era posible «llevar a estos inmigrantes a un nivel de civilización adecuado». [124] Los tres fueron pilares fundamentales de la socialdemocracia israelí.

En Occidente, el antisemitismo casi está extinto, mientras que la islamofobia se ve periódicamente reforzada por una cobertura informativa alarmista. *The Times* , el respetable diario londinense de centroderecha, publicó el 28 de agosto de 2017 un artículo firmado por su jefe «de investigación», el periodista Andrew Norfolk, con el titular «Una niña cristiana, obligada a vivir con una familia de acogida musulmana». En el artículo se afirmaba que la niña en cuestión, de cinco años —y madre drogadicta y alcohólica—, fue «obligada» a permanecer bajo la tutela de una familia de religión musulmana en la que una de las cuidadoras llevaba burka, se hacían comentarios despectivos sobre las mujeres europeas, nadie hablaba inglés y a la niña le prohibieron comer cerdo y le quitaron su crucifijo a la fuerza. Una indagación posterior demostró que tales afirmaciones eran falsas. El caso fue instrumentalizado por la extrema derecha —por supuesto— y aprovechado al máximo por el *Daily Mail* (que utilizó una fotografía de una familia musulmana —no la real— y alteró la imagen cubriendo la cara de la madre con un velo). [125] El «jefe de investigación» de *The Times* debería haber investigado más, pero también es cierto que su historial de propagación de historias no contrastadas e

inexactas sobre musulmanes es considerable. [126] El *Sunday Telegraph* tampoco se quedó atrás y, en marzo de 2016, publicó un artículo en el que su reportero «de investigación», Andrew Gilligan (un veterano de la difamación contra los musulmanes), intentaba relacionar a Jeremy Corbyn con las «opiniones extremistas» expresadas por Mohammed Kozbar, vicepresidente de la Asociación Musulmana Británica, de temperamento moderado y responsable de la mezquita de Finsbury Park, el distrito electoral de Corbyn. Kozbar presentó una demanda y el periódico tuvo que pagar una indemnización y eliminar el artículo de su página web. [127] Todo fue un montaje para generar un ambiente en el que la presencia de musulmanes en el Reino Unido se viera como una de las principales amenazas para la identidad nacional.

Las llamadas al nacionalismo han sido una constante en la vida política británica. El 24 de septiembre de 2007, en su primer discurso como líder de los laboristas en el congreso anual del partido, Gordon Brown no solo proclamó su visión ilusoria de un «Reino Unido liderando la economía global», sino también su defensa de la creación de «puestos de trabajo británicos para trabajadores británicos» —un eslogan que ya había utilizado el ultraderechista Partido Nacional Británico—. La imaginación de Gordon Brown resultó particularmente alarmante cuando declaró que el Reino Unido tenía «la capacidad, la inventiva, la creatividad y el espíritu de empresa necesarios para hacer de este un siglo británico». [128] Después de él, pocos años más tarde, durante la campaña por el referéndum del *brexit* , el entonces ministro de Hacienda del gobierno conservador, George Osborne, reclamó un Reino Unido que moldeara el mundo, y no uno «moldeado por el mundo». [129]

¿Moldear el mundo? ¿Estados Unidos, China, Europa y Rusia? ¿Ocho mil millones de personas moldeadas por el Reino Unido? Es el tipo de fantasía que solamente pueden sostener los políticos de un viejo país colonial e imperial que se ha convertido, como mucho, en una potencia de segunda clase. El Reino Unido dispone de una velocidad de conexión a internet más lenta que la de, por lo menos, cuarenta países más, entre ellos Rumanía, Madagascar o Bulgaria. [130] Es un país que a duras penas puede retener a Escocia; que ha dejado de tener industria automovilística propia; cuyos equipos de fútbol tienen propietarios rusos (Chelsea), estadounidenses (Manchester United) o malayos (Queens Park Rangers); cuya merecidamente aclamada cerveza Newcastle Brown es de propiedad

holandesa; cuya famosa ginebra Beefeater es de los franceses (que también poseen *whiskies* famosos como Chivas Regal y Glenlivet); cuyo chocolate Cadbury pertenece al conglomerado estadounidense Kraft; su salsa de mesa HP, a la también estadounidense Heinz; sus cereales de desayuno Weetabix, a la multinacional china Bright Food, y sus marcas de té más importantes, Tetley y Typhoo, en un bello intercambio de roles coloniales, son propiedad de empresas indias. Un fondo soberano malayo ha adquirido la central eléctrica de Battersea (un icono de la arquitectura londinense que se transformará en apartamentos de lujo) y una empresa china fabrica (en Coventry) los famosos taxis negros de la capital. Para hurgar más en la herida, se ha anunciado que la producción de los nuevos pasaportes azules *posbrexit* se ha concedido a una compañía franco-holandesa. Actualmente, entre un tercio y la mitad de las empresas del índice FTSE 100 están dirigidas por jefes ejecutivos no británicos, y la mayoría de las acciones ya no pertenece a ciudadanos del Reino Unido ni a sus fondos de pensiones. De hecho, más de la mitad del mercado de valores británico es propiedad de extranjeros, algo que, el 26 de septiembre de 2013, el siempre tan patriótico *Daily Telegraph* celebró con el titular «Buenas noticias: los extranjeros están comprando el Reino Unido». En vez de eso, quizá se podría celebrar el secular cosmopolitismo de Inglaterra, un país cuyo santo patrón, san Jorge, fue —si acaso existió— un griego martirizado en lo que hoy conocemos como Palestina; cuya bandera (la de la cruz de San Jorge) fue probablemente tomada prestada de los genoveses (aunque san Jorge fuera el patrón de Venecia); cuyo fundador fue el duque de Normandía (Guillermo el Conquistador, también conocido como Guillaume le Conquérant o Guillaume le Bâtard); un país, en definitiva, cuya familia real es más alemana que inglesa y cuyo lema está escrito en francés («Honi soit qui mal y pense» [«Avergüéncese quien piense mal de ello»]).

El engreimiento es uno de los resquicios más patéticos de las antiguas potencias imperiales. El jefe del Estado Mayor británico, el general Nick Carter, en un descarado y no muy inteligente intento de conseguir un aumento del gasto en Defensa, advirtió en enero de 2018 que Rusia constituía una gran amenaza *para el Reino Unido* , una amenaza muy difícil de afrontar sin una subida del gasto militar. Como si existiera alguna posibilidad de que el Reino Unido tuviera que enfrentarse a Rusia él solo. En todo caso, la OTAN tiene un presupuesto general de 864.000 millones de dólares, frente a los 46.000 millones de Rusia; dispone de 3,1 millones

de soldados, frente a los 831.000 de Rusia; y posee 3.896 aeronaves de combate, frente a las 1.046 rusas. [131] Nick Houghton, un antiguo jefe del Estado Mayor británico, elevó todavía más los niveles de estupidez al quejarse, en junio de 2018, de que su gobierno no estaba invirtiendo suficiente dinero en Defensa (en proporción, el Reino Unido gasta en lo militar más que cualquier otro país europeo occidental) «justo cuando un Reino Unido *posbrexit* » aspiraba a «reinventarse y reafirmarse como actor global». ¿Actor global? ¿El Reino Unido *posbrexit* ? [132]

El miedo a los extranjeros que intentan dominarnos desde fuera o que están a punto de quitarnos nuestros trabajos es endémico. Ed Miliband, el sucesor de Gordon Brown en la dirección del Partido Laborista, no desaprovechó la oportunidad de sucumbir a estos temores y tuvo la brillante idea de producir cinco series de tazas con sendas promesas electorales estampadas en ellas como propaganda para las elecciones de 2015, que acabó perdiendo (las elecciones, no las tazas). Una de las promesas laboristas era implantar «controles de inmigración», alimentando aún más la creencia errónea de que la inmigración era excesiva y mala para la economía. Sin embargo, la Oficina de Responsabilidad Presupuestaria, un organismo público creado por el gobierno conservador en 2010, estableció que la inmigración era uno de los principales factores para impulsar la recuperación económica del Reino Unido. [133]

Muchos empresarios británicos se muestran preocupados por las consecuencias de la salida del Reino Unido de la Unión Europea. La Asociación de Hostelería Británica (BHA), que agrupa a los hosteleros del país, ha advertido de que la escasez de trabajadores británicos en los hoteles y restaurantes nacionales es tan grave que cadenas como Pret A Manger tardarán diez años en reemplazar la plantilla procedente de la UE si se van tras el *brexit* . El jefe de recursos humanos de la cadena explicó a una comisión parlamentaria que solo uno de cada cinco solicitantes de empleo en la empresa era británico. [134] La hostelería es el cuarto empleador más importante del Reino Unido, con más de 4,7 millones de puestos de trabajo (el 14 % de la población activa) y la sexta fuente de ingresos del país por exportaciones. Se calcula que el porcentaje de trabajadores de la UE en este sector podría ser del 24 % y, según un informe elaborado en mazo de 2017, el sector necesita unos 62.200 migrantes de la UE anuales. [135]

El sector británico de la construcción se enfrenta a un problema parecido. De acuerdo con una encuesta de la Federación de Constructores de Viviendas, casi un 20 % de los que trabajan en este sector no han nacido en el Reino Unido, y un 56,3 % de los obreros de Londres son extranjeros. En algunas disciplinas predominan los trabajadores del resto de la UE: más del 70 % de los carpinteros, el 61 % de los obreros no cualificados, el 54 % de los decoradores, el 44 % de los albañiles y cerca del 40 % de los techadores son originarios de otros países de la Unión Europea. [136] Por otro lado, un 39 % del personal académico de las universidades de élite del Grupo Russell (asociación que agrupa los centros de educación superior más prestigiosos del país, entre ellos, cuatro de los diez mejores del mundo) es extranjero. [137] Y una tercera parte de los médicos que trabajan en el Servicio Nacional de Salud se ha formado fuera del país. La mayoría de ellos proviene de la India (menos médicos para la India y más para el Reino Unido). [138]

British Summer Fruits, la entidad que representa a los productores de bayas del Reino Unido, tiene problemas para encontrar recolectores. Cerca de los ochenta mil temporeros que cada año recogen y procesan la fruta y verdura británicas provienen de la Unión Europea, principalmente de Rumanía y Bulgaria. [139]

Son muchos los estudios que demuestran las ventajas de la inmigración para la economía en general. Por ejemplo, los informes sobre la perspectiva económica mundial publicados en 2016 y 2018 por el FMI sugieren que la migración puede mitigar los estragos causados por el envejecimiento demográfico y contribuir a otros beneficios a largo plazo, como el aumento del crecimiento y la productividad. [140]

Según un informe del Ministerio del Interior británico publicado en 2014, hay escasos indicios de que la inmigración haya apartado del mercado laboral a los trabajadores nativos. [141] Un estudio elaborado ese mismo año por dos economistas del University College de Londres, Christian Dustmann y Tommaso Frattini (el último acaba de dejar Londres por la Universidad de Milán), puso en duda la creencia de que los inmigrantes procedentes de Europa se aprovecharan del sistema de ayudas sociales. Para estos investigadores, los inmigrantes que habían llegado al Reino Unido desde el año 2000 (tanto de dentro como de fuera de la UE), habían «realizado contribuciones fiscales positivas y constantes,

independientemente de su lugar de origen», y aportaron un 12 % más de lo que obtuvieron. Incluso los inmigrantes no europeos aportaron al sistema un 3 % más de lo que recibieron de él. [142]

En un discurso pronunciado en noviembre de 2016 en el *think tank* Instituto para el Gobierno, el lord Kerr de Kinlochard, diplomático y uno de los redactores del artículo 50 del tratado de Lisboa (al cual deben acogerse los países que deseen abandonar la UE), defendió la inmigración diciendo que «los británicos somos tan rematadamente estúpidos que, de vez en cuando, necesitamos una inyección de gente joven de fuera que venga a espabilarnos». El parlamentario conservador Peter Lilley (hoy lord Lilley), haciendo gala de su euroescepticismo y falta de sentido del humor, abandonó el acto diciendo que aquello era «racialmente insultante para el pueblo británico». [143]

La población europea está envejeciendo, así que, en cierto modo, lo que hace la inmigración es redistribuir la población mundial no solo de los países pobres a los ricos, sino también de los demográficamente jóvenes a los más viejos. Que la migración es un remedio contra el envejecimiento de la población es algo que ya sabíamos. En el siglo XVIII , en las ciudades europeas, como la mortalidad superaba a la natalidad, el crecimiento de la población urbana dependía por completo de la migración. Durante gran parte del siglo XIX , el aumento demográfico experimentado en Nápoles, Odesa, Roma y San Petersburgo fue debido a la llegada de inmigrantes, sobre todo del campo. [144]

En el siglo transcurrido entre 1850 y 1950, la población mundial se duplicó y la de los países que recibieron inmigrantes (las Américas, el norte de Asia y el sureste asiático) creció más de un 150 %, mientras que en Europa aumentó solo un 67 %. Parece que la población europea se mantendrá relativamente estable en los próximos treinta años, mientras que la mundial aumentará otros mil millones.

El movimiento del campo a la ciudad dentro de un único país es ya una tendencia globalizada que contribuye a la redistribución demográfica. Tomemos el ejemplo de Ghana. En 1948, este país de África occidental tenía solamente cuatro millones de habitantes, y en 2015 había alcanzado los 25 millones; un aumento del 625 %. Durante el mismo período, el Reino Unido (que al principio contaba con una población de unos cincuenta millones) creció solamente un 50 %. En 2017, el promedio de edad en Ghana rondaba los veinte años, mientras que en el Reino Unido era de unos

cuarenta y seguirá aumentando en las próximas dos décadas. En 2016, el 18 % de la población británica tenía más de sesenta y cinco años. Dentro de tres décadas, el porcentaje será del 24,7 %, es decir, una persona de cada cuatro. Otros países europeos están en la misma situación. [145]

Quienes no quieren inmigrantes se limitan a dar la espalda a esta realidad y prefieren regodearse en sus prejuicios o condescender con los ajenos. Y los prejuicios son lo suficientemente fuertes como para influir en mucha gente de izquierdas. En Nueva Zelanda, país de inmigrantes, como Australia o Estados Unidos, Jacinda Ardern, la joven líder del Partido Laborista, aceptó la idea de restringir la inmigración para allanar el camino a un acuerdo de gobierno con Winston Peters, el principal dirigente del partido nacionalista Nueva Zelanda Primero (NZ First) y crítico acérrimo con la inmigración; de padre maorí y madre de origen escocés, Peters había acusado en su día a la migración asiática de ser una «actividad criminal importada». [146] Tras convertirse en líder de su partido el 1 de agosto de 2017, Ardern obtuvo en las elecciones de septiembre casi un 37 % de los votos, un notable avance con respecto a los resultados de 2014, los peores en noventa y dos años. Sin embargo, el conservador Partido Nacional obtuvo más votos, casi un 45 %, lo que convirtió a NZ First (7 %) en el partido bisagra a pesar de haber perdido apoyo desde las elecciones anteriores (como también le ocurrió al Partido Verde, que pasó de un 10 a un 6 %). De este modo, Jacinda Ardern fue nombrada primera ministra en coalición con Nueva Zelanda Primero (que obtuvo cuatro carteras ministeriales a pesar de tener solamente nueve escaños) y apoyada por los verdes. En una muestra de arrogancia, Winston Peters anunció su apoyo por televisión sin informar antes a ninguno de los dos posibles socios.

Nueva Zelanda tiene graves problemas, pero la inmigración no es uno de ellos: según Unicef (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia), trescientos mil niños viven en situación de pobreza y un número desmesurado de ellos son de familia maorí. [147] Uno se pregunta hasta cuándo durará esta alianza contra natura (o «coalición de perdedores», como la calificó el político conservador Richard Prebble) en el gobierno. [148] Jacinda Ardern, en cambio, emergió como líder excepcional después de que un ultraderechista matara a cincuenta personas en dos mezquitas de Christchurch. La primera ministra expresó su pésame y fue más allá de las habituales palabras de condolencia al decir de los inmigrantes que «ellos son nosotros». Conoció y consoló a las personas afligidas vistiendo un

hiyab como muestra de solidaridad y abrazando a los miembros de la comunidad musulmana diciéndoles «As-salamu aléikum» («La paz esté con usted»), y de inmediato propuso una legislación más estricta sobre el uso de armas de fuego. Ardern fue ampliamente elogiada, sobre todo si se compara su reacción con la patética respuesta que dio Donald Trump al ser preguntado sobre el aumento de la amenaza del nacionalismo blanco: «Creo que es un pequeño grupo de personas con problemas muy muy serios»; para más tarde insultar a los inmigrantes tachándolos de «criminales e indeseables».

En Australia, las cifras de inmigración no son nada brillantes. En la década de 1930, el país aceptó refugiados procedentes de la Alemania nazi, pero su política inmigratoria «solo para blancos» ya había sido introducida en 1901 por el primer ministro y líder del Partido Proteccionista, Edmund (Toby) Barton, quien declaró:

> No creo que la doctrina de la igualdad del hombre fuera pensada realmente para incluir la igualdad racial. Estas razas son, en comparación con las blancas ... desiguales e inferiores. La doctrina de la igualdad del hombre no estuvo pensada para ser aplicada a la igualdad entre un inglés y un chino. [149]

Este espíritu se mantuvo hasta 1973, cuando Australia aceptó a regañadientes la llegada de *boat people* , es decir, los refugiados vietnamitas que huían de su país en embarcaciones (Australia había enviado sus fuerzas armadas a Vietnam para apoyar a Estados Unidos). Posteriormente, en la década de 1990, se introdujo un sistema de «detención preceptiva» de refugiados con el que se esperaba disuadirlos. Los refugiados, por supuesto, continuaron llegando desde distintos puntos calientes. Después del 11S los empezaron a retener en centros situados fuera de Australia, en estados vecinos como Papúa Nueva Guinea y las remotas islas de Nauru y Manus. El tribunal papú declaró «inconstitucionales» sus instalaciones y las clausuró el 31 de octubre de 2017, obligando a seiscientos retenidos a desplazarse a otro lugar. El novelista australiano Richard Flanagan (ganador del premio Man Booker) describió la isla de Manus como «un infierno de represión, crueldad y violencia», y añadió: «La vergüenza de nuestra época nos sobrevivirá a todos». [150]

Australia había costeado estos centros extraterritoriales para que aceptaran refugiados; fue la llamada «solución *off-shore* »: cualquier cosa valía para impedir que entraran en el país. Después de llegar al poder en 2007 con el 43 % de los votos, el Partido Laborista, liderado por Kevin

Rudd, adoptó una política más abierta; al fin y al cabo, la cifra total de refugiados nunca superó unos pocos miles. La operación no funcionó electoralmente y el partido perdió votos en 2010. Entonces, Julia Gillard, tras expulsar a Rudd de la dirección laborista, restringió la entrada de refugiados. En 2012, el número de personas en busca de asilo aumentó y el Gobierno volvió a introducir la punitiva política *off-shore* contra los que había defendido en la campaña de 2007. En 2013, en una muestra de juego político cada vez más mezquino, Rudd se vengó de Gillard, a la que también expulsó, pero cuya política de refugiados mantuvo intacta.

En cualquier caso, en 2015 los laboristas habían perdido, y el nuevo gobierno conservador de Tony Abbott (del Partido Liberal) intensificó la dura política antirrefugiados. Fue una carrera al abismo, tal como la definió el ex primer ministro Malcolm Fraser. [151] Tampoco fue una carrera barata (aunque dio sus frutos electoralmente en 2019, cuando los laboristas volvieron a perder). Entre 2013 y 2016 se gastaron 9.600 millones de dólares australianos en hacer retroceder a los barcos, llevar a los solicitantes de asilo a países extranjeros remotos, pagar a sus gobiernos y contratar empresas de seguridad privadas para asegurarse de que nadie intentara volver a Australia. En Europa, la extrema derecha aplaudió de manera efusiva tan infame plan. [152]

La situación es igualmente grave en un país compuesto en su mayoría por refugiados con una historia de persecución: Israel. En 2012, el primer ministro Benjamín Netanyahu advirtió de la amenaza que suponían los trabajadores migrantes de África para la «identidad» del estado «judío», así como para el «tejido social» y su «seguridad e identidad nacionales». El máximo responsable de la policía israelí puso un acento más permisivo al declarar que había que permitir trabajar a los migrantes para prevenir la delincuencia común, ya que, como no tenían permiso laboral, vivían en situación de hacinamiento y pobreza. Pero el ministro del Interior, Eli Yishai, famoso por sus comentarios racistas, rechazó la propuesta y, empleando el tipo de argumentos que se considerarían antisemíticos si se utilizaran contra refugiados judíos, declaró: «¿Por qué tenemos que darles trabajo? Estoy harto de tanta sensiblería, incluida la de los políticos. Los puestos de trabajo les darán acceso a la residencia y tendrán hijos, y la oferta hará que, encima, vengan cientos de miles». El índice de criminalidad entre los extranjeros es, por cierto, la mitad de elevado que entre los israelíes. [153] En 2012, la entonces futura ministra de Cultura, Miri

Reguev, afirmó estar harta de los refugiados africanos y se refirió a ellos como un «cáncer». Jonathan Freedland, periodista británico y defensor del Estado de Israel, denunció con acierto estas declaraciones en las páginas del *Jewish Chronicle* . Según informó Freedland en su artículo, Reguev «pidió finalmente disculpas a las personas que convivían con el cáncer». [154] Algunos rabíes ponen el listón aún más alto. El 18 de marzo de 2018, el gran rabino sefardí de Israel, Itzjak Yosef, llamó «chimpancés» a la gente de raza negra. Sus comentarios fueron convenientemente denunciados por la Liga Antidifamación, una organización judía de protección de los derechos civiles. [155] Un par de meses después, Yosef bendijo a Ivanka Trump y su marido, Jared Kushner, con motivo de la visita de estos a Jerusalén. [156]

La Ley de Prevención de la Infiltración de 1954 (modificada en 2012) obliga a detener a todas las personas, incluidas las solicitantes de asilo, que entren a Israel sin permiso. Los campamentos del desierto del Néguev están repletos de refugiados retenidos. Amnistía Internacional consideró la ley «un insulto a la legislación internacional». Israel, «la única democracia de Oriente Próximo», es uno de los países firmantes de la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951 de Naciones Unidas, documento que ayudó a redactar inspirándose en el Holocausto, pero ello no le impide tratar cruelmente a los cerca de 39.000 refugiados africanos que, huyendo de la guerra en Sudán y de la dictadura en Eritrea, están amenazados con la expulsión o el encarcelamiento. [157] Como dijo el periodista político B. Michael (Michael Brizon) en un artículo de opinión en *Haaretz* , «ahora, el perseguido persigue, el refugiado expulsa, el desplazado extradita, el oprimido oprime, el apaleado apalea y el pisoteado pisotea». [158] Los intelectuales, a diferencia del apático Partido Laborista Israelí, han protestado enérgicamente para demostrar que ellos sí se toman en serio el mandato bíblico del Deuteronomio 10, 19: «Amad, pues, al extranjero, porque también vosotros fuisteis extranjeros en la tierra de Egipto». Algunos pilotos de la aerolínea nacional El Al incluso se han negado a devolver a África a solicitantes de asilo sobre los que pesaban órdenes de deportación. [159]

Los partidos antiinmigración han prosperado en países con fama de tolerantes y cívicos. Así, la xenofobia se ha convertido en un valor respetable incluso en la «avanzada» Noruega. Allí, el Partido Conservador (Høyre), liderado por Erna Solberg, gobierna desde 2013 con el apoyo del Partido del Progreso, una formación de derechas que reclama políticas de

inmigración estrictas y una reducción radical del número de solicitantes de asilo, en especial si son «analfabetos» y «pobres». En Dinamarca, el profundamente conservador Partido Popular Danés pasó a ser la segunda fuerza política en 2015 con un 21 % de los votos (porcentaje que se desmoronó al 8,7 % en 2019), y el Gobierno dependía de su apoyo. La «integración forzada» ha marcado las políticas en un país que, hasta hace poco, era un modelo de socialdemocracia. Hoy, el gobierno danés pretende obligar a los inmigrantes a llevar a sus hijos a la guardería veinticinco horas a la semana desde que cumplen un año y fijar cuotas para que en los jardines de infancia no haya más de un 30 % de niños descendientes de inmigrantes. Así —dicen— los hijos de los extranjeros se educarán con «valores daneses», signifique eso lo que signifique. El objetivo es «eliminar todos los guetos en 2030», siendo «gueto» el término empleado para referirse a las zonas donde se agrupan los inmigrantes. Además, se alargarán las sentencias de determinados crímenes si estos se cometen en los guetos seleccionados. [160] Similares medidas antiinmigración son apoyadas también por la oposición socialdemócrata, que sigue siendo el partido más importante del país. Su pobre justificación es que tales medidas podrían ser necesarias para proteger el estado del bienestar danés, pero el motivo real no es otro que detener el transvase de votos de la clase trabajadora hacia la derecha. Finalmente, después de pasarse a un programa todavía más antiinmigratorio, el partido Socialdemócrata obtuvo una victoria en las elecciones de junio de 2019, pero en gran medida porque formaba parte de un bloque izquierdista que incluía al Partido Socialista Popular, el Partido Social Liberal y la Alianza Roji-Verde. Incluso los socialdemócratas de Mette Frederiksen consiguieron unos resultados justo por debajo de los que consiguieron en 2015. También en 2019, en Bélgica, el ultraderechista Interés Flamenco (Vlaams Belang) resurgió como una fuerza significativa, al igual que la extrema izquierda y el partido verde Écolo en Valonia. La política belga es más inestable que nunca.

En Suecia, en 2014, el partido conservador y antiinmigración Demócratas de Suecia (Sverigedemokraterna), fundado en 1988 por simpatizantes pronazis, obtuvo el 12,9 % de los votos y se convirtió en la tercera formación política del país. En septiembre de 2018, su porcentaje de votos aumentó hasta casi un 18 %. En los Países Bajos, en 2017, el ultraderechista Partido por la Libertad (Partij voor de Vrijheid), liderado por

Geert Wilders —que presume de ser gran amigo de Israel—, pasó a ser el segundo partido de la Cámara de los Representantes, con un 13 % de los votos.

En la actualidad, los partidos xenófobos de extrema derecha no son «antidemócratas». No cuestionan la democracia como comúnmente la conocemos. No insinúan que la democracia (las elecciones, los Parlamentos, etc.) sea mala, no de la manera como Mussolini y Hitler hablaban de ella en los años veinte y treinta del siglo XX , ni como los partidos comunistas describían, en el mismo período (algunos incluso después), la democracia «burguesa» como inferior a la «dictadura del proletariado». La xenofobia moderna en Occidente descansa sobre una especie de legitimación democrática.

Su auge se debe, como todos los cambios y procesos importantes, a un conjunto de causas diversas: la globalización y la consiguiente desindustrialización masiva que ha afectado a Occidente —más en unos países (como el Reino Unido) que en otros (como Alemania)—, el envejecimiento de la población y la necesidad de aumentar el gasto en pensiones, sanidad y asistencia social; y esto, a su vez, requiere una fiscalidad elevada o una política de austeridad, o bien ambas cosas.

3

El declive del estado del bienestar

El declive social ha ido acompañado de un descenso del poder sindical, un estancamiento de los salarios y un aumento de las desigualdades. No sorprende, pues, que el estado del bienestar, la base del «capitalismo compasivo», haya sido objeto de ataques constantes durante más de treinta años. Entretanto, seis paraísos fiscales europeos (Luxemburgo, Irlanda, los Países Bajos, Bélgica, Malta y Chipre), así como las islas Bermudas, Guernsey, Jersey y la Isla de Man, permiten a empresas y grandes fortunas «ahorrar» miles de millones en impuestos, «una gigantesca transferencia intergeneracional de riqueza que lucra a los viejos y empobrece a los jóvenes». [1]

Entonces, ¿es la xenofobia el único problema? Si, como dijo Gramsci, lo viejo está muriendo, ¿qué es lo viejo que está acabando? ¿Y asoma algo nuevo por el horizonte?

Determinar lo «viejo» extinto es relativamente fácil. Lo que ha acabado es el tipo de consenso «socialdemócrata» y «liberal» que reinó en Occidente durante los treinta años posteriores a la segunda guerra mundial, la llamada «economía social de mercado», o Soziale Marktwirtschaft, una expresión alemana utilizada para designar lo que parecía ser lo mejor de ambos mundos: un capitalismo bondadoso donde el robusto crecimiento económico fuera acompañado de un amplio bienestar para todos y una protección para los que no salieran muy bien parados. La gente mayor tenía pensiones aseguradas incluso habiendo muchos más ancianos que cuando se introdujeron los primeros planes de pensiones, a finales del siglo XIX , en países como Dinamarca, Alemania o, a principios del XX , en el Reino Unido. Entonces la gente moría antes y las pensiones no eran un problema serio. En los años posteriores a 1945, los desempleados estaban protegidos, pero, de nuevo, el coste no era elevado porque había pleno empleo. Fue la época dorada del capitalismo, *les Trente Glorieuses* , las tres décadas gloriosas de las que habló el economista francés Jean Fourastié en 1979. [2]

Había educación gratuita, no solo en las escuelas, sino también en las universidades. En el Reino Unido, en las décadas de 1950 y 1960, la minoría privilegiada que iba a la universidad recibía, a no ser que sus padres fueran muy pudientes, una beca de manutención y tenía las tasas pagadas. Hoy, las universidades británicas son más «democráticas» (casi la mitad de los jóvenes en edad universitaria realiza estudios superiores), pero los alumnos se ven obligados a pedir prestadas grandes sumas de dinero para pagar unas tasas que son las más altas de Europa.

Finalmente, había servicios de salud gratuitos aunque la gente viviera más años y, por lo tanto, necesitara de más cuidados médicos. Hoy, en el Reino Unido, más de dos quintas partes del gasto nacional en salud se destina a los mayores de sesenta y cinco años, que son un 18 % de la población. [3]

El estado del bienestar ha resultado ser un negocio costoso para los contribuyentes, aunque ellos han sido, por supuesto, los principales beneficiarios. Antes de la guerra, pocas familias británicas pagaban el impuesto sobre la renta: solamente 3,8 millones. En 1988 y 1989 había 21,5 millones de familias con obligación de pagar impuestos, y, mientras en 1990 y 1991 había algo más de 26 millones de contribuyentes particulares, en 2017 eran más de treinta millones. [4] A pesar de ello, y en contra de lo que dice la propaganda neoliberal, el gasto británico en ayuda social es prácticamente el mismo que la media de los estados de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE): un 21 % del producto interior bruto o PIB (en la OCDE hay países mucho más pobres, como México, Chile o Turquía). En Francia, esta cifra es de un 31,5 %, y en Dinamarca, de un 28,7 %. [5]

Las prestaciones sociales no son las mismas en todo Occidente. Estados Unidos ha ido a la cola, pero incluso allí se puede hablar de un estado del bienestar, aunque la oposición a él haya sido feroz. Hizo falta el Crac del 29 para cambiar la tendencia. Cuando Franklin D. Roosevelt puso en marcha la Ley de Seguridad Social de 1935, utilizó un lenguaje que ningún otro presidente reciente se había atrevido a emplear:

> Hemos tenido que lidiar con los viejos enemigos de la paz: el monopolio empresarial y financiero, la especulación, la banca imprudente, el antagonismo de clase, el sectarismo y la especulación bélica. Habían empezado a ver al gobierno de Estados Unidos como una simple extensión de sus propios negocios. Hoy sabemos que un gobierno del dinero organizado es tan

> peligroso como un gobierno del crimen organizado. Nunca en toda nuestra historia estas fuerzas han estado tan unidas contra un candidato como lo están ahora. Su odio hacia mi persona es unánime, y le doy la bienvenida. [6]

Treinta años más tarde, en 1964, Lyndon B. Johnson declaró una «guerra a la pobreza» que llevó a la implantación de programas como Food Stamp (cupones para alimentos), Headstart (educación, salud y servicios sociales para menores sin recursos y sus familias), Medicare (atención médica para mayores de sesenta y cinco años) y Medicaid (cobertura médica para personas con bajos ingresos o discapacidad), así como la legislación sobre derechos civiles más importante de la historia estadounidense de posguerra. Incluso Richard Nixon amplió la legislación sobre ayuda social y salud aprobando, en 1970, la creación de la Administración de Seguridad Social y Salud Ocupacional (OSHA), presentando una agencia de protección medioambiental, ampliando el programa Food Stamp e incrementando las prestaciones de Medicare y Medicaid. También aprobó la Enmienda de Igualdad de Derechos para las mujeres, aunque no se logró recogerla en la Constitución porque no la ratificó un número de estados suficiente. Por último, Nixon defendió con éxito el plan de Filadelfia revisado, que establecía programas de discriminación positiva para la integración de minorías raciales en los sindicatos de la construcción (frente a la oposición del líder sindical George Meany). [7]

Otros presidentes que lo sucedieron fueron socialmente menos comprometidos, pero por entonces los tiempos estaban cambiando. Durante su candidatura a la presidencia en abril de 1976, Jimmy Carter apoyó la propuesta del senador Ted Kennedy de crear un seguro sanitario universal a nivel nacional, pero, una vez electo, se echó atrás. Cuando Ronald Reagan llegó a la presidencia, el «monetarismo» defendido por Milton Friedman estaba en pleno apogeo (y fue debidamente rebautizado como «reaganomía», a pesar de que Reagan nunca se declaró como un entendido en economía). George Bush padre, después de hacer campaña en 1988 con el eslogan «Leedme los labios: no más impuestos» («Read my lips: no new taxes»), se vio obligado a subirlos para reducir el elevado déficit causado por la «reaganomía». [8]

El sucesor de Bush, Bill Clinton, prometió acabar con el bienestar «tal como lo conocemos» —un tópico conservador—. Su ley de permiso familiar y baja médica de 1993 concedía a los asalariados hasta doce

semanas de baja anuales para buscar tratamiento médico o cuidar de un recién nacido u otro miembro de la familia, pero, a diferencia de la mayoría de los países europeos, excluía la remuneración durante el tiempo de la baja. La Ley de Responsabilidad Personal y Oportunidad Laboral de 1996, también de Clinton, sustituyó la financiación federal directa por subvenciones administradas localmente, y se calcula que llevó a la pobreza a 2,6 millones de personas, entre ellas, 1,1 millones de niños. Once millones de familias vieron reducida su renta, los inmigrantes legales dejaron de percibir el SSI (ingreso suplementario de seguridad) y los cupones para alimentos, y también podían perder el Medicaid y el Medicare si así lo decidía cada estado. [9] Las prestaciones se redujeron un 32,5 %. [10]

Además, Clinton fracasó estrepitosamente con la ampliación de la cobertura sanitaria y se rindió a las fuerzas del neoliberalismo al derogar la Ley Glass-Steagall de 1993, de reforma bancaria y control de la especulación, contribuyendo así a la crisis mundial de 2008. Fue, en palabras de Joseph Stiglitz, la culminación de «una intensa labor de presión, valorada en trescientos millones de dólares, por parte de la banca y el sector de servicios financieros». La «cultura de la banca de inversión» había ganado. [11]

Sin embargo, Bill Clinton —por la razón que fuera, muy popular entre los progresistas de todas partes— sí encontró fondos para contratar a cien mil nuevos agentes de policía: su ley de control de la criminalidad violenta y mantenimiento del orden público de 1994 fue el decreto de control del crimen de mayor calado de la historia estadounidense: costó 30.000 millones de dólares. Sus partidarios aseguraron que contribuyó a reducir la criminalidad violenta. Puede que tuvieran razón, pero la encarcelación masiva también habría resuelto el problema: en 2017, la población penitenciaria federal en Estados Unidos duplicaba con creces los 95.162 presos de 1994, hasta llegar a los actuales 214.149. La tasa de ocupación de las cárceles estadounidenses es la más alta del mundo, superior a la de Rusia y cinco veces mayor que la de China (cuyo índice de encarcelamiento es menor que el del Reino Unido). [12] Como promedio, los estadounidenses negros son encarcelados cinco veces más que los blancos (no latinos), y los latinos, casi el doble que los blancos (datos de la Oficina del Censo de los Estados Unidos, 2010).

La universalidad del sistema de salud ha sido un campo de batalla constante en la política estadounidense. En 2008, los principales aspirantes del Partido Demócrata en las primarias presidenciales —Barack Obama, Hillary Clinton y el hoy felizmente olvidado John Edwards, procesado en 2011 con cargos de delito mayor por infringir las leyes de financiación de campañas para encubrir una relación extramatrimonial, aunque más tarde los cargos fueron retirados— abrazaron la idea con entusiasmo. [13] Finalmente ganó Obama, pero, tras años de lucha contra un Congreso hostil, lo único que consiguió fue la Ley de Protección al Paciente y Cuidado de Salud Asequible, más conocida como Obamacare, que amplió las prestaciones pero fracasó en su objetivo de dar cobertura universal. El eslogan «Yes, we can!» («¡Sí se puede!») tuvo mucho éxito en la campaña electoral; sin embargo, después de ganar las elecciones, Obama —y muchos otros— se dio cuenta de que *no se podía* . Trump fue elegido tras lanzar un mensaje similar: se podía impedir que los latinos y musulmanes entraran en el país, construir un muro pagado por México, etc. Pero luego ha visto que no se puede. Cuando tratan de ganar unas elecciones, los políticos a menudo se ven atrapados en la imposibilidad de admitir la existencia de limitaciones reales.

Donald Trump, durante la campaña presidencial de 2016, prometió apoyar el Medicare y recuperar los puestos de trabajo que habían ido a parar al extranjero. Una vez electo, intentó derogar el Obamacare, lo cual habría dejado sin cobertura sanitaria a millones de estadounidenses con sueldos bajos. Después se puso a rebajar impuestos a los ricos (véase más adelante), cuando, en realidad, no necesitaban ninguna reducción: en la década de 1950, un director general de empresa ganaba, como promedio, veinte veces más que un trabajador medio, y el tipo marginal aplicable a las rentas más altas era del 91 %. En 2017, el tipo marginal más alto era solamente del 39 %, y un director general ganaba 271 veces más que un trabajador medio. [14] Además, el impuesto de sociedades fue recortado para regocijo de empresas como JP Morgan, que en enero de 2018 esperaba que su tasa tributaria pasara del 32 % al 19 %. El pasado de JP Morgan está marcado por investigaciones por fraude, irregularidades, engaño a inversores, complicidad en la estafa de los valores contables de Enron, manipulación del mercado energético, obstrucción de la justicia, incumplimiento de sanciones, etc. Para colmo, según un informe federal, en el país más rico del mundo hay más de 550.000 personas sin hogar. [15]

Las rebajas fiscales han sido el principal «logro» de Trump en su primer año de mandato. Quizá hayan contribuido a un crecimiento a corto plazo, pero también han aumentado las desigualdades e incrementado el déficit federal. Las rebajas impositivas incrementarán las importaciones y, con ellas, el creciente déficit comercial. Los recortes también harán que no quede mucho dinero para cumplir la promesa de invertir un billón de dólares en las tambaleantes infraestructuras de la nación, o la de las seis semanas pagadas de baja por maternidad a todas las madres con un hijo recién nacido cuyo empleador no asuma la prestación, por no hablar del famoso muro en la frontera con México, sobre todo porque la Cámara de Representantes, donde los demócratas tienen la mayoría desde noviembre de 2108, no tiene la intención de renunciar a los fondos (lo cual ha provocado un cierre del gobierno federal). Trump prometió que habría «consecuencias» para las empresas que trasladaran puestos de trabajo al extranjero, pero, como si la cosa no fuera con ellos, Microsoft produce en China; General Electric, en Canadá, e IBM, en Costa Rica, Egipto, Argentina y Brasil. Un año más tarde de la elección de Trump, la externalización de puestos de trabajo estadounidenses por parte de «contratistas federales» aumentó hasta el nivel anual más alto registrado nunca, casi triplicando la cifra de externalizados por contratistas en el último año de la administración Obama. [16]

Trump también prometió reanimar la perjudicada minería del carbón, pero las industrias que dependen de ella siguen bajando la persiana. Prometió proteger a los trabajadores del metal, pero, en 2017, las importaciones de acero aumentaron casi un 20 % más que el año precedente. [17] A este respecto, los nuevos aranceles sobre el acero y el aluminio, anunciados para marzo de 2018, dejarán a más gente sin trabajo, en parte, porque el precio de estos metales subirá y, en parte, porque otros países tomarán represalias. Nadie, excepto los más ingenuos, pensaba que la administración Trump fuera capaz de mantener una postura coherente sobre cualquier cuestión. La guerra comercial que el presidente de Estados Unidos ha declarado a China ha sido calificada de «estúpida», «arrogante» y «ridícula» por el periodista económico británico Martin Wolf en el *Financial Times* . [18]

La ampliación de la sociedad del bienestar y el espíritu regulador en las décadas de 1960 y 1970 contrastan con la situación actual de manera reveladora: antes, los destinatarios de las prestaciones tenían «derechos», y

actualmente están estigmatizados. Europa ha seguido un modelo similar: grandes avances entre 1945 y 1975, pero, después, una política defensiva o, incluso, de recortes.

Por si alguien quería saber qué era lo «viejo» que estaba muriendo, aquí lo tiene.

Los recortes llegaron al clímax de su virulencia en el Reino Unido con la elección de Margaret Thatcher como primera ministra. Ella liberalizó los mercados financieros (con un conjunto de medidas conocido como Big Bang), vendió vivienda social, privatizó servicios públicos, contuvo a los sindicatos, rebajó los impuestos de las rentas más altas (del 83 % al 40 %), redujo las prestaciones sociales e introdujo un «cuasimercado» en el Servicio Nacional de Salud mientras las prestaciones se rezagaban con respecto al crecimiento de los salarios (invirtiendo la tendencia anterior). No obstante, el gasto público en bienestar aumentó, porque el desempleo también aumentaba. Por supuesto, el estado del bienestar no fue abolido, aunque salió maltrecho. Así, la solidaridad entre las clases medias y las clases trabajadoras se debilitó, si bien todos continuaron beneficiándose de la asistencia social de por vida. Los países que adoptaron políticas neoliberales en las décadas de 1980 y 1990 vieron aumentar las desigualdades en materia de salud, en especial en el Reino Unido, Estados Unidos y Nueva Zelanda. [19]

La sociedad del bienestar pasó a ser, cada vez más, algo para los pobres («una cuestión de "ellos y nosotros": ellos, los pobres irresponsables, y nosotros, los que pagamos por ellos»). [20] En las clases bajas hay defraudadores, por descontado, y son sancionados. Sin embargo, los defraudadores de las clases medias se salen con la suya. En el Reino Unido, entre 2013 y 2018, la Autoridad de Conducta Financiera solamente interpuso acciones judiciales en ocho casos de uso de información privilegiada y dictó doce condenas. En 2015, la agencia recaudadora británica (el HMRC) apenas destapó una treintena de casos de fraude fiscal «serios o complejos» después de haber sido criticada por elegir casos de poca cuantía para llegar a los objetivos fijados. En cambio, más de diez mil «defraudadores» de ayudas sociales fueron enjuiciados o multados en un solo año. [21]

Tras la expulsión de Thatcher de su propio partido en 1990 por haber creado un impuesto de capitación que habría perjudicado especialmente a las rentas más bajas, su sucesor, John Major, instauró la llamada Iniciativa

de Financiación Privada (Private Finance Initiative, PFI) para sufragar infraestructuras tales como escuelas u hospitales. Bajo el paraguas de la conocida como «alianza público-privada» (Public-Private Partnership, PPP), un consorcio de empresas privadas poseía, explotaba y arrendaba estas infraestructuras al Gobierno (es decir, a los contribuyentes británicos) por un período que podía prolongarse hasta cuatro décadas. El plan fue ampliado de manera drástica por el gobierno laborista (1997-2010), que amañó las reglas de tal manera que las alternativas públicas bien gestionadas no pudieron competir. Los gobiernos de Tony Blair y Gordon Brown quedaron seducidos por la artimaña porque la deuda utilizada para financiar infraestructuras fue clasificada como pasivo del sector privado y no como gasto gubernamental, y se «cumplía» así la «regla de oro» de Brown, según la cual la deuda pública no podía superar el 40 % de la renta nacional. Un empréstito público *de facto* .

La nueva coalición liberal-conservadora (2010-2015) dio continuidad a esta práctica con entusiasmo. En 2017, de acuerdo con el responsable de la sección de economía del *Financial Times* , la PFI quedó «desprestigiada por su coste, complejidad y rigidez». [22] Margaret Hodge, una de las primeras defensoras de la iniciativa, aunque más tarde presidenta del Comité Permanente de Cuentas Públicas de la Cámara de los Comunes (2010-2015), admitió que no tenían razón: «La PFI fue un auténtico escándalo; fuimos seducidos por la idea y estafados por los contratistas de la PFI». [23] El Tribunal de Cuentas británico no halló ningún indicio de que la inversión pública en los más de setecientos proyectos de la PFI hubiera aportado algún beneficio financiero. [24]

En las memorias de Gordon Brown no se dice nada negativo sobre la PFI o la PPP.

Sin embargo, no hay duda de que hubo algo que fue de verdad muy mal. A principios de 2018 quebró Carillion, una de las grandes constructoras británicas profundamente involucradas en los planes de la PFI/PPP. La empresa tenía 43.000 personas empleadas y subcontrataba hasta treinta mil pequeñas empresas, así que su caída significó una enorme pérdida de puestos de trabajo. Después de dimitir en julio de 2017, el antiguo jefe de Carillion, Richard Howson, siguió cobrando su salario de 660.000 libras esterlinas hasta octubre de 2018. En 2016, Howson había cobrado por su «trabajo» un millón y medio de libras más, incluidas 561.000 en primas. La empresa, que tenía un enorme déficit de pensiones,

pagó 83 millones de libras en dividendos en 2017. Los exdirectivos de Carillion se negaron a devolver de manera voluntaria sus primas cuando los miembros de las comisiones parlamentarias especiales los tacharon de «personajes delirantes» que echaban la culpa a todo el mundo, excepto a ellos mismos. [25] Eran «negligentemente ignorantes de unas prácticas inmorales o cómplices de ellas». Falló todo el sistema de control y contabilidad. KPMG, la empresa auditora, fue ineficaz, como también lo fue la pasiva entidad reguladora del sector auditor. Los asesores de Carillion en la City no hicieron nada, y cobraron por no hacer nada. [26] Y, para colmo, el presidente de la empresa, Philip Nevill Green, era asesor del primer ministro David Cameron en cuestiones de «responsabilidad empresarial» (!). No debe confundirse a este Philip Nevill Green con «sir» Philip Green, expresidente de Arcadia Group y célebre evasor fiscal, también nombrado por Cameron para llevar a cabo un informe sobre los progresos de la «revisión de eficiencia» en 2010.

El sistema de la iniciativa de financiación privada (PFI) se aplicó sobre todo en el Servicio Nacional de Salud, el cual paga una tasa anual a la PFI por el uso y mantenimiento de los hospitales que ha construido. El NHS también tiene que devolver, con intereses, el dinero empleado en la construcción de hospitales. Como resultado, entre 2010 y 2015, el NHS y las autoridades locales en Inglaterra gastaron más de 10.700 millones de libras esterlinas en edificios hospitalarios y otras instalaciones sanitarias construidas según el plan de la PFI, mientras que las empresas de la PFI obtuvieron un beneficio antes de impuestos de 831 millones de libras durante el mismo período de seis años, mucho más de lo que habrían ganado si hubieran invertido el dinero en otro lugar. Hasta la debacle de Carillion, se daba por sentado que era un negocio de bajo riesgo, ya que los préstamos tenían la garantía del Gobierno. Y esto explica en parte el enorme déficit de financiación acumulado por los hospitales del Servicio Nacional de Salud del Reino Unido. [27] En septiembre de 2019, de acuerdo con un informe del Instituto para la Investigación de Políticas Públicas, de centroizquierda, los hospitales tendrían que gastar otros 55.000 millones de libras esterlinas en pagos antes de que finalice el último contrato, en 2050, como consecuencia directa del PFI. [28]

Como era de esperar, las políticas de «mercantilización» de la sanidad pública británica continuaron con el gobierno de coalición encabezado por el primer ministro David Cameron, del Partido Conservador, y el vice

primer ministro Nick Clegg, del Partido Liberal. La Ley de Salud y Asistencia Social 2012 trajo consigo una reorganización que, según The King's Fund (un *think tank* dedicado al sistema de salud pública), fue «perjudicial», «complicada y confusa». [29] A finales de 2017, el NHS se tambaleaba bajo los efectos de un déficit gigantesco e insostenible. [30]

Los ilusos siguen convencidos de que la sanidad británica es la mejor del mundo, pero la triste realidad demuestra que, según un informe de la OCDE, el Reino Unido solamente dispone de 2,4 camas de hospital por cada mil habitantes, menos de la mitad que la media de la Unión Europea (5,2), mientras que Francia tiene 6,2 y Alemania, 8,2. Los británicos también tienen menos médicos que cualquier otro ciudadano de la UE, exceptuando a rumanos y polacos, además de una espera mayor que el promedio europeo para someterse a operaciones rutinarias, como una intervención de cataratas o una artroplastia de rodilla o cadera. [31]

Sin duda, el estado del bienestar sobrevive en el Reino Unido, pero ha quedado seriamente perjudicado por las políticas de las sucesivas administraciones conservadoras y con un laborismo muy poco dispuesto a reparar el daño sufrido.

¿Cómo le ha ido a Francia? Al principio, el socialista François Mitterrand lo hizo bien. Con su elección en 1981 y una mayoría absoluta de su parte, hubo un transvase de recursos hacia un mejor estado social. Las pensiones y prestaciones familiares aumentaron de manera sustancial, los cobros por receta fueron suprimidos, los inmigrantes obtuvieron prestaciones, el gasto en educación y el salario mínimo interprofesional (*le salaire minimum de croissance* , SMIC) se ajustaron con creces a los índices de inflación, la pena de muerte fue finalmente abolida, las condiciones de las familias monoparentales mejoraron y las guarderías se multiplicaron.

En febrero de 1982, el Gobierno nacionalizó cinco grandes empresas industriales y 39 bancos. Estos, simplemente, fueron incorporados a un sistema bancario estatal existente que siempre se había comportado como una banca privada. Así, después de gastar una suma considerable, el Gobierno no supo muy bien qué hacer con un nuevo instrumento que, por otro lado, satisfacía las aspiraciones de la izquierda de «romper con el capitalismo». Algunos socialistas más modestos y patriotas, como Laurent Fabius, pensaron que la nacionalización salvaba a las empresas francesas del control extranjero. [32]

A principios de la década de 1980, el gobierno francés también implantó uno de los programas de lucha contra el desempleo más decididos de Europa occidental —aun cuando el desempleo en Francia fuera, por entonces, menos acusado que en el Reino Unido, Bélgica, Italia o los Países Bajos—. La jornada laboral fue reducida desde la (errónea) creencia de que así aumentarían los puestos de trabajo. [33] Sin embargo, el desempleo aumentó de 1.794.000 desocupados en mayo de 1981 a 2.005.000 en mayo de 1982. [34] El problema fue que el gobierno francés, con sus medidas, intentó estimular la economía mientras otros países estaban deflactando. Estados Unidos y el Reino Unido se encontraban en plena deflación desde, por lo menos, 1979, y a ellos se había sumado Alemania Occidental en 1980. Francia, a pesar de estar mucho más limitada por factores internacionales que Alemania —por no hablar de Japón—, trató de ser la excepción que confirmaba la regla. [35] Apostó y perdió. Ello la condujo a una inflación que, en 1982, duplicaba la de los germanos, sus principales competidores.

Era como si Francia se hubiera quedado sola e inmaculada, cercada por hordas de multinacionales salvajes, dispuestas a destruir la singularidad de la industria y la cultura galas. Cuanto más se desplazaba uno a la izquierda del Parti Socialiste, más se topaba con una curiosa forma de socialismo nacionalista de izquierdas que, en el resto de Europa, era comparable únicamente con el Partido Laborista británico.

El gobierno francés dio marcha atrás y, en junio de 1982, cerró el grifo del gasto público. Las cotizaciones de los trabajadores a la Seguridad Social aumentaron. La devaluación, la contención salarial y una situación internacional más favorable (reflejada en la caída de los tipos de interés) proporcionaron algunas de las condiciones de oferta que se requerían para la inversión. Surgía un modelo —seguido después en otros países, principalmente por el «nuevo» laborismo británico— que defendía la necesidad de demostrar a los círculos financieros que los socialistas aplicaban políticas económicas que no se diferenciaban de manera sustancial de las conservadoras. Este cambio de sentido fue ampliamente celebrado como un regreso al «realismo». En el Reino Unido, la primera ministra, Margaret Thatcher, decía orgullosa, refiriéndose a sí misma: «Esta dama no da media vuelta». En Francia cambiaban el rumbo continuamente. El mantra de la abolición del capitalismo fue abandonado. Francia tenía que apostar por la «modernización», se decía. Durante más de cien años, la

llamada a la modernización había resultado atractiva, pero, en ese momento, para los franceses significaba el fin de la ambición, el agotamiento de la pasión y el comienzo de la rutina. El Partido Socialista se convirtió en una «formación gris en busca de un color», tal como dijo el parlamentario laborista británico Austin Mitchell de su propio partido. En 1985, los socialistas afirmaban: «El mercado ha demostrado ser claramente uno de los caminos a la libertad ... El estado no debe producir. Esa es tarea de las empresas». [36]

El sociólogo Alain Touraine escribió de modo sarcástico: «Cuando escuchen un elogio pomposo de los beneficios, la empresa o la competencia, pueden estar seguros de que está hablando un ministro socialista ... En resumen, Francia se ha vuelto reaganiana». [37] Si queremos analizar las causas del auge del ultraderechista Frente Nacional, no estaría de más examinar los antecedentes económicos de los sucesivos gobiernos socialistas franceses.

Mitterrand fue reelegido en 1988, pero Jean-Marie Le Pen (Frente Nacional) obtuvo un impresionante 14,4 %, mientras que el candidato comunista no llegó al 7 %. Los tres gobiernos que siguieron bajo el mandato de Mitterrand, liderados por Michel Rocard (1988-1991), Édith Cresson (1991-1992) y Pierre Bérégovoy (1992-1993), optaron por la prudencia fiscal y desplazaron el peso de la fiscalidad a los impuestos indirectos, todo ello acompañado de una rígida política antiinflacionista. El desempleo creció de manera continuada, los ricos se hicieron más ricos y los pobres, más pobres. [38] Sin embargo, en 1991, la inflación estaba controlada —aunque así era en todas partes—. [39] Después llegó una ola de privatizaciones que incluyó muchas de las empresas recientemente nacionalizadas.

Todo fue en vano. Había un precio que pagar. En 1993, los socialistas salieron del Gobierno tras conseguir un escaso 17,6 % de votos en las legislativas (en 1988 habían obtenido un 37,5 %). Bérégovoy, el primer ministro, se suicidó. Los partidos conservadores se hicieron con 485 escaños y los socialistas, con 92. Francia también se estaba desplazando a la derecha.

Dos cohabitaciones se sucedieron. La primera comenzó en 1993, con Mitterrand presidiendo la República y el gaullista Édouard Balladur como primer ministro. La segunda, que empezó en 1995, tuvo a Jacques Chirac de presidente y al socialista Lionel Jospin de primer ministro. Con Jospin, las

principales reformas impulsadas por Martine Aubry, ministra de Empleo y Solidaridad, fueron la ampliación de la cobertura sanitaria y la reducción de la semana laboral, mientras que Dominique Strauss-Kahn, ministro de Economía, tranquilizó los mercados.

Para entonces, la izquierda estaba tan fragmentada que Lionel Jospin ni siquiera consiguió llegar a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2002. Si hubiera tenido el apoyo de toda la izquierda francesa —incluidos el partido de centroizquierda de JeanPierre Chevènement, los comunistas, algunos trotskistas, los ecologistas, etc.—, habría alcanzado el 42,89 % de los votos, frente al 19,88 % de Chirac, y quizá habría ganado en la segunda ronda. Pero no fue así. El socialista obtuvo un 16,18 % en la primera vuelta y entregó la decisiva segunda plaza para acceder a la ronda final a Jean-Marie Le Pen (16,86 %), para consternación del 80 % del electorado, que se tuvo que conjurar para hacer presidente a Chirac, *faute de mieux* .

Chirac fue sucedido en la presidencia de la República por Nicolas Sarkozy (2007-2012). La izquierda no volvió al poder en Francia hasta 2012, cuando François Hollande fue elegido presidente y el Partido Socialista obtuvo la mayoría para gobernar durante cinco funestos e infructuosos años. Hollande había ganado con la promesa de introducir cambios políticos y económicos significativos y reducir la austeridad del gobierno, su sumisión al capitalismo de las finanzas y su enfoque fiscalmente favorable a las grandes empresas. Hollande adoptó una imagen de *président normal* que contrastaba con la de su predecesor, el excéntrico y ostentoso *président bling-bling* Sarkozy, que en 2014 fue acusado de corrupción. Sin embargo, las diferencias no fueron tan significativas en lo relativo a sus políticas. Así, la presidencia de Hollande siguió apretándose el cinturón y continuó el saneamiento fiscal, al igual que el apoyo a los mercados financieros y las grandes empresas, mientras las desigualdades sociales y económicas crecían y el desempleo, sobre todo entre los jóvenes, se disparaba. Como era de esperar, la popularidad de Hollande descendió hasta niveles insalvables, y su caída abrió las puertas a la «tercera vía» de Emmanuel Macron, *ni gauche ni droite* .

En Italia, la década de 1990 presenció una transformación completa del sistema político. Tras la caída del comunismo en la URSS y el resto de Europa del Este, el Partido Comunista Italiano —la formación comunista más fuerte de Occidente— cambió de nombre y se convirtió, en 1991, en el

Partido Demócrata de Izquierda. Posteriormente, en una serie de derivas neuróticas de búsqueda de identidad, se convirtió en Democráticos de Izquierda (1998) y, por último, en el Partido Demócrata (2007), un nombre más neutro que imitaba a su homónimo estadounidense y daba una muestra más del creciente provincialismo de la política italiana. Anteriormente, el partido Los Demócratas, liderado por el antiguo democratacristiano Romano Prodi, tenía como símbolo el *asinello* , el asno de los demócratas de Estados Unidos. Incluso el exalcalde de Roma, Walter Veltroni, siendo secretario general del Partido Demócrata en 2008, adoptó, en inglés, el eslogan de Obama «Yes, we can» (Veltroni prologó la edición italiana de *La audacia de la esperanza* , de Barack Obama).

Más o menos a la vez que el comunismo implosionaba, una serie de grandes escándalos de corrupción, conocida como Tangentópolis (o «Villa Cohecho»), destruyó a los democratacristianos, en el poder desde 1945, y empujó a los socialistas, el tercer partido más importante, al abismo. El grupo de valientes magistrados —conocido como «manos limpias»— encargados de Tangentópolis fracasó, por supuesto, en su intento de acabar con la corrupción endémica del sistema político italiano.

Como respuesta a Tangentópolis, Silvio Berlusconi, el popular magnate de la televisión que había amasado una fortuna con el negocio inmobiliario y que nunca se había presentado a unas elecciones, formó, desde cero, un partido nuevo en diciembre de 1993 —adelantándose a Trump casi un cuarto de siglo—. Lo llamó, patrióticamente, Forza Italia, como la chovinista expresión que gritan los *tifosi* en los estadios de fútbol. La formación ganó las elecciones generales de 1994 en coalición con un partido marginado, Alianza Nacional (ampliamente considerado entonces como neofascista), y la antisureña Liga Norte (cuando aún no era xenófoba, ya que entonces había pocos trabajadores extranjeros en Italia). La coalición liderada por Berlusconi estuvo un año en el poder, después pasó a la oposición (1996-2001), volvió al gobierno durante una legislatura completa (2001-2006) y, de nuevo, entre 2008 y 2011. Su coalición ganó otra vez en 2018, pero el partido principal era la Liga Norte.

Aquella fue la primera vez en la historia de Europa que un partido en el gobierno había sido creado y fundado exclusivamente por un empresario que, al igual que Trump, gozaba de poca popularidad entre las élites, tanto domésticas como extranjeras —en particular, el semanario británico *The Economist* aprovechaba cualquier ocasión, casi siempre justificada, para

hablar mal de él—. Durante el tiempo que Berlusconi fue primer ministro, no se aprobó ninguna reforma significativa. Sin embargo, las cosas no mejoraron con los posteriores gobiernos de centroizquierda: PIB, productividad, inversiones y salarios se estancaron o disminuyeron, las desigualdades regionales continuaron, las firmas italianas perdieron competitividad y los grandes empresarios industriales —tan dinámicos en la década de 1950— se volvieron más incompetentes; las universidades siguieron dando tumbos de una crisis a otra; el empleo se mantuvo precario, en especial para los jóvenes, y, como en otros sitios, el país se fue desindustrializando y se perdieron mercados extranjeros, mientras los impuestos —y su evasión— seguían al alza y la burocracia era asfixiante.

Cuando la izquierda se mostraba más impotente que nunca, varias agrupaciones y coaliciones de centro emergieron con la esperanza de contener a Berlusconi. A este respecto, los historiadores no lo tendrán fácil para explicar la proliferación de «partidos» y coaliciones efímeras durante las décadas posteriores a 1994: la centrista Lista Dini (Renovación Italiana), de Lamberto Dini; la católica Popolari UDEUR (Populares UDEUR), de Clemente Mastella; la Unione Democratica per la Repubblica (Unión Democrática por la República), del expresidente Francesco Cossiga; el Patto di Rinascita Nazionale (Pacto Segni), de Mariotto Segni; Italia dei Valori (Italia de los Valores), de Antonio di Pietro (uno de los jueces que encabezó la investigación de la trama Tangentópolis); Scelta Civica (Elección Cívica), del economista Mario Monti (breve primer ministro); la católica Unione di Centro (Unión de Centro), de Pier Ferdinando Casini; Futuro e Libertà per l'Italia (Futuro y Libertad para Italia), del antiguo neofascista Gianfranco Fini, e, incluso, el partido Libertà di Azione (Libertad de Acción), fundado por Alessandra Mussolini, nieta de *il Duce* , y sus sucesores en la extrema derecha, los Fratelli d'Italia (Hermanos de Italia, como el primer verso del himno italiano), también liderados por una mujer, Giorgia Meloni.

En el centroizquierda aparecieron varias coaliciones con bonitos nombres vegetales (El Olivo, La Margarita, El Girasol) como alternativas a Berlusconi, pero no lograron estabilizar el panorama político. Más a la izquierda estaba el Partido de la Refundación Comunista, el Partido de los Comunistas Italianos (PdCI), Democracia Proletaria, la Alianza de los Progresistas, La Izquierda-El Arcoíris, La Otra Europa con Tsipras o Izquierda, Ecología y Libertad, entre otros.

Este circo político estuvo marcado por frenéticos debates sobre reformas electorales y constitucionales, así como por referéndums perdidos, como el convocado por el entonces primer ministro, Matteo Renzi, y celebrado el 4 de diciembre de 2016 para reformar la composición y los poderes del Parlamento. Renzi perdió la consulta por un sorprendente 60 % a 40 %, una derrota que hace parecer inteligente a David Cameron. Renzi dimitió, pero siguió dirigiendo su partido y cedió el cargo de primer ministro a Paolo Gentiloni, también del Partido Demócrata. Mientras tanto, la economía no se inmutaba, el estado del bienestar se estancaba y el sistema político seguía desmoronándose. Las elecciones del 4 de marzo de 2018 significaron una derrota más para la izquierda italiana y para Renzi en particular, que renunció, quizá para bien. El Partido Demócrata obtuvo el 18,7 % del voto popular y parecía moribundo.

Como si no bastara con Berlusconi y la Liga Norte, en Italia apareció el Movimiento 5 Estrellas, una formación que se declara *né di destra né di sinistra* («ni de derechas ni de izquierdas», como el francés Macron), pero que en el Parlamento Europeo sabe muy bien cuál es su sitio: en la derecha, con los euroescépticos conservadores del Grupo Europa de la Libertad y la Democracia Directa (EFDD), al lado de UKIP, los Demócratas de Suecia, Alternativa para Alemania y otros grupos de extrema derecha. El M5S, normalmente calificado de «populista», fue fundado por el «carismático» humorista Beppe Grillo. Este partido/movimiento —no le gusta que lo llamen «partido»— nació en 2009, y en las elecciones de 2013 pasó a ser la segunda formación política del país al obtener el 25,5 % de los votos. En 2016 se hizo con las alcaldías de Roma y Turín. Como se negaba a formar coaliciones con cualquier otro partido, ayudó a dificultar la gobernabilidad en Italia. En las elecciones de marzo de 2018, el M5S se convirtió en el partido más votado —con casi un 32 % de los votos—, y, si antes rechazaba cualquier alianza, ahora se vio más que dispuesto a llegar a un acuerdo de gobierno con la xenófoba y conservadora Liga Norte, confundiendo así a los ingenuos que pensaban que el M5S era una fuerza de izquierdas. El rechazo a las alianzas era una medida prudente para este tipo de partido, pero en el gobierno se verá obligado a tomar decisiones, lo cual conllevará el riesgo de volverse impopular entre sus partidarios, que esperan milagros. Así, la victoria del M5S en marzo de 2018 ha dado lugar a un gobierno

débil, inestable y xenófobo. Los italianos solo pueden desesperarse. Y algunos llevan desesperándose muchísimo tiempo. En el canto sexto del *Purgatorio* , Dante escribió:

> *Ahi serva Italia, di dolore ostello* ,
> *nave sanza nocchiere in gran tempesta* ,
> *non donna di provincie, ma bordello!*
>
> [¡Ay, sierva Italia, asilo del dolor,
> nave sin barquero en la tormenta,
> burdel, y no señora de las provincias!]

La situación en Alemania ha sido menos dramática. El canciller democratacristiano Helmut Kohl, elegido en 1982 y en el cargo durante los dieciséis años posteriores, empezó ampliando el estado del bienestar, pero acabó recortándolo en 1989. Fue el año fatídico de la caída del Muro de Berlín, un inesperado golpe de fortuna para un canciller cuya popularidad no cesaba de caer. Lo hizo bien. Tomó las riendas ignorando los deseos de sus socios de coalición liberales, cuyo objetivo inicial era la creación de una zona económica especial para la antigua Alemania Oriental. Kohl también ignoró los temores de sus aliados en Occidente, sobre todo los británicos: a los dos meses de la caída del Muro, Margaret Thatcher había dicho a Gorbachov que no deseaba la reunificación de Alemania y que quería que la impidiera. [40] Mitterrand también estaba asustado. Al mes de la apertura del Muro, su asesor personal, Jacques Attali, explicó a Vadim Zagladin, un alto consejero de Gorbachov, que el presidente francés estaba «perplejo» con la aparente indiferencia soviética ante lo que estaba pasando: «Francia no quiere la reunificación alemana bajo ningún concepto». Se ha dudado sobre si Mitterrand fue tan inflexible, pero es comprensible que estuviera preocupado e inquieto. [41]

A pesar de las objeciones del Bundesbank, Kohl impuso un tipo de cambio de uno a uno entre los marcos de ambas Alemanias. En las elecciones de 1990 triunfó, y volvió a ganar en las de 1994, aunque con una mayoría más reducida.

Pero la reunificación tuvo sus costes: el producto interior bruto se contrajo frente al crecimiento en el resto de Europa occidental, y la tasa de desempleo se duplicó. Los alemanes del este estaban consternados por los recortes sociales y por el cada vez más elevado desempleo al que tenían que enfrentarse (el doble que sus compatriotas del oeste). En la República Democrática Alemana (RDA) nunca había faltado trabajo, y muchos

alemanes orientales manifestaron una añoranza nostálgica de las seguridades del pasado, un fenómeno rápidamente bautizado como *Ostalgie* . Kohl fue derrotado en las elecciones de 1998 y el candidato del SPD, Gerhard Schröder, se convirtió en canciller encabezando una coalición de socialdemócratas y ecologistas. La situación no mejoró. *The Economist* definió Alemania —no sin regocijo— como «el hombre enfermo del euro». [42]

Reelegido en 2002, y en sincronía con el nuevo laborismo de Tony Blair, Schröder, tras prometer en campaña que no recortaría bienestar, anunció, en marzo de 2003, el conjunto de reformas conocido como Agenda 2010. El plan consistía en recortar impuestos y, por consiguiente, recortar también pensiones, sanidad y prestaciones por desempleo. Era el giro alemán hacia el neoliberalismo. La Agenda 2010 recibió el apoyo de las formaciones de centroderecha y el rechazo de socialdemócratas del propio partido de Schröder, así como de los maltrechos sindicatos. A pesar de todo, obtuvo el voto de confianza no solo del SPD, sino también de sus socios de coalición, Los Verdes. Al principio, la cifra de desempleados llegó a los cinco millones, pero en 2007 ya era más baja que en 2002. De nada sirvió. El SPD, cada vez más impopular, se rezagó en las encuestas y perdió la mayoría en las elecciones de 2005. Finalmente se formó la gran coalición entre la CDU y el SPD, y la democratacristiana Angela Merkel comenzó su largo mandato como canciller. Schröder abandonó la política y empezó a ganar dinero de verdad al incorporarse al consejo de administración del gigante energético ruso Rosneft. Hacer fortuna después de dejar un alto cargo se ha convertido en una práctica habitual. Sin embargo, son muy pocos los que han superado a Tony «Nuevo Laborismo» Blair, quien, a los pocos años de abandonar sus funciones como primer ministro, ya había acumulado 80 millones de libras esterlinas asesorando a regímenes militares y despóticos, como el birmano, que perseguía y sigue persiguiendo a musulmanes, o a Nursultán Nazarbáyev, el presidente tirano de Kazajistán. Blair elogió en repetidas ocasiones a Nazarbáyev por haber sabido aplicar «la dureza necesaria para llevar al país por el buen camino». [43]

Las cosas fueron menos halagüeñas para muchos alemanes (o kazajos). Aunque en 2015 Alemania tenía la segunda industria exportadora más grande del mundo y volvía a ser la locomotora económica de Europa, la pobreza y la desigualdad crecían. Los salarios apenas aumentaban y cerca

de 12,5 millones de alemanes vivían en la carencia. Tanto la recuperación como el aumento de la pobreza fueron atribuidos a la Agenda 2010, lo cual explica la continua impopularidad del SPD. [44]

Hasta Suecia se desplazó a la derecha. La enorme solidez del estado del bienestar sueco se basaba en una generosa universalidad que, pese a la elevada fiscalidad necesaria para financiarlo, le hacía contar con un apoyo considerable de la clase media. El largo gobierno socialdemócrata llegó a su fin en 1976, cuando los partidos llamados «burgueses» alcanzaron el poder. Habían gastado muchas energías durante la campaña electoral negando cualquier intención de acabar con el estado del bienestar. Pero su victoria fue pasajera y el Partido Socialdemócrata Sueco (SAP) volvió a ganar en las elecciones de 1982, 1985 y 1988. En la última de ellas, el SAP obtuvo más escaños que el voto combinado de los partidos burgueses, los comunistas consiguieron sus mejores resultados en los últimos veinte años (casi el 6 %) y el nuevo Partido Verde logró un 5,5 %. Pero los votantes le habían cogido el gusto a la movilidad electoral.

En 1989, cuando la situación económica se estaba deteriorando en Suecia, la popularidad de los socialdemócratas decayó. En 1991, su porcentaje de votos se desplomó, por primera vez desde la década de 1930, por debajo del 40 %, pero volverían al poder en 1994. El sector fabril sueco empezó a perder su posición dominante. La industria textil dejó de ser competitiva y la naval tuvo que rivalizar con los formidables astilleros coreanos y japoneses. [45] El capitalismo escandinavo era incapaz de conseguir índices de crecimiento compatibles con el elevado nivel de gasto público *y* con la predisposición de los contribuyentes a tolerar una elevada presión fiscal. La dependencia de Suecia de las vicisitudes de la economía internacional había aumentado notablemente a lo largo de la década de 1980. Los socialdemócratas —como los liberales en otras partes— desmantelaron el sistema de control sobre el cambio de divisas porque se había vuelto muy poco efectivo en un mundo dominado por empresas multinacionales y mercados internacionales de capital.

El rápido deterioro de las finanzas públicas provocó recortes en prestaciones por desempleo, gastos de salud más altos y estipulaciones de baja por enfermedad más estrictas. La organización del servicio nacional de salud sueco sufrió un cambio importante que la alejó del modelo centralizado de planificación racional y la acercó al mercado interior. [46] En 1993, mientras preparaban las elecciones del año siguiente, los

socialdemócratas habían renunciado a la posibilidad de volver al pleno empleo si Suecia no se convertía en miembro de la Unión Europea, cosa que hizo al año siguiente.

Por entonces, Suecia era la sede de un modelo de socialdemocracia maltrecho. En lo que había sido la meca del pleno empleo, había ahora un índice de desocupación del 13 % entre la población activa. [47] Los socialdemócratas estuvieron fuera del poder de 2006 a 2014. Al volver, lo hicieron sin mayoría absoluta, así que se vieron obligados a formar coalición con los ecologistas y contar con el apoyo del Partido de la Izquierda. En las elecciones de 2018, el bloque de centroizquierda obtuvo poco más del 40 % de los votos, justo por encima del centroderecha. Los socialdemócratas suecos sacaron un 28,3 %, peor que en 1911, cuando, siendo prácticamente unos recién llegados, consiguieron un 28,5 %. Durante más de cincuenta años (entre 1932 y 1988), siempre habían superado la barrera del 40 % de los votos en todos los comicios. Eran otros tiempos.

¿Qué nos dice todo esto? Nos dice que, como cada vez es más difícil mantener los impuestos bajos y el bienestar alto, la socialdemocracia tradicional tiene que ocupar, al menos en parte, el terreno que en su día fue patrimonio de la derecha. Tiene que hacerse «moderna», es decir, más neoliberal. Acabó la época de las nacionalizaciones, del estado «paternalista» invasor, de intentar controlar la economía en vez de dejarla en manos de la inculta clase emprendedora. Hay que dejar que el mercado funcione lo más rápido posible y, con el efectivo generado, ayudar a los pobres.

Así lo han hecho, y siguen haciéndolo, los países que tienen la suerte de disponer de una materia prima importante, como el petróleo. Catar, la Venezuela de Chávez y la Rusia de Putin tienen en común que pueden gastarse la bonanza petrolera —después de que los empresarios se hayan llevado su tajada— en beneficio de las masas a cambio de popularidad. No se necesitan reformas, modelos económicos, estrategias nuevas ni nada que haga cambiar nada. Los ricos pueden hacerse más ricos y los pobres serán menos pobres. Y todos contentos, al menos mientras dure el *boom* petrolífero, cosa que, por otro lado, nunca pasa.

No todos tienen la suerte de disponer de amplias reservas de una materia prima importante. Aun así, hay que adaptarse a los tiempos y, en el siglo XXI , esto significa girar a la derecha. Esta respuesta estratégica fue

desarrollada en el Reino Unido por Tony Blair cuando fue nombrado primer ministro laborista en 1997, tras dieciocho años de gobiernos conservadores. Blair bautizó su posicionamiento político como «tercera vía», refiriéndose a que tomaría lo útil tanto de la izquierda como de la derecha. Su victoria fue particularmente popular entre los socialdemócratas de toda Europa. En Estados Unidos, esta estrategia se llamó «triangulación», término adoptado por Bill Clinton cuando fue reelegido en 1996. En su discurso sobre el Estado de la Unión de ese año, se le ocurrió decir que la era del *big government* había acabado, al tiempo que admitía: «No podemos volver a los tiempos en que se dejaba que nuestros ciudadanos se valieran por sí mismos». [48] En palabras de su asesor político, Dick Morris, esto significaba que el presidente Clinton juntaría lo «mejor» de los demócratas y los republicanos, lo agitaría, y el cóctel resultante sería una nueva «tercera fuerza».

Veinte años después, en 2017, el candidato que obtendría la presidencia de la República Francesa, Emmanuel Macron, hizo exactamente lo mismo bautizando la estrategia —de forma menos elegante— como «ni de izquierdas ni de derechas», como si él hubiera inventado un tema que ya había impregnado todo el siglo XX, como el historiador israelí Zeev Sternhell ya había expuesto en su justamente celebrado libro sobre el fascismo de entreguerras en Francia, *Ni droite ni gauche: L'idéologie fasciste en France* (1983). En 1931, el ensayista Émile Chartier escribió (tras el pseudónimo de Alain) que, cuando le preguntaban si todavía tenía sentido hablar de diferencias entre izquierdas y derechas, lo primero que le venía a la cabeza era que la persona que hacía la pregunta no era de izquierdas. [49]

El Frente Nacional había recuperado el eslogan en 1995 añadiéndole el vocativo «franceses»: «Ni droite, ni gauche: Français!». Macron ganó las elecciones presidenciales a base de repetir hasta la saciedad las expresiones *en même temps* y *mais aussi* («al mismo tiempo» y «pero también») —por las cuales recibió todo tipo de burlas— con el objetivo de disimular cualquier asomo de contradicción. Macron estaba a favor de una intervención militar en Siria y, «al mismo tiempo», se resistía a pedir a Bashar al Asad que se fuera; estaba a favor de invertir en el futuro y, «al mismo tiempo», exigía restricciones en el gasto; afirmaba que había que reforzar las fronteras y, «al mismo tiempo», cumplir los deberes para con los refugiados. En octubre de 2016 recordó a su público los crímenes contra

la humanidad cometidos por Francia en Argelia, «pero también» que Francia combinaba «éléments de civilisation» («elementos de civilización») con «éléments de barbarie» («elementos de barbarie»). [50] Diez años antes que Macron, Walter Veltroni, el líder de la «tercera vía» del Partido Demócrata italiano, también tenía costumbre de decir «ma anche» («pero también»), lo cual le valió la siguiente sátira de un humorista: «Estamos abiertos a los inmigrantes, pero también al Ku Klux Klan». Para algunos, el «en même temps» de Macron resumía su moderación y su capacidad de ver los dos lados de una disputa; para sus adversarios, era una prueba más de su visión confusa y oscura de la política.

De hecho, si le quitamos todo el bombo publicitario, Macron es un centrista del montón cuyo objetivo es suavizar la legislación laboral en beneficio de la empresa, moderar el impuesto sobre el patrimonio —que tampoco es que sea muy elevado en Francia— y recortar las ayudas para la vivienda. En su opinión, así es como hay que lidiar con el elevado índice de desempleo del país, situado en un 9,6 %, el doble que en el Reino Unido y Alemania.

Tras ganar con facilidad a Marine Le Pen en las presidenciales de 2017, el partido de Macron (y sus aliados) obtuvo un tercio de los votos emitidos en la primera vuelta de las posteriores elecciones legislativas (celebradas el 11 de junio del mismo año), donde la participación fue excepcionalmente baja: un 48,7 %. En la segunda ronda (18 de julio), el partido de Macron consiguió un 49,11 %, que le aseguró el 60 % de los escaños (350), mientras que el Partido Socialista obtuvo solamente un 5,6 % de los votos. La participación en la segunda vuelta fue aún más desoladora: un 42,64 %. Dicho de otro modo, Macron consiguió la mayoría absoluta en la Asamblea Nacional con el apoyo de poco más del 15 % del electorado.

Macron tuvo suerte. Sus contrincantes en las elecciones presidenciales habían demostrado una incompetencia notable. El conservador François Fillon se había pasado gran parte de la campaña denunciando la corrupción, pero más tarde se supo que había colocado a la mayoría de su familia en puestos pseudogubernamentales. El presidente saliente, François Hollande, ni siquiera se presentó. Su baja popularidad se vio agravada por la falta de dignidad que demostró al utilizar al personal de seguridad para llevarle cruasanes por la mañana a él y a su amante. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de ganar. Tampoco ofreció mucho apoyo al candidato socialista

oficial, Benoît Hamon, que cayó derrotado en la primera ronda. El candidato del Partido de Izquierda, Jean-Luc Mélenchon, estaba demasiado a la izquierda. Y Marine Le Pen, demasiado a la derecha.

Desde que salió elegido, Macron ha visto caer su popularidad en picado; incluso lo llaman *le président des riches* («el presidente de los ricos»). [51] Una encuesta publicada en *Le Monde* en julio de 2018 reveló que solamente el 34 % de los franceses confiaba en él (frente a un 44 % el año anterior), aunque por entonces apenas un 10 % de la población confiaba en los partidos políticos, un 26 % en los parlamentarios y un 30 % en los medios de comunicación. [52] La primera medida fiscal de Macron fue sustituir el impuesto solidario sobre el patrimonio (*impôt de solidarité sur la fortune*) por un impuesto sobre bienes inmuebles que favoreció a los ricos en detrimento de las clases medias. [53] Imitando a Le Pen, Macron anunció, en diciembre de 2017, que tendría más mano dura con la inmigración. *Le Monde* describió el anuncio con el siguiente titular: «Una política migratoria de una dureza sin precedentes en Francia». [54] En marzo de 2018, los funcionarios se movilizaron contra las reformas neoliberales de Macron que pretendían recortar de manera drástica el gasto en el sector público. El presidente francés seguía aferrado a la ampliamente desacreditada teoría del «efecto derrame», tan apreciada por los ricos, ya que justifica el aumento de su riqueza basándose en que cuanto más ricos son, más pueden gastar. Macron, exbanquero, debería repasar sus libros de Keynes. Parece más de *droite* que de *gauche* . De hecho, su gabinete está repleto de personajes del mundo de los negocios y miembros de anteriores gobiernos de derechas. En noviembre de 2018 había surgido un movimiento anti-Macron, los chalecos amarillos (*gilets jaunes*), sin una clara ubicación en el espectro político, excepto la de oponerse al presidente (inicialmente por su decisión de aumentar los impuestos sobre la gasolina), quien ignoraba a todas luces el enfado acumulado por la mitad menos favorecida del país, la cual había visto disminuir sus ingresos desde la recesión mundial de 2008. [55]

Los adversarios de Macron tienen problemas aún peores. El Partido Socialista está sumido en el caos, el Frente Nacional todavía está lamiéndose las heridas y la derecha tradicional se encuentra, en palabras de *Le Monde* , «postrada, debilitada, desorientada y fracturada». [56]

Hizo falta Irak, y no la economía, para dañar seriamente la popularidad de Tony Blair. En 2017, un tercio de la población británica (incluido el 31 % de los simpatizantes del Partido Laborista) pensaba que su ex primer ministro debía ser juzgado por crímenes de guerra. [57] Durante mucho tiempo se le había dado crédito por haber ganado las elecciones de 1997, aunque, después de dieciocho años de gobierno *tory* , cabe suponer que cualquier candidato laborista las habría ganado, aunque quizá no con una mayoría tan aplastante. Con el desorden reinante entre los conservadores —desde William Hague (líder del partido entre 1997 y 2001), que se jactaba de beber catorce pintas de cerveza diarias en sus años mozos, hasta Michael Howard (2003-2005), el hijo de inmigrantes que hizo campaña con un programa de marcado carácter antiinmigración—, Blair volvió a ganar en 2001 (con un índice de participación excepcionalmente bajo que le hizo «perder» tres millones de votos) y, de nuevo, en 2005. En esta tercera victoria consecutiva, sin precedentes en el laborismo británico, el Partido Laborista ganó con el porcentaje de sufragios más bajo de toda la historia. En Inglaterra, los laboristas obtuvieron menos votos que los conservadores. Ganaron gracias a los resultados de Escocia y Gales. Los resultados parecían inquietantes. No significaban que el nuevo laborismo fuera popular, sino solamente que era menos impopular que los conservadores. Y, a corto plazo, esto es lo único que importa.

Con todo, el laborismo gobernó con cómodas mayorías parlamentarias durante trece años, el período más largo de su historia. ¿Cuáles fueron sus logros? La lista de éxitos es amplia —y sacada a relucir con tediosa regularidad por los simpatizantes laboristas—, pero podría resumirse en el gasto en servicios públicos, la introducción de la iniciativa Sure Start de mejora de la atención infantil y el establecimiento de un salario mínimo nacional que contribuyó a reducir la pobreza. [58] No son logros banales, pero no pueden rivalizar con las grandes reformas sociales de los gobiernos de Clement Attlee, entre 1945 y 1951 (sobre todo la creación del Servicio Nacional de Salud y la nacionalización de las principales empresas de servicios públicos), ni con la legislación sobre derechos civiles de los gobiernos de Harold Wilson, entre 1964 y 1970, cuando se abolió la pena capital, se despenalizó la homosexualidad, se legalizó el aborto, se facilitó el divorcio, se suavizó la censura, se prohibió el castigo corporal en las cárceles y se aprobaron las leyes de relaciones raciales y de igualdad salarial.

Reducir la pobreza no es ninguna reforma. Es gastar dinero público (u obligar a los empleadores a pagar un salario mínimo) sin abordar las causas que la han provocado. De hecho, gran parte de este logro del «nuevo» laborismo no ha tenido consecuencias. Según el Instituto de Estudios Fiscales (IFS), en 2022, más del 35 % de los niños vivirá en unas condiciones de pobreza relativa, con lo cual se habrán ido al traste todos los avances de las décadas anteriores. [59] Según el Child Poverty Action Group, en 2014 y 2015 ya había 3,9 millones de niños viviendo en la pobreza, es decir, un 28 % de la población infantil británica. [60] De acuerdo con el informe «UK Poverty 2017», publicado por la Fundación Joseph Rowntree, catorce millones de personas viven en situación de pobreza en el Reino Unido, el 20 % de la población, concretamente, ocho millones de adultos en edad laboral, cuatro millones de niños y 1,9 millones de pensionistas. [61]

El «nuevo» laborismo continuó las políticas liberalizadoras de los conservadores, complaciendo así a las grandes empresas hasta unos límites nunca vistos en el resto de Europa. A mediados de la década de 1980, el gobierno Thatcher desreguló la normativa vigente en materia de seguridad contra incendios en viviendas y, con ello, renunció a exigir la aplicación de unas normativas que la industria de la construcción implementaría a voluntad. El gobierno Blair no se molestó en revocar esta desregulación (responsable, en parte, de la tragedia de la Torre Grenfell de Londres, donde un incendio devastó el edificio y causó la muerte de ochenta personas en 2017) e insistió en que un inspector de incendios debía limitarse a «informar y educar», y no a hacer cumplir la ley (tal como admitió el ministro de Servicios de Emergencia del gabinete en la sombra). [62]

En 2006, un año antes de desatarse la recesión mundial, Gordon Brown, que había sido ministro de Economía durante casi diez años (el más longevo de la historia británica), felicitó a la City londinense por sus logros y por demostrar que «el Reino Unido puede triunfar en una economía global abierta, en una globalización progresiva; un Reino Unido destinado a la globalización y una globalización destinada al Reino Unido». [63] Diez años después —cuando la recesión mundial que los banqueros no habían visto venir ya quedaba lejos—, esta entusiasta valoración de la City cambió diametralmente de sentido con la publicación de Brown de unas interesadas memorias en las que se lamentaba de que no se hubiera encarcelado a los tramposos e imprudentes banqueros, «confiscado sus patrimonios y prohibido que volvieran a ejercer», y que la falta de medidas, sencillamente,

había dado «luz verde» a comportamientos similares en el futuro y aumentaba el riesgo de la llegada de otra crisis. ¿Qué habría pasado si Brown hubiera tenido el valor de mostrarse tan anticapitalista cuando era ministro? [64] No parece que esta actitud le preocupara tanto al conservador Boris Johnson cuando, siendo ministro de Exteriores, le preguntaron sobre la inquietud manifestada por las grandes empresas ante la futura salida del Reino Unido de la UE y él respondió, con su tono característico: «Fuck business» («Que se jodan»). [65] Si esto lo hubiera dicho Corbyn, habría sido objeto de escarnio a lo largo de la siguiente década. No sucede lo mismo con Boris, quien llegó incluso a declarar, durante la campaña del referéndum europeo, que la UE tenía el mismo objetivo que Adolf Hitler. [66] Los medios de comunicación se pirran por los payasos, y el *clown* Boris ha acabado siendo primer ministro del Reino Unido.

Los logros del laborismo británico entre 1997 y 2010 vinieron acompañados de reformas sustanciales en educación y sanidad basadas en criterios de mercado, así como del cobro de tasas a los estudiantes universitarios. Blair también se atribuyó cambios constitucionales de gran calado, como la drástica reducción del número de miembros hereditarios de la Cámara de los Lores (que sigue siendo el único órgano legislativo no electo en una democracia), la creación del Parlamento escocés y la Asamblea galesa, y la firma del Acuerdo de Viernes Santo, que trajo la paz a Irlanda del Norte en abril de 1998.

También allí desaparecía lo «viejo»: en noviembre de 2003, el Partido Socialdemócrata y Laborista (SDLP, católico) y el Partido Unionista del Úlster (UUP, protestante) —los auténticos valedores del Acuerdo de Viernes Santo— fueron sustituidos por el Sinn Féin (estrechamente vinculado al terrorismo del Ejército Republicano Irlandés, IRA) y el Partido Unionista Democrático (DUP) de Ian Paisley. Paisley —un cristiano integrista contrario a la homosexualidad (en 1977 puso en marcha la campaña «Libremos el Úlster de la sodomía»), los derechos civiles, el citado Acuerdo de Viernes Santo («¡Nunca, nunca, nunca!», reclamó)— fue nombrado primer ministro de Irlanda del Norte. Martin McGuinness, exmiembro del IRA y también crítico con el Acuerdo, fue nombrado segundo de Paisley por el Sinn Féin. Y así, mientras esta extraña pareja llegó a hacer buenas migas, el SDLP y el UUP, que representaban al *establishment* norirlandés, quedaron relegados al cajón del olvido de la historia, cuya capacidad es cada vez mayor.

A medida que el estado del bienestar ha ido menguando en todo el Occidente rico, el estado subsidiario se muestra cada vez más reacio a mantener a flote a aquellos que en la época victoriana eran considerados *undeserving poor* , es decir, pobres no merecedores de asistencia. De ahí la proliferación de mendigos y personas sin hogar, y la proliferación de «bancos de alimentos» incluso en países ricos como Estados Unidos (donde surgió esta iniciativa), Alemania, Francia, Bélgica, Italia y el Reino Unido. [67]

Todo apunta a que este tipo de iniciativas aumente en Estados Unidos. El único éxito político atribuible a Donald Trump en su primer año de mandato fue la aprobación de un proyecto de ley de medidas fiscales que, en proporción, beneficiarán más a las grandes empresas y a los ricos. Según el *think tank* apartidista Tax Policy Center, el paquete de medidas sumará 1,23 billones de dólares más al déficit federal durante los próximos diez años, contando incluso el crecimiento económico que está previsto que genere el proyecto de ley. [68] Entretanto, en Estados Unidos hay 40,6 millones de personas en situación de pobreza, un 12,7 % de la población (cifras de 2016). [69] Por este motivo, el relator especial de la ONU sobre la pobreza extrema y los derechos humanos, Philip Alston, visitó el país en diciembre de 2017 con el fin de examinar los esfuerzos de Washington para erradicar la pobreza dentro de sus fronteras, y cómo estos esfuerzos acatan las obligaciones adquiridas por Estados Unidos en virtud de la legislación internacional sobre derechos humanos.

A pesar de toda la propaganda sobre las ventajas del libre comercio, hay una cosa clara: los mercados no sufragan las ayudas sociales y no pueden asegurar que la globalización sea buena para todos o, ni siquiera, que lo sea para la mayoría de los ciudadanos. [70]

Se suponía que el estado del bienestar crearía una comunidad nacional que, aunque fuera desigual en cuanto a ingresos, riqueza y nivel educativo, estaría lo suficientemente cohesionada como para que la vida bajo el capitalismo avanzado fuera mejor que en cualquier otro tipo de sistema social. Esta cohesión casi generalizada comenzó a romperse en las décadas de 1980 y 1990, y no ha sido hasta los últimos veinte años que esta ruptura ha empezado a afectar al sistema de partidos salido de la posguerra y ha debilitado tanto al centroizquierda como al centroderecha tradicionales. La crisis social se ha convertido en una crisis política cuyos síntomas mórbidos abundan por doquier.

4

La caída de los partidos establecidos

I. La crisis de la socialdemocracia tradicional

En 2018 se hizo evidente, hasta entre los izquierdistas para quienes el optimismo es una postura necesaria (con «el futuro es nuestro» y otros mantras autorreconfortantes que los fascistas también tenían), que la socialdemocracia reformista había sido ampliamente derrotada en toda Europa. ¿Sobrevivirá de alguna manera? Quizá en Suecia, donde todavía aguanta a duras penas en el poder, pero, incluso allí, la socialdemocracia padece problemas profundos. Después de 2014, bajo el mandato del primer ministro Stefan Löfven, el Partido Socialdemócrata Sueco se vio obligado, por primera vez en décadas, a formar coalición (con los verdes) y, encima, sin mayoría. El SAP había obtenido poco más del 30 % de los votos en lo que había sido el peor resultado de su historia, y sus socios ecologistas lograron menos del 7 %. Como los socialdemócratas habían rechazado la posibilidad de aliarse con el Partido de la Izquierda (que obtuvo un 5,7 %), formaron un gobierno tan débil que necesitaron el apoyo de la derecha para aprobar los presupuestos. Tienen los días contados.

Si el antaño celebrado modelo sueco ofrece en la actualidad un triste espectáculo para los socialdemócratas, el resto de los países escandinavos solo se puede describir como un iceberg de lágrimas. En Dinamarca, la socialdemocracia no ocupa el poder desde 2015, cuando obtuvo nada más un 25 % de los votos (aunque siguió siendo la primera formación, por delante del derechista Partido Popular Danés, que consiguió un 21 %). Anteriormente, había presidido un gobierno forzado a ceder ante todos, desde la Alianza Roji-Verde, a su izquierda, hasta los liberales, a su derecha.

Bajo el mandato de la primera ministra Helle Thorning-Schmidt, una exponente de la llamada «tercera vía», Dinamarca participó en los bombardeos de la OTAN en Libia, rebajó impuestos a los ricos, recortó

ayudas sociales y, en 2014, vendió acciones de DONG Energy —una empresa estatal— a Goldman Sachs y otros (quienes obtuvieron unos beneficios del 150 % cuando vendieron sus participaciones tres años y medio después). [1] La venta hizo naufragar al Gobierno y la renuncia de Thorning-Schmidt allanó el camino a la coalición de centroderecha apoyada por el ultraderechista Partido Popular Danés.

En Noruega, el Partido Laborista fue considerado durante mucho tiempo la formación política natural en el gobierno tras haber estado en el poder de manera continuada de 1945 a 1963 y, posteriormente, durante veinticinco años repartidos entre 1971 y 2013. En 2001 obtuvo los peores resultados de su historia (24,3 %), pero en 2017 le fue un poco mejor (27,4 %). En el gobierno, los laboristas fueron alimentando su idilio con la economía de mercado y privatizaron patrimonio público, recortaron los servicios sanitarios y ayudaron a los ricos a ser más ricos. El Partido Laborista está en la oposición desde 2013.

En Islandia, uno de los países más duramente afectados por la crisis financiera de 2008, los socialdemócratas, que en las elecciones de 2003 habían obtenido más del 30 % de los votos, vieron reducida su cuota en 2016 a un 5,7 %, su peor resultado, y consiguieron tres miserables sillas parlamentarias. Se recuperaron con un 12 % de los sufragios y siete escaños en las elecciones del 28 de octubre de 2017, de las que solamente salieron como tercera fuerza. La primera fue el conservador y euroescéptico Partido de la Independencia, aunque perdió apoyos tras una serie de escándalos sexuales y tributarios en los que el entonces primer ministro saliente estuvo implicado. El segundo partido fue el Movimiento de Izquierda-Verde, de corte euroescéptico, ecologista y anti-OTAN. Después de una difícil ronda de negociaciones, la presidenta de esta formación, Katrín Jakobsdóttir, formó gobierno en coalición con el Partido de la Independencia y el Partido Progresista, de centroderecha. Una alianza tan heterogénea como precaria.

En Finlandia, los socialdemócratas obtuvieron el peor resultado de su historia en las elecciones de 2015, donde registraron un 16,5 %, se convirtieron en la cuarta fuerza y ahora hacen oposición como pueden. El Partido del Centro, de Juha Sipilä, llegó al gobierno con el apoyo del derechista y euroescéptico Partido de los Finlandeses, que fue la segunda fuerza, pero la coalición se escindió en julio de 2017 y solamente permanecieron en ella algunos miembros de la nueva formación. En las elecciones de abril de 2019, los socialdemócratas se recuperaron por un

estrecho margen y pasaron a ser el primer partido con un 17,7 %; el Partido de los Finlandeses obtuvo el 17,5 % de los votos y la Coalición Nacional, de centroderecha, un 17 %, mientras que el Partido del Centro del primer ministro saliente, Juha Sipilä, perdió un tercio de sus votos (bajó hasta el 13,8 %). En otras palabras, Finlandia se encuentra en un estado de desorden político y, dado que prácticamente todos los partidos han descartado una coalición con el Partido de los Finlandeses, este último tendría la ventaja de aparecer como la única formación en la oposición.

Fuera de lo que había sido el baluarte de la socialdemocracia europea, la situación todavía es peor para la izquierda tradicional. Unas veces pierde en favor de la extrema derecha y, otras, en favor de la extrema izquierda. En Portugal, a finales de la década de 1990, el Partido Socialista en el poder continuó con presteza las políticas de privatización de sus predecesores. Con el tiempo llegó a cumplir los criterios para entrar en la zona euro aplicando la misma economía «creativa» que predominaba en Grecia e Italia. Al principio, bajo el gobierno de António Guterres (actual secretario general de la ONU), hubo un crecimiento económico sustancial, pero remitió en 2002. Entonces, los socialistas dejaron el poder y los conservadores (que en Portugal se llaman Partido Social Demócrata) bajo José Manuel Barroso (antiguo maoísta, más tarde presidente de la Comisión Europea y, actualmente, presidente no ejecutivo de Goldman Sachs) formaron una coalición. No consiguieron hacer casi nada y abrieron el camino a una victoria arrolladora de los socialistas en 2005. La economía se desplomó todavía más, los salarios apenas aumentaron (se mantenían muy por debajo de los del resto de Europa occidental) y el desempleo se disparó. La recesión global de 2007 y 2008 se encargó de empeorar las cosas, y los socialistas estuvieron a punto de perder las elecciones de 2009. En los comicios de 2011 fueron ampliamente derrotados: del 45 % de los votos en 2005, bajaron a un 28 %. Volvieron al poder en 2015 a pesar de obtener un mísero 32,3 %, que les permitió formar gobierno porque el euroescéptico Bloco de Esquerda o Bloque de Izquierda (10,2 %) y la también euroescéptica Coalición Democrática Unitaria de comunistas y ecologistas (8,3 %) aceptaron apoyarlos.

No obstante el enorme escepticismo que despertó esta coalición de «izquierdas» con respecto a la estabilidad, a Portugal le fue más o menos bien en 2017 y 2018 y registró un índice de crecimiento razonablemente alto. El Gobierno diseñó una recuperación económica, redujo el desempleo

a la mitad —aunque sigue siendo alto— y en 2018 eliminó el déficit presupuestario por primera vez en más de cuarenta años. [2] La situación sigue en extremo inestable no solo porque Portugal es un país pobre y su economía pasa por dificultades, sino también porque la participación en las elecciones ha descendido de manera espectacular: de más del 90 % cuando se restableció la democracia en 1975, a menos del 56 % en 2015.

En Austria, en las elecciones generales de 2013, el Partido Socialdemócrata (SPÖ) se mantuvo como primera formación política del país con solo un 26,8 % de los votos, un poco más que su adversario democratacristiano, el ÖVP (Partido Popular), rebautizado hoy —en la estela de Blair— como «Nuevo» ÖVP. El conservador FPÖ (Partido de la Libertad) obtuvo un 20,5 %, el mejor resultado de su historia, mientras Los Verdes consiguieron un respetable 12,4 %. Se abría la puerta a una nueva coalición entre los socialdemócratas y el ÖVP. Ambas formaciones habían dominado la política austríaca desde 1945, generalmente gobernando en coalición, repartiéndose las carteras y el nombramiento de cargos públicos en el marco de un sistema de proporcionalidad llamado Proporz. Sin embargo, su popularidad estaba de capa caída. La coalición SPÖ-ÖVP había intentado aplacar la xenofobia restringiendo la inmigración, cerrando las fronteras a los refugiados que llegaban por la ruta de los Balcanes y prohibiendo legalmente el uso del burka. Estas políticas oportunistas no ayudaron precisamente a los socialdemócratas, sino todo lo contrario. Se avecinaban cambios preocupantes. En las elecciones presidenciales de mayo de 2016, los candidatos de los dos partidos gobernantes obtuvieron unos resultados miserables y quedaron en cuarto y quinto lugar. La tercera plaza fue para el independiente Irmgard Griss, expresidenta del Tribunal Supremo.

Por primera vez desde 1945, los candidatos de las dos formaciones políticas más importantes de Austria no consiguieron llegar a la última ronda de las presidenciales. Esta se decidió entre el candidato de la extrema derecha, Norbert Hofer, y el de Los Verdes, Alexander Van der Bellen, que ganó por muy pocos votos. Aparte de que el presidente de Austria es una figura meramente representativa, la victoria ecologista solo supuso un alivio momentáneo. En las elecciones legislativas de 2017, Sebastian Kurz, el candidato del ÖVP a la cancillería, de apenas treinta y un años, desplazó su partido a la derecha (como también hizo el SPÖ) en un intento desesperado de frenar el apoyo al ultraderechista FPÖ, liderado por Heinz-Christian

Strache, que a los veinte años había sido arrestado por participar en una manifestación organizada por un movimiento neonazi prohibido e inspirado en las Juventudes Hitlerianas. Kurz ganó las elecciones, pero únicamente con el 30 % de los votos. Formó coalición con el Partido de la Libertad de Strache, que se hizo con ministerios clave, como Asuntos Exteriores, Interior y Defensa. El SPÖ (26,9 %) logró quedar justo por delante del FPÖ (26 %), un resultado pésimo para un partido que había estado en el poder casi de manera ininterrumpida desde 1945 y que en 1975 había obtenido algo más de la mitad de los votos. Ante la perspectiva de ver al antisemita Partido de la Libertad en el gobierno, la comunidad judía de Austria expresó con contundencia su preocupación y anunció que boicotearía el Día de la Memoria del Holocausto si el FPÖ asistía. Sin embargo, el primer ministro del «estado judío», Benjamín Netanyahu, no tardó en llamar a Kurz para felicitarlo por su victoria. [3] En abril de 2016, Heinz-Christian Strache ya había puesto su granito de arena para reciclarse como prosemita y «cocinar *kosher* en Israel» cuando, invitado por Netanyahu, fue a Jerusalén a presentar sus respetos al Yad Vashem, el centro para la memoria del Holocausto. [4] Sin embargo, el reciclaje fue limitado. En mayo de 2019, un vídeo reveló que Strache había prometido ayudar a una mujer, que se hacía pasar por sobrina de un oligarca ruso, a conseguir contratos comerciales a cambio del apoyo para su campaña en un tabloide austríaco, lo que demuestra que era corruptible a la par que idiota. Lamentando haber actuado como un adolescente que se pavonea ante una mujer guapa, Strache dimitió y el gobierno austríaco se desmoronó.

En los Países Bajos, los resultados de las elecciones generales del 15 de marzo de 2017 fueron igualmente catastróficos para la izquierda: el Partido del Trabajo (PvdA), los socialistas y los ecologistas obtuvieron, en conjunto, un porcentaje de votos más bajo (23,9 %) que el conseguido a solas por el PvdA en 2012 (24,8 %). El Partido del Trabajo registró los peores resultados de su historia al pasar por detrás de las otras dos formaciones de izquierdas. Para echar a la extrema derecha (o sea, al Partido por la Libertad, PVV, de Geert Wilders), los cuatro partidos de centroderecha formaron una coalición inestable con Mark Rutte, líder del liberal Partido Popular por la Libertad y la Democracia (VVD), como primer ministro. La nueva coalición tendrá una mayoría de solamente un voto en el fragmentado sistema de trece partidos. Un sistema, por otra parte, destinado a fragmentarse todavía más con la aparición de una nueva

formación de ultraderecha dispuesta a desafiar a Wilders: el Foro para la Democracia, fundado en 2016 por Thierry Baudet y que ha hecho notables progresos en 2019.

En 1997, los partidos socialdemócratas y laboristas gobernaban en once de los quince estados que entonces formaban la Unión Europea. Poco más de veinte años después, estos partidos gobiernan como pueden en un puñado de países de segunda fila.

En Italia, el Partido Demócrata (PD) estuvo en el poder hasta las elecciones de marzo de 2018. El PD pertenece a la «familia» socialdemócrata y es heredero del Partido Comunista, pero ya está prácticamente «descomunistizado». Los comunistas irredentos sobreviven en formaciones como el Partido de la Refundación Comunista, que se ha visto obligado a establecer alianzas con otras formaciones aún más pequeñas para obtener representación parlamentaria. Del propio PD no se puede decir que sea un partido socialdemócrata «real» —lo que quiera que eso signifique—, ya que es el resultado de un proceso de absorción por parte de los excomunistas y distintos grupos, partidos y resquicios de partidos que incluyen en sus filas a liberales y católicos progresistas cuyas raíces no entroncan con nada que se pueda parecer a una tradición socialista (quizá, por ello, ninguno de los símbolos del socialismo aparece en los carteles, emblemas ni designaciones del Partido Demócrata). Desde 2011, cuando Silvio Berlusconi perdió el poder y el PD lo ganó, ha habido cuatro primeros ministros en Italia. El primero, Mario Monti, un economista liberal independiente, recibió el apoyo de una gran coalición que incluía al Partido Demócrata. Gobernó menos de dieciocho meses aplicando políticas de austeridad. Su sucesor tras las elecciones de 2013 fue Enrico Letta, que duró menos de un año, de 2013 a 2014. Después le tocó el turno a Matteo Renzi, el líder del PD, que fue primer ministro durante veinte meses encabezando una coalición que incluía a una facción disidente del partido de Berlusconi. Finalmente, en 2016, Paolo Gentiloni fue nombrado primer ministro por la misma coalición. Ninguno de estos cuatro jefes de gobierno por coaliciones en apariencia de «centroizquierda» había sido comunista, socialista o ni siquiera de izquierdas: Monti era liberal, Letta y Renzi habían sido democratacristianos, y Gentiloni, que de estudiante había pertenecido a la extrema izquierda, era el fundador de la actualmente difunta formación cristiana de «izquierdas» llamada La Margarita. Antes de 2011, Romano Prodi, líder de la formación de centroizquierda El Olivo y primer ministro

de 1996 a 1998 y de 2006 a 2008, era democratacristiano. De los primeros ministros italianos de la era pos-Tangentópolis, solo Massimo D'Alema (en el cargo de 1998 a 2000) ha tenido un pasado claramente izquierdista (había sido comunista). Por consiguiente, durante mucho tiempo ningún gobierno italiano de «izquierdas» ha estado presidido por un representante de la tradición socialista.

Fuera de Italia, la situación de la socialdemocracia tradicional es aún peor. En el Reino Unido, el Partido Laborista perdió las elecciones en 2010 y 2015, aunque obtuvo un resultado meritorio en junio de 2017, bajo el liderazgo de un Jeremy Corbyn injuriado y ridiculizado por la práctica totalidad de sus colegas parlamentarios y gran parte de la prensa progresista. En Francia, en las elecciones presidenciales de abril de 2017, el candidato socialista oficial, Benoît Hamon, consiguió un escaso 6,3 % de los votos y tuvo que abandonar en la primera vuelta al quedar en quinta posición, por detrás del candidato «ni de izquierdas ni de derechas» Emmanuel Macron, la ultraderechista Marine Le Pen, el conservador François Fillon e, incluso, el candidato de extrema izquierda Jean-Luc Mélenchon. Dos meses más tarde, en la primera vuelta de las elecciones legislativas, el Partido Socialista (con alianzas) obtuvo un 9,5 %, menos que el Frente Nacional (13,2 %) y la «Francia Insumisa» de Mélenchon (11 %). Fue el resultado más desastroso para el Partido Socialista en toda la historia de la Quinta República, sin contar a Gaston Defferre, que solamente logró un 5 % en las presidenciales de 1969.

En Alemania tampoco les ha ido mejor a los socialdemócratas. El SPD, cuyos líderes han sido cancilleres en 1969-1974 (Willy Brandt), 1974-1982 (Helmut Schmidt) y 1998-2005 (Gerhard Schröder), ha pasado a ser un simple aliado menor en las grandes coaliciones con los democratacristianos en los gobiernos de Angela Merkel (2005-2009 y 2013-2017), o bien se ha visto relegado a la oposición (2009-2013). En las elecciones generales de 2017, el SPD acumuló un miserable 20,5 % de los sufragios, el peor resultado de su historia y la mitad de lo que obtuvo en 1979. El líder del SPD, Martin Schulz, aplaudido como una «apuesta más que fiable» que haría resucitar al partido y que, a diferencia de Corbyn en el Reino Unido, fue considerado elegible para presidir la formación, resultó no serlo. Acabó dimitiendo y fue reemplazado por Andrea Nahles, la primera mujer que dirigía el Partido Socialdemócrata Alemán. Los verdaderos triunfadores fueron Alternativa para Alemania, que pasó a ser el tercer partido, y el

libremercadista Partido Democrático Libre (FDP), que volvió al Bundestag, el Parlamento Federal, tras cuatro años de ausencia. El voto antisistema fue particularmente marcado en la antigua RDA (Alemania Oriental), donde el partido de extrema izquierda Die Linke (La Izquierda) cosechó mejores resultados que el SPD, y AfD superó a la CDU.

La CDU de Merkel también registró en 2017 su peor cifra de votos desde 1949 (246 escaños, 65 menos que en 2013) y tuvo problemas para formar gobierno con liberales y ecologistas después de que el SPD (153 escaños, cuarenta menos que en 2013) decidiera no formar parte de una nueva alianza. Pero los socialdemócratas cambiaron de parecer y, tras cinco meses de dolorosas negociaciones, se pactó una «gran coalición», o Groko, entre el CDU y el SPD. El futuro de la alianza es poco halagüeño, ya que la formación hermana de los democratacristianos en Baviera, la CSU (Unión Social Cristiana), ha empezado a mostrarse muy poco fraternal. No les ha valido mucho la pena electoralmente hablando: en las elecciones estatales bávaras de octubre de 2018, la CSU cayó por debajo del 40 % por primera vez en su historia, mientras Los Verdes obtuvieron un meritorio 17,5 %, el SPD vio sus votos reducidos a la mitad y AfD consiguió un 10 %. Un resultado similar se produjo en las elecciones de Hesse de ese mismo mes, cuando los dos partidos principales perdieron más del 10 % cada uno, en beneficio de Los Verdes (que casi sustituyó al SPD como segundo partido del *land*) y de AfD, que se aseguró un 13 %.

En los países del antiguo bloque soviético, la reacción contra el comunismo parece haberse extendido para dar paso a partidos socialdemócratas de nuevo cuño, en muchos casos nacidos de las cenizas del régimen anterior.

Hungría fue el más «liberal» de los países comunistas: tuvo un sector privado grande y próspero. En septiembre de 1989, el gobierno comunista reformista abrió las fronteras con Austria, lo cual permitió a miles de alemanes orientales huir a Alemania Occidental. El Muro de Berlín había perdido su utilidad y el comunismo llegaba a su fin. El heredero del antiguo partido único prosoviético fue el Partido Socialista Húngaro (MSZP). Tras unos inicios titubeantes, se convirtió en la principal formación política del nuevo sistema. En las elecciones de 2006 acaparó un 43% de los votos y accedió al gobierno. En 2010 apenas consiguió un 19%, resultado que

mejoró ligeramente en 2014 (25%). Sin embargo, en abril de 2018, Viktor Orbán confirmó su hegemonía y los socialistas húngaros solo consiguieron un miserable 12%.

En Eslovenia, los socialdemócratas estuvieron en el gobierno desde 2014, pero solo como socios menores de un gabinete centrista: en las elecciones de julio de ese año obtuvieron menos del 6 % de los votos; en 2008 habían reunido un respetable 30 %. Tal como sucede en otros países excomunistas, la política en Eslovenia es extremadamente volátil. Una formación que se hacía llamar Eslovenia Positiva fue el principal partido en 2011, pero se disolvió a los tres años. En 2018 lo era el Partido Moderno del Centro (Stranka Modernega Centra), creado en 2014, año en el que obtuvo un apoyo del 34 % en las elecciones parlamentarias. Anteriormente se llamaba Partido de Miro Cerar y estaba presidido —naturalmente— por Miro Cerar. Cerar es uno de los pocos líderes liberales de Europa del este: siendo primer ministro, tuvo que enfrentarse a una moción de censura por haber apoyado a Ahmad Shamieh, un solicitante de asilo sirio que estaba a punto de ser deportado y que, a pesar de ser un recién llegado, había aprendido el idioma esloveno y estaba integrado a la perfección. La oposición no le dio respiro y, en marzo de 2018, Cerar dimitió después de que el Tribunal Supremo anulara y ordenara repetir un referéndum celebrado en 2017 sobre un importante proyecto ferroviario. Las elecciones de junio de 2018 dieron la primera plaza al xenófobo Partido Demócrata Esloveno (SDS), aunque solo con el 25 % de los votos. Su presidente, Janez Janša, había pasado seis meses en la cárcel en 2014 cumpliendo una condena por cohecho (la condena fue posteriormente anulada por el Tribunal Constitucional). El partido de Cerar quedó cuarto y consiguió únicamente cuatro escaños. Participó poco más de la mitad del electorado. Un partido de centroizquierda, la Lista de Marjan Šarec (LMS), quedó en segundo lugar con un 12,6 % y obtuvo trece escaños. Šarec es actor cómico, y en septiembre de 2018 le propusieron formar gobierno en minoría. Eslovenia vive la situación más inestable de su historia. Los liberales lo tienen muy difícil en Europa del este.

En la República Checa, el ascenso de Andrej Babiš ha coincidido con el fin de los partidos establecidos. El Partido Socialdemócrata Checo (ČSSD) quedó primero en las elecciones de 2013 y formó gobierno, pero como solamente logró el 20 % de los votos, se vio obligado a aliarse con la pequeña formación de centro Unión Cristiana y Demócrata-Partido Popular

Checoslovaco (KDU-ČSL), y con la ANO, o Alianza de Ciudadanos Descontentos (Akce Nespokojených Občanů), otro partido que asegura no ser «ni de izquierdas ni de derechas». Fundada en 2011 y presidida por Andrej Babiš —quien, dicho sea de paso, tiene pocos motivos para estar descontento porque es multimillonario—, la ANO fue el segundo partido en 2013, con cerca del 19 % de los votos. En las legislativas de 2017, obtuvo casi el 30 %. [5] Los socialdemócratas fueron masacrados (consiguieron poco más del 7 %, su peor resultado, incluso por detrás de los comunistas), al igual que los democratacristianos, a pesar de que la economía iba mejor que en la mayoría del resto de países de la UE. Hasta el llamado Partido Pirata, adalid de la democracia directa, salió mejor parado (10,6 %) que los socialdemócratas. Sin embargo, la ANO, al no disponer de mayoría parlamentaria, posiblemente no disfrute de un gobierno duradero, ya que todos los partidos, excepto los comunistas y la extrema derecha, descartaron una coalición con la ANO si su presidente, Andrej Babiš, seguía investigado por malversación de fondos.

A menudo se habla de Babiš como el Donald Trump checo. Fue miembro del Partido Comunista en la época soviética, amasó una fortuna bajo el capitalismo comprando acciones en la industria química y alimenticia, e invirtió los beneficios en la adquisición de medios de comunicación. Babiš fue ministro de Economía (2014-2017) hasta que dimitió por supuestos tratos financieros ilegales y evasión fiscal, de los que fue acusado de manera formal el 9 de octubre de 2017 (dos semanas antes de las elecciones). La ANO, por supuesto, se declara totalmente contraria a la corrupción y a la evasión de impuestos. Babiš goza de la protección del presidente de la República Checa, Miloš Zeman, reelegido en enero de 2018 en liza con el centrista y europeísta Jiří Drahoš, antiguo presidente de la Academia Checa de las Ciencias, quien declaró que, si salía elegido, no dejaría que Andrej Babiš siguiera como primer ministro debido a las deudas que tenía pendientes con la justicia. Un informe de la unidad de lucha contra el fraude de la UE concluyó que Babiš había infringido numerosas leyes para obtener subvenciones europeas. Por ese motivo, el Parlamento aprobó una moción de censura y Babiš tuvo que dimitir. Reapareció unos meses más tarde, en julio de 2018, cuando consiguió formar un gobierno en minoría con los socialdemócratas y quince parlamentarios comunistas (el PC obtuvo solamente un 7,8 % de los votos en las elecciones anteriores), los cuales, sin embargo, no entraron en el gobierno: una extraña (e

inestable) alianza de políticos sin principios. Los checos no se han quedado callados: en junio de 2019 se produjo la mayor manifestación política desde la caída del comunismo, cuando unas 120.000 personas se congregaron en Praga para exigir la dimisión de Babiš.

Babiš se ha negado a cumplir las cuotas de refugiados de la UE y ha hecho comentarios negativos sobre el pueblo gitano, pero en la República Checa hay conductas políticas peores, como la del partido de ultraderecha Libertad y Democracia Directa, fundado en 2015. Está presidido por Tomio Okamura, un empresario medio japonés nacido en Tokio que se declara rabiosamente contrario a la inmigración, que quiere abandonar la Unión Europea y que animó a los checos a pasear cerdos delante de las mezquitas y no comer kebabs. El partido de Okamura obtuvo casi un 10,7 % en las elecciones de 2017. [6]

La situación no es mucho mejor en la otra mitad de la antigua Checoslovaquia, donde la izquierda todavía gobernaba en 2017. En Eslovaquia, la «izquierda» es rara. El primer ministro desde 2012, Robert Fico (que ya había ocupado el cargo entre 2006 y 2010), preside Dirección-Socialdemocracia (Smer-Sociálna Demokracia, SMER-SD), una formación disidente del partido socialdemócrata tradicional (ya desaparecido) que empezó a gobernar el país en coalición con el antirromaní, antihúngaro y nacionalista Partido Nacional Eslovaco, al que *The Economist* tilda de neonazi. [7] En 2016, pocas semanas antes de asumir la presidencia de la UE, Robert Fico declaró que «el islam no tiene lugar» en Eslovaquia. [8] SMER-SD fue expulsado del Partido Socialista Europeo (PES) en 2006 por su alianza con el Partido Nacional Eslovaco, pero fue readmitido en 2008, y todavía sigue siendo miembro pese a haber vuelto a aliarse con los nacionalistas en 2016. El 19 de noviembre de 2015, haciendo gala de una notable hipocresía, el PES declaró: «Rechazamos con firmeza cualquier forma de odio racial, xenofobia, antisemitismo, islamofobia y todo tipo de intolerancia y extremismo». [9] Sin embargo, sus filas siguen acogiendo a SMER-SD. Después del asesinato, en febrero de 2018, del periodista de investigación Ján Kuciak y su prometida —Kuciak había relacionado a Fico con la mafia italiana—, el primer ministro dimitió y fue sustituido por su segundo de a bordo, Peter Pellegrini. No todas las esperanzas liberales están perdidas: las elecciones presidenciales de marzo de 2019 dieron la victoria a

la candidata anticorrupción y ambientalista Zuzana Čaputová, pero tiene poca experiencia política y los poderes del presidente son bastante limitados.

Hungría, Polonia y la República Checa se opusieron a la idea de repartir a los refugiados por la Unión Europea según los criterios establecidos por Bruselas (y olvidándose de que, en la época soviética, muchos compatriotas suyos se habían refugiado en Europa occidental a pesar de correr menos peligro que los que hoy huyen de países devastados por la guerra). Esta postura contra la inmigración es habitual en Europa del este. A este respecto, un analista escribió en 2016 que la diferencia entre izquierdas y derechas en el antiguo bloque comunista «es completamente irrelevante ... Prácticamente ningún partido tradicional de la región se ha atrevido a desafiar la actitud reinante de rechazo a los refugiados». [10]

Tal como se ha señalado anteriormente, en Europa hay muy pocos inmigrantes: en términos de porcentaje sobre el total de la población, Hungría, Lituania, la República Checa, Eslovaquia, Bulgaria, Rumanía y Polonia están a la cola de la clasificación. [11]

A diferencia de sus homólogos del resto de Europa, el Partido Socialdemócrata (Partidul Social Democrat) de Rumanía es, de largo, la formación política más importante de su país, pero el 46 % conseguido en las elecciones de 2016 (eso sí, con el índice de participación más bajo de la UE; menos del 40 %) no le permite gobernar a solas. El nivel de corrupción del Partido Socialdemócrata rumano —de hecho, es un partido conservador de derechas— y de sus aliados es elevado incluso para los estándares europeos orientales: desde 2006 se ha condenado a un ex primer ministro y se ha imputado a 20 ministros y exministros, 53 diputados y 19 senadores. En abril de 2016, el líder socialdemócrata, Liviu Dragnea, fue declarado culpable de fraude electoral, pero se le aplicó una suspensión de la pena bajo la condición de que no reincidiera durante dos años, lo cual no impidió que su partido lo reeligiera de manera entusiasta como líder. Poco después, la coalición en el gobierno aprobó un decreto para indultar a los encarcelados por corrupción siempre que la suma implicada no excediera los 200.000 lei (44.000 euros). Dicho de otro modo: puedes robar, pero no mucho. La decisión encendió una oleada de protestas (febrero de 2017) y el decreto fue revocado. En junio de 2018, Dragnea fue condenado a tres años y medio de cárcel por incitación al abuso de poder; la sentencia está pendiente de apelación. La falta de tolerancia es endémica en Rumanía. El

Partido Socialdemócrata en el poder, que se autoproclama defensor del campesinado, llegó al extremo de intentar organizar un referéndum para restringir la definición constitucional de familia y excluir así de forma efectiva la posibilidad de legalizar el matrimonio homosexual.

El matrimonio entre personas del mismo sexo es legal en casi toda Europa occidental, pero no en la mayoría de los países de Europa del este. Polonia, Eslovaquia, Bulgaria, Lituania y Letonia no ofrecen ningún tipo de reconocimiento legal a las parejas homosexuales. Para gais y lesbianas, el fin del comunismo no ha significado ninguna liberación.

En España, el Partido Socialista Obrero Español gobernó ininterrumpidamente de 1982 a 1996 con mayoría absoluta en el Parlamento. En 1996 perdió y volvió a gobernar entre 2004 y 2011 con José Luis Rodríguez Zapatero. El desastre se produjo en 2011, cuando el PSOE sufrió su peor derrota desde el restablecimiento de la democracia en 1977. En 2015, los socialistas apenas consiguieron un 20 % de los votos, y no mucho más en 2016. En abril de 2019 celebraron como una «victoria» el 28,7 % obtenido en lo que fueron las cuartas elecciones legislativas desde 2011. En 1982 habían conseguido un 48 %, uno de los porcentajes más altos alcanzados por un partido socialdemócrata en la Europa de posguerra. El descontento de la sociedad con los socialistas, pero también con el conservador Partido Popular, se manifestó con el surgimiento de dos formaciones nuevas. Una, la izquierdista Podemos, obtuvo alrededor de un 20-21 % en 2015 y 2016. La otra, la liberal Ciudadanos, logró algo más de un 15 % en las elecciones de 2019. Esto fue parte de la caída del sistema bipartidista. Para complicar más la situación de los partidos políticos tradicionales en España, en 2017 estalló la crisis del nacionalismo catalán y, en mayo de 2018, la Audiencia Nacional consideró probado que el Partido Popular se había financiado de manera ilegal. El 1 de junio de 2018, el popular Mariano Rajoy fue sometido a una moción de censura que finalizó con el nombramiento del socialista Pedro Sánchez como presidente del Gobierno, a pesar de que su partido solamente tenía 84 escaños de un Parlamento de 350 miembros. Y aunque Sánchez se comportó con notable generosidad al acoger a los refugiados en peligro que habían sido rechazados por el ministro del Interior italiano, Matteo Salvini (quien también declaró que los romaníes debían ser expulsados), la incertidumbre reina más que nunca, incluso después del avance del PSOE en 2019. Más preocupante fue el ascenso de otra formación en 2019, Vox, el partido

ultraderechista que consiguió algo más del 10 % de los votos, mientras que el Partido Popular cayó hasta el 16,7 % (en 2011 había obtenido un 44,6 %). Otro signo más de que ni siquiera España se ha librado de los síntomas mórbidos de nuestra época.

La economía ha tenido un papel fundamental en la crisis de los partidos políticos tradicionales españoles. En los veinte años previos a la recesión mundial de 2007, España creció más rápidamente que la media europea, pero después de 2007 sucedió lo contrario: el crecimiento se desplomó, el desempleo creció de forma masiva, había más pobres y la distribución salarial era aún más desigual, mientras la deuda privada se disparaba. Las políticas de austeridad solo empeoraron las cosas. [12]

Las cosas se sucedieron de manera aún más desastrosa para la socialdemocracia en Grecia, donde la economía marchó mucho peor que en España. Los socialdemócratas griegos del PASOK (Movimiento Socialista Panhelénico), al igual que sus homólogos españoles, habían dominado la política de su país durante gran parte de las décadas de 1980 y 1990. En las elecciones de 1981, bajo el liderazgo del carismático Andreas Papandréu, el PASOK obtuvo una victoria aplastante (48 %) que dio lugar a un período de reformas sustanciales en materia de sanidad pública y derechos civiles. Los socialistas volvieron a ganar en junio de 1985 (46 %) y, a pesar de verse obligados a adoptar políticas de austeridad, lograron otro buen resultado (40 %) en las elecciones de junio de 1989. Las ganó el partido conservador en la oposición, Nueva Democracia (ND), con un 44 % que no bastó para formar un gobierno sin el PASOK. Se sucedieron gobiernos débiles y más elecciones. El PASOK seguía vivo y, en los comicios de octubre de 1993, obtuvo una aplastante victoria (47 %) que llevó nuevamente a Andreas Papandréu a la cabeza del Gobierno. Lo sucedió el poco carismático Costas Simitis, y, a este, el aún menos carismático Yorgos Papandréu, hijo de Andreas (quien, a su vez, era hijo de Yorgos Papandréu sénior, primer ministro de 1944 a 1945 y de 1963 a 1965). Por consiguiente, el PASOK estuvo en el poder durante veintitrés años entre 1981 y 2011.

Con la ayuda de Goldman Sachs —uno de los beneficiados por la crisis de las hipotecas de alto riesgo de 2007 que sumió a Grecia en una debacle financiera—, el gobierno heleno enmascaró de manera fraudulenta el contenido real de sus estadísticas para mantenerse dentro de las directrices marcadas por la Unión Europea y poder entrar en la eurozona. [13]

Pero como los contables no pueden pasarse la vida resolviendo problemas reales, el PIB griego se desplomó casi un 7 % durante la recesión global y, con él, también la popularidad de los socialdemócratas. En las elecciones parlamentarias de 2015, el PASOK no llegó al 5 % de los votos (en 2009 había obtenido casi un 44 %) y al poco tiempo desapareció del escenario político. Su vacío lo ocupó la extrema izquierda de Syriza (Coalición de la Izquierda Radical), el partido de Alexis Tsipras fundado en 2004 a partir de una coalición de formaciones progresistas y la izquierda radical. Syriza obtuvo un 36 % y se quedó solamente a un escaño de la mayoría absoluta en el Parlamento, por lo que tuvo que forjar una alianza a contracorriente con Griegos Independientes, un partido nacionalista, conservador y antieuropeísta. La formación neonazi Amanecer Dorado obtuvo un inquietante 7 %, pero no logró alcanzar el 3 % mínimo en las elecciones de julio de 2019. Un partido nuevo, más o menos en la misma onda, llamado Solución Griega y liderado por Kyriakos Velopoulos, quien afirma tener la bendición del propio Espíritu Santo, logró un 4 % y un escaño en el Parlamento.

En Turquía, donde la izquierda nunca fue especialmente potente, la situación no ha sido mucho mejor. El Partido Democrático de los Pueblos (HDP), una coalición de reciente creación formada por fuerzas progresistas, consiguió reunir el 13 % de los votos en las elecciones de 2015 (casi la mitad, en las regiones kurdas). Fue el mejor resultado de la izquierda en Turquía. Al año siguiente hubo un intento de golpe de Estado por parte de los seguidores del clérigo musulmán afincado en Estados Unidos Fethullah Gülen. Esta intentona desencadenó una represión que, más allá de los partidarios de Gülen, se extendió a otros partidos y afectó, sobre todo, a los medios de comunicación. En este clima de falta de libertad hay muy pocas posibilidades de que el HDP se convierta en una fuerza importante. Es más, tendrá mucha suerte si logra sobrevivir. [14] Para reforzar su régimen autoritario, Erdoğan convocó, en abril de 2017, un referéndum —que ganó por un estrecho margen— destinado a modificar radicalmente la Constitución y aumentar de manera drástica las competencias del presidente. Las elecciones presidenciales celebradas el 24 de junio de 2018 confirmaron la fuerza de Erdoğan, si bien en las municipales de marzo de 2019 su partido perdió Ankara, la capital, y Estambul, la ciudad más grande del país.

En la India, el largo gobierno de la formación izquierdista Congreso Nacional Indio o Partido del Congreso había dado paso al del nacionalista hindú Partido Popular Indio (BJP, Bharatiya Janata Party), liderado por Narendra Modi. Tras volver al poder en 2014, el BJP fue reelegido en mayo de 2019 a pesar de no haber cumplido sus principales compromisos: había prometido crear veinte millones de puestos de trabajo, pero la tasa de desempleo es la más alta de las últimas dos décadas; había prometido construir «ciudades inteligentes» con rascacielos y trenes de alta velocidad, pero ni rastro de ellos; había prometido depurar el Ganges, pero está más sucio que nunca. [15] En cuanto al derrotado Partido del Congreso, la formación ha intentado adoptar una forma de nacionalismo indio que, en palabras del columnista pakistaní Aijazuddin, «como un viejo camaleón amnésico, intenta aprender otra vez a cambiar de color; del camuflaje seguro del laicismo nehruviano al provocador azafrán del *hindutva* ». [16]

Japón parece que no se ha visto afectado por la crisis de los partidos establecidos, ya que el conservador Partido Liberal Democrático ganó las elecciones en octubre de 2017 con un 48 % de los votos, y Shinzō Abe se ha mantenido como primer ministro, uno de los más longevos en el cargo desde la posguerra. Pero esto no significa que no haya novedades en el país del sol naciente. La segunda formación, el también conservador Partido de la Esperanza (Kibō no Tō), fundado justo antes de las elecciones con un programa antinuclear, obtuvo un 20 % de los votos. Otra formación nueva, el Partido Democrático Constitucional de Japón, creado a partir de una escisión del Partido Liberal Democrático, llegó al 8,7 %. Es decir, dos nuevos partidos conservadores han conseguido reunir casi el 30 % de los votos. En cuanto a la izquierda, la situación es catastrófica: el Partido Comunista de Japón llegó hasta el 9 %, pero solo logró un escaño, mientras que el Partido Socialdemócrata —que en 1958 llegó al 33 % de los votos y en 1990 todavía alcanzó un respetable 24 %— apenas ha sobrevivido, con un irrisorio 1 %.

Mientras tanto, la economía japonesa lleva más de dos décadas estancada y el país adolece de una tasa de natalidad excepcionalmente baja, que hará que su población descienda de 127 millones en 2015 a 107 millones en 2050. Para entonces, el 42,5 % de los japoneses tendrá sesenta y cinco años o más. Puede parecer que todo es culpa de las mujeres que no tienen suficientes hijos (Japón tiene la tasa de natalidad más baja del mundo) y no salen a trabajar (en comparación con economías similares).

Sin embargo, las encuestas apuntan a que las mujeres estarían dispuestas a tener más hijos si sus maridos las ayudaran en la crianza y las tareas domésticas (solo el 1,7 % de los esposos aprovechó la baja de paternidad en 2009). Por otro lado, cuando se quedan embarazadas, las mujeres son «animadas» a dejar sus puestos de trabajo. Y, por si todo ello fuera poco, en Japón no hay inmigrantes. [17] No hay bebés, no hay inmigrantes, los pensionistas ancianos proliferan... El futuro no pinta bien, aunque tampoco sería la primera vez que en Japón se pronostica un desastre que no llega a materializarse.

Menos halagüeño parece el porvenir para la izquierda en Latinoamérica. En 2005 gobernaba en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Nicaragua, Paraguay, Uruguay y Venezuela. En Venezuela muchos percibieron un nuevo progreso revolucionario, impulsado por la victoria de Hugo Chávez en 1998. Hoy, la economía venezolana está en ruinas, devastada por la inflación y por la pésima gestión del sucesor de Chávez. En Brasil, el Partido de los Trabajadores, que estuvo en el poder durante catorce años después de 2002, liderado por Luiz Inácio Lula da Silva y, después, por su sucesora (de 2011 a 2016), Dilma Rousseff, fue destronado por los conservadores de la mano del candidato de extrema derecha Jair Bolsonaro, quien se convirtió en presidente a finales de 2018. Una suerte parecida corrió el peronista Partido Justicialista, que gobernó en Argentina de 2003 a 2015. Ni Lula ni los peronistas han sido capaces de frenar a la derecha. En Chile, la socialista Michelle Bachelet gobernó de 2006 a 2010 y de 2014 a 2018. Su sucesor en la jefatura del Estado fue Sebastián Piñera, del partido conservador Renovación Nacional. Mientras escribo estas palabras, Lula está cumpliendo una larga condena por haber aceptado sobornos.

El panorama empeora en Perú. Desde 2018, los últimos cinco expresidentes, que en total suman treinta y tres años consecutivos gobernando el país —ningún izquierdista entre ellos—, han sido encarcelados por corrupción (Alberto Fujimori, neoliberal) o investigados también por corrupción (Alan García, de centroderecha, se suicidó; Alejandro Toledo, neoliberal; Ollanta Humala, de centroizquierda, y Pedro Kuczynski, de centroderecha). [18]

En Argentina, Cristina Kirchner (centroizquierda) fue imputada por fraude en 2015. En Nicaragua, que sigue siendo uno de los países más pobres de América Latina, el que fue la niña de los ojos de la izquierda,

Daniel Ortega, ha resultado ser responsable de una represión de grandes proporciones treinta y nueve años después de la victoria de la llamada «revolución sandinista»: a pesar de iniciar el proceso revolucionario, el sandinismo estuvo en la oposición entre 1990 y 2006. [19] En México, la elección en 2018 como presidente del candidato anticorrupción, Andrés Manuel López Obrador, hace albergar ciertas esperanzas de futuro, pero todavía es muy pronto para hacer conjeturas.

La socialdemocracia tradicional, el socialismo democrático que consiguió imponerse durante largos períodos, ha sido ampliamente derrotada no solo en Europa, sino en todo el mundo. En realidad, no es de extrañar. La mayoría de los partidos socialdemócratas han abrazado políticas de austeridad, permitido el estancamiento de los salarios, propiciado el aumento de la desigualdad y privatizado servicios públicos hasta unos niveles inimaginables hace treinta años. Esto ha tenido un doble efecto negativo: por un lado, significa que los neoliberales tenían razón al asegurar que el sector privado podía gestionar estos servicios mejor y, por otro, cuando quedó claro que los servicios no habían mejorado especialmente, los socialdemócratas ni siquiera pudieron decir «ya os avisamos». La socialdemocracia ha dejado que las desigualdades aumenten y no se ha atrevido a gravar a los boyantes beneficiados. Tal como escribió Joseph Stiglitz: «La teoría de que las rebajas fiscales y la desregulación ... llevarían a una nueva era de elevado crecimiento ha quedado completamente desacreditada ... la austeridad ... nunca ha funcionado». [20]

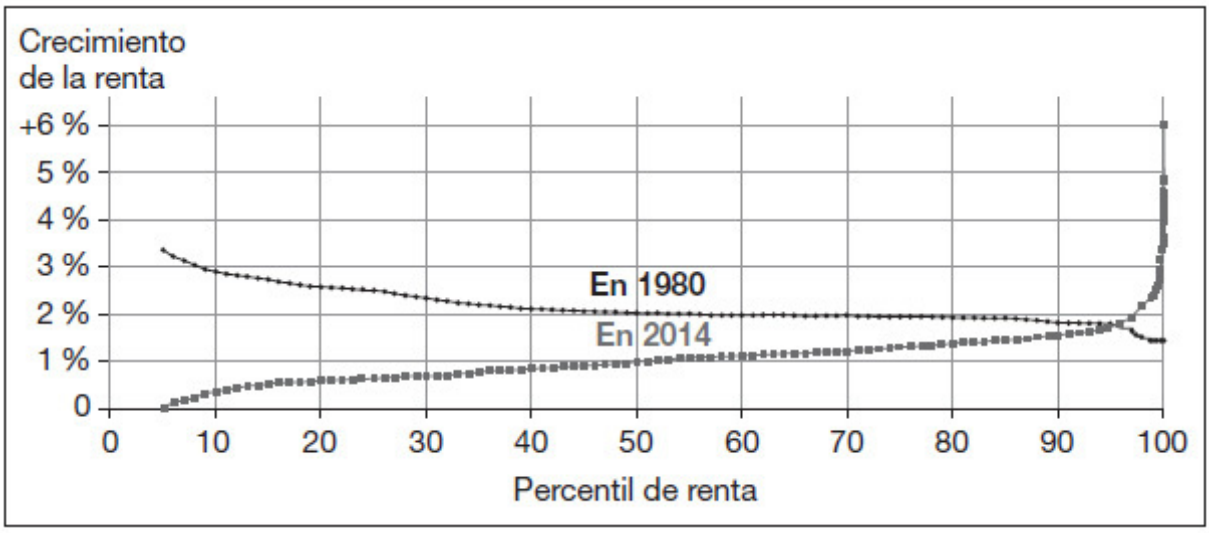
Hasta el FMI, antaño un baluarte del neoliberalismo, ha empezado a dudar de la sabiduría del pasado. Sus informes más recientes reconocen que reducir la fiscalidad de las grandes fortunas es contraproducente e incrementa las desigualdades, y que no es cierto que dar más dinero a los ricos aumente las inversiones, los puestos de trabajo o el crecimiento. O sea, que el FMI cree que la teoría del «efecto derrame» es, a fin de cuentas, una patraña. El primero en aplicarla fue el presidente estadounidense Herbert Hoover, con las medidas de estímulo económico, merecidamente denostadas, que introdujo tras el Crac del 29; Ronald Reagan la utilizó para justificar sus rebajas en el impuesto sobre la renta, y el economista Arthur Laffer le dio una muy leve apariencia de respetabilidad pseudoacadémica con la desacreditada representación gráfica que lleva su nombre (curva de Laffer). En un informe elaborado en 2016 por economistas del FMI, se afirma que algunos «aspectos del programa neoliberal ... no han dado los

resultados esperados», que las ventajas de las políticas neoliberales «parecen bastante difíciles de establecer cuando se considera un grupo de países amplio», y que «los costes en términos de aumento de la desigualdad son notables». El informe concluye con esta perla: «Parece que las ventajas de algunas políticas que forman parte importante de la agenda neoliberal se han sobrevalorado un poco». [21]

No es de extrañar que algunos analistas hayan insinuado que el FMI se ha vuelto «corbynista». [22] Siempre es arriesgado para un partido de izquierdas aceptar tantas cosas del programa de la derecha.

Entretanto, los ricos de hoy podrían ser aún más ricos que los ricos de ayer, los despreciablemente ricos de la Gilded Age, la edad de oro estadounidense de finales del siglo XIX , familias como los Carnegie, los Rockefeller o los Vanderbilt. Hoy, las cinco personas más ricas del planeta —Jeff Bezos (Amazon), Bill Gates (Microsoft), Warren Buffett (Berkshire Hathaway), Amancio Ortega (Inditex) y Mark Zuckerberg (Facebook)— poseen en total 425.000 millones de dólares en activos, el equivalente a una sexta parte del producto interior bruto del Reino Unido. Ninguno de ellos fabrica nada; de hecho, la lista de las cien personas más ricas elaborada por Bloomberg solamente incluye trece industriales. [23] El capitalismo actual está, hoy más que nunca, «en la nube», o se dedica al sector minorista.

La desigualdad económica ha llegado incluso a lugares considerados remansos de decencia capitalista, como Suecia, donde «la desigualdad salarial ha crecido más rápidamente que en cualquier otro país de la OCDE desde la década de 1990, si bien lo ha hecho desde un nivel muy bajo». [24] En Estados Unidos, las desigualdades han experimentado un aumento aún más espectacular: [25]



Sin embargo, según el «World Inequality Report 2018», entre cuyos autores figura el economista Thomas Piketty, la desigualdad salarial, entendida como la parte de la renta nacional que está en manos del 10 % más rico, ha crecido, desde 1980, mucho menos en Europa que en Oriente Próximo, que encabeza la lista de desigualdad, seguido de la India y Brasil. No obstante, el 50 % de la población con renta más baja se ha beneficiado de los índices de crecimiento gracias al enorme desarrollo de China, pero, desde 1980, el 1 % de los individuos con mayor renta entre los más ricos del mundo ha registrado el doble de crecimiento que los individuos del 50 % de la cola. [26] El aumento de la desigualdad en la opulencia también ha sido pronunciado en Estados Unidos, donde la cuota de riqueza del 1 % más acaudalado subió del 22 % en 1980 al 39 % en 2014. Gran parte de este aumento de la desigualdad fue debido a la subida del 0,1 % de los poseedores de riqueza más ricos, o sea, los verdaderamente opulentos. En el Reino Unido, muy pocas familias tienen unos ingresos claramente superiores al PIB medio por persona. [27] El 0,1 % más rico asciende únicamente a cincuenta mil personas en una población total de 65,5 millones. Como no es posible ganar unas elecciones favoreciendo al 0,1 % más rico —y, menos aún, al 10 % más rico—, hasta los conservadores están preocupados. De hecho, el Reino Unido es más desigual (en cuanto a la relación entre el 1 % más rico y la población con ingresos medios) que Alemania, Francia, Italia y España. [28] La creciente desigualdad de ingresos es «uno de los acontecimientos económicos más importantes de nuestro tiempo». Su nivel en los países ricos más desiguales es «insostenible». [29]

La lucha contra las desigualdades es una carta claramente ganadora que la socialdemocracia podría haber jugado. En cambio, sus partidos han optado por lo que han creído más prudente: doblegarse a los intereses de la ideología dominante, orientada al mercado. Y han acabado perdiendo la partida.

II. Los partidos «desagradables»

En 2002, tras dos derrotas electorales del Partido Conservador británico liderado por el infausto Iain Duncan Smith, Theresa May, recién elegida presidenta de la formación y trece años antes de ser nombrada primera ministra, lanzó una advertencia a los *tories* en su congreso anual con una indignación memorable: «No nos engañemos. Tenemos mucho camino por recorrer antes de volver al gobierno ... El margen del que partimos es muy limitado, como también lo es la simpatía que generamos. ¿Sabéis cómo nos llaman algunos? El partido desagradable [*the nasty party*]». A veces, los políticos también dicen la verdad. Implacable, May, prosiguió su discurso: «En las últimas elecciones generales fueron elegidos 38 nuevos diputados conservadores. De ellos, solamente una mujer, y ningún miembro de una minoría étnica. ¿Es eso justo? ¿Acaso la mitad de la población se merece un único escaño de treinta y ocho?». [30]

Sin embargo, cuando Theresa May ya era ministra del Interior (2010-2016), entraron en vigor unas leyes que obligaban a los migrantes procedentes del Caribe (que se encontraban en el país por invitación del Gobierno) a probar que vivían en el Reino Unido desde hacía décadas o, si no podían hacerlo, enfrentarse a un proceso de deportación (más tarde se supo que el Ministerio del Interior había destruido tarjetas de desembarque que podían demostrar que aquellos migrantes habían entrado por vías legales en el Reino Unido). Hasta el xenófobo *Daily Mail* se indignó ante el «horrendo» trato dispensado a los migrantes. [31] Algunos de ellos cayeron en un estado de profunda ansiedad cuando, después de haber pasado décadas trabajando y pagando impuestos, perdieron sus empleos y hogares, y vieron cómo se suspendía, por ejemplo, su tratamiento oncológico.

Fue tal la protesta que Theresa May —primera ministra en ese momento— y Amber Rudd —su ministra del Interior— se vieron obligadas, en abril de 2018, a humillarse y pedir perdón, culpando injustamente a los empleados públicos, quienes, al fin y al cabo, se habían limitado a obedecer

órdenes. No fue ningún «error». En 2012, David Cameron creó el «Grupo de Trabajo para un Entorno Hostil» (Hostile Environment Working Group) para hacer frente a los inmigrantes que pudieran estar residiendo en el Reino Unido sin la documentación adecuada (el indignante término «entorno hostil» fue utilizado por primera vez con un laborista en la cartera del Interior, Alan Johnson). Posteriormente, en un discurso sobre inmigración pronunciado el 25 de marzo de 2013, Cameron, arropado por el presidente del Partido Liberal, Nick Clegg, y la entonces ministra de Interior, Theresa May, declaró: «Vamos a endurecer radicalmente la manera de tratar a los migrantes ilegales en el Reino Unido». [32] Y para que quedara claro lo desagradables que podían llegar a ser los conservadores, Theresa May animó en 2013 a los migrantes ilegales a irse de forma voluntaria haciendo circular aleatoriamente durante un mes unas furgonetas con el amenazador mensaje «¿Eres ilegal en el Reino Unido? Vete a tu país o enfréntate a un arresto» («In the UK illegally? Go home or face arrest»). Uno de los resultados de las políticas de «entorno hostil» fue que miles de universitarios extranjeros que vivían legalmente en el país fueron obligados a marcharse, de acuerdo con pruebas dudosas y cuestionables. [33] La Ley de Inmigración de 2014 y 2016, promulgada por el Ministerio del Interior de Theresa May y su sucesora, Amber Rudd, también obligó a propietarios de viviendas, empleadores, bancos y secciones del Servicio Nacional de Salud a efectuar controles de situación de la inmigración, convirtiéndolos así en soplones *de facto* de la policía y animándolos a discriminar y humillar a cualquier persona que no pareciera británica «de verdad». El país se volvía cada vez más desagradable.

Los partidos conservadores —británicos o de cualquier otro lugar— no siempre han sido partidos «desagradables». Antes, Europa occidental estuvo caracterizada por un tipo de conservadurismo que no ensalzaba el capitalismo, sino que lo aceptaba con ciertas limitaciones. Por ello fundó Bismarck el estado del bienestar en Alemania en el siglo XIX y el Partido Liberal británico hizo lo mismo en el Reino Unido, donde hasta el Partido Conservador alentó las reformas sociales. En Francia, durante la Tercera República, los católicos monárquicos fueron «reaccionarios» hasta la médula, pero en cuestiones sociales no se mostraron tan retrógrados como los políticos de centro, los llamados «radicales» (del Partido Radical, Parti Radical). Hacia finales de la década de 1950, el conservadurismo francés, bajo la égida de Charles de Gaulle, fue «compasivo» en muchos aspectos,

sobre todo a la hora de adoptar reformas sociales y utilizar un sistema de planificación indicativa para endulzar el desarrollo incontrolado de las fuerzas del mercado. Esto permitió a De Gaulle negarse a que lo calificaran de izquierdas o de derechas —mucho antes de que Macron utilizara esta vieja fórmula como si la hubiera inventado—. [34] En Austria, los democratacristianos, generalmente en coalición con los socialistas, gobernaron un país con el sector público más grande de Europa occidental. En Alemania, la democracia cristiana reivindicó una «economía social de mercado» donde lo «social» fuera tan importante como el «mercado».

En el Reino Unido, el Partido Conservador, en el poder a lo largo de toda la década de 1950 y hasta 1964, se abstuvo de desmantelar el estado del bienestar y construyó más vivienda pública que el laborismo en épocas precedentes. [35] En Italia, Democracia Cristiana, el partido que gobernó ininterrumpidamente desde 1945 hasta la década de 1990, intentó, a menudo con éxito, contener el avance del socialismo introduciendo reformas sociales y aspiró a una especie de «compromiso histórico» entre capitalismo y socialismo. Incluso tuvo sindicatos propios y amplió de manera espectacular un sector público que Mussolini había creado para proteger la banca italiana, amenazada por el Crac del 29. Cuando Democracia Cristiana dejó de existir en 1993, aplastada por el peso de los escándalos de la trama Tangentópolis, recuperó su nombre original, Partito Popolare. Pero como nadie —ni siquiera una formación política— puede perder la virginidad dos veces, los elementos más progresistas del catolicismo social italiano se unieron finalmente al partido del centroizquierda, el Partido Demócrata (heredero de los comunistas).

Finalmente, los partidos conservadores europeos acabaron siendo «desagradables», sobre todo en el Reino Unido, donde Margaret Thatcher reorganizó a los *tories* como un partido neoliberal claramente definido y con el nacionalismo como hoja de parra para taparse las vergüenzas. Los pobres se convirtieron en «gorrones» del estado del bienestar y las madres solteras pasaron a ser madres «irresponsables», y los conservadores tradicionales que se oponían a que el suyo fuera un partido «desagradable» fueron tachados de «flojos».

En el congreso del Partido Conservador de 1992, Peter Lilley, entonces ministro de Seguridad Social, hizo una parodia de *El Mikado* , de Gilbert y Sullivan, realmente desagradable. Fue uno de los discursos más repugnantes de la historia política moderna británica: gente rica burlándose de los pobres

ante una audiencia adinerada. Haciendo gala de su estilo más detestable, Lilley dijo: «Voy a acabar con la sociedad del "dame algo a cambio de nada"» (la expresión *something for nothing* se ha convertido en un mantra repetido hasta la saciedad en los ambientes de extrema derecha contrarios al estado del bienestar: suena bien y no significa nada). Entonces, Lilley recitó:

> Tengo una pequeña lista
> de delincuentes de la beneficencia de quienes pronto me desharé
> y a los que nadie echará de menos.
> Hay jovencitas que se quedan preñadas para conseguir una vivienda social
> y papás que no tendrán que ayudar a los hijos
> de las mujeres a las que han... besado.
> Por no hablar de esa panda de socialistas que viven del cuento.
> Los tengo en mi lista
> y estarán todos,
> no faltará ninguno. [36]

[*I've got a little list / Of benefit offenders who I'll soon be rooting out / And who never would be missed / There's young ladies who get pregnant just to jump the housing queue / And dads who won't support the kids / of ladies they have ... kissed / And I haven't even mentioned all those sponging socialists / I've got them on my list / And there's none of them be missed / There's none of them be missed* .]

A pesar de sus promesas, Lilley no se deshizo de los «gorrones». Veinte años después, el Gobierno seguía manteniéndolos: personajes como Richard Branson, el dueño de Virgin, un «exiliado fiscal» cuya empresa conserva la condición de *off-shore* para pagar menos impuestos en el Reino Unido. ¿Nadie lo puso en la lista?

Mientras tanto, Lilley, ferviente defensor del *brexit* , recibía —legalmente— más de 400.000 dólares en opciones sobre acciones como director no ejecutivo de Tethys Petroleum, una empresa petrolífera con sede en las Islas Caimán, cuando todavía era miembro «a tiempo completo» de la Cámara de los Comunes. Fue uno de los tres parlamentarios británicos que votó en contra de la Ley de Cambio Climático de 2008 (secundada de manera abrumadora por gobierno y oposición). Una postura valiente que sus superiores en Tethys Petroleum debieron apoyar calurosamente. Por supuesto, el título de lord que le concedieron en 2018 fue del todo merecido.

De vuelta al poder en 2010, George Osborne, el conservador y justamente denostado ministro de Economía, se embarcó en un ambicioso programa de austeridad mientras bajaba impuestos a los ricos, es decir, a los

que ganaban más de 150.000 libras esterlinas anuales. Ese mismo año, Iain Duncan Smith, antiguo líder de los conservadores, ministro de Trabajo y Pensiones y uno de los rostros menos amables de la recientemente formada coalición de conservadores y liberales, introdujo la idea de un «crédito universal» destinado a simplificar el sistema de ayudas sociales. El objetivo era reunir una serie de prestaciones en un único pago mensual ideado para que la gente «se pusiera a trabajar». Uno de los muchos problemas que entrañó la iniciativa fue que había que esperar seis semanas antes de recibir cualquier prestación. Para muchos ciudadanos pobres, eso era demasiado tiempo, ya que había que pagar las facturas, los alquileres no podían esperar y los hijos tenían que comer cada día, no al cabo de seis semanas. Los beneficiarios podían llamar a un teléfono «de ayuda» que costaba 55 peniques el minuto. La indignación fue tal que el Gobierno no tuvo más remedio que, en 2017, eliminar los costes de llamada del servicio y acortar la espera de seis a cinco semanas, siempre después de febrero de 2018. Algunas personas tuvieron que pasar treinta y cinco horas semanales buscando trabajo bajo supervisión para, así, «simular la jornada laboral» y acabar con la cultura británica del «algo por nada». [37] En 2014, el mismo Iain Duncan Smith limitó las ayudas a los dos primeros hijos de las familias que recibían créditos fiscales. Así sabrían lo que es tener tres hijos, algo que solo las familias más pudientes pueden hacer. Duncan Smith describió la medida como una «idea brillante». Hasta el *Daily Mail* se mostró crítico con el plan. [38] El 18 de marzo de 2016, para asombro de todos, Duncan Smith dimitió como ministro de Trabajo y Pensiones asegurando que no podía aceptar los recortes en prestaciones por minusvalía previstos por el Gobierno y tildando el programa de austeridad del Ejecutivo de conflictivo e injusto. El año anterior les había dicho a los discapacitados que trabajaran para salir de la pobreza. Quizá al año siguiente se sintió culpable.

Para algunas familias británicas, el crédito universal significó una pérdida de hasta 2.800 libras anuales, según el *think tank* The Resolution Foundation, cuyo presidente ejecutivo es el exministro conservador de Negocios, Innovación y Competencias David Willetts. [39] En junio de 2018, el Tribunal de Cuentas concluyó, en un informe devastador, que el sistema de crédito universal era más caro que el sistema de prestaciones al que había sustituido, y que no había ayudado a nadie. O sea, que el plan fue un completo desastre. Mientras escribo estas palabras, el Gobierno está tratando de dar marcha atrás en medio del escarnio general.

La austeridad se prolongó tras la victoria de los conservadores en 2015. Obtuvieron una mayoría apretada pero suficiente, con lo cual ya no necesitaban a los liberales. Aunque el Partido Liberal se había mostrado inefectivo e incompetente, eran una barrera amable contra la «antipatía». Pero ahora ya no había tal barrera y el ministro de Economía, George Osborne, con visible entusiasmo, lanzó una serie de medidas enérgicas contra los solicitantes de prestaciones. Su proyecto de ley de reforma laboral y del estado del bienestar —reforma ensayada en julio de 2015 por Iain Duncan Smith— incluía obligar a doscientos mil desempleados de larga duración a realizar «trabajos comunitarios» o presentarse cada día en la oficina de empleo. Si no encontraban trabajo, era culpa suya, por supuesto. El grupo parlamentario del Partido Laborista, sumido más que nunca en un caos organizativo después de haber perdido otras elecciones y en pleno proceso de elección de un líder, decidió abstenerse en la votación del citado proyecto de ley luego de que su enmienda fuera rechazada —en vez de votar en contra, como se supone que debe hacer la oposición— por miedo a que sus votantes pensaran que se mostraban blandos con los gorrones. La líder en funciones, Harriet Harman, explicó: «No podemos decirle a la opinión pública que se equivocó en las elecciones» —un absoluto sinsentido, porque es como decir que quienes habían votado a los laboristas estaban equivocados—. [40] Recuerda mucho a lo sucedido en 1997, cuando el Partido Laborista, para complacer a los *tories* y por temor a no parecer lo suficientemente favorable al libre mercado, decidió continuar los planes de gastos de los conservadores para los siguientes dos años en un intento de demostrar que también se podía confiar la economía al laborismo. En consecuencia, el Partido Laborista, con Harriet Harman como ministra de Seguridad Social, decidió recortar las ayudas a todos los progenitores primerizos sin pareja (mayormente mujeres) de hijos menores de cinco años.

En 1997 hubo 47 parlamentarios laboristas disidentes; en 2015 votaron 48 en contra del proyecto de ley de reforma del estado del bienestar. A ellos se unieron el Partido Nacional Escocés (SNP), los Liberal Demócratas (Lib Dems), Plaid Cymru (Partido de Gales), el único parlamentario ecologista e, incluso, el Partido Unionista Democrático de Irlanda del Norte. De los cuatro candidatos a la presidencia del Partido Laborista, solo Jeremy Corbyn votó en contra. Poco después fue nombrado presidente de los laboristas. Los candidatos a la alcaldía de Londres, Diane Abbott, Sadiq

Khan y David Lammy, también desafiaron la disciplina de voto. Sadiq Khan fue elegido alcalde poco más tarde en contra de todos los pronósticos (incluidos los de la empresa de sondeos estatal YouGov, entonces presidida por el periodista Peter Kellner), que aseguraban que Tessa Jowell, seguidora de Blair y fiel a la línea del partido, era la mejor situada para hacerse con la alcaldía. [41] Las políticas laboristas se estaban desvelando, para sorpresa de los comentaristas mediáticos.

El Partido Conservador ha sido, durante mucho tiempo, el partido «desagradable» de los británicos, sobre todo de sus militantes y, todavía más, de los fieles que se dejan ver en el congreso anual del partido, a menudo descritos de manera peyorativa por algunos líderes *tories* —y no solo por ellos— como la «brigada de los azótalos y cuélgalos». [*] Antaño —antes de Margaret Thatcher—, la dirección del partido tenía la seguridad de que, aparte de las opiniones reaccionarias normales, los militantes también estaban imbuidos de un sentido del respeto chapado a la antigua y que, como borregos, se conformaban con dejar la política real en manos de la nobleza que dominaba el partido. La «brigada de los "azótalos y cuélgalos"» es una expresión que describe con bastante exactitud a los militantes *tories* de base. Según un estudio publicado en enero de 2018 por la Universidad Queen Mary de Londres, los conservadores son una «raza aparte», separada del resto de formaciones políticas importantes y caracterizada por una fuerte tendencia a demostrar actitudes intolerantes y autoritarias: la mayoría es homófoba, está a favor de la pena de muerte, apoya el control de los medios de comunicación para defender la moral convencional y aboga abrumadoramente por la austeridad; por el contrario, la oposición a las políticas austeras prevalece entre el 98 % de los votantes laboristas, en el 93 % del Partido Nacional Escocés y en el 75 % de los Liberal Demócratas. [42]

Entonces llegó Margaret Thatcher y les habló en su idioma; un idioma que ponía los pelos de punta. Hizo salir de la lámpara al genio desagradable y los militantes conservadores dijeron por fin lo que pensaban. Pero tras los aplastantes éxitos electorales de la era Thatcher (1979, 1983 y 1987) y la apretada victoria de John Major en 1990, los conservadores perdieron tres comicios seguidos (1997, 2001 y 2005), fueron incapaces de conseguir suficientes votos para gobernar en solitario en 2010 (de ahí la coalición con

los liberales) y obtuvieron una reducida mayoría en 2015, que perdieron al poco tiempo, en 2017. En resumen, el Partido Conservador británico no ha ganado ningunas elecciones de manera holgada desde 1987.

Y todo ello a pesar de disponer de más dinero para campañas que los laboristas, gozar del apoyo de la mayoría de la prensa e, incluso, contar con la ayuda del australiano Lynton Crosby, un estratega político al que algunos llaman «el Mago de Oz» y que ha demostrado ser muy efectivo convenciendo a la gente de que puede ganar elecciones, pero no tan bueno ganándolas realmente. Consiguió que los *tories* le encargaran la campaña de 2005, pero perdieron a pesar de los eslóganes racistas que Crosby les había aconsejado que usaran. En 2015 volvió a asesorarlos y ganaron por la mínima. También los aconsejó en las elecciones de 2016 a la alcaldía de Londres, que se tradujeron en otra derrota, pero de las que Crosby consiguió sacar un título de caballero. Fracasó en su torticero intento de relacionar a Sadiq Khan, el candidato laborista, con el terrorismo, y este derrotó al atractivo pero no muy inteligente aspirante conservador Zac Goldsmith. Finalmente, Crosby también fue el «estratega» de Theresa May en las elecciones generales de 2017, en las que, aunque se esperaba una victoria abrumadora, la candidata conservadora perdió la mayoría parlamentaria.

La estrategia de Crosby consiste en realizar sondeos de opinión para, después, decir a la gente lo que quiere escuchar. Por semejante muestra de inteligencia, el Partido Conservador le pagó una fortuna (cuatro millones de libras, según el *Daily Telegraph*). [43] La «teoría» de Crosby plantea que no hay que intentar cambiar la mentalidad de la gente, pero pasa por alto que, si esta no cambiara, la pena capital todavía existiría y la homosexualidad sería un delito. La campaña del Partido Laborista para las elecciones generales de 2017 no hizo suyos los «consejos» de Crosby, así que fue mejor y más barata, sobre todo porque su grupo parlamentario fue acertadamente ignorado y no participó mucho en ella. Tim Bell, el publicista y experto en relaciones públicas que había aconsejado a Margaret Thatcher en sus victorias electorales de las décadas de 1970 y 1980, dijo de los comicios de 2017: «La campaña ha sido totalmente negativa ... Este es el estilo de Lynton Crosby. Es un mago de un solo truco». [44] Crosby fue quien ideó el eslogan de campaña «Un liderazgo fuerte y estable» («Strong and Stable Leadership»), que convirtió a Theresa May en el blanco de todo

tipo de burlas. Por lo visto, acabó harta de escucharse a sí misma diciendo «fuerte y estable» a todas horas. «Haces que parezca una estúpida», le reclamó a *sir* Lynton Crosby. [45]

Los conservadores británicos se aliaron formalmente con los partidos más desagradables de Europa en 2009, cuando David Cameron, para tranquilizar a los *tories* más euroescépticos, retiró a sus eurodiputados del Partido Popular Europeo-Demócratas Europeos (EPP-ED) en el Parlamento de Bruselas —considerado como demasiado «federalista»— para formar la «alianza de conservadores y reformistas europeos» junto con la derecha y la ultraderecha antieuropea, como los polacos de Ley y Justicia (Prawo i Sprawiedliwość, PiS), el Partido Democrático Cívico de la República Checa, el Partido de los Finlandeses y otras formaciones nacionalistas de la misma especie.

En otros países donde la antipatía ha imperado de uno u otro modo, quienes realmente sufren son, como es de esperar, los miembros más pobres de la sociedad. En Francia, durante los cinco años de presidencia de Nicolas Sarkozy (2007-2011), más de la mitad de las rebajas fiscales fue para los hogares más acomodados. Las empresas también obtuvieron su tajada. Estas reducciones tributarias estaban contempladas en una ley bautizada con el acrónimo TEPA: *travail, emploi et pouvoir d'achat* (trabajo, empleo y poder adquisitivo). [46] Francia se volvió menos competitiva y el desempleo aumentó. [47]

Por supuesto, en Europa hay partidos mucho más desagradables que los *tories* británicos o Les Républicains de Sarkozy. En Polonia tenemos a Ley y Justicia, fundado en 2001 por los gemelos Jarosław y Lech Kaczyński (Lech murió en un accidente de aviación en 2010). Tras ganar las elecciones de 2005, Lech fue nombrado presidente y Jarosław, primer ministro. El PiS perdió las elecciones de 2007 y 2011 —en beneficio de los partidos conservadores— y volvió al poder en 2015.

La política polaca ha dado un giro a la derecha. La izquierda murió en 2015, cuando Izquierda Unida (Zjednoczona Lewica, ZL), una alianza formada por distintos grupos izquierdistas, no consiguió llegar al umbral del 8 % necesario para formar coalición y se quedó sin representación parlamentaria. El principal partido conservador —situado a la «izquierda» de Ley y Justicia— es Plataforma Cívica, una organización descaradamente neoliberal que, también en las elecciones de 2015, obtuvo casi un 25 % de

los votos. Para añadir más surrealismo a la política polaca, el tercer partido en liza fue Kukiz'15, una organización de extrema derecha bautizada con el apellido de su líder, el cantante *punk-rock* Paweł Kukiz (21 %).

Con solamente el 37,5 % de los votos, y gracias al sistema electoral polaco, el partido Ley y Justicia se hizo con la mayoría absoluta en el Parlamento. Aunque está a favor de la ayuda social, es partidario de un estado fuerte y autoritario, y defiende los valores de la «moral tradicional» polaca o, lo que es lo mismo, de la Iglesia Católica Romana. Trata de controlar la judicatura y la función pública, ponérselo difícil a los homosexuales y restringir los casos de aborto legal. Los anticonceptivos no son fáciles de conseguir en Polonia y la «píldora del día siguiente» requiere prescripción médica, según ordena una legislación (de julio de 2016) que desafía a los grupos de defensa de los derechos humanos e incumple las directrices de la Agencia Europea de Medicamentos. [48]

La vulneración de los derechos de la mujer empezó mucho antes, en marzo de 1993, bajo gobiernos conservadores «normales», uno de ellos liderado por una mujer, Hanna Suchocka, que produjo una de las legislaciones sobre el aborto más restrictivas de Europa: en Polonia, la interrupción del embarazo solo está permitida si la gestación supone una amenaza para la vida de la madre, si el feto está gravemente afectado o si la mujer ha sido violada. [49]

En diciembre de 2017, el Parlamento polaco aprobó unas propuestas de ley que otorgaban al PiS el control efectivo de los nombramientos judiciales, una jugada que fue criticada con dureza y calificada de menoscabo de la independencia judicial por la Unión Europea, el Consejo de Europa, el presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk (ex primer ministro conservador de Polonia), y el expresidente polaco y fundador de Solidarność (Solidaridad), Lech Wałęsa. La Comisión Europea ha advertido formalmente a Polonia que estará poniendo en riesgo «valores fundamentales» si continúa con sus planes de controlar el poder judicial y los medios de comunicación.

El PiS es profundamente islamófobo en un país donde (véase más arriba) apenas hay musulmanes (menos de un 0,1 % de la población). [50] Ley y Justica se regodea en falsos recuerdos autocompasivos alentados por «la otra Polonia, la rural y beata; por los mudos perdedores de la desconsiderada "transformación" neoliberal y el hundimiento de la industria estatal». [51] En noviembre de 2017, decenas de miles de manifestantes

nacionalistas marcharon por las calles de Varsovia para recordar el «Día de la Independencia» polaca. Unos llevaban pancartas o coreaban eslóganes a favor de una Europa «blanca», mientras otros gritaban «¡Polonia pura, Polonia blanca!» o «¡Recemos por un holocausto musulmán!». Un manifestante entrevistado por la televisión estatal, que describió el evento como «una gran marcha de patriotas», declaró que protestaba porque quería «sacar a los judíos del poder». El ministro del Interior, Mariusz Błaszczak, alabó a los manifestantes. [52] Polonia es un lugar muy poco acogedor para liberales, judíos, musulmanes, homosexuales, socialistas o mujeres que necesiten abortar. Cuando, en diciembre de 2017, la entonces primera ministra, Beata Szydło, dimitió, su sucesor, Mateusz Morawiecki (aunque quien manejaba los hilos seguía siendo Jarosław Kaczyński), declaró de inmediato que su «sueño» era «recristianizar la Unión Europea». [53] En Hungría y Polonia, el feminismo es considerado por la clase dirigente como un proyecto extranjero que perjudica los intereses nacionales. [54]

Las causas de estos síntomas mórbidos son muy numerosas. La «terapia de choque» (atribuida, quizá de manera injusta, al economista Jeffrey Sachs, no precisamente neoliberal) provocó la emigración masiva de polacos (más de dos millones desde que el país ingresó en la Unión Europea en 2004) y contribuyó a generar la convicción, por parte de muchos de los que se quedaron, que Polonia había sido traicionada por las élites cosmopolitas prooccidentales (aun a pesar de que muchas de las cosas que habían mejorado lo hicieron gracias a los fondos europeos, de los cuales Polonia, junto con Hungría, es uno de los mayores beneficiados). [55]

En Hungría, el primer ministro Viktor Orbán también apela a los «valores cristianos», construye vallas con concertinas e instala cañones de agua en las fronteras de su país para mantener alejados a los refugiados. La Comisión Europea decidió llevar a Hungría y Polonia ante el Tribunal Europeo de Justicia por negarse a aceptar los refugiados que marca el sistema de cuotas de la UE. Orbán arremete contra la «corrección política», los medios independientes, la supuesta falta de moral de Occidente y de sus «élites liberales», y contra la «banca codiciosa». También declara la guerra a las ONG —para inquietud de la ONU y Amnistía Internacional—, a las que acusa de interferir en los asuntos internos de Hungría, e intenta clausurar la Universidad Centroeuropea, fundada por George Soros, la bestia negra del primer ministro. [56] Mientras los socialistas, otrora enamorados del blairismo, siguen fuertes en Budapest, el partido de Orbán

(FIDESZ-Unión Cívica Húngara), que empezó atrayendo a la intelectualidad y a los jóvenes progresistas de ciudad, es actualmente el partido de las zonas rurales atrasadas, el catolicismo nacionalista, la xenofobia, el euroescepticismo, los valores familiares y, por supuesto, los oligarcas. [57]

Orbán fue nombrado primer ministro en 1998, después de que su partido obtuviera solamente el 26% de los votos. Pronto tuvo que ceder el paso a una administración socialista, y permaneció fuera del poder hasta 2010. En 2014 fue reelegido con un aplastante 52% de los votos y dos tercios del arco parlamentario. Ha utilizado su mayoría para controlar la judicatura y la radio y televisión públicas, además de para cerrar el diario más importante de la oposición, *Népszabadság* . El rotativo fue adquirido, junto con otros periódicos, por Lőrinc Mészáros, amigo íntimo de Orbán y poderoso oligarca desde que el FIDESZ gobierna. El primer ministro ataca por sistema el «liderazgo débil, esclerótico y aislado de la UE». Le faltó tiempo para felicitar a Recep Tayyip Erdoğan tras el exitoso referéndum que, en abril de 2017, otorgó más poder al presidente turco. También es, por supuesto, un firme defensor y admirador de Vladímir Putin y Donald Trump. En Hungría no existe una oposición significativa de izquierdas.

El 22 de julio de 2017, en un discurso pronunciado en la Universidad Abierta de Verano de Bálványos (una zona de Rumanía donde vive una minoría húngara considerable), Orbán describió la lucha global existente entre una «élite transnacional» y los líderes patrióticos nacionales, como él mismo y Donald Trump: «Somos los precursores de este modelo, la nueva política patriótica de Occidente». También atacó a la «alianza» forjada en Bruselas contra Hungría:

> Los miembros de esta alianza son los burócratas de Bruselas y su élite política, acompañados del sistema que podríamos describir como el Imperio de Soros ... hay un plan Soros (para llevar a inmigrantes musulmanes a Europa) ... los burócratas de Bruselas y Soros tienen un interés personal en debilitar Centroeuropa ... debemos mantenernos firmes contra la red mafiosa de Soros y los burócratas de Bruselas, y también contra los medios controlados por ellos. [58]

La histeria contra George Soros no tiene límites en Hungría. Un enorme cartel con la imagen del inversor y filántropo húngaro-estadounidense fue enganchado en el suelo de un tranvía de la línea 49 de Budapest para que los pasajeros pudieran pisotear su cara. [59] Durante la campaña electoral de 2018, envuelto en escándalos y utilizando una infatigable retórica antiinmigración y antiislam, Orbán estableció

paralelismos entre la lucha de los húngaros contra los otomanos, los Habsburgo y los soviéticos, y la lucha contra «el tío George». [60] Como no podía ser de otro modo, la comparación de Orbán surtió efecto y le obsequió una mayoría ampliada —sobre una participación mayor— que confirmaba su hegemonía parlamentaria con dos tercios de los escaños —casi la mitad de los votos—.

El 9 de octubre de 2017, András Aradszki, secretario de Estado de Energía húngaro, declaró que lo que él llamaba el «plan Soros» estaba «inspirado por Satán» y que era el deber de un buen cristiano combatirlo. [61] El europarlamentario György Schöpflin, que entre 1950 y 2004 había vivido en el Reino Unido, donde ejerció de mediocre profesor en la Escuela UCL de Estudios Eslavos y de Europa del Este, consiguió sus quince minutos de fama, al tiempo que deshonraba su antigua profesión, cuando se mostró partidario de poner cabezas de cerdos en las fronteras de Hungría para disuadir a los refugiados musulmanes con el siguiente tuit: «... una cabeza de cerdo es mucho más efectiva». [62] Tanto Aradszki como Schöpflin son miembros del Partido Popular Demócrata Cristiano, una formación que no habría superado el umbral electoral sin el apoyo del FIDESZ.

Israel también ha abandonado toda pretensión liberal. El país fue fundado por sionistas «socialistas» y gobernado durante mucho tiempo por un partido socialdemócrata que, en las elecciones parlamentarias de 2015, y con el nombre de Unión Sionista, solo obtuvo el 18,6 % de los votos. Israel está actualmente gobernado, desde hace bastantes años, por Benjamín Netanyahu, cinco veces primer ministro y abierto defensor del «libre mercado». Netanyahu ha liberalizado la banca, privatizado lo que había sido un enorme sector público, introducido un programa para que los beneficiarios de las ayudas vuelvan a trabajar y recortado pensiones mientras subvenciona de forma masiva a los seiscientos mil colonos que ocupan ilegalmente Cisjordania, provocando la inquietud de los judíos progresistas. [63]

Netanyahu ha tratado por todos los medios de someter a la prensa israelí y ha atacado periódicamente al poder judicial y la policía, que ha recomendado su procesamiento por corrupción, cohecho y fraude. [64] Su caso no sería el único entre los políticos israelíes implicados en delitos (la Wikipedia en lengua inglesa tiene incluso una entrada dedicada a una «Lista de funcionarios públicos israelíes condenados por delitos o faltas»). Avraham Hirschson, que ocupó el cargo de ministro de Finanzas, fue

encarcelado en 2009 por robar varios millones de séqueles de la Federación Nacional de Trabajadores cuando era su presidente. Le impusieron una condena de cinco años y cinco meses, de los que cumplió tres y cuatro, respectivamente. Ehud Ólmert, primer ministro de 2006 a 2009 y alcalde de Jerusalén durante una década, fue condenado a veintisiete meses de cárcel, de los cuales cumplió dieciséis. Mucho más grave fue el caso de Moshé Katsav, presidente del Estado de Israel entre 2000 y 2007, que fue acusado de varios casos de violación, condenado, encarcelado y liberado en 2016 tras haber pasado únicamente cinco años en prisión.

Netanyahu es, en materia de política exterior, un belicista al que le encantaría borrar del mapa a Irán y que no tiene la más mínima intención de retirarse de los territorios ilegalmente ocupados de Cisjordania ni de hacer la vida más fácil a los ciudadanos palestinos que residen allí. Mientras tanto, finge buscar la paz, un ardid que solo convence a los tontos útiles y a la gente de mala fe. En octubre de 2017, hasta Reuvén Rivlin, presidente de Israel y miembro del partido de Netanyahu, perdió la paciencia y, en un discurso pronunciado ante la Knéset (el Parlamento israelí) criticó la conducta antidemocrática del primer ministro. [65]

En Estados Unidos, muchos judíos están divididos. La mayoría sigue persiguiendo el sueño sionista y vota a los demócratas, pero les preocupa la creciente influencia de los sionistas de derechas y su sumisión al nacionalismo estadounidense. Israel está perdiendo rápidamente su influencia sobre los jóvenes judíos de Estados Unidos, quienes se están dando cuenta de que el «estado judío» es contrario a los valores de libertad individual que aquellos defienden. [66] Hacen bien en preocuparse: en 2017, la Organización Sionista de América invitó a su recepción anual a Steve Bannon, el activista islamófobo de la «derecha alternativa» (o *alt-right* , como se autodenomina la extrema derecha estadounidense), y a una serie de sionistas de línea dura, entre los cuales estaban Alan Dershowitz, abogado constitucionalista, y Joe Lieberman, candidato demócrata a la vicepresidencia en el año 2000.

Netanyahu presume de su amistad con grandes dirigentes de la derecha, como Matteo Salvini, Viktor Orbán, Narendra Modi, Sebastian Kurz, Jair Bolsonaro y, por supuesto, Donald Trump. También algunos candidatos de la formación nacionalista germana Alternativa para Alemania se declaran abrumadoramente proisraelíes. [67] Netanyahu se lleva bien hasta

con Arabia Saudí y el resto de las Monarquías del Golfo. Ninguna de ellas mantiene relaciones formales con el estado judío, pero todas tienen muchas ganas de enfrentarse a la «amenaza» de Irán. [68]

Obama no es amigo de Netanyahu. En la reunión del G20 de 2011, un micrófono accidentalmente conectado captó la voz del entonces presidente de Estados Unidos diciendo a Sarkozy, después de que este le explicara que Netanyahu era un «mentiroso»: «¿No lo soportas? ¡Pues yo tengo que aguantarlo cada día!». [69] Ello no impidió a Obama firmar, en 2016, un acuerdo por el que entregaba a Israel 38.000 millones de dólares en asistencia militar a lo largo de la siguiente década; fue el paquete de ayudas de este tipo más importante que Estados Unidos había entregado a cualquier país en toda su historia. [70] Las cosas mejoraron para Netanyahu con la elección de Trump y, todavía más, cuando el presidente estadounidense reconoció Jerusalén como la capital de Israel, otro punto negro de su política exterior ampliamente criticado. Solo siete estados, aparte de Israel y Estados Unidos, apoyaron el reconocimiento estadounidense en una votación celebrada en la ONU. Los países en cuestión fueron: Guatemala (gobernada por Jimmy Morales, un cristiano evangelista de extrema derecha y humorista de televisión con un doctorado *honoris causa* por la Universidad Hebrea), Honduras (un régimen autoritario con el índice de homicidios más alto del mundo), Togo (una dictadura particularmente sanguinaria), Nauru (un estado controlado *de facto* por Australia y famoso, por cierto, por encabezar la clasificación mundial de obesidad) y Micronesia, Palaos y las Islas Marshall (miembros del COFA, o Pacto de Libre Asociación, dominado por Estados Unidos).

Israel había correspondido por adelantado al gesto de Trump en noviembre de 2017, cuando fue el único país que votó en contra de una resolución de Naciones Unidas que condenaba el embargo económico de Estados Unidos sobre Cuba (fue aprobada por 191 votos contra 2). Trump amenazó con suspender las ayudas a los países que apoyaron la resolución, entre los cuales estaban los principales beneficiarios de la ayuda estadounidense en Oriente Próximo. No logró asustar a nadie, y el antiguo director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), John O. Brennan, tuiteó que la amenaza de la Casa Blanca era «más que indignante», pues demostraba que Trump esperaba «lealtad ciega y sumisión por parte de todos, características propias de un autócrata narcisista y vengativo». [71]

El romance entre Israel y Trump prosiguió en marzo de 2019, cuando el presidente estadounidense reconoció la anexión israelí de los Altos del Golán, considerada casi universalmente contraria al Cuarto Convenio de Ginebra, que prohíbe que una potencia ocupante permita a sus civiles establecerse en el territorio ocupado.

Trump será amigo de Israel, pero ¿lo es también de los judíos? En su día elogió al pastor Robert Jeffress, de la Primera Iglesia Bautista de Dallas, quien dijo que no había salvación para los semitas. [72] Pero el pueblo de Israel no tiene motivos para preocuparse, ya que el lunático ministro evangelista dijo lo mismo sobre los mormones, musulmanes e hindúes. Ello no le impidió ser invitado a participar en la ceremonia con la que se inauguró la nueva embajada estadounidense en Jerusalén. [73]

Netanyahu es, en realidad, la cara «amable» del gobierno israelí. Su miembro más duro es Avigdor Lieberman, inmigrante nacido en Moldavia y líder del partido nacionalista Israel Beiteinu, que goza de las simpatías del aproximadamente millón de judíos que huyeron de la antigua Unión Soviética. Zeev Sternhell, el prestigioso historiador israelí, lo describió como, «posiblemente, el hombre más peligroso de Israel». [74] Lieberman considera Irán «la peor amenaza a la que se enfrenta el pueblo judío desde la segunda guerra mundial», [75] y pidió la ejecución de los parlamentarios árabes israelíes que se reunieron con Hamás. [76] En 2002, dijo: «Si de mí dependiera, avisaría a la Autoridad Palestina de que mañana a las diez de la mañana bombardearemos todos los establecimientos comerciales de Ramala»; a lo que añadió: «Destruir los cimientos de la estructura militar de la Autoridad, todos los edificios de la policía, los arsenales, todos los puestos de las fuerzas de seguridad ... no dejar ningún edificio en pie. Destruirlo todo». En 2003, después de que se amnistiara a 250 prisioneros palestinos, declaró: «Mejor sería ahogar a esos prisioneros en el mar Muerto ... ya que es el lugar más profundo de la Tierra». [77] Casi tan dura como Lieberman es Tzipi Hotovely, compañera de partido de Netanyahu en el Likud y viceministra de Asuntos Exteriores (Netanyahu es el ministro titular), quien en cualquier otro país sería considerada una fanática religiosa. Mientras Netanyahu fingía querer negociar un acuerdo, ella anunció, refiriéndose a los territorios ocupados: «Debemos volver a la realidad esencial de nuestros derechos sobre este país. Esta tierra es nuestra. Toda». [78] Una notable mayoría de los judíos israelíes, el 61 %, cree realmente que Dios entregó Israel a los descendientes de Abraham. [79]

Hotovely y otros políticos religiosos israelíes no parecen ser conscientes de que, si el relato bíblico es cierto, Dios «entregó» a los judíos *toda la tierra* que se extiende desde el Éufrates hasta el Río de Egipto. Según el Génesis (15, 18-21), Dios dijo a Abraham: «A tus descendientes daré esta tierra, desde el Río de Egipto hasta el gran río, el Éufrates, la tierra de los quineos, los quineceos, los cadmoneos, los hititas», etc. Como el Éufrates fluye de Turquía al golfo Pérsico (habiendo confluido con el Tigris), y asumiendo que el «Río de Egipto» es el Nilo y no el casi desecado torrente de Wadi el Arish, justo al sur de Gaza, se podría afirmar, de acuerdo con lo que dice el Génesis, que Dios prometió a los judíos no solo el actual Estado de Israel y los territorios ocupados, sino también Líbano, Siria, Jordania, Irak, Kuwait, gran parte de Turquía y, quizá también, Arabia Saudí, los Emiratos y algún cacho de Egipto. El camino a la locura no conoce obstáculos cuando se anda con la Biblia en una mano y la espada en la otra.

Es posible que esta promesa divina ya estuviera en la mente del rabino ortodoxo Eli Ben-Dahan, del partido La Casa Judía, quien también dijo que los palestinos eran «animales, no humanos». Era viceministro de Servicios Religiosos cuando hizo esta declaración; después fue nombrado viceministro de Defensa. [80] Pero hay casos peores: Dov Lior, siendo el rabino de Kiryat Arba (un asentamiento en la ocupada Cisjordania), «dictaminó» que Baruch Goldstein, autor de la masacre a 29 árabes en la Tumba de los Patriarcas en 1994, era «más sagrado que los mártires del Holocausto». [81] También justificó el asesinato de no judíos, dijo que los judíos no deberían alquilar viviendas a los árabes y que el ataque terrorista perpetrado en noviembre de 2015 en la sala de fiestas Bataclan de París, donde murieron 170 personas, fue un castigo por lo que habían hecho los europeos en el Holocausto. [82] Actualmente, Lior lleva una vida apacible en Jerusalén Este. En cualquier otro país lo habrían considerado un psicópata.

En la «izquierda» israelí, es decir, en el Partido Laborista Israelí, la situación es mejor, pero no demasiado. Su nuevo presidente, Avi Gabbai (que hasta 2013 fue dueño de una empresa de telecomunicaciones, más tarde fue ministro en uno de los gabinetes de Netanyahu y no se afilió a la formación laborista hasta 2016), empujó el partido a la derecha al declarar que los asentamientos eran «la cara bonita y devota del sionismo» y que Israel debía mantener el control del valle del Jordán en caso de llegar a un acuerdo pacífico con los palestinos. [83] En noviembre de 2017 apoyó los

planes del primer ministro, Benjamín Netanyahu, para expulsar a los trabajadores migrantes africanos y, al igual que Tzipi Hotovely (véase más arriba), añadió: «Toda la tierra de Israel es nuestra, porque fue prometida por Dios a nuestro patriarca Abraham». [84] El 1 de enero de 2019, Gabbai rompió la alianza con Tzipi Livni (exministra de Exteriores y líder del partido Hatnuah, una pequeña formación liberal) al declarar, de una manera muy poco elegante: «No he dejado de comer mierda por culpa de Livni. No ha dicho nada bueno sobre mí». [85]

Esta es la «izquierda» israelí tradicional. El partido que en su día gobernó el país fue merecidamente derrotado en las elecciones de 2019 y su presencia en la Knéset ha quedado reducida a seis escaños, su peor resultado. La única amenaza real para Netanyahu vino de la coalición Azul y Blanco, liderada por Benny Gantz, un recién llegado a la política, antiguo jefe del Estado Mayor de las Fuerzas de Defensa de Israel y máximo responsable en 2014 de la Operación Margen Protector desplegada en Gaza, en la que fueron asesinados 2.251 palestinos. [86] Gantz no tenía mucho que decir, aparte de que él no era «Bibi» Netanyahu. Su principal aliado fue Yair Lapid, un antiguo personaje de la televisión y líder de Yesh Atid, el principal partido de centro, de momento —en Israel, las formaciones políticas van y vienen—. Aun así, Gantz logró acabar en tablas con Netanyahu (con alrededor de un 26 % cada uno) y este se vio obligado, una vez más, a formar un gobierno de derechas con los partidos «desagradables» que tanto proliferan en Israel, como los ultraortodoxos Shas (Asociación Internacional de los Sefardíes Observantes de la Torá) y Judaísmo Unido de la Torá, formaciones que hacen que los cristianos evangélicos estadounidenses parezcan permisivos liberales. No resultó fácil formar una coalición con los fanáticos religiosos, ni tampoco con ultraderechistas laicos como Avigdor Lieberman. Apenas siete semanas después de las elecciones, Bibi fue incapaz de formar gobierno y se vio obligado a convocar nuevos comicios.

Actualmente, Europa está plagada de partidos «desagradables», mucho más desagradables que los conservadores del montón: en Suiza está el Partido Popular Suizo (con casi el 30 % de los votos en 2015); en Bélgica, la Nueva Alianza Flamenca (con el 31 % en Flandes en 2014) y, a su derecha, el aún más desagradable Vlaams Blok (Bloque Flamenco), disuelto en 2004 y resurgido en 2019 como Vlaams Beland (Interés Flamenco); en Bulgaria, el Frente Nacional para la Salvación de Bulgaria (con solo un 7

%); en Letonia, la Alianza Nacional (cuyo nombre oficial es Alianza Nacional «¡Todo por Letonia!»-«¡Por la Patria y la Libertad!»), con un 16 % en 2014 y miembro de la coalición gobernante; y los ya mencionados Partido del Progreso en Noruega, Orden y Justicia en Lituania, la Liga Norte en Italia, el Frente Nacional en Francia, los Demócratas de Suecia, el Partido de los Finlandeses (anteriormente conocidos como los Verdaderos Finlandeses), el Partido de la Libertad de Austria, Jobbik en Hungría, el Partido de la Libertad en los Países Bajos, Amanecer Dorado en Grecia, y un largo etcétera.

El auge de la derecha ha venido acompañado de un deterioro del lenguaje político. A través de una retahíla de tuits y diatribas, Donald Trump ha utilizado casi a diario, para desesperación de algunos y regocijo de otros, un tipo de lenguaje y pensamiento propios de una discusión de barra de bar entre machos racistas estridentes o adolescentes maliciosos afectados de un narcisismo inseguro. «Que se vayan a su casa», tuiteó histéricamente, refiriéndose a cuatro congresistas de color, tres de ellas nacidas en Estados Unidos: «¿Por qué no se largan y ayudan a arreglar los lugares en absoluta quiebra y llenos de crímenes de donde vinieron?». [87]

No es casualidad que el senador Bob Corker señalara que «la Casa Blanca se ha convertido en una guardería para adultos», ni tampoco que James Comey, el director del Buró Federal de Investigaciones (FBI) cesado por Trump, escribiera en el epílogo de su libro *A Higher Loyalty: Truth, Lies, and Leadership* : «Este presidente no tiene ética ni está conectado con la verdad y los valores institucionales»; además de compararlo con un mafioso al decir que le recordaba los inicios de su carrera como fiscal antimafia:

> El círculo silencioso del consentimiento. El jefe que lo controla todo. Los juramentos de lealtad. La cosmovisión del «nosotros contra ellos». La mentira acerca de todo, lo nimio y lo importante, al servicio de una especie de código de honor que sitúa a la organización por encima de la moral y la verdad.

Michael Wolff, autor de *Fuego y furia. En las entrañas de la Casa Blanca de Trump* , escribió un artículo en *The Hollywood Reporter* (enero de 2018) que tituló así: «“No puedes inventarte esta m-----”. El año que pasé en la demencial Casa Blanca de Trump». [88]

La cifra de nombramientos y destituciones en el seno de esta «demencial» «guardería para adultos» alcanza límites asombrosos: Michael Flynn, asesor de seguridad nacional, ocupó su cargo apenas un mes; Reince

Priebus, jefe de personal, seis; Katie Walsh, jefa adjunta de personal, dos; George Papadopoulos, asesor de política exterior, diez; Sean Spicer, secretario de prensa, también duró seis meses; Steve Bannon, «estratega jefe» de la Casa Blanca, siete; Tom Price, secretario de Sanidad, ocho (después de saberse que había gastado enormes sumas de dinero público en vuelos chárter privados para sus desplazamientos); Rex Tillerson, secretario de Estado, estuvo poco más de un año. [89] Tillerson fue destituido por Trump en marzo de 2018 en favor de Mike Pompeo, que entonces era director de la CIA (nombrado por Trump), pero que anteriormente había sido un simple congresista por Kansas e incondicional del Tea Party. Pompeo ama Israel y odia a musulmanes y homosexuales, es antiabortista y niega la existencia del cambio climático. Su sucesora al frente de la CIA fue su vicedirectora, Gina Haspel, que se convirtió en la primera mujer que dirige la Agencia Central de Inteligencia y que, según *The New York Times* , tuvo un papel destacado en casos de tortura. [90]

En marzo de 2018 presentó su dimisión el principal asesor económico de la Casa Blanca (y antiguo presidente de Goldman Sachs), Gary Cohn. Su digno sucesor fue Larry Kudlow, exponente de la teoría pseudoeconómica del efecto derrame, comentarista de radio y televisión y excocainómano, motivo por el cual fue despedido del banco de inversión Bear Stearns en 1995. Pocos meses antes de la recesión global de 2007, Kudlow predijo que la economía iba a repuntar. [91]

Anthony Scaramucci, el ridículo personaje que ocupó el cargo de jefe de comunicación, duró menos de dos semanas. Su sucesora, Hope Hicks, sobrevivió algo más: casi siete meses. En octubre de 2018, Nikki Haley, embajadora estadounidense ante la ONU, anunció, en medio de rumores sobre la supuesta aceptación de obsequios cuando era gobernadora de Carolina del Sur, que dejaría el puesto antes de acabar el año. Un mes más tarde, Trump cesó a Jeff Sessions, su fiscal general, quien se había mostrado reacio a involucrarse en la investigación de Robert Mueller sobre los vínculos rusos con Trump. En los cargos inferiores, la cosa se pone más seria: Robert Roger Porter, secretario de personal de la Casa Blanca, tuvo que dimitir en febrero de 2018, después de que al menos dos exesposas lo acusaran de violencia doméstica. Porter había salido con Hicks, pero a ella no la maltrató. La reacción de Trump: «Ha hecho un buen trabajo» —como secretario de personal, no como marido—. En octubre de 2017, el director de campaña de Trump, Paul Manafort, fue acusado del blanqueamiento de

millones de dólares «ganados» por su labor de cabildeo político en favor del expresidente prorruso de Ucrania, Víktor Yanukóvich. [92] En marzo de 2018, H. R. McMaster, asesor de seguridad nacional, fue despedido y sustituido por el archibelicista John Bolton, una reliquia de la era Bush que, al igual que Donald Trump y George Bush hijo, había conseguido evitar que lo reclutaran para la guerra de Vietnam, pero no que Trump lo despidiera en septiembre de 2019. Finalmente —aunque el folletín puede continuar—, en julio de 2018, Scott Pruitt, el negacionista del cambio climático que dirigía la Agencia de Protección Medioambiental, fue obligado a dejar el cargo al tener que afrontar una serie de investigaciones y escándalos éticos. En 2019, Kirstjen Nielsen, secretaria de Estado de Seguridad Nacional, fue invitada a marcharse, al igual que Randolph Alles, director del Servicio Secreto (quien, sin embargo, negó que lo presionaran). Por último, no podemos olvidarnos de Alex Acosta, el secretario de Trabajo que, en julio de 2019, dimitió por el caso Epstein de tráfico sexual, al que la BBC se refirió como «la perfecta combinación de escándalo e indignación»: «Se mezclan acusaciones de delitos sexuales con abusos de poder, y su influencia llega hasta los pasillos más altos del poder político y financiero estadounidense». [93]

Para ser justos, la Casa Blanca de Bill Clinton fue casi tan disfuncional como la de Trump. Mark Gearan, jefe adjunto de personal y, posteriormente, director de comunicación, dijo que aquella Casa Blanca «era lo más parecido a un equipo de fútbol de niños de diez años». [94] En cualquier caso, mejor que la guardería para adultos de Trump. Peor debió de ser el número 10 de Downing Street de Theresa May, descrito por «fuentes próximas al gabinete» como «llevado por lunáticos» durante la gran debacle del *brexit* de 2016-2019 —y parece que el espectáculo no tiene visos de acabar—. [95]

Como escribió Maquiavelo: «E la prima coniettura che si fa di un signore, e del cervel suo, è vedere gli uomini che lui ha d'intorno»; es decir, «la primera impresión que nos formamos de un príncipe y de su inteligencia es cuando observamos a los hombres que tiene a su alrededor». [96]

Es significativo que no haya economistas en la Casa Blanca. Allí reina la ignorancia: en enero de 2018, durante una sesión del Comité Judicial del Senado, a la secretaria de Seguridad Nacional, Kirstjen Nielsen, le preguntaron si Noruega —país del cual Trump vería con buenos ojos la llegada de inmigrantes, a diferencia de países «de mierda» como Haití—

era predominantemente blanca. Con una modestia que desarmaba, respondió: «No lo sé, Señoría, pero me imagino que así es». [97] Llamándose Kirstjen Nielsen, lo normal es que supiera algo de Noruega o de cualquier otro país escandinavo. Quizá intentaba proteger al presidente. La respuesta correcta habría sido, por supuesto, que por qué los noruegos querrían emigrar a un país sin baja por maternidad o paternidad, con universidades carísimas y sin vacaciones pagadas ni control de armas. El presidente obligó a Nielsen a dimitir un año más tarde, acusándola de no haber logrado detener la «marea» de inmigrantes ilegales.

Trump había ganado las elecciones presidenciales, pero no el voto popular. Para explicar su «victoria» han aparecido todo tipo de «teorías» que apuntan a que consiguió movilizar el voto de los «olvidados» —es decir, los perdedores— y, en particular, de los olvidados por la destrucción del sector industrial en Estados Unidos, uno de los temas principales de su campaña. Por este motivo se retiró de inmediato de la Asociación Transpacífica e intentó renegociar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, permitiendo a Xi Jinping, el líder «comunista» chino, convertirse en un insólito defensor del libre comercio mundial.

Lo cierto es que Hillary Clinton obtuvo más votos que Trump, y también que Trump ganó porque 77.744 votantes de tres estados clave (Pensilvania, Míchigan y Wisconsin) fueron decisivos para darle la mayoría en el Colegio Electoral y, por consiguiente, la victoria en las elecciones presidenciales. El Colegio Electoral es una institución originalmente ideada por dos de los padres fundadores de Estados Unidos, James Madison y Alexander Hamilton, quienes no se fiaban de los votantes normales y preferían que la decisión final estuviera en manos de un grupo de gente intelectualmente superior, es decir, de una élite. Madison y Hamilton deben estar revolviéndose en sus tumbas. Los electores de Trump en el Colegio Electoral fueron 304, frente a los 227 de Clinton. Sin embargo, Clinton obtuvo 65.853.516 votos (un 48,2 %), 2.868.691 *más* que Trump, que obtuvo *únicamente* 62.984.825 (es decir, un 46,1 %). Además, la participación fue solo del 55,5 %, así que Trump fue elegido, en realidad, por un estadounidense de cada cuatro; el resto votó a Clinton o no votó. Nada que ver con la aplastante victoria que obtuvo Ronald Reagan contra Walter Mondale en 1984, cuando el primero acaparó el 58,8 % del voto popular.

Después está la «teoría» de que Trump ganó gracias a los rusos. Se trata de una conjetura más bien absurda, porque si Rusia dispusiera de la sofisticación técnica necesaria para influir sobre los votantes clave de tres estados de Estados Unidos, a estas alturas ya estaría dominando el mundo. La enorme controversia suscitada por la «intromisión» rusa se reduce a poco más que al envío de correos electrónicos y al hecho de que algunos asesores de Trump (como su hijo, Donald Jr., Michael Flynn y, probablemente, el yerno del presidente, Jared Kushner) se reunieron en secreto con funcionarios rusos que habrían sabido de la existencia de algunos «trapos sucios» sobre Hillary Clinton. En marzo de 2018, trece ciudadanos rusos fueron acusados de sembrar ideas por las redes sociales, supuestamente con el apoyo de Moscú, para perjudicar a Clinton y favorecer a Trump. Los medios de comunicación occidentales dieron al caso una cobertura impresionante, como si hubiera podido marcar alguna diferencia en los resultados electorales. En realidad, es un asunto del todo politizado: en abril de 2018, el comité de Inteligencia de la Cámara de Representantes de Estados Unidos presentó un extenso informe, de más de trescientas páginas, sobre la supuesta intromisión rusa y dictaminó que no existían pruebas de connivencia entre la campaña de Trump y Rusia, a la vez que discutió la valoración de la comunidad de inteligencia, según la cual el presidente ruso, Vladímir Putin, habría intentado ayudar en la elección de Donald Trump. El problema es que todos los que votaron a favor del informe eran republicanos —y eran mayoría— y todos los que votaron en contra eran demócratas. [98] Hasta *The New York Times* , en un comentario mayormente contrario a Putin, admitió que no había pruebas sólidas de intromisión rusa. [99]

En marzo de 2018, los artífices de la victoria de Trump ya no eran los rusos, sino una oscura organización llamada Cambridge Analytica que, desde entonces, ha ido a la quiebra. Su director general, Alexander Nix, que pronto fue suspendido de su cargo, logró convencer a unos periodistas que querían ser convencidos, en periódicos liberales como *The Guardian* o *The New York Times* , de que Cambridge Analytica había convencido a 77.000 votantes de tres estados clave para que cambiaran su voto de Clinton a Trump. Lo único difícil de creer aquí es que Nix engañara a tanta gente con tan pueril fanfarronada (el *Financial Times* lo describió como «un publicista ensalzando su empresa de ciencia de datos»). [100] Pero también cuesta creer que, más tarde, Nix tuviera tan pocas luces o fuera tan ingenuo como para

picar en un montaje orquestado por unos periodistas de Channel 4 News (emitido el 19 de marzo de 2018), en el que aparece ofreciendo los servicios de «chicas ucranianas muy guapas» para desacreditar a políticos.

En marzo de 2019, hasta la investigación oficial dirigida por Robert Mueller, republicano y director del FBI durante doce años (de 2001 a 2013), admitió en un informe de cuatrocientas páginas que no había pruebas de que los responsables de campaña de Trump conspiraran con los rusos, algo que debería haber sido obvio, pero que ahorró a los demócratas tener que desafiar realmente a Trump con cuestiones políticas de verdad. Sin embargo, el folletón continuó cuando el informe fue examinado y reexaminado, interpretado y reinterpretado. Lo deseable del citado informe es que hubiera tenido una conclusión clara, pero eso habría sido pedirle demasiado a un sistema político tan disfuncional como el estadounidense.

También es probable, por supuesto, que los rusos —o algunos de ellos — hubieran intentado perjudicar a Hillary Clinton —una belicista en materia de política exterior—, pero, aunque así fuera, lo cierto es que consiguió más votos que Donald Trump. Por otro lado, Estados Unidos se ha dedicado durante décadas a «entrometerse» de manera sistemática en todo el mundo. Existe una base de datos dedicada exclusivamente a hacer un seguimiento del largo historial de intromisiones estadounidenses en procesos electorales extranjeros (aparte de la instigación de cuartelazos cuando la intromisión no surtía efecto). [101] Estados Unidos ha intervenido en las elecciones italianas desde 1948 (está ampliamente documentado), así como en las de Alemania, Japón, Israel o Congo, por citar algunas. En la década de 1980 y principios de los noventa, Washington apoyó económica y militarmente a los «contras» nicaragüenses frente al líder sandinista Daniel Ortega, elegido presidente en 1984. En 1990 proporcionó ayuda y dinero a Václav Havel en la antigua Checoslovaquia; en Israel, a Simón Peres y, más tarde, a Ehud Barak contra Netanyahu; a Vojislav Koštunica contra Slobodan Milošević en Serbia, y a todo candidato antirruso que se haya presentado a unas elecciones en Ucrania. Estados Unidos ha intervenido sistemáticamente, por supuesto, en gran parte de América Latina apoyando, entre otras iniciativas, golpes de Estado contra gobiernos elegidos de manera democrática. Durante el referéndum sobre el *brexit* en el Reino Unido, Barack Obama —presuntamente animado por David Cameron— intervino abiertamente al advertir a los británicos que, si abandonaban la Unión Europea, tendrían que ponerse «al final de la cola» a la hora de

firmar acuerdos comerciales. [102] En abril de 2019, Nancy Pelosi, portavoz de la Cámara de Representantes, declaró durante una visita a la frontera entre Irlanda del Norte e Irlanda del Sur que si el Reino Unido dejaba la Unión Europea en unos términos que dañaran el Acuerdo de Viernes Santo, los británicos podían despedirse de cualquier acuerdo comercial con Estados Unidos. [103]

Anteriormente, Richard Grenell, el embajador en Alemania nombrado por Trump que duró en el cargo cuatro semanas, desafiando los más elementales principios de la diplomacia, declaró, en una entrevista concedida al sitio web de noticias y comentarios ultraderechistas Breitbart, que quería consolidar a otros líderes conservadores —es decir, de extrema derecha— en Europa. [104] Donald Trump, en la víspera de su visita al Reino Unido en julio de 2018, concedió una entrevista a *The Sun* en la que, también saltándose a la torera la diplomacia (un concepto que no parece tener muy asimilado), reprendió a Theresa May por no seguir sus consejos sobre las propuestas del *brexit* y expresó su admiración por el excéntrico Boris Johnson (que acababa de dejar la cartera de Exteriores en un arranque de indignación), de quien dijo que podría ser «un gran primer ministro». [105] Tras la dimisión de May, Trump confirmó su apoyo a Boris Johnson en la carrera por el liderazgo del Partido Conservador justo antes de iniciar una visita oficial al Reino Unido con motivo del aniversario del desembarco de Normandía.

El líder extranjero que más se «entromete» —mucho más abiertamente que los demás— en la política estadounidense es el primer ministro israelí Benjamín Netanyahu, entre cuyos principales patrocinadores se encuentra el magnate de los casinos Sheldon Adelson, que también apoyó la campaña de Trump con alrededor de 25 millones de dólares y siempre anheló ver la embajada estadounidense trasladada de Tel Aviv a Jerusalén. [106] Aquí, Trump cumplió. Fueron 25 millones muy bien invertidos.

Y en cuanto al pirateo de los correos electrónicos de Hillary Clinton por parte de los rusos... En 2010, Barack Obama fue informado de que la Agencia de Seguridad Nacional había intervenido el teléfono móvil de la canciller alemana, Angela Merkel, incluso desde antes de ser nombrada canciller. Obama permitió que las escuchas continuaran, como también permitió la continuidad de una red mundial de ochenta centros de interceptación, entre ellos, diecinueve puestos de escucha en Europa (sin escatimar aliados: París, Berlín, Roma y Madrid). [107]

Muchas de las «explicaciones» que se han dado sobre la victoria de Trump se basan en una lectura de los discursos de los candidatos principales, unas pocas entrevistas con votantes para elegir las que encajan en la «teoría» y, finalmente, el supuesto arbitrario de que los votantes habrían estado de acuerdo con tal o cual aspecto de los programas de los candidatos. En cambio, los sondeos más cercanos a la celebración de unas elecciones (como las encuestas a pie de urna) aportan una visión más acertada —aunque lejos de ser perfecta— de quién votó a quién. Así, sabemos que la mayoría de los blancos (incluida la mayoría de las mujeres blancas) votó a Trump y que una aplastante mayoría de los votantes afroamericanos (88 %) y dos tercios de los latinos apoyaron a Clinton. La opinión de que Trump recibió los votos de los varones de clase trabajadora enojados no está respaldada por las encuestas a pie de urna, que muestran que Clinton atrajo a la mayoría de los votantes con ingresos bajos (inferiores a 50.000 dólares anuales), frente al 41 % que votó a Trump. El apoyo a la candidata demócrata entre los que tienen ingresos por debajo de los 30.000 dólares fue mucho mayor que el cosechado por Trump (53 % contra 41 %) —si bien la candidata demócrata obtuvo menos apoyo en este tramo de votantes que Obama en 2012—. Trump se hizo con el voto rural (62 % frente a 34 %) y el suburbano (50 % frente a 45 %), mientras que Clinton ganó en las ciudades (59 % a 35 %). En cuanto a edades, Trump logró una clara mayoría entre los votantes de más de cuarenta y cinco años, y Clinton fue la favorita entre los jóvenes. No fue la «clase trabajadora» a secas la que votó a Trump, sino una mayoría de la clase trabajadora *blanca* , beneficiarios de programas de ayuda social como los cupones para alimentos o el seguro de salud Medicaid. Entonces, ¿por qué estas personas votaron a alguien como Trump, que favorece a los ricos y triunfadores? ¿Quizá porque son ignorantes y prejuiciosos?

La gran mayoría de los republicanos tradicionales votó a Trump, de la misma manera que la gran mayoría de los demócratas tradicionales votó a Clinton. El apoyo a Trump por parte de los cristianos evangélicos practicantes fue de casi el 80 %, y ello a pesar de que, a diferencia de los presidentes anteriores, Trump apenas habla de Dios —se ha casado tres veces, de momento, y ha tenido incontables aventuras extramatrimoniales —. [108]

Pero tampoco se puede negar que detrás de los votos a Trump (y también del voto favorable al *brexit*) haya un componente «de izquierdas», como es la oposición al neoliberalismo y a la libre circulación de capitales, o el rechazo a los barones de Wall Street —que apoyaron a Clinton— y a la corrupción de Washington. Pero es la derecha la que mejor ha sabido capitalizar este aspecto, desde Donald Trump, en Estados Unidos, hasta el euroescéptico Nigel Farage, en el Reino Unido. Como dijo Anthony Barnett, fundador de openDemocracy: «La izquierda ha perdido de verdad cuando ya ni siquiera entiende que ha perdido». [109]

El mensaje, tanto de Trump como de Farage, era de «antiglobalización», un tema que antes había tenido un trasfondo típicamente «de izquierdas». Igualmente, la idea de que Estados Unidos está dirigido por un puñado de millonarios en Wall Street o una élite poderosa en Washington conecta con el arraigado cliché populista, de izquierdas y derechas, que muchas películas de Hollywood han plasmado al relatar la historia del «hombre de a pie» que se enfrenta al sistema, desde *Caballero sin espada* (Frank Capra, 1939), Óscar al mejor guion original, o *Wall Street* (Oliver Stone, 1987), con el célebre monólogo de «la codicia es buena», hasta *Erin Brockovich* (Steven Soderbergh, 2000), donde Julia Roberts se enfrenta (y vence) a una gran empresa energética. La famosa frase de Bill Clinton «It's the economy, stupid» sonaba bien, pero era estúpida porque presuponía que la economía siempre determina unas elecciones.

Este tipo de populismo no es en absoluto característico de la ideología tradicional de las élites republicanas estadounidenses, partidarias de la gran empresa y, por supuesto, nada «antiglobales». Sin embargo, la brecha entre las élites del Partido Republicano y sus votantes hace mucho tiempo que existe. Lo que ocurre es que antes no se distinguía tan fácilmente, pero ahora, sí. Los altos dirigentes republicanos, entre ellos George W. Bush, John McCain (candidato a la presidencia en 2008) y el senador Bob Corker, se han mostrado consternados por la elección del magnate neoyorquino, pero las bases se mantienen, en cierta medida, fieles a «su Trump». [110] Habrá que ver si «el extraordinario ascenso de Donald Trump a la presidencia en 2016 fue una carambola provocada por las circunstancias y su condición de famoso excéntrico» o es el preludio de un cambio diametral en el sistema de partidos estadounidense. [111]

¿Votaron «racionalmente» los votantes de Trump? Bryan Caplan, en su libro *El mito del votante racional: por qué las democracias eligen malas políticas* (2007), cree que los votantes son irracionales en términos de economía. Desde luego que lo son, ya que es difícil calcular lo que es de interés económico para uno —al menos yo no puedo— y qué políticas pueden beneficiar a un individuo en particular. De hecho, es casi imposible establecer cuál sería un motivo «racional» para votar a cualquiera o, incluso, para simplemente votar. Al fin y al cabo, ya es harto difícil ser «racionales» cuando compramos comida o ropa.

En su obra *La psicología de las masas* (1895), el pensador reaccionario del siglo XIX Gustave Le Bon argumentó, adelantándose a los politólogos contemporáneos, que «la masa» siempre está influida por los sentimientos y el pensamiento irracional. Al tiempo que se quejaba de que el progreso educativo era una utopía, pues la escolaridad gratuita creaba ejércitos de jóvenes descontentos que no querían volver a la apacible vida rural, también se alegraba de que las multitudes, siendo sumisas, siempre estuvieran dispuestas a seguir a un líder superior, alguien capaz de seducir a las masas, que finja comprender su difícil situación y haga promesas exageradas. [112] La descripción recuerda un poco a Trump, aunque no es probable que muchos lo consideren un líder «superior».

A menudo, tampoco es necesario engañar a los votantes: en 2003, siete de cada diez estadounidenses todavía creían que el gobierno iraquí de Sadam Huseín había participado en los atentados del 11 de septiembre, incluso después de que la administración Bush y los congresistas que investigaron el caso afirmaran que no había ninguna prueba que avalara esta teoría. [113] Los estadounidenses de a pie se limitaron a dar un motivo racional a algo que fue completamente irracional (invadir Irak).

Es en este contexto donde debería contemplarse la victoria de Trump. Recabó menos votos que Clinton, es cierto, pero consiguió atraer a casi la mitad del electorado y había ganado claramente las primarias republicanas contra otros dieciséis candidatos. Pero ¡vaya candidatos! Los hubo que incluso hicieron que Trump pareciera un político serio, como los senadores Ted Cruz y Rand Paul (firmes defensores del Tea Party, un *lobby* en franca decadencia), o como Jeb Bush (hermano de Bush hijo, e hijo de Bush padre), gobernador de Florida y famoso, sobre todo, por llevar a cabo una campaña ruinosa e ineficaz. También estaba Ben Carson, un neurocirujano creacionista que dijo que el Obamacare era lo peor que había pasado «desde

el esclavismo» (¡Ben Carson es negro!); Rick Santorum, el candidato antiabortista y homófobo de Pensilvania; Mike Huckabee, exgobernador de Arkansas y ministro baptista sureño; o el senador Marco Rubio, de Florida, que acusó a Barack Obama de intentar hacer que Estados Unidos fuera «más como el resto del mundo», mientras él haría de «América el país más grande del mundo». Los candidatos republicanos a la presidencia parecen tener una cosa en común: una lamentable mediocridad.

La prensa «liberal» estadounidense (*The New York Times* , *The Washington Post* , *Los Angeles Times*) y cadenas de televisión como CNN nunca pensaron que Trump ganaría las primarias, ni mucho menos que llegaría a ocupar el despacho oval. Thomas Frank, autor del irritado e inteligente libro *Listen, Liberal* , avisó de que, «para derrotar a Trump, los medios tendrán que enfrentarse a sus propios defectos», entre los que incluyó:

> ... los terribles errores periodísticos de las últimas décadas: la burbuja de las puntocoms, que la prensa económica no dejó de aplaudir; la guerra de Irak, que contó con la complicidad de los grandes maestros del periodismo; la casi absoluta falta de atención a la epidémica mala praxis profesional que hizo posible la crisis financiera de 2008. Todo lo que hacen lo hacen en manada, aunque sea correr a toda velocidad hacia un acantilado. [114]

Pero Trump, el más vulgar de los candidatos posibles, venció desplegando un lenguaje simple, repetitivo y, a menudo, soez, característico de nuestra época mórbida. Cuesta imaginar a Franklin Roosevelt, Charles de Gaulle, Konrad Adenauer, Harold Wilson o Willy Brandt rebajándose a nada remotamente comparable con la vulgaridad actual —aunque, en privado, De Gaulle recurría al lenguaje ordinario—. [115] Trump, en cambio, se jactó del tamaño de su pene en un debate televisivo con un candidato rival el 3 de marzo de 2016 (siendo ya presidente, dijo que su botón nuclear era «más grande» que el de Kim Jong-un, con quien finalmente acabó llevándose mejor que con sus aliados europeos y sobre el que declaró: «Es un tipo muy inteligente, un gran negociador y creo que nos entendemos muy bien»); ha llamado «cerdas», «perras», «cochinas» o «animales asquerosos» a mujeres que no son de su agrado; explicó —si bien en privado y ya hace tiempo, en 2005— lo que podríamos llamar su «técnica de seducción» principal con las mujeres («Cuando eres una estrella, puedes hacer lo que quieras, hasta agarrarlas por el coño»); una de sus promesas electorales en 2015 fue «acabar a bombazos con la mierda de EIIL [Estado Islámico de Irak y el Levante]»; tras los episodios de violencia vividos en

Charlottesville, Virginia, el 12 de agosto de 2017 (cuando un defensor de los derechos civiles fue arrollado y muerto por un coche conducido por un supremacista blanco), puso a los manifestantes antirracistas y pacifistas en el mismo saco que a los racistas violentos. [116] En noviembre de 2017, Trump retuiteó unos tuits del insignificante grupo neonazi británico Britain First, uno de cuyos seguidores era el asesino de la parlamentaria laborista británica Jo Cox. Ello sirvió de plataforma para el grupúsculo ultra, cosa que uno de sus líderes agradeció con un «Dios bendiga a Donald Trump». Previamente, ese mismo año, el presidente de Estados Unidos llamó públicamente «hijos de perra» a los jugadores (negros) de fútbol que se arrodillaron para escuchar el himno nacional en vez de permanecer de pie. En enero de 2018, en la Casa Blanca, hablando con unos congresistas sobre la inmigración procedente de Haití, El Salvador y algunos países africanos, Trump planteó la siguiente pregunta retórica: «¿Por qué dejamos que llegue esta gente de países de mierda?». [117] Trump negó haber dicho estas palabras, pero nadie le creyó. Y tampoco puede negar que, durante la campaña electoral, dijo repetidas veces que los inmigrantes mexicanos son violadores y los musulmanes, terroristas. En 2019 lo hizo aún mejor al instar a cuatro mujeres de raza negra elegidas al Congreso a «volverse a sus casas» si no les gustaba América; el viejo y trillado tópico racista.

Según los verificadores de datos del *Washington Post* , en los primeros trescientos cuarenta y siete días como presidente de Estados Unidos, Donald Trump hizo 1.950 afirmaciones engañosas o abiertamente falsas. [118] Ha utilizado Twitter para insultar a 424 personas e instituciones: llamó «loco» y «psicópata» a Joe Scarborough, presentador del programa *Morning Joe* de la NBC; «hazmerreír» y «tonto de remate» a Don Lemon, presentador de noticiarios de la cadena CNN; «totalmente desquiciado» a Tom Steyer, filántropo y medioambientalista, y «bajo y gordo» a Kim Jong-un. Hillary Clinton ha sido la principal destinataria de sus insultos, como «corrupta» y, también, «marioneta de Wall Street», «la persona más sobornada que jamás se ha presentado a la presidencia», «debería estar en la cárcel», «muy tonta», «entregada a los más bajos instintos de nuestra sociedad» o «candidata completamente fallida». Obama tampoco se queda atrás: «demente», «un desastre», «débil», «terrible», «horrible», «incompetente», «quiere destruir Israel», «el peor presidente de la historia de Estados Unidos». [119]

Trump habla como la gente corriente. John McWhorter, experto en lingüística de la Universidad de Columbia, escribió que «el estilo "campechano" de Donald Trump» forma parte de su atractivo: «Habla igual que mucha gente cuando sale de copas: si transcribimos nuestras palabras, quedaríamos sorprendidos de la cantidad de elementos de este estilo que incorporamos a nuestro discurso cuando estamos relajados». [120] Trump es un caso extremo de vulgaridad y falta de decoro en la vida pública, pero no es el único.

En febrero de 1988, durante las difíciles negociaciones europeas con Margaret Thatcher, los micrófonos captaron de manera inadvertida las palabras del presidente de Francia, Jacques Chirac, que murmuró: «Pero ¿qué más quiere esta maruja? ¿Que le ponga mis cojones en una bandeja?» («Mais qu'est-ce qu'elle me veut de plus cette ménagère? Mes couilles sur un plateau?»). [121] En 1991, Édith Cresson, la política socialista y primera mujer nombrada primera ministra en Francia, dijo, cuando ocupaba dicho cargo, que los japoneses eran unas laboriosas hormigas «amarillas» y que la homosexualidad era un problema «anglosajón». [122]

Boris Johnson, antes de ser nombrado —para regocijo de algunos y asombro de muchos— ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido en julio de 2016 (después de haber sido alcalde de Londres entre 2008 y 2016), ya había desarrollado sus habilidades diplomáticas describiendo a Hillary Clinton (*The Telegraph* , 1 de noviembre de 2007) como «una enfermera sádica de un hospital psiquiátrico» («a sadistic nurse in a mental hospital») «teñida de rubio y haciendo morritos» («dyed blonde hair and pouty lips»); comentando (*The Telegraph* , 10 de enero de 2002) que el amor que la reina de Inglaterra profesa por la Commonwealth se debe a que, en parte, la provee periódicamente de enfervorizadas multitudes de «negritos que ondean banderas ... y sonríen como bobos» («flag-waving piccaninnies ... with watermelon smiles»), y escribiendo un poema en el que retrata al primer ministro turco, Recep Tayyip Erdoğan, fornicando con una cabra, composición por la que obtuvo el primer premio en el concurso de «Poesía ofensiva contra el presidente Erdoğan», convocado por el semanario británico *The Spectator* :

> Había un jovencito en Ankara
> que era un tremendo pajillero
> hasta que echó una canita al aire
> con la ayuda de una cabra

a la que nunca dio las gracias. *

En 2015, siendo alcalde de Londres, y en respuesta a unas declaraciones de Trump en las que afirmaba que algunas zonas de esa ciudad se habían radicalizado tanto que hasta los agentes de policía temían por sus vidas, Boris Johnson dijo: «El único motivo por el que yo no visitaría algunas partes de Nueva York es el peligro real de tropezarme con Donald Trump». [123] Pero, en política, los principios se olvidan fácilmente y, en 2018, el ya ministro de Exteriores Boris Johnson acusó al entonces alcalde de Londres, Sadiq Khan, de poner «en peligro» las relaciones entre el Reino Unido y Estados Unidos después de que Donald Trump cancelara su visita de Estado a la capital británica (su viaje posterior no fue una visita de Estado formal).

En febrero de 2018, el entonces presidente de Francia, Nicolas Sarkozy, durante una visita al Salón de la Agricultura, dijo a una persona que se negó a estrecharle la mano: «¡Piérdete, gilipollas!» («Casse-toi, pauv' con!»). [124] Existen páginas web enteras dedicadas a las meteduras de pata y muestras de vulgaridad de Silvio Berlusconi, tanto más dignas de atención cuanto que los políticos italianos de antes de la década de 1990 fueron a menudo criticados por utilizar un lenguaje excesivamente complejo y refinado. En sede parlamentaria europea, al inicio de la presidencia italiana del Consejo de la Unión Europea (julio de 2003), Berlusconi, entonces primer ministro, dijo a Martin Schultz, jefe de la delegación del SPD alemán, que sería «perfecto» para interpretar a un Kapo (un prisionero colaborador de las SS) en una película sobre los campos de concentración nazis. [125] En abril de 2009, a los supervivientes de un terremoto que se habían quedado sin hogar y se habían visto obligados a dormir bajo el clima glacial de las montañas de Abruzos, Berlusconi les recomendó que se lo tomaran como unas vacaciones en un *camping* . Ese mismo año, intentó atraer a banqueros de Nueva York para que invirtieran en Italia con una frase que, a su manera, consideró divertida: «Otro motivo para invertir en Italia es que tenemos secretarias muy guapas ... unas chicas magníficas». [126]

Berlusconi fue juzgado por fraude fiscal en octubre de 2012 y condenado a cuatro años de prisión, que se redujeron a uno de «trabajo comunitario». En marzo de 2013 fue sentenciado a un año de cárcel por organizar un pinchazo telefónico policial a un miembro de la oposición. En

junio de 2013 —siendo primer ministro— fue declarado culpable de pagar a una prostituta menor de edad para mantener relaciones sexuales con ella. Debido a los numerosos recursos de apelación, Berlusconi no está cumpliendo ninguna pena de reclusión, y, dada la increíble lentitud de los tribunales italianos, las posibilidades de que vea una celda por dentro son ínfimas. Muchos casos, incluido uno de cohecho, ya han prescrito o han sido desestimados debido a la inmunidad parlamentaria de la que disfruta. En total, Berlusconi ha sido procesado en más de veinte ocasiones y condenado solamente en una.

El rey del lenguaje vulgar en Italia fue Umberto Bossi, líder de la antisureña y, después, xenófoba e islamófoba Liga Norte (en 2007, el sucesor de Bossi, Matteo Salvini —todavía más escorado a la derecha—, eliminó la palabra «Norte» del logotipo del partido como deferencia a los xenófobos e islamófobos del sur). En sus discursos multitudinarios, Bossi gritaba: «Los de la Liga la tenemos dura» («Noi della Lega, ce l'abbiamo duro»); o «Cuando veo la tricolor [la bandera italiana] me cabreo. Yo utilizo la tricolor para limpiarme el culo» («Quando vedo il tricolore mi incazzo. Il tricolore lo uso per pulirmi il culo»). [127] Y a su notorio racismo le añadía una pronunciada homofobia: «¿Cuántos partidos demócratas han admitido a homosexuales, o sea, a nenazas [*donnicciole*], para ocupar puestos clave?». [128]

En Polonia, el demagogo y euroescéptico Andrzej Lepper, nombrado vice primer ministro en 2006 (mientras Jarosław Kaczyński era primer ministro y Lech, su hermano gemelo, presidente), dijo en 2002: «Cuando entremos en la Unión Europea, los polacos nos volveremos esclavos. Nos dedicaremos a limpiar los culos de las viejas alemanas o a barrer las calles...». [129] Tras haber sido denunciado varias veces por calumnias, Lepper fue acusado de acoso sexual en 2010 y declarado culpable. Ello no le ha impedido recibir un doctorado *honoris causa* de una «universidad» ucraniana, la Academia Interregional de Gestión de Personal de Kiev, que fomenta el antisemitismo y culpa a los judíos de la devastadora hambruna de 1932 y 1933 (el líder del Ku Klux Klan, David Duke, también obtuvo un doctorado falso en el mismo centro). Lepper se suicidó en 2011.

Rodrigo Duterte, presidente de Filipinas, llamó a Obama «hijo de puta» en 2016. El año anterior había utilizado el mismo epíteto contra Philip Goldberg, embajador estadounidense en su país, y el papa Francisco, cuya visita había provocado un embotellamiento en Manila. [130] Después de

bajar el tono de su guerra particular contra las drogas para satisfacer a los «defensores de las causas perdidas» de Occidente —miles de personas fueron asesinadas a manos de la policía filipina y justicieros anónimos—, Duterte arremetió contra las potencias occidentales: «Hijos de perra ... estáis interfiriendo en nuestros asuntos porque somos pobres. A la mierda. Ya hemos dejado las colonias atrás. No nos jodáis». En febrero de 2018, ante un grupo de soldados, les dijo que dispararan a las mujeres rebeldes «en la vagina», porque, sin ella, «las mujeres no sirven para nada». [131] Como era de prever, la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos declaró que el presidente de Filipinas necesitaba «someterse a algún tipo de prueba psiquiátrica». [132] Como era igualmente de prever, Duterte ha retirado a su país de la jurisdicción de la Corte Penal Internacional.

Otros políticos asiáticos rivalizan con Duterte, aunque ninguno es tan grosero como él. En Pakistán, por ejemplo, uno de los periodistas más brillantes del país, Fakir S. Aijazuddin, escribió desolado en su columna del periódico en lengua inglesa *Dawn* :

> En Islamabad han ido degenerado de la gracia a la astracanada, y ahora optan por la farsa ... El centro del escenario lo ocupa un primer ministro títere [Shahid Jaqan Abbasi] que tiene que ir periódicamente a ver a su marionetista, un primer ministro destituido [Nawaz Sharif], para que le tense las cuerdas ... A un lado hay un ministro de Economía [Ishaq Dar] acusado de mala conducta financiera y, a pesar de ello, asiste despreocupado a los consejos del gabinete, dejando fuera su manchada reputación. [133]

El clérigo musulmán Jadim Husain Rizvi, presidente del recién fundado partido islamista de extrema derecha Tehreek-e-Labbaik, declaró que no toleraría el «lenguaje inapropiado», pero se refería a ridiculizar al profeta Mahoma, que en Pakistán es un delito castigado con la pena de muerte.

En 1999, Vladímir Putin describió sus sensaciones sobre la lucha antiterrorista en términos de caza en los lavabos: «Perseguiremos a los terroristas por todos los rincones. Si es en un aeropuerto, pues en un aeropuerto. Así que, si los encontramos allí, y discúlpenme ustedes, los llevaremos a los lavabos, nos mearemos en ellos y los tiraremos por el inodoro. Es la manera de acabar» («Значит, вы уж меня извините в туалете поймаем, мы и в сортире их»). Hablando con el primer ministro israelí Ehud Ólmert sobre el presidente Moshé Katsav —que fue procesado

por violación y acoso sexual y, finalmente, condenado por dos casos de violación—, Putin exclamó: «Ha resultado ser un hombre fuerte, violó a diez mujeres. Nos ha sorprendido a todos. ¡Lo envidiamos!». [134]

Su principal rival, Alexéi Navalni —un nacionalista étnico ruso que recibiría elogios en Occidente por su oposición a Putin—, fue expulsado del partido liberal Yábloko en 2007 por xenófobo y, durante el conflicto con Georgia de 2008, llamó a los georgianos «roedores». [135]

En otras latitudes hallamos conductas simplemente groseras: en una sesión de la comisión de investigación de la Cámara de los Comunes británica, *sir* Michael Fallon, ministro de Defensa, dijo a su colega Andrea Leadsom, quien se quejaba de tener frío en las manos: «Sé de un lugar donde puedes meterlas para calentarlas». [136] Mark Field, uno de los ministros del Ministerio de Exteriores británico, nunca ha violado a nadie, pero en junio de 2019 expulsó por la fuerza a una activista de Greenpeace que había interrumpido el discurso del canciller de la Hacienda en la Mansion House londinense. Con su preceptiva pajarita negra y echando espuma por la boca, Field agarró por el cuello a la activista, la empujó contra una columna y la sacó a trompicones de la sala.

En 2002, la parlamentaria conservadora británica Ann Winterton fue expulsada del gabinete en la sombra por contar en público un «chiste» racista sobre pakistaníes. Dos años después, fue apartada del grupo parlamentario conservador por explicar, refiriéndose a la reciente muerte de veintitrés mariscadores chinos en la bahía de Morecambe, otro chascarrillo racista de muy mal gusto: «Un tiburón le dice a otro que está cansado de perseguir atunes y este le responde: "¿Vamos a Morecambe a por comida china?"». Más tarde se descubrió que ella y su marido, también miembro de la Cámara, habían cometido fraude con sus dietas parlamentarias. En 2005, Winterton declaró sentirse afortunada de vivir «en un país mayoritariamente blanco y cristiano». Afortunadamente, tuvo que abandonar el Parlamento británico a raíz del escándalo de las dietas. [137]

Tales muestras de vulgaridad y mal gusto están en perfecta consonancia con los tiempos mórbidos que vivimos. Antes, los perfumes tenían nombres tan discretos como Número 5 (Chanel, 1921) o Gentleman (colonia para hombres de Givenchy, 1969). En septiembre de 2017, el diseñador de moda y director de cine estadounidense Tom Ford lanzó al mercado una fragancia unisex con el pegadizo nombre de Fucking

Fabulous. La botella de 50 mililitros costaba 310 dólares y el nombre atrajo muchas más ventas de las que habría conseguido si se hubiera llamado Ford Número 6.

Los eslóganes electorales, por el contrario, casi siempre han sido bastante insulsos. En 1952, el lema de la campaña de Dwight Eisenhower fue «I like Ike» («Me gusta Ike»); en 1964, el candidato republicano de derechas Barry Goldwater se presentó con la frase «In your heart you know he's right» («En el fondo sabes que tiene razón» o «En el fondo sabes que es de derechas»). La semántica ambigua también inspiró al conservador Michael Howard en las elecciones británicas de 2005, con el escalofriante «Are you thinking what we are thinking?» («¿Estás pensando lo que estamos pensando?», con un subyacente «hay demasiados inmigrantes»). También tenemos eslóganes tan poco imaginativos como el «Nixon is the one» de las presidenciales estadounidenses de 1968, «Putting people first» (Bill Clinton, 1992), «Yes, America can!» (George W. Bush, 2004) o el similar, pero mucho más famoso, «Yes, we can!» (Obama, 2008).

Mitterrand, en 1981, utilizó el anodino «La force tranquille», mientras Sarkozy, en 2007, optó por la fórmula de resonancias socialistas «Ensemble tout devient possible» («Juntos, todo es posible»). Berlusconi solía arrancar con el atractivo «Meno tasse per tutti» («Menos impuestos para todos»), hasta que, en 2007, se sacó de la manga «Un presidente operaio per cambiare l'Italia» («Un presidente obrero para cambiar Italia»), eslogan que, viniendo de uno de los hombres más ricos de Italia, se habría merecido un premio a la desfachatez del año. En España, en 2005, los conservadores del Partido Popular pergeñaron el críptico «España en serio», mientras que los izquierdistas de Podemos propusieron el poco original «Un país contigo» y tomaron prestado de Obama el «Sí, se puede» («we can» también significa «podemos»). El PSOE, por su parte, invitó a votar por «Un futuro para la mayoría» —¿acaso la minoría no se merece un futuro? —. En 2008, las izquierdas italianas hicieron gala de una evidente falta de imaginación cuando, como ya se ha dicho, Walter Veltroni, incapaz de controlar su fascinación por Estados Unidos, propuso, *en inglés* , los eslóganes «I care» y «Yes, we can», confundiendo así a sus partidarios menos anglófonos. Todo esto hace que el «Make America great again» de Trump suene hasta shakespeariano.

Este tipo de eslóganes políticos, basados en modernas técnicas publicitarias, tratan a los votantes con desprecio a la vez que simulan complacer al pueblo. No les falta razón a quienes pierden la esperanza en la política.

III. La «extrema» izquierda: el caso Corbyn

El auge de la derecha no ha ido acompañado de un avance de la «extrema» izquierda. Incluso la expresión «extrema izquierda» abarca hoy posiciones que, entre las décadas de 1950 y 1970, pertenecían a la socialdemocracia establecida. Aunque pretenda mostrarse como nuevo, gran parte del lenguaje de esta nueva izquierda es viejo. Utilizando la técnica del populismo, la izquierda se erige en portavoz de una mayoría abrumadora, el 99 % contra el despreciable 1 % de los ricos, como si ese 99 % no estuviera dividido por clase, género, ideología política, religión, educación, lugar de residencia o edad. El 1 % es lo que se solía llamar la «clase dirigente», las «clases privilegiadas», los «ricos», la «élite», «el sistema» y, en Italia y España, «la casta». [138]

En su día, los comunistas y un surtido grupo de izquierdistas trataron de aunar a todo el mundo contra un mal definido «capitalismo monopolista». En la década de 1930, en Francia, los partidos del Frente Popular (radicales, socialistas y comunistas) animaron a toda la gente a unir fuerzas contra las *deux cents familles* (doscientas familias) que, según ellos, dirigían y poseían el país. Quizá, «populismo» sea hoy la palabra de moda para describir a la extrema derecha y, a veces, a la extrema izquierda, pero tampoco es ninguna novedad: hace cincuenta años, dos destacados politólogos, Ghiță Ionescu y Ernest Gellner, ya anunciaron que un fantasma recorría el mundo, «el fantasma del populismo». [139]

La «extrema» izquierda (entrecomillo «extrema» porque hace cuarenta años se habría llamado, sencillamente, «la izquierda») —que incluiría a Syriza en Grecia, a Bernie Sanders en Estados Unidos, a Podemos en España, al Bloco de Esquerda en Portugal, a la Francia Insumisa de Jean-Luc Mélenchon en Francia y a Jeremy Corbyn en el Reino Unido— ha cosechado algunos éxitos relativos en los últimos diez años, pero solamente ha accedido al poder en Grecia, y el griego es un caso aparte. En Portugal, el Bloco de Esquerda, presidido por Catarina Martins, una actriz con grado académico de doctora que dio el salto a la política, obtuvo en 2015 un 10,2

% de los votos, y los comunistas, un 8,3 %. Dicho de otro modo: casi uno de cada cinco votantes portugueses optó por la «extrema» izquierda. Los socialistas formaron gobierno con los tres partidos de izquierdas, en contra de lo que mandaban los cánones de la socialdemocracia tradicional. Todavía es pronto para formarse un juicio equilibrado, pero los primeros gestos han sido más que simbólicos: aumento del salario mínimo interprofesional, eliminación de ciertas tasas sanitarias, revocación de la privatización de TAP (la principal compañía aérea del país), mejora del acceso a las ayudas sociales, incremento de los salarios de los empleados estatales, descenso de los impuestos para las rentas más bajas, recuperación de la semana laboral de treinta y cinco horas para los funcionarios y legalización de la adopción para las parejas homosexuales. [140]

En España, Podemos (actualmente su nombre completo es Unidas Podemos) obtuvo en 2016 el 21,2 % de los votos, y el socialismo tradicional del PSOE, el 22,63 %. PSOE y Podemos juntos habrían podido superar al Partido Popular, que ganó las elecciones con un 33 %. Podemos debe su éxito a su postura de oposición originada, en parte, en el movimiento de los indignados del 15M de 2011, pero también al elevado índice de desempleo, a los escándalos de corrupción y a la constatación de que algo se ha hecho mal con la integración de España en la economía global. Según Pablo Iglesias, líder de Podemos, fue la debacle de la eurozona lo que propició la aparición de su partido. [141]

El factor clave del surgimiento de Podemos, así como de otros movimientos similares, fue la ventaja de ser un partido nuevo, impoluto, capacitado para denunciar los casos de corrupción que han hecho mella en las formaciones tradicionales, en un momento en el que la tasa de desempleo crecía más rápidamente que en cualquier otro país europeo occidental y los partidos gobernantes aplicaban políticas de austeridad impopulares. No se sabe muy bien qué defiende Podemos, lo cual, dadas las circunstancias, es una ventaja. En junio de 2016, justo antes de las elecciones, en un acto celebrado en el lujoso hotel Ritz de Madrid, Pablo Iglesias, acompañado por el comunista Alberto Garzón y ante un público compuesto por empresarios, anunció que Podemos era «la nueva socialdemocracia» y elogió a Marx y a Engels, pero añadió que, «si hay una palabra que defina a nuestra candidatura, es "patriótica"». [142] Como suele pasar, las contradicciones internas son particularmente inevitables en los partidos-movimiento cuando estos están en la oposición.

Podemos, Syriza o el portugués Bloco de Esquerda, pero también los movimientos de derechas en Europa oriental y otros países, como el italiano Movimiento 5 Estrellas, podrían etiquetarse, sin excepciones, como partidos-movimiento antisistema y contra la austeridad. [143] De hecho, se podría considerar este período como el del auge de los políticos-cómicos. Los hay que pasarían por simples bufones si no fuera por el poder que detentan, como Donald Trump, Silvio Berlusconi y Boris Johnson. Los tres deben parte de su fama a la televisión. Trump fue el anfitrión del programa *El aprendriz* durante catorce temporadas. Johnson apareció regularmente en el concurso *Have I Got News for You* . Berlusconi, tras haber actuado de *crooner* en cruceros y levantado un imperio inmobiliario, acabó de propietario de gran parte de la televisión privada italiana. Pero también los hay cómicos de profesión, como el ucraniano Volodímir Zelenski, quien en las elecciones presidenciales de su país derrotó estrepitosamente (¡con un 73 % de los votos!) al presidente en ejercicio, Petró Poroshenko (un fabricante chocolatero que no consiguió impresionar con su ridículo mensaje nacionalista «Ejército, idioma y fe»). Yulia Timoshenko, primera ministra entre 2007 y 2010, después de haber encabezado las encuestas hasta enero de 2019, terminó en tercera posición en la primera ronda electoral. Pocos meses más tarde, el 21 de julio de 2019, el nuevo partido de Zelenski (llamado Servidor del Pueblo, como su comedia de situación televisiva) obtuvo la mayoría absoluta en el Parlamento, convirtiéndose en la primera formación que lo conseguía en la historia de la Ucrania postsoviética.

Pero Zelenski no es el primer humorista que arrasa en política. En Italia tenemos a Beppe Grillo, fundador del Movimiento 5 Estrellas. En Eslovenia, al primer ministro Marjan Šarec, que inició su carrera en los escenarios interpretando al personaje de Iván Serpentinšek, un bobalicón de pueblo. Guatemala puede presumir desde 2016 de tener como presidente a Jimmy Morales, un cristiano evangélico televisivo de derechas. En Polonia, el tercer puesto en las elecciones de 2015, con un 21 %, lo obtuvo Kukiz'15, un partido de derechas encabezado por el músico punk Paweł Kukiz. Ronald Reagan, antes de ser presidente de Estados Unidos, fue actor y gobernador de California, como Arnold Schwarzenegger. Los hechos parecen confirmar la famosa tesis del situacionista Guy Debord acerca de la «política como espectáculo», plasmada en su libro *La sociedad del espectáculo* , que comienza con una paráfrasis de la primera línea de *El*

capital de Karl Marx: «Toute la vie des sociétés dans lesquelles règnent les conditions modernes de production s'annonce comme une immense accumulation de spectacles» («Toda la vida de las sociedades en las que dominan las condiciones modernas de producción se presenta como una inmensa acumulación de espectáculos»). [144]

Pero tampoco se necesita un partido nuevo, y mucho menos un tipo gracioso, para desafiar al poder establecido. Jeremy Corbyn y Bernie Sanders (como Donald Trump) han actuado desde formaciones existentes sobre todo porque, en una estructura de partidos sólidamente asentada y reforzada por un sistema electoral propio, como ocurre en el Reino Unido y Estados Unidos, es muy difícil que pueda irrumpir una tercera fuerza. Así, Bernie Sanders, que era senador independiente por Vermont y se definía como socialdemócrata (en un país donde «socialismo» se considera casi una palabrota), intentó ser nominado a la presidencia de su país por el Partido Demócrata, formación a la que se había afiliado recientemente. Hizo un buen papel y, entre los demócratas inscritos, obtuvo un 43 % de los votos, frente al 55 % de Hillary Clinton, todo un reflejo de la antipatía que cosechaba la que consideraban la candidata del sistema. Sanders hizo campaña con un programa que, a base de una retórica inevitablemente populista («Abajo los ricos»), tenía pretensiones socialdemócratas bastante moderadas (salario mínimo interprofesional, salud pública nacional, etc.).

En Francia, el «extremista» de izquierdas Jean-Luc Mélenchon obtuvo un 19,58 % de los votos en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2017, superando con creces el 6,3 % conseguido por el candidato socialista oficial, Benoît Hamon. Si la mitad de los apoyos que obtuvo Hamon hubiese ido a parar a Mélenchon, este habría superado a Marine Le Pen, que obtuvo un 21,3 % de los votos, y la segunda vuelta se habría decidido entre él y Emmanuel Macron. Es muy poco probable que, en tales circunstancias, Macron hubiese ganado con la claridad con la que derrotó a Le Pen.

En el Reino Unido, Jeremy Corbyn fue un caso harto singular, ya que tuvo que pelear, en la misma medida, contra los conservadores y contra el *establishment* de su partido. Merece la pena ahondar en detalles. En 2015, cuando se acercaban las elecciones, se daba generalmente —y erróneamente— por sentado que el Partido Conservador no conseguiría, de

nuevo, una mayoría parlamentaria clara y tendría que depender del Partido Liberal, tal como había hecho desde 2010. Pero los *tories* obtuvieron una mayoría suficiente.

Los verdaderos perdedores fueron los liberales, que se llevaron un severo castigo por haber participado en un gobierno entregado por completo a las políticas de austeridad. Fueron tan cándidos a la hora de aplicar los principios estratégicos básicos de los acuerdos de coalición que no buscaron ni recibieron ninguna de las principales carteras del Gobierno, como Economía, Interior o Asuntos Exteriores. Su líder, el ineficaz Nick Clegg, tuvo que conformarse con ser «vice primer ministro», un cargo cuya irrelevancia había quedado ampliamente demostrada por el hecho de que el predecesor de Clegg en el anterior gobierno laborista había sido John Prescott, un político segundón y engreído. Nick Clegg (hoy, *sir* Nick Clegg) fue descrito con acierto, pero también con cierta crueldad, por la humorista y periodista Rosie Fletcher como «un hombrecillo escondido en un cubículo, que se cree más poderoso de lo que realmente es. Repetidamente frustrado por un perrito faldero, no sabe ni pilotar un globo. Un charlatán, un farsante confeso». [145] En 2010, el Partido Liberal obtuvo el 23 % de los votos y, en 2015, bajó a un 7,9 % que le proporcionó ocho míseros escaños en vez de los 57 anteriores. Clegg dimitió. Su sucesor, Tim Farron, era un cristiano evangelista de inteligencia discreta y opiniones peculiares sobre la moral sexual. Tampoco duró mucho.

Pero las elecciones de 2015 también vieron la clara derrota del Partido Laborista, liderado por Ed Miliband, que dimitió de inmediato. La caída del laborismo británico no debe atribuirse tanto al bajón de votos en Inglaterra como a la pérdida de casi todos sus escaños escoceses en favor del Partido Nacional Escocés, que obtuvo 56 sillas parlamentarias de las 59 disponibles. El Partido Laborista pasó a ser una formación casi exclusivamente inglesa y galesa. Sin los escaños escoceses, será difícil que el laborismo gane otras elecciones.

Comenzó entonces la batalla por la sucesión de Ed Miliband, con cuatro candidatos en liza. Uno de ellos era Jeremy Corbyn, el eterno disidente, casi en la setentena y sin grandes ambiciones personales. La terna restante era bastante anodina. Estaba Andy Burnham, que intentaba situarse ligeramente a la izquierda (a pesar de que, en 2010, todavía aprobaba la «decisión original» de «intervenir en Irak porque ... ofrecía a unos veinte millones de iraquíes la esperanza de una vida mejor, y es imposible negar

esta realidad»). [146] Después estaba Yvette Cooper, la mejor de los tres, pero cuyo programa para la presidencia del partido se limitaba a satisfacer todas las necesidades con muy poca originalidad: aumento de los salarios más bajos, protección del medioambiente, creación de empleo, construcción de vivienda, ayuda a los refugiados, etc. Y, por último, Liz Kendall, que afirmaba ser la candidata «modernizadora», pero era considerada, en general, una «blairita». Kendall recibió el apoyo de, entre otros, el exministro Alistair Darling a través de un extenso artículo publicado en *The Guardian* , en el que apenas se decía nada sobre ella que no fueran los clichés habituales sobre el cambio, la modernidad y el realismo: «Por consiguiente, votaré a Liz Kendall porque pienso que es consciente de la magnitud del reto al que nos enfrentamos. Es realista, pero también sabe que, si no somos el partido del cambio, nos convertiremos fácilmente en un partido del pasado». [147]

Estos tres candidatos tenían un único mensaje: el laborismo necesitaba un líder *elegible* (como es obvio, Ed Miliband carecía de esta cualidad en 2015, y también Gordon Brown en 2010, Neil Kinnock en 1987 y 1992, Michael Foot en 1983, Jim Callaghan en 1979, Harold Wilson en 1970, Hugh Gaitskell en 1959 y Clem Attlee en 1951 y 1955). Nadie intuía, ni por asomo, qué había fallado en la oposición del Partido Laborista a los *tories* de Cameron durante los últimos cinco años, ni nadie sabía tampoco si Kendall, Cooper y Burnham eran realmente elegibles. Para muchos miembros del partido, eran unos candidatos aburridos o estaban cansados; nadie creía que ninguno de ellos pudiera ganar. Los tres recurrían al habitual mantra proempresa, no cuestionaban las medidas de austeridad y se abstuvieron en la votación del proyecto de ley de reforma del bienestar, lo que pareció, simplemente, una traición.

Corbyn era, por supuesto, el candidato antisistema, el único de los cuatro que nunca había desempeñado ningún cargo, ni en el Gobierno ni en el gabinete en la sombra, y en ningún momento de su trayectoria política había buscado ascensos ni nombramientos. Tenía a sus espaldas un largo historial de oposición a la disciplina de partido, al belicismo y a la supuesta independencia del Reino Unido como potencia nuclear disuasoria. Era hasta republicano en un país abrumadoramente monárquico.

En ese momento no estaba claro que la falta de ambición de Corbyn se convertiría en uno de sus principales activos. Iba por su cuenta: para muchos era un chiflado y, para unos pocos, un hombre de principios. De

hecho, apenas pudo conseguir las 35 nominaciones de parlamentarios laboristas que necesitaba para completar la papeleta electoral. Algunos de los que firmaron el formulario de nominación, como la exministra laborista de Asuntos Exteriores Margaret Beckett, lo hicieron por lástima y para que la izquierda dejara de lamentarse. Posteriormente, Beckett se arrepintió de su decisión diciendo que había sido una «estúpida». [148] Tan perdidos se sentían casi todos los parlamentarios laboristas y la mayoría de los comentaristas políticos que nunca pensaron que Corbyn se saldría con la suya. Pero lo hizo, y aplastó a sus tres rivales en la primera vuelta, obteniendo más votos que todos ellos juntos: el 59,5 %. Incluso sin los llamados «simpatizantes registrados por tres libras» (ciudadanos no militantes que, abonando esa cantidad, podían votar en las primarias) también habría ganado, ya que contó con el apoyo del 49,6 % de los miembros de pleno derecho. Ningún líder del partido había obtenido antes tantos votos de los afiliados. Y ningún miembro del partido había recibido tan poco respaldo de su propio grupo parlamentario. Ni de los medios: según un trabajo académico del Departamento de Comunicación y Medios de la Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres (London School of Economics), durante los dos primeros meses de Corbyn como líder de la oposición, la mayoría de la prensa ignoró o informó mal acerca de sus opiniones. [149]

Corbyn ha sido injustamente tratado en los medios, a menudo se le ha negado dar su opinión y ha sido ridiculizado y despreciado por sistema. En repetidas ocasiones (sobre todo en *The Sun* y el *Daily Express*) ha sido relacionado con organizaciones terroristas, como el IRA, Hamás y Hizbulá. Ha sido repetidamente calificado de antisemita o poco dispuesto a enfrentarse al antisemitismo que, según se dice, impregna su partido (una insinuación absurda difundida por todos sus adversarios, entre ellos *The Guardian* , varios rabinos y, por supuesto, el *Jewish Chronicle*). Desde luego, el descubrimiento de que Corbyn era un antisemita rabioso no salió a la luz hasta que se convirtió en líder del Partido Laborista. Antes era solo un simple socialista antirracista. [150] La creencia general es que la «comunidad judía» conforma un bloque monolítico, pero esta conjetura es un viejo tópico antisemita difundido por la prensa, por los supuestos «líderes» de la llamada «comunidad judía» y por una panoplia de antisemitas que hablan de «los judíos». Petrificados, todos los acusados se dedican a pedir perdón constantemente.

También típico fue el retrato que hizo en el «respetable» *Daily Telegraph* la columnista de derechas Allison Pearson, quien, a pocos días de la elección de Corbyn, lo describió como «un tipo mal afeitado que tiene por afición fotografiar tapas de alcantarilla, no bebe alcohol ni come carne y viste pantalones cortos con calcetines largos y oscuros a juego, que realzan sus pálidas y peludas espinillas inglesas». [151] Martin Amis, el talentoso novelista y miembro de la patética categoría de famosos que sienten la desesperada necesidad de sentirse el centro de atención repitiendo una y otra vez las mismas declaraciones ofensivas, a menudo revelando una obsesión paranoica hacia el islam, pontificó:

> No tiene suficiente formación ... carece de sentido del humor ... un hombre sin sentido del humor es un chiste, un chiste que él nunca entenderá ... todo lo que dice Corbyn, sin excepción, lo dice de oídas ... no tiene la más mínima idea de qué significa el carácter nacional, lo cual ya es una carencia profunda para cualquier político y, más todavía, si es el que lleva la batuta. [152]

Pero el premio al comentario más ridículo se lo lleva, sin duda, el *Sunday Express* , cuyo artículo titulado «REVELACIÓN: un demonio acecha el pasado de Jeremy Corbyn» demostró que, un siglo y medio atrás, el tatarabuelo de Corbyn había dirigido un asilo para pobres en la Inglaterra victoriana. [153]

Mientras se ponía en marcha la maquinaria electoral para elegir al líder del laborismo británico, Tony Blair resurgió, después de amasar una fortuna asesorando a dictadores, para dar un consejo a los simpatizantes de su partido: «Si vuestros corazones están con Jeremy Corbyn, haceros un trasplante» (*The Guardian* , 27 de julio de 2015); con una seguridad que sus antiguas meteduras de pata no habían conseguido mermar, Peter Mandelson, el ideólogo del nuevo laborismo, afirmó que el partido laborista estaba «en peligro de muerte» (*Financial Times* , 27 de agosto de 2015); el inelegible Gordon Brown animó a los laboristas a «no ser el partido de la protesta eligiendo a Jeremy Corbyn» (*The Guardian* , 17 de agosto de 2015). [154] La inquina hacia Corbyn fue particularmente acusada en el diario de centroizquierda *The Guardian* , donde el periodista Jonathan Freedland estaba desconsolado: «Al clan Corbyn le preocupa la identidad, no el poder»; Suzanne Moore se burlaba: «El Partido Laborista de Corbyn es un partido sin objetivos, liderado por un rebelde sin causa»; Anne Perkins estaba preocupada: «Militantes del Partido Laborista, os ruego que os lo penséis antes de votar a Jeremy Corbyn»; Andrew Rawnsley advirtió que

Corbyn era el «candidato soñado» por los conservadores y, a la semana siguiente, añadió: «El Partido Laborista se traga un cóctel mortal de fatalismo, furia y fantasía». Más tarde, desafiante, dijo:

> Los laboristas deberían seguir adelante, darle una alegría a David Cameron, votar a Jeremy Corbyn y elegirlo su presidente para que la tesis de que el Partido Laborista pierde porque no es lo suficientemente izquierdista sea finalmente comprobada y definitivamente desmontada con la rotundidad que merece.

Lo que se desmontó fue la credibilidad de Rawnsley como comentarista perspicaz, aunque siga escribiendo comentarios. Martin Kettle, otro «sagaz» columnista de *The Guardian* , declaró: «El nombramiento de Jeremy Corbyn ha ayudado a Burnham, ya que significa que no se le puede votar tan fácilmente siendo el *izquierdista* en la carrera» (asumiendo que los *lefties* [«izquierdistas», pero también «zurdos»] no pueden ganar carreras); y que Liz Kendall era la prueba de que existía «un nivel de apoyo considerable» para una candidata blairita. [155] El «nivel de apoyo considerable» de Kendall fue de un 4,5 %. El hecho de que Kettle fuera tan desencaminado no le impidió, dos años más tarde, dar consejos a Corbyn sin que este se los pidiera: «Mi consejo a Jeremy Corbyn: crear un Partido Laborista a partir de todos los talentos». [156]

Caroline Wheeler, a la sazón redactora de política en el *Sunday Express* y no precisamente famosa por su agudeza política ni por el tino de sus predicciones, publicó el siguiente titular en primera plana: «Si Corbyn sale elegido... *BYE BYE* , PARTIDO LABORISTA». [157]

En el *Daily Telegraph* , Allister Heath, nacido en Francia y llegado a Inglaterra cuando tenía diecisiete años, pontificó: «Una cosa está clara: Jeremy Corbyn no entiende al pueblo británico». [158]

De hecho, nadie «entiende» al pueblo británico, ya que hasta un columnista del *Daily Telegraph* debería saber que el «pueblo británico» no es ningún bloque monolítico; por eso celebramos elecciones. Como el pobre David Cameron se pensaba que «entendía» a los británicos, convocó un referéndum sobre Europa que acabó perdiendo. Theresa May también creía que los entendía y por ello convocó elecciones en junio de 2017, suponiendo que la volverían a elegir por amplia mayoría. Nadie «entiende» al «pueblo británico». Los opinadores simplemente se fían de las empresas de demoscopia, las cuales fallan a menudo, aunque no siempre.

El 23 de junio de 2016, algo menos del 52 % de los votantes del Reino Unido optó por salir de la Unión Europea (si la participación fue del 72 %, el «pueblo británico» —o sea, los partidarios de abandonar Europa— era el 37,48 %). El Partido Laborista defendió la permanencia, pero hizo una campaña de perfil bajo de la que fueron excluidos sus diputados, como Kate Hoey, firme defensora del *brexit* . Como era de esperar, Corbyn fue criticado por su tibieza a la hora de defender la permanencia británica en la UE, a pesar de que en los discursos previos al referéndum había declarado: «En el Partido Laborista estamos masivamente a favor de quedarnos, porque pensamos que la Unión Europea ha traído inversión, empleo y protección para los trabajadores, los consumidores y el medioambiente». [159] Este fue uno de los pocos comentarios que se hicieron en positivo sobre la Unión Europea durante toda la campaña, ya que el grueso de los partidarios de la permanencia optó por enfatizar las desastrosas consecuencias que acarrearía la salida de Europa. Al finalizar la campaña, las apariciones de Corbyn en medios de comunicación fueron el séxtuple que las de Boris Johnson, pero la BBC y otras cadenas le dedicaron mucho más tiempo al parlamentario conservador que al laborista. A más tiempo en pantalla, más ocasiones de hacer el ridículo. De hecho, en el primer mes de la campaña por el referéndum, el Partido Laborista atrajo un escaso 6 % de la cobertura televisiva, mientras que los conservadores acapararon un 32 %. [160]

Alan Johnson, el político laborista crítico con Corbyn que encabezó la campaña «Labour In for Britain» [sic], [*] con la que su partido defendió la permanencia del Reino Unido en Europa, fue igual de ineficaz que cuando había sido ministro del gabinete en la sombra con Ed Miliband. Ni siquiera tuvo mucha incidencia en su propia circunscripción, Hull, donde el 67 % de los electores votó por salir de Europa. Alan Johnson le echó la culpa a Corbyn, por supuesto.

A los pocos días de lo que acabó siendo el peor error cometido por un gobierno conservador británico —a saber, convocar un referéndum sobre la UE *y* perderlo—, el grupo parlamentario laborista, lejos de aprovechar el fracaso *tory* y la renuncia de David Cameron, sometió a Corbyn a una moción de confianza como líder del Partido Laborista, lo cual fue, a su vez, una de las medidas menos inteligentes nunca tomadas por un partido político europeo (cuando el enemigo está tocado, hay que golpearlo y no autoflagelarse). La moción, promovida por Margaret Hodge, fue apoyada de manera abrumadora por 172 parlamentarios laboristas (de 212) y por la

mayoría de los miembros del gabinete en la sombra. Tal como escribieron Tristram Hunt, historiador y político laborista, y Alan Lockey, politólogo y asesor de los laboristas: «El faccionalismo fratricida con el que fue recibido su nombramiento [el de Corbyn como líder del Partido Laborista] dificulta la comprensión de un partido en el que *todos* sus bandos sufren de algo parecido a una catatonia intelectual». [161] Fue su decisión, como dijo el poeta John Milton hablando en boca de Dios: «Libremente quedaron los que quedaron y cayeron los que cayeron» (*El paraíso perdido* , 3/102).

Pero la catatonia afectó en mucha mayor medida a los afligidos anticorbynistas. Un grupo parlamentario con un mínimo de inteligencia colectiva habría intentado explicarse los motivos de la existencia de una brecha tan abismal entre él y los militantes de su partido, a los que aseguraba representar. Pero nadie llegaba a ese mínimo. Corbyn se negó a dimitir argumentando que a él lo habían elegido los militantes y no los miembros de su grupo parlamentario. Uno de ellos, Owen Smith (tan desconocido entonces como ahora), se presentó para disputarle el liderato a Corbyn partiendo del apoyo mayoritario en el Parlamento —a falta de nada mejor—, pero con muy poca ayuda fuera de él. Corbyn zanjó la disputa obteniendo casi el 62 % de los votos y fue reelegido líder (septiembre de 2016), relegando a Owen Smith a un bien merecido olvido. El laborismo sufrió más dimisiones, más problemas en las elecciones locales (cuatrocientos concejales no fueron reelegidos en mayo de 2017) y perdió unas importantes elecciones parciales (en la circunscripción parlamentaria de Copeland), pero logró conservar Gales y se llevó la alcaldía de Londres. Con todo, el clamor contra el inapto e inelegible Corbyn continuó. Nada parecido a esto había pasado cuando, con Gordon Brown como primer ministro, el Partido Laborista obtuvo los peores resultados de los últimos cuarenta años en las elecciones locales de 2008, en las que quedó en tercera posición. En las europeas de 2009, de nuevo con Gordon Brown como líder, los laboristas consiguieron solamente el 16 % de los votos y volvieron a quedar en tercer lugar, detrás de los conservadores y UKIP (aunque justo por delante de lo que Ed Miliband y Corbyn obtuvieron en las elecciones europeas de 2014 y 2019). Y, sin embargo, las discrepancias internas fueron mínimas. Prácticamente ningún miembro del grupo parlamentario laborista alzó la voz. Como avestruces, enterraron sus cabezas bajo la arena para,

cinco años después, desenterrarlas e ir contra Jeremy Corbyn. Pero cuando las cabezas carecen de inteligencia política, da igual que estén bajo tierra o al descubierto.

La creencia general era que, con el Partido Laborista al borde del precipicio, los conservadores ganarían. Ello indujo a Theresa May, reticente al principio, a convocar nuevas elecciones por sorpresa, en plena negociación del *brexit* , con la creencia de que obtendría una mayoría aplastante y podría, por fin, ofrecer al país «un gobierno fuerte y estable». No parecía una apuesta arriesgada, ya que casi todas las encuestas le aseguraban esa mayoría. Sin embargo, los sondeos se equivocaron de largo. El más ridículo de ellos fue el que encargó el conservador lord Ashcroft, quien, en la víspera de las elecciones, explicó que «su» modelo demoscópico arrojaba una mayoría potencial de los *tories* de, al menos, 64 escaños. [162]

Theresa May perdió la apuesta y se quedó sin mayoría. Temiendo a Corbyn (y no tanto a los medios desinformados ni al grueso de los despistados parlamentarios laboristas), había recolocado su partido más a la izquierda (tal como el «nuevo» laborismo hizo en su día recolocándose más a la derecha tras las sucesivas victorias de Thatcher). El programa electoral del Partido Conservador («Juntos adelante. Nuestro plan para un Reino Unido más fuerte y un futuro próspero») era extremadamente difícil de creer porque, con él, se abandonaba todo lo que Thatcher había defendido: los *tories* pasaron a «no creer en mercados descontroladamente libres»; rechazar «el culto al individualismo egoísta»; «aborrecer la división social, la injusticia, la parcialidad y la desigualdad»; conseguir la representación de los trabajadores en los consejos de administración, o asegurar que los derechos «de los trabajadores» reconocidos por la Unión Europea se mantendrían. Los conservadores decían ahora que la función pública era «una vocación noble» que aplaudirían; denunciaban las injusticias sociales que tenían que soportar los alumnos de las escuelas públicas, los miembros de la clase trabajadora y los ciudadanos de color («tratados por el sistema de justicia penal con más dureza» que los blancos), los que habían nacido pobres (porque vivían «una media de nueve años menos que los demás»), las mujeres (porque «ganan menos que los hombres»), etc. [163] Aparentando sugerir que las políticas de austeridad aplicadas por el ministro de Economía George Osborne —a quien May cesó— habían sido demasiado duras, la primera ministra estaba cuestionando, indirectamente, el viejo

mantra del «nuevo» laborismo de Blair, a saber, que la austeridad era la única alternativa, o que el laborismo tendría que presentar una versión más amable del thatcherismo.

El año anterior, en el congreso del Partido Conservador (5 de octubre de 2016), Theresa May, recientemente entronizada como primera ministra, ya se había entregado al populismo:

> Vivimos en una sociedad plagada de injusticias y divisiones ... entre la abundancia de Londres y el resto del país. Pero, quizá, sobre todo, entre los ricos, ganadores y poderosos, y sus semejantes ... Pero hoy hay demasiada gente ocupando cargos de poder que se comporta como si tuviera más cosas en común con las élites internacionales que con el ciudadano de a pie, con los trabajadores que contrata, con los transeúntes con los que se cruza por la calle ... Creéis que sois ciudadanos del mundo, pero no sois ciudadanos de ninguna parte. No entendéis lo que significa la palabra «ciudadanía». [164]

En la categoría de «ciudadanos de ninguna parte» (en otra época habría utilizado la expresión «cosmopolitas sin raíces»), [*] entraban los «abogados izquierdistas y defensores de los derechos humanos» que «hostigan a los más valientes de entre todos los valientes» (es decir, a los soldados que regresaban). Si Jeremy Corbyn hubiera utilizado este tipo de lenguaje, habría sido acusado de antisemitismo por muchos de sus colegas de partido. En un escrito académico publicado en *London Review of Books* , su autor se mostraba «sorprendido» de que un discurso que condenaba «en términos generales a las élites financieras, a los abogados defensores de los derechos humanos y a las personas sin nación» no fuera «interpretado como antisemita». [165]

Totalmente desconectados de estos acontecimientos, los adversarios de Corbyn en el grupo parlamentario laborista declararon a gritos que su líder representaba un retroceso a la década de 1960. Parecía que aceptaban que no hubiera alternativa al thatcherismo, que no era solamente «la dama» la que no daba «media vuelta», sino el país entero. Esto significaba renunciar a toda idea radical, innovación o tradición de justicia social, que eran precisamente los motivos por los que muchos de ellos se habían dedicado a la política. Las únicas políticas válidas eran las variantes del thatcherismo o, como se suele decir, un thatcherismo con rostro humano. Si no con hechos, al menos con palabras, el grupo parlamentario laborista veía cómo los conservadores los superaban por la izquierda.

En su programa de 2017, Theresa May no tenía nada que decir sobre el medioambiente. Seis meses después, gracias a un documental de televisión realizado por el afamado director Richard Attenborough —lo más parecido a un tesoro nacional que existe en el Reino Unido—, May descubrió un nuevo enemigo devastador: los residuos plásticos eran ahora «una de las lacras medioambientales de nuestro tiempo». [166] Entonces, ¿por qué no se habían incluido en el programa? ¿Porque no las había visto en la televisión? Se estaba haciendo política sobre la marcha.

El giro conservador a la izquierda no engañó a nadie (de todas formas, nadie se lee los programas electorales) y Theresa May perdió la mayoría. La promesa de incluir a los trabajadores en los consejos de administración fue rápidamente abandonada. La Comisión para la Movilidad Social, creada en 2012 por la coalición liderada por los conservadores para supervisar la mejora del estatus social de individuos y grupos, dimitió seis meses después de las elecciones argumentando «falta de liderazgo político».

El giro electoral hacia el laborismo en 2017 (aumentó un 9,6 %), aun siendo insuficiente para asegurar la victoria, fue el más fuerte desde 1945. El Partido Laborista obtuvo una respuesta particularmente buena entre los electores jóvenes, consternados por la victoria del *brexit* del año anterior. Así, Corbyn consiguió el apoyo de dos tercios de los votantes menores de veinticuatro años y el de más de la mitad en el tramo de veinticinco a treinta y cuatro años, dejando que los conservadores lo adelantaran solamente entre los votantes mayores de cuarenta y cinco años. De hecho, de los dieciocho a los treinta y cuatro años, los laboristas quedaron por delante en todas las clases sociales (obtuvieron el 70 % de los votos de desempleados y trabajadores no cualificados y semicualificados, si bien el índice de participación en estos grupos fue bastante bajo). [167] Quizá influyó el hecho de que los jóvenes fueron la primera generación de posguerra que era más pobre que la anterior, y muchos de ellos tenían que pagar elevadas deudas universitarias.

El porcentaje de votos para el Partido Laborista subió hasta el 40 %, cinco puntos más que con Blair en 2005, y 3,5 millones de votos más que con Ed Miliband en 2015. Con el índice de participación más alto desde hacía dos décadas (un impresionante 68,7 %), los laboristas conservaron su ventaja entre los desempleados y trabajadores no cualificados y semicualificados. [168] También aumentaron los apoyos entre todos los grupos de edades, excepto los mayores de setenta años, ya que se produjo

un incremento del número de gente mayor que votó al Partido Conservador, probablemente antiguos votantes de UKIP que «volvían» con los *tories* , si bien muchos de los «ex-UKIP» se realinearon bajo la bandera del recién formado Partido del Brexit para presentarse a las elecciones europeas de mayo de 2019 con un éxito destacable (se convirtieron en la primera fuerza británica).

El giro al laborismo fue aún más marcado en las circunscripciones que visitó Corbyn para hacer campaña, donde el voto aumentó en casi un 19 %, mientras que las visitas de Theresa May apenas marcaron alguna diferencia. [169] Corbyn cosechó buenos resultados en las zonas obreras del norte, como Oldham West y Royton, donde el giro superó el 10 %, muy lejos de la impresión que había intentado trasladar el columnista Rafael Behr durante las elecciones parciales de diciembre de 2015, cuando explicó: «En Oldham, Jeremy Corbyn solo es un rostro más del "amanerado" Partido Laborista» (*The Guardian* , 2 de diciembre de 2015). Behr se retractó en 2017: «Los votantes de Jeremy Corbyn han entendido correctamente que su candidatura representaba una ruptura total con el pasado del partido». [170] Qué pena que Behr no lo entendiera. Los políticos, incluso los inteligentes, tampoco hicieron buenos pronósticos. En agosto de 2016, Sadiq Khan había animado a los miembros del Partido Laborista a elegir a Owen Smith como su líder, para lo que arguyó: «No podemos ganar con Corbyn ... así que votaré a Owen Smith» (*The Guardian* , 21 de agosto de 2016).

Los analistas y tertulianos, periodistas supuestamente bien informados, se equivocaron por completo, sobre todo los que colaboraban en la prensa liberal de izquierdas. El *New Statesman* tituló «El fracaso de Corbyn no es excusa para el fatalismo» (31 de marzo de 2017) y, en el mismo número, Nick Pearce (director del Institute for Policy Research y catedrático de Políticas Públicas en la Universidad de Bath) explicó a los cuatro vientos: «El corbynismo es ahora invisible. No tiene secretos que guardar».

El 25 de febrero de 2017, tras una importante derrota en las elecciones parciales celebradas en Copeland, Jonathan Freedland declaró en *The Guardian* que Copeland era la demostración de que Corbyn debía abandonar, y explicó agoreramente que lo peor de todo era que «la verdadera presión» no vendría de personas como él, que dijeron «desde el principio que Corbyn sería un desastre», sino de los militantes (quienes, por suerte para el Partido Laborista, no hicieron el más mínimo caso a Freedland). Tras los magros resultados de los laboristas en las elecciones

locales, Jonathan Freedland insistió: «Ya no hay excusas: Jeremy Corbyn es el culpable de esta crisis»; y se preguntó, dándose ínfulas, como si estuviera en una taberna: «¿Cuántas pruebas más necesitan la dirección del partido y sus simpatizantes? Esto no ha sido ningún sondeo de opinión ni ninguna valoración de los detestados medios de comunicación tradicionales. Esto ha sido el veredicto de los votantes expresado en las urnas, y no ha podido ser más claro; ni más fulminante» (*The Guardian* , 5 de mayo de 2017). Como suele pasar en las elecciones a los consejos locales británicos, únicamente había votado una tercera parte del electorado. Hasta un estudiante de primer año de Ciencias Políticas sabe que no se puede inferir el desenlace de unas elecciones generales a partir de los resultados de unas elecciones locales. Freedland haría bien en leerse algunos libros de texto.

En *The Observer* (19 de marzo de 2017), el columnista Nick Cohen, a su manera habitual —es decir, histéricamente rabioso— berreó: «No me digan que no les advertí sobre Corbyn»; y se preguntó cuántos parlamentarios laboristas quedarían: «¿150, 125, 100?». Su consejo fue «pensar una cifra y dividirla por la mitad». Y, dirigiéndose a los votantes de Corbyn, añadió, por si no había quedado claro: «[Las palabras] "ya os lo dije, jodidos idiotas" os las repetirán todos los que os advertimos de que la victoria de Corbyn llevaría a una derrota histórica». El Partido Laborista no obtuvo los 150, 125 o 100 parlamentarios que decía Cohen, sino 262. Aun así, a Nick Cohen no lo han echado y sigue igual de infatigable con sus comentarios histéricos. [171] Debería aprender de Peter Oborne, el periodista de derechas que, haciendo gala de una extraordinaria integridad —cosa poco frecuente en la prensa— entonó un apasionado *mea culpa* al admitir que había subestimado por completo las dificultades que entrañaría el *brexit* : «Debemos tragarnos el orgullo y recapacitar». [172]

Los medios liberales británicos se equivocaron porque, cautivos de su ideología antiizquierdista, confundieron el deseo con la realidad. Los opinadores, en vez de reflexionar a fondo, se unieron al coro. Así, si se equivocaban, al menos estarían bien acompañados.

Los académicos fueron más elegantes, pero muchos tampoco acertaron. Como Tom Quinn, del Departamento de Gobierno de la Universidad de Essex, quien, en la entrada de su blog del 13 de marzo de 2017, repetía el consabido mantra «Jeremy Corbyn ha dejado inelegible al

Partido Laborista», y añadía: «Todo apunta a que Corbyn será uno de los líderes de la oposición más ineficaces e impopulares desde la posguerra». [173]

Los dirigentes laboristas, desbordados por la realidad, tampoco acertaron, y no era la primera vez. El Laborista es un partido que se niega a aprender de la historia. En la década de 1930 expulsó de sus filas a tres políticos porque querían impulsar un frente popular con los comunistas, pero llegarían a ser los más insignes arquitectos del estado del bienestar británico contemporáneo durante el gobierno laborista de 1945-1951: Stafford Cripps, ministro de Economía; Nye Bevan, ministro de Salud, y George Strauss, ministro de Suministros.

El 9 de junio de 2017, cuando se supieron los resultados de las elecciones generales, todo el mundo reconoció que Theresa May había sido la verdadera derrotada, ya que perdió la mayoría. Corbyn, aunque no ganó, había superado a casi todos los líderes laboristas anteriores y tenía a su mando un partido en muy buena forma y con una cifra de miembros espectacular (actualmente, el Partido Laborista presume de ser la formación política con más afiliados de Europa, más de medio millón). Según la redactora de política de la BBC, Laura Kuenssberg, algunos de los parlamentarios que aumentaron sus mayorías gracias al líder laborista habían «prometido descaradamente a sus votantes en las puertas de sus hogares que Corbyn se iría después de las elecciones y, más en concreto, que ayudarían a echarlo». [174]

Los nacionalistas escoceses perdieron escaños, el UKIP se sumió prácticamente en el olvido y el Partido Liberal apenas se recuperó de los pésimos resultados obtenidos en 2015. En Irlanda del Norte, los antiguos partidos tradicionales —el Partido Unionista del Úlster y el otrora principal partido republicano, el Partido Socialdemócrata y Laborista— desaparecieron del Parlamento, mientras que el Partido Unionista Democrático perdió diez diputados y el Sinn Féin, siete.

Theresa May, todavía primera ministra de un gobierno que ya no era ni fuerte ni estable, se vio forzada a pactar con el DUP, una de las formaciones políticas más ignorantes de Europa occidental. May presentó las ayudas económicas que estaba dispuesta a ofrecer: doscientos millones de libras esterlinas, más 75 millones anuales para llevar la banda ancha ultrarrápida a Irlanda del Norte, cien millones anuales durante los dos años de transformación del sistema de salud, etc. En total, el acuerdo costaría al

contribuyente británico más de mil millones de libras. [175] Cualquiera podría calificarlo de soborno descarado, pero, por increíble que parezca, es legal. Más concretamente, la creciente autoestima de las fuerzas cívicas más tolerantes en la República de Irlanda, que llevó a sendas victorias en los referéndums de legalización del matrimonio homosexual (mayo de 2015) y el aborto (mayo de 2018), demuestra lo atrasada que se encuentra Irlanda del Norte, donde las uniones gais y la interrupción del embarazo están prohibidos, sobre todo debido a la oposición del DUP, los mejores amigos de Theresa May.

Mientras la base de afiliados del Partido Laborista crecía en número y confianza, los conservadores apenas existían como partido. A mediados de 2017, los laboristas tenían 552.000 afiliados; los Liberal Demócratas, 102.000, y el Partido Nacional Escocés, 118.000 (en proporción, el partido más grande, ya que está casi exclusivamente implantado en Escocia). En diciembre de 2013, el Partido Conservador tenía 149.800 miembros. [176] Hoy le asusta publicar sus cifras de afiliación más recientes, pero seguramente tiene menos de cien mil militantes y es probable que no llegue a los setenta mil. [177] En 1952, el partido *tory* tenía 2,75 millones de afiliados. [178] Sin embargo, las cosas han cambiado y ahora es un partido de hombres mayores: el 71 % de los miembros del Partido Conservador son varones, frente al 63 % de los Lib Dems, el 57 % del SNP y el 53 % del Partido Laborista. [179]

La precariedad en la que vive el Partido Conservador no es nueva. Pese a que los dirigentes laboristas se han comportado como si los *tories* fuesen el partido natural para gobernar, la última vez que los conservadores ganaron unas elecciones con autoridad fue en 1987, con Thatcher. En 1992 y 2015 obtuvieron una ajustada mayoría; en 1997, 2001 y 2005, perdieron, y en 2010 y 2017 no lograron alcanzar la mayoría absoluta.

Huelga decir que muy pocos analistas han hecho cura de humildad tras la sorpresa de las elecciones generales de 2017. Se han limitado a recolocar la silla delante del escritorio y seguir con el mismo nivel de arrogancia que antes, sin atenuarlo apenas. El comentarista político Andrew Rawnsley hizo un amago de excusa: «No fuimos solo nosotros. Casi nadie lo vio venir. Los políticos, ellos en especial, tampoco lo vieron venir. Sus bolas de cristal estaban completamente empañadas». [180] Quizá los periodistas, académicos y políticos deberían utilizar sus cerebros y dejar las bolas de cristal para los druidas celtas, quienes, al parecer, las inventaron. Después, Rawnsley culpó

al Partido Conservador, que, «de manera estúpida, intentó convertir las elecciones en una carrera presidencial, pidiendo el voto personalmente, con una líder incapaz de vender un vaso de agua a una persona sedienta». Es lamentable que Rawnsley no lo hubiera dicho antes.

Owen Smith admitió que se había «equivocado claramente al pensar que Jeremy no sería capaz de hacer un buen papel»: «Creo que ha demostrado que me equivoqué, que muchos se equivocaron, y me saco el sombrero por ello». Mandelson, el ideólogo del nuevo laborismo, reconoció que la campaña de Corbyn se había llevado «con pie firme». Cuatro meses antes, en un acto organizado por el *Jewish Chronicle* , había explicado pacientemente que Corbyn no tenía «la menor idea de cómo hay que comportarse en el siglo XXI para liderar un partido que concurre a unas elecciones democráticas con la intención de gobernar nuestro país». Y añadió: «Trabajo cada día, humildemente, para adelantar el final de su mandato». [181] Mandelson se habría dejado llevar por la corriente si hubiera sabido hacia dónde le llevaba.

Harriet Harman, la anterior líder de los laboristas, tuiteó que había «sobrevalorado» a Theresa May y subestimado a Jeremy Corbyn. Los parlamentarios laboristas que, como Stephen Kinnock, Hilary Benn y Chuka Umunna, habían arremetido contra Corbyn, vieron ahora que, gracias a él, habían conservado sus escaños con una mayoría considerablemente aumentada. [182] La noche de los resultados electorales, Kinnock estaba tan visiblemente molesto por el buen papel de Corbyn que su esposa, la ex primera ministra danesa Helle Thorning-Schmidt, mucho más astuta en términos políticos que él, le tuvo que dar algunos sabios consejos sobre cómo debía reaccionar. [183]

Siempre se puede esperar que los críticos con Corbyn hayan aprendido un par de cosas. Como dijo claramente el historiador romano Tito Livio en su *Ab urbe condita* : «La experiencia enseña: es la maestra de los necios» («Eventus docet: stultorum iste magister est»). [184] Analistas y políticos habían intentado justificar su menosprecio hacia Corbyn refiriéndose a la inelegibilidad del candidato laborista. Si hubieran tenido un mínimo de integridad, lo habrían criticado por sus políticas en vez de repetir hasta la saciedad que no saldría elegido. No ganó, es cierto, pero ningún líder laborista habría ganado con toda la prensa y la élite de su partido en su contra y, sobre todo, sin Escocia —y Escocia ya se había perdido antes de que Corbyn entrara en escena—.

Pero ¿qué defendía realmente Corbyn? Estaba en contra de la renovación del programa Trident de armas nucleares, por el que el Reino Unido se define —solo sobre el papel— como fuerza nuclear disuasoria independiente; en contra de las políticas de austeridad y, por consiguiente, a favor de anular los recortes en gasto social y servicios públicos, de abolir la Iniciativa de Financiación Privada, de gravar a los ricos, de aumentar el salario mínimo interprofesional, de intentar recuperar el dinero perdido por la evasión fiscal, de acabar con la idea de obra caritativa que se tiene de las escuelas públicas y con las tasas universitarias... Sus propuestas fueron criticadas como de «extrema izquierda». Sin embargo, tal como escribió un lúcido analista, «lo cierto es que el programa se limitaba a proponer un retorno a lo que en su día se habría considerado una versión moderada de la socialdemocracia». [185] Corbyn también corrió el riesgo de contrariar a sus votantes tradicionales de clase trabajadora al defender una postura digna con respecto a la inmigración.

El problema principal de la declaración de intenciones de Corbyn era el de cualquier otro político: ¿cómo se paga todo eso? Si la respuesta es «con más impuestos», entonces, ¿hay suficientes ricos para pagarlos? Y si la respuesta es «pediremos préstamos», entonces, ¿cuáles serán las consecuencias? Limitarse a decir que Corbyn era «inelegible» o «no apto» equivale a no querer abordar este tipo de problemas.

En el pasado, Corbyn veía Europa con indiferencia (votó en contra de los tratados de Maastricht y Lisboa), pero durante la campaña del referéndum del *brexit* adoptó una postura «equilibrada»: dijo sí a una «Europa social» aduciendo que la UE había traído empleo, inversiones, protección laboral y normativas medioambientales, y había conseguido que los operadores de telefonía móvil dejaran «de estafarnos». Pero el líder laborista también se quejó del control burocrático de Europa y de su énfasis en la desregulación. [186] Corbyn también estaba en contra de la Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión (TTIP) entre Estados Unidos y la Unión Europea, pero, por aquellas fechas, Donald Trump y Hillary Clinton se estaban peleando por la presidencia de su país y el presidente francés, Hollande, había dicho que vetaría la TTIP tal como estaba planteada.

Los medios de comunicación describieron estas políticas como «extremistas» y dijeron que suponían un retorno a los años setenta o sesenta del siglo XX . En realidad, gran parte de las propuestas de Corbyn recibió el

apoyo de la opinión pública. La mayoría estaba a favor de deshacerse de las armas nucleares, sobre todo por el ahorro que ello suponía. [187] Una encuesta de YouGov realizada en 2016 reveló que las políticas de Corbyn eran más populares que las de los conservadores: el 45% de los encuestados opinó que el Gobierno debería aumentar el gasto público, mientras que solamente el 13 % se mostró favorable al mantenimiento de los recortes; el 58 % se oponía a la implicación del sector privado en el Sistema Nacional de Salud, mientras que solo el 21% la apoyaba; el 51% estaba a favor de volver a nacionalizar los ferrocarriles (lo cual es de esperar en un país donde los trenes son un desastre; empresas como Virgin Trains ni siquiera han sido sancionadas por llevar a la ruina la concesión ferroviaria de la Costa Este), mientras que únicamente el 22% se manifestó en contra. [188]

La renacionalización de los suministros de agua es igualmente popular, sobre todo porque algunas empresas parecen haber hecho todo lo posible para ser impopulares, como Thames Water, que apenas paga impuestos, sus accionistas reciben cuantiosos dividendos, acumula una enorme deuda y fue multada por verter al Támesis residuos no tratados. [189] Sin embargo, el 33 % de los encuestados pensaba que los conservadores tenían las mejores políticas económicas, mientras que solamente un 13 % situaba a los laboristas por delante en este aspecto. Como es obvio, todo depende de cómo se formula la pregunta, pero lo que estas cifras demuestran es que las políticas de Corbyn distaban mucho de ser impopulares. [190] Donde sí dudó y divagó Corbyn —y el Partido Laborista— fue con la cuestión del *brexit* . Podían elegir entre adoptar una postura clara para desmarcarse de los *tories* que querían irse de la UE, con lo cual recibirían las críticas de los euroescépticos de la izquierda, o andarse por las ramas. Optaron por lo segundo.

Justo antes de las elecciones, Gary Younge, uno de los pocos comentaristas de *The Guardian* que no sucumbieron al «pensamiento de grupo» anticorbynista, escribió:

> Durante los dos últimos años, la mayoría de la gente pensaba que ... el Partido Laborista, con Corbyn a la cabeza, era inelegible; no tanto que pudiera perder, sino que no tenía la más mínima posibilidad de competir. Esto no se presentó como una opinión, sino como una realidad. Los que cuestionamos esta visión fuimos tratados como si negáramos el cambio climático ... Tomarse en serio el futuro de un laborismo liderado por Corbyn era exponerse a que nadie te tomara en serio. [191]

En el Festival de Glastonbury, un par de semanas después de las elecciones generales de junio de 2017, los jóvenes fiesteros recibieron al líder del Partido Laborista con un cántico que ya se ha hecho famoso («¡Oooh, Je-re-my Cooor-byn!», al ritmo y con la melodía de la canción «Seven Nation Army», de los White Stripes). [192] El canto se escuchó durante al menos veinte minutos desde que Corbyn hizo acto de presencia en el escenario. Fue la actuación que más éxito cosechó en el festival de ese año. Ningún otro político británico lo habría conseguido. Cuando entró en la recién elegida Cámara de los Comunes, sus diputados de las bancadas traseras, muchos de los cuales llevaban dos años conspirando contra él, lo recibieron como a un héroe. Polly Toynbee, que no es que hubiera demostrado mucho entusiasmo hacia él en abril de ese mismo año («El espantosamente inepto líder de la oposición presidirá la catástrofe de su partido»), al llegar septiembre reconoció cortésmente su error y el éxito de Corbyn:

> ¡Oh, Jeremy Corbyn! Cómo cambian las cosas en un año ... Ya somos todos *corbelievers* en este partido unido. ¿Queda algún escéptico del laborismo que quiera discutir su programa? Nunca fue fácil creer que podía ganar. Pero su aprendizaje ha sido meteórico y su discurso, riguroso y lleno de promesas tan necesarias como populares. [193]

Zoe Williams fue una de los pocos periodistas que dedicó una columna entera (en *The Guardian* , 2 de enero de 2018) a reconocer su error: «Apoyé a Owen Smith y no a Jeremy Corbyn, y ahora me arrepiento de ello». Hasta Gordon Brown hizo lo que podría considerarse un reconocimiento tardío al llamarlo «fenómeno» y decir que este «expresa el enfado de la gente por todo lo que ha pasado». [194] Nunca es tarde para reconocer un error.

Sí lo fue para Philip Collins (antiguo redactor de discursos para Tony Blair y, actualmente, columnista en *The Times*), quien, en noviembre de 2017, comparó a Corbyn con Robert Mugabe y Ratko Mladić, el Carnicero de Srebrenica. La razón aparente, en un artículo carente de razones, fue que Corbyn se había opuesto a la guerra en Kosovo y al bombardeo de Belgrado (que Collins había apoyado y cuyo resultado fueron cientos de víctimas civiles). Por supuesto, Collins no sabe diferenciar entre Srebrenica y Kosovo. Su artículo está aderezado con el tipo de insultos que abundan en la prensa amarilla: a Edward Herman (coautor de libros con Noam Chomsky) lo llama «tonto abstruso» y a Chomsky lo describe como el «decano de la izquierda charlatana». Los comentarios de los lectores fueron

abrumadoramente favorables. Collins conoce a su público, y ese conocimiento le ahorra los quebraderos de cabeza que le supone construir un argumento. [195]

Corbyn tuvo la enorme ventaja de no estar en el poder. La oposición es más o menos sencilla cuando no hay que afrontar la salvaje realidad de las dificultades políticas nacionales e internacionales. Este es el problema al que tuvo que enfrentarse Syriza en Grecia cuando ganó las elecciones en 2015 de manera inesperada. El país había quedado seriamente afectado por la recesión mundial de 2007-2008: su economía era débil en términos estructurales, la evasión fiscal era una práctica generalizada y los pagos en negro eran disparatadamente habituales. Grecia —aunque también otros países— infringía regularmente los criterios de estabilidad de la eurozona porque, para poder entrar en el euro, los gobiernos griegos anteriores habían utilizado estadísticas de dudosa credibilidad sobre el tamaño de su deuda y déficit públicos (estadísticas que fueron aceptadas de inmediato por el resto de la Unión Europea por motivos políticos). La recesión económica provocó una crisis de confianza, un crecimiento del déficit comercial, una reticencia a comprar deuda pública griega y una agotadora serie de subidas fiscales exigidas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Central Europeo (BCE) a cambio de un rescate.

A finales de 2011, con el sistema político derrumbándose y en medio de crecientes protestas ciudadanas, el gobierno socialista del PASOK dimitió. En 2009 había ganado las elecciones con un 44 % de los votos. En la primera de las dos elecciones celebradas en 2012, obtuvo un pobre 13 % y, en la segunda, perdió otro punto. En 2015, año en que volvieron a celebrarse dos elecciones, el PASOK ya era un partido muerto y solo obtuvo un 4 % y un 6 %, respectivamente.

El partido conservador griego tradicional, Nueva Democracia, lo hizo mejor que el PASOK: en 2009 obtuvo el 33 % de los votos; en mayo de 2012 bajó al 19 %, pero, al mes siguiente, subió hasta el 30 %. En las dos elecciones de 2015 mantuvo los apoyos justo por debajo del 30 %, aunque, a diferencia del PASOK, ha sobrevivido.

El partido que más subió fue Syriza, una coalición de partidos radicales de izquierdas. En 2009, antes de que la crisis golpeara el país, Syriza únicamente consiguió atraer el 4,6 % de los votos —los comunistas del KKE (Partido Comunista de Grecia) obtuvieron un 7,5 %—. En mayo de 2012, Syriza fue el segundo partido griego, con un 16,8 %. Al mes siguiente

subió hasta el 27 % y, en las dos elecciones de 2015, obtuvo un 35 % y un 36 %, que le permitieron formar gobierno con el apoyo del euroescéptico Independent Greeks (Griegos Independientes, ANEL).

Anteriormente, la coalición de socialistas y conservadores (PASOK y ND) había puesto en marcha políticas de austeridad para tranquilizar al FMI y al BCE. Estas medidas drásticas causaron un aumento espectacular de la pobreza, el desempleo y la crispación social. Fueron el origen del éxito de Syriza, pero las dificultades seguían siendo las mismas. La situación de extrema debilidad en la que el país se encontraba hacía que Syriza tuviera poco margen de maniobra.

Como señaló Costas Douzinas, profesor universitario en Londres y diputado de Syriza desde 2015, su partido no estaba preparado para gobernar «en condiciones tan adversas» —pero sin las cuales nunca habría accedido al poder—; «el coste de las promesas electorales no se había calculado con exactitud»; «muchos ministros no tenían un buen conocimiento de su cartera»; etc. [196] Syriza podía renunciar a la bandera de la antiausteridad, pero poco más. La opción de abandonar el euro implicaría introducir una nueva moneda de forma precipitada (a diferencia del euro, que tuvo largos preparativos), y la inevitable devaluación masiva de la nueva divisa fulminaría los ahorros de muchos ciudadanos griegos. Grecia se vio obligada a permanecer en la eurozona y a pagar sus deudas.

Alexis Tsipras, el líder de Syriza, había sido elegido primer ministro con el objetivo de combatir la austeridad. Pero la cruda realidad le convenció de que debía ceder ante la «troika» (es decir, la Comisión Europea, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Central Europeo) para evitar que Grecia fuera expulsada de la eurozona. Convocó un referéndum para decidir si se aceptaban o no las condiciones impuestas. El electorado votó el 5 de julio de 2015 y las rechazó por una amplia mayoría (más del 60 %). Hay quien cree (como el ministro de Economía Yanis Varufakis, cesado poco después del referéndum) que Tsipras esperaba que el plebiscito diera luz verde al rescate y que hizo campaña en contra para que no le echaran la culpa cuando le tocara acatar el «dictado» europeo. [197] El resultado fue que Syriza, para obtener los fondos de rescate, tuvo que poner en marcha políticas similares a las que el partido —y el electorado— habían repudiado en el pasado.

La UE también afrontaba dificultades al estar atada de pies y manos por tratados y reglamentos. Si no los aplicaba en Grecia, provocaría las protestas de otros países, como Portugal, España, Irlanda y Chipre, que sí habían aceptado las reglas.

La única alternativa a aceptar las condiciones de la UE habría sido, para Grecia, no pagar y abandonar la eurozona, con el consiguiente desastre para el sistema bancario europeo. Los griegos podrían haber apostado por esperar a que fuera la UE la que moviera ficha (en la BBC, Varufakis explicó: «No es cuestión de quién mueve ficha primero») y los ayudara igualmente. [198] Ese era el plan B, o sea, el «plan Dracma» de la facción izquierdista de Syriza (liderada por Panagiotis Lafazanis y Dimitris Stratulis), una especie de «si no hacéis lo que digo, estallaré y haré estallar a los demás conmigo». Como era de esperar, nadie tuvo la valentía o la locura de aceptar esta apuesta. A pesar de su aparente radicalismo, la solución propuesta por Syriza para la crisis era puro keynesianismo: si nos ayudáis a aumentar el gasto público, al final podremos pagar nuestras deudas. Syriza nunca tuvo la intención de abandonar el euro, ni mucho menos salir de la Unión Europea. Por muy insegura que se sintiera Grecia dentro de la UE, fuera lo sería mucho más. Pero lo que resulta más sorprendente, dadas las credenciales izquierdistas de Syriza, es que Grecia era uno de los pocos países de la OTAN que gastaba como mínimo el 2 % de su presupuesto en defensa, solo superada por Estados Unidos (y, por ello, calurosamente felicitada por Trump). [199] A este respecto, el miedo a Turquía —una vez más— y la necesidad de utilizar el servicio militar obligatorio para rebajar el índice de desempleo juvenil son dos factores más importantes que el temor hacia Rusia o la lealtad hacia la Alianza Atlántica.

Los cuatro años de Syriza en el poder terminaron con una grave derrota electoral en julio de 2019. Una victoria aplastante llevó de nuevo al poder a la conservadora Nueva Democracia, que dobló su representación anterior y obtuvo una mayoría absoluta. La política griega sigue igual de incierta.

El dilema al que se ha enfrentado Syriza es el mismo que el de todas las fuerzas europeas de izquierdas, de Unidas Podemos al laborismo británico, de Mélenchon al portugués Bloco de Esquerda: operar en un mundo capitalista, interdependiente y globalizado, donde nadie puede ir por su cuenta. Las izquierdas son débiles, y no hay hegemones internacionales

potentes. La Unión Soviética ya no existe. China no es lo suficientemente poderosa —de momento—. Europa está sumida en el caos. Estados Unidos está en declive.

5

El hegemón estadounidense

En la actualidad, Europa está en la periferia del mundo. Los europeos hablan de Europa constantemente. Se preguntan cuál es su papel, adónde van, si Estados Unidos puede seguir liderándolos o si, por el contrario, aparecerá un nuevo hegemón. No obstante, debemos recordar que no es obligatorio que un país u otro deba «dominar el mundo». De hecho, nunca ningún país ha «dominado el mundo», y las potencias hegemónicas lo han sido, como mucho, en una región determinada (Macedonia, la antigua Roma, la China imperial, el imperio mongol de Gengis Kan —el imperio de tierras contiguas más extenso de la historia—, la India mogol, los imperios inca, azteca u otomano). En cualquier caso, el mundo puede funcionar igual de bien —o igual de mal— sin un «hegemón». Lo que importa es qué hace el hegemón putativo cuando ve amenazada su hegemonía: «Autocomplacerse ciegamente y creer en la justificación natural de su dominio», escribe Perry Anderson refiriéndose a la ideología estadounidense en la era de su declive. [1]

A finales del siglo XVIII y durante gran parte del XIX , Gran Bretaña —o el Reino Unido— no era una potencia hegemónica. «Dominaba las olas», o al menos eso pensaba, ya que tenía la armada más poderosa y el imperio más grande del mundo, y era la nación que más comerciaba. Sin embargo, no controlaba el mundo.

Estados Unidos no era ningún hegemón antes de la segunda guerra mundial, a pesar de que había sido la potencia industrial más importante desde 1900. E, incluso después de 1945, aunque seguramente era la principal superpotencia, tuvo que competir con el bloque comunista. Estados Unidos no logró impedir la división de Corea; fue a la zaga de la URSS en los albores de la carrera espacial; sufrió una humillación sin precedentes en Vietnam; tuvo que aceptar la existencia de un estado comunista —Cuba— a pocas millas de sus costas; no pudo impedir que el sah de Irán, uno de sus aliados en Oriente Próximo, fuera derrocado por los

seguidores del ayatolá Jomeini; ni siquiera fue capaz de rescatar a los rehenes retenidos en Irán porque dos de sus helicópteros chocaron y murieron ocho soldados estadounidenses en el accidente —la cuestión se resolvió tras unas negociaciones en las que Washington accedió a la petición inicial de Irán de liberar de los bancos estadounidenses 8.000 millones de dólares en activos estatales iraníes—.

La total incompetencia del Ejército estadounidense ha quedado ampliamente demostrada en la práctica totalidad de sus aventuras extranjeras, a pesar de que el gasto militar de Estados Unidos (649.000 millones de dólares) es casi el mismo que el de las siguientes ocho potencias, las cuales representan el 36 % del gasto de defensa mundial. [2] Estados Unidos no fue capaz de derrotar a los talibanes en Afganistán, uno de los estados más pobres del mundo, en lo que ha sido la guerra estadounidense más longeva, a pesar de haber desplegado a cien mil efectivos, perdido más de 2.300 soldados y gastado más de un billón de dólares. [3] Antes de su participación en el conflicto, los responsables políticos de Washington, aplicando ciegamente la lógica de la guerra fría, ofrecieron ayuda a los muyahidines para luchar contra los soviéticos tras invadir estos Afganistán en diciembre de 1979. En 1989, Estados Unidos había generado una situación que no podía controlar ni comprender. Hace más de dos décadas, en 1998, Zbigniew Brzezinski, antiguo asesor de seguridad nacional del presidente Carter, fue entrevistado por el semanario francés *Le Nouvel Observateur* . Al preguntarle si se arrepentía de haber proporcionado ayuda a las fuerzas islamistas muyahidines —incluso *antes* de la intervención soviética—, Brzezinski contestó: «¿Arrepentirme de qué? Aquella operación secreta fue una idea excelente. Con ella conseguimos atraer a los rusos a la trampa afgana, ¿y usted pretende que me arrepienta por ello?».

Nouvel Observateur : ¿Tampoco se arrepiente de haber apoyado el fundamentalismo islámico y proporcionar armas y asesoramiento a futuros terroristas?

Brzezinski: ¿Qué es más importante para la historia del mundo? ¿Los talibanes o la caída del imperio soviético? ¿Un puñado de islamistas excitados [*quelques excités islamistes*] o la liberación de Centroeuropa y el final de la guerra fría?

Nouvel Observateur : ¿Un puñado de islamistas excitados? No dejamos de oír que el fundamentalismo islámico es una amenaza real para el mundo.

Brzezinski: ¡Bobadas! [4]

El objetivo estadounidense de crear una nación en Afganistán fracasó por completo. Lo que surgió allí fue un narcoestado.

La «intervención humanitaria» de Estados Unidos en Somalia en 1994 se fue al traste porque, pocos meses antes, dos de sus helicópteros fueron abatidos y murieron dieciocho soldados norteamericanos. En la batalla posterior, centenares de civiles perdieron la vida. Previamente, el presidente Bill Clinton había declarado: «Llegamos a Somalia para rescatar a gente inocente de un incendio. Casi hemos sofocado las llamas, pero todavía queda algún rescoldo ardiendo en las cenizas. Si los dejamos ahora, esos rescoldos reavivarán el fuego y habrá más muertos». Se fueron de todos modos y dejaron Somalia sumida en un caos absoluto.

Se cometieron más «errores». En 1998, como represalia por los ataques terroristas a las embajadas estadounidenses en Tanzania y Kenia, Clinton ordenó el bombardeo y destrucción de la fábrica farmacéutica Al Shifa, en Sudán, basándose en unas pruebas erróneas aportadas por la CIA según las cuales los propietarios tenían vínculos con Al Qaeda. La fábrica, un importante proveedor de medicamentos, fue aniquilada. Finalmente, las autoridades estadounidenses reconocieron que las pruebas no eran «tan sólidas» como parecían al principio. De hecho, nunca existieron tales pruebas. Nadie pidió perdón ni se pagó ninguna indemnización. [5] Como escribió el periodista y ensayista Christopher Hitchens, «Clinton necesitaba parecer presidente aunque fuera un día ... actuó por capricho y con brutalidad, despreciando completamente el derecho internacional, y quizá contó con la indiferencia de la prensa y la opinión pública hacia un país tan insignificante como Sudán». [6]

En 1999, la OTAN, dirigida por Estados Unidos y con el respaldo total del gobierno laborista de Tony Blair, emprendió una guerra contra Serbia por Kosovo. Azotaron Belgrado durante setenta y ocho días apoyando al Ejército de Liberación de Kosovo, recientemente clasificado como organización terrorista (UÇK) financiada en parte por el tráfico de drogas ilegales. Veinte años después, Kosovo sigue siendo un estado fallido subvencionado por Occidente. [7]

En 2011 tuvo lugar la intervención estadounidense patrocinada por la ONU, y alentada por David Cameron y Nicolas Sarkozy, de apoyo a la revuelta contra el dictador libio Muamar el Gadafi. En privado, el presidente Obama describió Libia como un «espectáculo de mierda» («shit show»). Después, el país se convirtió en refugio de terroristas islámicos de diversa índole. [8] Los migrantes bloqueados en Libia por su Guardia Costera, y con la ayuda de la UE, estuvieron retenidos en condiciones «terribles» e «inhumanas», según el alto comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos —y antiguo diplomático jordano—, Zeid Raad al Huseín. [9]

Las guerras subsidiarias han sido mucho peores que la intervención occidental directa. El conflicto bélico operado en Yemen por Arabia Saudí con armamento occidental (Estados Unidos y el Reino Unido son los mayores exportadores de armas al reino saudí) ha causado innumerables víctimas y el peor brote de cólera de la historia. [10] La ONU avisó de que había trece millones de yemeníes en peligro de inanición. El 25 de octubre de 2017, el entonces ministro de Defensa británico, el conservador Michael Fallon, pidió a los parlamentarios que, por el interés de una licitación de aviones de combate, no criticaran a Arabia Saudí.

Jeremy Corbyn, por entonces líder del Partido Laborista, pidió que se retirara el apoyo a la campaña de bombardeos del gobierno saudí en Yemen. 129 parlamentarios laboristas secundaron la petición de Corbyn, pero otros cien no lo hicieron. Si hubieran votado, el Gobierno habría sido derrotado. Entre los que, directa o indirectamente, apoyaron el bombardeo saudí había dos antiguos aspirantes al liderazgo laborista (Andy Burnham y Liz Kendall), así como Dan Jarvis, un mayor retirado del Ejército Británico que en algunos cuarteles es considerado un futurible para dirigir el partido. No hay intervencionismo liberal para Yemen, sino apoyo a la intervención inhumana de Arabia Saudí. Su bloqueo sobre Yemen (octubre de 2017) ha causado lo que tres agencias de Naciones Unidas (la Organización Mundial de la Salud, OMS; Unicef, y el Programa Mundial de Alimentos, PMA) describieron como «la peor crisis humanitaria del mundo»: once millones de niños que necesitan ayuda, 14,8 millones de personas sin asistencia sanitaria básica y un brote de cólera que ha dejado novecientos mil presuntos afectados. [11]

Tampoco se ha intervenido humanitariamente en Birmania con los rohinyá, el grupo étnico musulmán amenazado de genocidio.

Estados Unidos tampoco ha sido capaz de establecer una democracia en Irak después de su intervención «humanitaria» de 2003, ni tampoco ha podido —o no ha querido— resolver el conflicto entre palestinos e israelíes.

Tras la caída del comunismo parecía que Estados Unidos podía «dominar el mundo», ya que era la única potencia global que quedaba, aunque quizá ya empezaba su declive. Cada vez que intervenía, dejaba al país «ayudado» peor de lo que estaba —lo cual también tiene su mérito—. Obama fue un caso atípico entre los altos responsables estadounidenses por haber entendido que su país era una potencia hasta cierto punto. Su reiterada —y poco elegante— máxima «No la caguéis» («Don't do stupid shit») encendió las alarmas entre los belicistas de Washington (sobre todo, Hillary Clinton y Samantha Powers, embajadora estadounidense ante la ONU entre 2013 y 2017), que no dudaban en intervenir donde hiciera falta a la primera de cambio. De hecho, en abril de 2008, durante la primera campaña presidencial de Hillary Clinton —quien, a diferencia de Obama, se equivocó con Irak—, la candidata advirtió a Irán que, si ella era presidenta, Estados Unidos destruiría «por completo» el país si este atacaba Israel con armas nucleares. En cambio, con los israelíes no hizo lo mismo y nunca los amenazó públicamente (a diferencia de Irán, Israel sí tiene armas nucleares). [12]

En febrero de 2011, Hillary Clinton (por entonces secretaria de Estado), Samantha Powers y su predecesora en la embajada estadounidense ante la ONU, Susan Rice, en contra de las prudentes recomendaciones de los miembros de la administración Obama, defendieron los ataques aéreos sobre Libia y aceleraron el desastre. [13] Esto hace que Trump parezca menos caprichoso de lo que es.

El ampliamente admirado presidente Barack Obama no fue precisamente un pacifista. Al empezar su primer mandato, tenía una visión de un mundo sin armas nucleares, pero se quedó en eso, en una visión, ya que la reducción de los arsenales nucleares fue mucho más lenta durante su presidencia que en la de cualquiera de sus tres predecesores inmediatos (George Bush, Bill Clinton y George W. Bush). [14] Obama siguió enviando tropas suplementarias a Afganistán mientras permanecía impasible ante el repunte de EIIL en Irak y abúlico ante la sanguinaria toma de poder (contra un presidente electo) de Abdelfatah el Sisi en Egipto. Su ley de cuidados de salud asequibles fue una reforma menor y, a lo largo de su mandato, los ricos se hicieron todavía más ricos.

A la hora de matar, Obama tampoco se quedó corto. Durante la campaña presidencial de 2008 se había opuesto a la guerra de Irak y el uso de la tortura. Una vez elegido presidente, insistió en que lo correcto era revisar todos los ataques con drones que hubiera previstos. Así, cada semana, según se explica en un extenso artículo de *The New York Times* , los equipos de seguridad entregaban a Obama una lista de sospechosos por terrorismo en países remotos y le recomendaban quién debía morir. [15] Y el presidente cumplía. Esto no es terrorismo. Solo es matar a gente que vive en países remotos.

Solo en el primer año de presidencia de Obama, la CIA llevó a cabo 52 ataques con aviones no tripulados en Pakistán, frente a los 48 realizados durante los ocho años del gobierno Bush. En 2016 amplió su programa de asesinatos selectivos en Yemen. Este plan de homicidio dirigido estuvo apoyado por la inmensa mayoría de los estadounidenses (83 %), muchos de los cuales probablemente se sorprenden de que haya gente que quiera matarlos. [16]

Obama aceptó un controvertido método de recuento de bajas civiles: todos los varones en edad militar que se hallasen en una zona de bombardeo se considerarían combatientes. O sea, que los desgraciados que vivían bajo la «ocupación» de Al Qaeda eran combatientes. Esto explica lo que para los funcionarios era una cifra «extraordinariamente baja» de muertes colaterales. Después de un ataque con drones, los responsables se limitaban a contar los cuerpos y declarar que habían acabado con x militantes. Con ello también se conseguía no agrandar la lista de nombres de Guantánamo, ya que solo había muertos. Los datos de los drones, recopilados desde varias fuentes por el politólogo estadounidense Micah Zenko, del Consejo de Relaciones Exteriores (Council of Foreign Relations, CFR), apuntan a que, durante la presidencia de Obama, hubo 324 bajas civiles entre los 3.797 muertos. [17]

Solamente en 2016, y haciendo caso omiso de la máxima de Abraham Lincoln «Las guerras, de una en una», Barack Obama (galardonado con el premio Nobel de la Paz en 2009) lanzó 26.171 bombas sobre siete países musulmanes: Siria, Irak, Afganistán, Libia, Yemen, Somalia y Pakistán. [18] Donald Trump ya le lleva ventaja. Entre su nombramiento como presidente, en enero de 2017, y octubre de 2017, dejó caer más proyectiles sobre Oriente Próximo que Obama durante todo 2016. [19] El 13 de abril de 2017, Estados Unidos lanzó una de sus bombas no nucleares más potentes,

apodada «la madre de todas las bombas» (Mother Of All Bombs, MOAB) en un sistema de túneles utilizado por los militantes del llamado Estado Islámico en el este de Afganistán. Según los expertos militares, el empleo de la MOAB fue exclusivamente estratégico, pero se equivocaban, como de costumbre. [20] Los ataques realizados por la coalición liderada por Estados Unidos sobre la ciudad siria de Al Raqa, controlada por EIIL, entre junio y septiembre de 2017 causaron la muerte de más de 1.600 civiles, mientras que los ataques contra el presidente Al Asad del 14 de abril de 2018 (alentados por la Francia de Macron y con el apoyo poco entusiasta del gobierno británico) apenas cambiaron el curso de una guerra que el presidente sirio estaba ganando de todos modos. [21] Mientras tanto, Arabia Saudí seguía atacando Yemen con la calurosa aprobación de Occidente, e Israel disparaba contra manifestantes desarmados en Gaza sin que Occidente tampoco se quejara demasiado.

Uno de los problemas es que el principal actor de las políticas exteriores mundiales es el inquilino de la Casa Blanca. La mayoría de los presidentes estadounidenses nunca han tenido la más mínima experiencia en política internacional y casi siempre se han rodeado de personas muy poco entendidas (Brzezinski y Kissinger serían las excepciones más obvias, si bien solo disponían de conocimientos académicos cuando fueron nombrados) o demasiado cobardes como para discrepar. Aunque la erudición estadounidense en materia de relaciones internacionales no tiene rival, los presidentes norteamericanos, salvo contadas excepciones (como Nixon, que antes de ocupar el despacho oval fue vicepresidente durante ocho años y algo debió aprender), nunca han tenido del todo claro el significado de «global».

John Fitzgerald Kennedy (al igual que su hermano Robert, que asesoró brevemente a Joseph McCarthy en la caza de brujas anticomunista y que, como fiscal general del Estado —nombrado por su hermano a pesar de su total incompetencia—, ordenó las escuchas telefónicas a Martin Luther King) creyó a la CIA en la cuestión cubana y aprobó la invasión de la bahía de Cochinos, el primero de una retahíla de errores. Paranoico con Castro y sobrevalorando con exageración la influencia del gobernante cubano en Latinoamérica —y, por consiguiente, aumentándola—, J. F. K. apoyó, en 1962, el derrocamiento del presidente de Argentina democráticamente elegido, Arturo Frondizi; consideró la posibilidad de intervenir en Brasil para expulsar el gobierno democrático del presidente João Goulart

(destituido igualmente en 1964), y respaldó los golpes militares en Guatemala y la República Dominicana (este último contra Juan Bosch, el primer presidente dominicano electo) en 1963. [22]

El mito que rodea a Kennedy se debe a sus dos defensores más incondicionales (Theodore Sorensen y Arthur Schlesinger), a su buena presencia, a su bella esposa y a su asesinato por parte de un loco. Sus numerosas aventuras con mujeres que ponían en riesgo su seguridad lo expusieron al chantaje por parte del FBI y de J. Edgar Hoover, y seguramente habrían provocado su dimisión en un país con una prensa tan poco servil. También era adicto a la anfetamina y otros medicamentos de los que dependía para combatir una dolencia en la espalda y la enfermedad de Addison. [23] Nada de esto debería sorprender a cualquiera que analice fríamente la retórica belicista en plena guerra fría del pomposo —y alabado por todo Occidente— discurso de toma de posesión de Kennedy, en el que dijo: «Que todas las naciones sepan, deseen o no nuestro mal, que pagaremos cualquier precio, soportaremos cualquier carga y nos opondremos a cualquier enemigo con el fin de asegurar la supervivencia y el éxito de la libertad». [24] Si Donald Trump hubiese utilizado un lenguaje parecido en 2017, todo Occidente se habría asustado y habría buscado refugio. De hecho, Kennedy fue un presidente sumamente incompetente.

Comparemos la oratoria belicista de Kennedy con los respetuosos principios éticos que Dwight Eisenhower demostró en plena guerra fría. El exgeneral Eisenhower fue un presidente mediocre al que se le atribuye haber instigado, junto con los británicos, el asesinato por parte de Bélgica del líder electo congoleño Patrice Lumumba en enero de 1961, entre otros crímenes. [25] Sin embargo, también es recordado por denunciar, en su discurso de despedida del 17 de enero de 1961, el «complejo industrial-militar» en unos términos que rayan el pacifismo: «Debemos protegernos de la innecesaria influencia, buscada o no, del complejo militar-industrial. El desastroso aumento del poder en manos de irresponsables es una posibilidad real que seguirá existiendo». Pero debería ser igualmente recordado por decir, en el que se conocería como el discurso de «la oportunidad de la paz» al comienzo de su mandato:

> Cada arma que construimos, cada buque de guerra que lanzamos al mar, cada misil que disparamos es, en última instancia, un robo a los que tienen hambre y no tienen con qué alimentarse, a los que tienen frío y no tienen con qué abrigarse.

> Este mundo de las armas no solamente gasta dinero. Se lleva también el sudor de sus trabajadores, el genio de sus científicos y las esperanzas de sus hijos. Un superbombardero moderno cuesta lo mismo que levantar una escuela moderna en treinta ciudades, lo mismo que dos centrales eléctricas ... lo mismo que dos buenos hospitales completamente equipados ... A decir verdad, esta no es manera de vivir. Bajo la amenazadora nube de la guerra, la humanidad pende de una cruz de hierro. [26]

Nada de todo esto parecía inquietar a Kennedy. La crisis de los misiles de Cuba de 1962 (el «mejor momento» de J. F. K., cuando se enfrentó «cara a cara» con el Kremlin) se originó con el despliegue en Turquía de los misiles Júpiter estadounidenses (considerados armas «de primer *strike* »), cuyo alcance cubría distintas ciudades rusas importantes. Comprensiblemente alarmados, los soviéticos respondieron desplegando misiles nucleares en Cuba. Kennedy, obligado a demostrar mano dura, declaró que la acción rusa significaba una amenaza para la paz y la seguridad. Todo el mundo entró en pánico y el presidente exhibió su mejor imagen. Finalmente, la URSS retiró los misiles de Cuba. Kennedy hizo lo mismo con los de Turquía y, además, prometió que nunca invadiría Cuba. Todo se hizo de tapadillo: los soviéticos entendieron que Kennedy necesitaba salvar la cara.

El error en política exterior más grave que cometió el presidente Kennedy (en el ámbito doméstico no logró casi nada) fue creer a sus generales acerca de Vietnam e iniciar, así, el desastre en política exterior más grave de la historia de Estados Unidos. Kennedy, que fue siempre un belicista, había nombrado secretario de Defensa a Frank McNamara, un hombre que se había pasado gran parte de su vida trabajando en la Ford Motor Company y había acabado siendo su presidente; como si dirigir una corporación global le hubiese dado los conocimientos de política internacional que necesitaba para su cargo. Más tarde —mucho más tarde —, McNamara identificó como una debilidad de su propia «forma de gobierno» el hecho de que, mientras en Europa se ganaba experiencia en la oposición antes de ser ministro, él, en cambio, había llegado a Washington «habiendo ejercido de presidente de la Ford Motor Company». [27] Los malos hábitos son difíciles de perder: el desventurado secretario de Estado de Donald Trump, Rex Tillerson, cesado en marzo de 2018 y descrito en *The Atlantic* —quizá de manera algo injusta, ya que la competencia es fuerte— como «el peor secretario de Defensa que se recuerda», era el dueño de ExxonMobil, un adalid en la negación del cambio climático. [28] Los principales asesores que Trump tuvo en marzo de 2018 eran generales

retirados: John Kelly (jefe de personal de la Casa Blanca, dejó el cargo a finales de 2018), James «Mad Dog» Mattis (secretario de Defensa, forzado a dimitir en diciembre de 2018; Trump utilizó el apodo de «perro loco» cuando lo nombró) y H. R. McMaster (asesor de seguridad nacional, cesado a finales de marzo de 2018 en beneficio del lamentable John Bolton). En ninguna otra democracia occidental se da la circunstancia de que todos los principales responsables de la política exterior han sido exgenerales. Mattis fue sucedido por Patrick Shanahan, que había pasado gran parte de su vida trabajando para Boeing (un producto real del «complejo militar-industrial»); mientras escribo estas palabras está siendo investigado por seguir favoreciendo el negocio de Boeing como secretario de Defensa.

McNamara fracasó en todo lo que hizo. Bajo su mando —y el de Kennedy—, medio millón de soldados estadounidenses fueron enviados a Vietnam, donde 56.000 murieron junto con víctimas vietnamitas, civiles y militares, cuya cifra se calcula que osciló entre 882.000 y 1.050.000. [29] Tuvieron que pasar treinta años para que, en sus memorias, McNamara admitiera la magnitud de sus «errores»: «Mi intención era poner a Vietnam en contexto ... Pero nos equivocamos, nos equivocamos terriblemente. Es nuestra obligación explicar los motivos a las futuras generaciones. Sinceramente, creo que cometimos un error, no de valores e intenciones, sino de valoración y capacidades». [30]

La ignorancia de McNamara sobre política internacional se refleja en su ingenua creencia en el mantra de que «si perdemos Laos para el mundo libre, a la larga perderemos todo el sureste asiático». Así se lo había dicho el presidente saliente Eisenhower, y así se lo trasladó a Kennedy en una nota secreta el 24 de enero de 1961. [31] Dean Rusk, secretario de Estado en los gabinetes de Kennedy y Johnson, estaba convencido de que Vietnam era un simple títere de China. Esta lamentable muestra de falta de conocimiento es uno de los efectos secundarios que dejó la purga macartista al vaciar el Departamento de Estado de «izquierdistas», quienes sí sabían un par de cosas sobre Asia.

El sucesor de Kennedy, Lyndon Johnson, era un hombre inteligente, astuto y con una enorme experiencia previa como congresista, pero sabía muy poco de política exterior. En 1966, hasta McNamara dudaba de las capacidades estadounidenses para ganar en Vietnam. En una conversación telefónica mantenida con Johnson el 28 de junio de 1966, el secretario de Defensa le dijo: «Estamos llevando allí ... a soldados, con Dios sabe

cuántos aviones, helicópteros y arsenal, para perseguir a una panda de pordioseros muertos de hambre ... tendremos que ver si son capaces de resistir casi eternamente». [32] El general William Westmoreland, el insensato comandante de las fuerzas estadounidenses en Vietnam (1964-1968) al que David Halberstam (autor del mejor relato jamás escrito sobre el conflicto, irónicamente titulado *The Best and the Brightest* —«Los mejores y más brillantes»—) calificaba de «no brillante», también andaba igual de desubicado y, utilizando una metáfora de aburridos tintes racistas, llamaba «termitas» a los vietnamitas contra los que combatía. [33] El soldado medio estadounidense se expresaba en términos similares. Según cuenta el veterano corresponsal de guerra británico Max Hastings, los reclutas norteamericanos llamaban a los vietnamitas —amigos o enemigos— «gooks or dinks», ambos términos peyorativos para referirse a un asiático. También explica Hastings que muchos soldados se solidarizaron con el teniente William Calley cuando fue condenado por participar en la masacre de Mỹ Lai, en la que fueron asesinados, el 16 de marzo de 1968, entre trescientos y quinientos campesinos, incluidos niños y mujeres, algunas de las cuales fueron violadas antes de morir. Colin Powell, entonces comandante y futuro secretario de Estado, redactó un informe sobre Mỹ Lai que fue «un implacable encubrimiento» de la atrocidad cometida. Un joven recluta dijo: «Quizá odie esta guerra, pero disfruto matando amarillos». Por entonces, en 1971, como explica Hastings —que no es precisamente de izquierdas—, «la mayoría de los corresponsales de todas las nacionalidades» habían perdido «la esperanza en la causa estadounidense», él incluido. [34]

Sin embargo, el general Westmoreland nunca aceptó que Estados Unidos perdiera. [35] Su estrategia consistió en eliminar a soldados norvietnamitas y del Vietcong a espuertas hasta llegar a lo que él llamaba un «punto de cruce», es decir, una situación con tal número de bajas que el enemigo no pudiera sostenerla. Dicho de otro modo, la «estrategia» consistió en matar al mayor número posible de personas. Entre 1965 y 1967, Estados Unidos y sus aliados lanzaron sobre Vietnam del Sur más de un millón de toneladas de bombas destinadas a aumentar la cifra de víctimas, entre ellas, muchos civiles. [36] Cuando el periodista Neil Sheehan, que acompañaba a las tropas estadounidenses, alertó a Westmoreland de lo desmesurada que era la cifra de bajas civiles, el general le contestó: «Sí, pero así dejamos al enemigo sin población, ¿verdad?». [37] Entre 1965 y 1972

utilizaron napalm, una sustancia gelatinosa que se adhiere al cuerpo, lo quema de una manera insoportablemente dolorosa y acaba casi siempre con la vida de sus víctimas. En el mismo período, los estadounidenses también utilizaron el Agente Naranja, un herbicida tóxico que contaminaba las aguas que utilizaban los agricultores y defoliaba la selva en la que se escondía el enemigo (los británicos ya lo habían utilizado anteriormente en la península malaya).

Tanto esfuerzo para nada. Johnson intentó meter a más países en el atolladero vietnamita, sobre todo el Reino Unido, pero el entonces primer ministro, Harold Wilson (mucho más arpía que Tony Blair), rechazó la solicitud.

Como escribió el psicólogo británico Norman Dixon en su libro *On the Psychology of Military Incompetence* , «en esta guerra, la más mal planeada y terrible de todas», Lyndon Johnson y sus asesores eligieron unos objetivos situados «a una bonita distancia de seguridad de 12.000 millas», mientras el delegado en la zona, Westmoreland, «se sorprendía por el inmenso despliegue de energía destructiva». Juntos, Johnson y Westmoreland «generaron un patrón de locura marcial tan abyecto y atroz que acabó con ellos». [38] El problema con Johnson, McNamara y compañía no fue solo que no controlaron la situación, sino que ni siquiera se dieron cuenta de que no la controlaban. Los vietnamitas sabían que tenían el tiempo a su favor. Phạm Văn Đồng, primer ministro de Vietnam del Norte, declaró a *The New York Times* en 1966: «¿Durante cuánto tiempo queréis combatir los estadounidenses ... un año? ¿Dos? ¿Tres? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Veinte años? Será un placer acogeros». [39]

Los norvietnamitas y el Vietcong no tenían fuerzas aéreas, pero llevaban décadas luchando en su propio país y tenían muchísima más experiencia combativa que los estadounidenses. Por eso fueron superiores y por eso ganaron.

La fuerza no lo es todo en una guerra. Como dijo Horacio hace casi dos mil años, «vis, consili expers, mole ruit sua», es decir, la fuerza, sin conocimiento, cae por su propio peso.

Johnson debería haberle hecho caso a Hans Morgenthau, el eminente politólogo de la escuela realista, quien ya había visto que Estados Unidos estaba abocado a la derrota. El 18 de abril de 1965, escribió en *The New York Times* : «Nos estamos engañando en Vietnam». [40] Poco después fue despedido como asesor de Lyndon B. Johnson.

La cosa mejoró —ligeramente— con Nixon, quien, asesorado por Henry Kissinger, fue lo suficientemente espabilado como para aceptar las súplicas de China de ser reconocida y de que Estados Unidos dejara plantados a sus antiguos aliados, Taiwán y Vietnam del Sur. Los estadounidenses tardaron diez años en desvincularse por completo de Vietnam, en parte porque no querían reconocer que habían perdido.

Nixon y Kissinger invadieron Camboya, bombardearon de forma salvaje Laos y Vietnam del Norte, apoyaron el golpe de Estado de Pinochet en Chile, dieron manga ancha a Sadam Huseín con los kurdos y ampararon el genocidio cometido por el Ejército pakistaní en Bangladés. El presidente y su secretario de Estado fueron unos maestros de la política exterior. Tras ellos, los asuntos internacionales volvieron a estar en manos de aficionados.

Uno de ellos fue el desafortunado Gerald Ford, líder de la minoría en la Cámara de Representantes, posteriormente reclutado para la vicepresidencia del país tras la dimisión forzada de Spiro Agnew por fraude fiscal y, finalmente, nombrado presidente tras la dimisión de Nixon, en agosto de 1974, a resultas del escándalo Watergate. Ford mantuvo en la Secretaría de Estado a Kissinger, que dedicó mucho tiempo a su «diplomacia itinerante» (*shuttle dimoplacy*) en Oriente Próximo, resolviendo problemas a corto plazo y creando otros a largo plazo, mientras apoyaba la carnicería de Indonesia en Timor Oriental.

Después de Ford vino Jimmy Carter, que había sido senador estatal por Georgia y, más tarde, gobernador de dicho estado (un campo de entrenamiento un tanto modesto para gobernar el mundo).

A Carter lo sucedió Ronald Reagan, cuya principal experiencia política, luego de un período como actor secundario en Hollywood, fue la que había adquirido como gobernador de California (un precedente del todavía más extraño mandato de Arnold Schwarzenegger en el mismo cargo).

Después de Reagan llegó George Bush padre, quien, por lo menos, había sido embajador ante la ONU; después fue enviado a China, y, posteriormente, durante casi un año, ejerció de director de la CIA. Tras él vino otro aficionado, Bill Clinton, cuyo principal cargo político había sido el de gobernador de Arkansas, uno de los estados más pobres y con menor nivel educativo del país, y una población de tres millones de habitantes. Después llegó George Bush hijo, exgobernador de Texas, y, finalmente, el

joven senador de Illinois, Barack Obama (quien se pasó sus ocho años de presidencia prometiendo, en vano, el cierre de Guantánamo, quizá para que nadie pensara que era blando con el terrorismo). [41]

No podemos olvidar en esa triste línea sucesoria a Donald Trump, que ni siquiera entiende dónde están los límites del poder presidencial y seguirá siendo un hazmerreír, a no ser que inicie la tercera guerra mundial.

Durante la campaña presidencial, Trump prometió a bombo y platillo que China dejaría de «violar» («raping») la economía estadounidense. Una vez elegido, en una visita a Pekín en 2017, casi se postró ante un desenvuelto Xi Jinping y se comportó con una modestia y respeto impropios de él. No habló de nada que pudiera ofender a los chinos (Taiwán, el Tíbet, Tiananmén) ni los culpó del déficit comercial estadounidense. *Sad!* , como habría dicho el propio Trump en uno de sus estúpidos tuits.

En julio de 2017, durante su visita a Polonia, un país con uno de los gobiernos más de derechas de Europa, Trump fue presentado en un acto por su esposa, Melania, y empezó su discurso con un sonrojante homenaje: «No hay mejor embajadora de nuestro país que nuestra hermosa primera dama, Melania. Gracias, Melania». El resto de la intervención fue, en general, una rimbombante defensa del nacionalismo polaco de escaso interés para nadie, excepto para los nacionalistas polacos: «El triunfo del espíritu polaco al cabo de siglos de penurias nos da esperanzas en un futuro en el que el bien someta al mal y la paz logre la victoria sobre la guerra ... en el pueblo polaco vemos reflejada el alma de Europa». Después entró en materia y el Trump empresario dio las gracias a Polonia por haber comprado a Estados Unidos «el sistema Patriot de defensa antiaérea, eficazmente probado en el campo de batalla, el mejor del mundo». [42]

Un ejemplo más del estilo diletante de hacer política en Estados Unidos lo encontramos en el —breve— aluvión de apoyos a una inverosímil candidatura de Oprah Winfrey a la próxima presidencia del país, a raíz de un discurso de ocho minutos que la presentadora y productora de televisión ofreció durante la ceremonia de entrega de los Globos de Oro en enero de 2018. Fue un parlamento bien recitado pero de una banalidad extrema, en el que, como manda la tradición en este tipo de actos, Winfrey dio las gracias a las distintas personas que la habían ayudado durante su carrera («Es un privilegio compartir esta velada con ... los increíbles hombres y mujeres que me han servido de inspiración»), y

terminó hablando de la lucha contra el racismo, de Rosa Parks y de mirar adelante, «a un día nuevo ... en el horizonte». [43] Podría verse como una muestra más de excentricidad de un famoso pasado de vueltas, pero si Trump ha llegado a la Casa Blanca, «Oprah for President» tampoco parece tan absurdo, y menos cuando a la política estadounidense le fascina tanto la fuerza del espectáculo. [44]

Tras un año de Trump en la presidencia, el índice de aceptación internacional de Estados Unidos bajó a un nuevo mínimo en 134 países: 30 % (en el último año de Obama en la Casa Blanca fue del 48 %). Los únicos países donde la popularidad de Estados Unidos aumentó con Trump como presidente fueron Bielorrusia, Israel, Macedonia y Liberia. En Europa, el porcentaje de aprobación de Trump fue alto solo en Kosovo (75 %) y Albania (72 %). En Polonia fue del 56 % —probablemente, debido a su visita—, e Italia fue el cuarto de la lista, con un inexplicable 45 %. En el Reino Unido, a pesar de la «relación especial» existente entre ambos países, el índice de popularidad estadounidense fue del 33 %; en Francia, del 25 %, y, en Alemania, del 22 %. No va a ser fácil hacer que América sea *great again* . Los encuestados también valoraron otros tres países: China obtuvo un 31 % de aceptación; Rusia, un 27 %, y Alemania ganó con un 41 %. [45] El sondeo no incluyó el Reino Unido, por mucho que Gordon Brown estuviera convencido de que la creatividad de sus compatriotas haría del XXI «un siglo británico».

La influencia política global de Estados Unidos ya llevaba algún tiempo de capa caída, algo que a Tony Blair se le pasó completamente por alto cuando, el 13 de julio de 2003, genuflexo ante una sesión conjunta de las ambas Cámaras del Congreso estadounidense, explicó que «la teoría política más peligrosa» era la que sostenía que el poder de Estados Unidos debía estar equilibrado por otra potencia, y añadió, solo para ganarse las simpatías de los historiadores, que en ningún otro momento el estudio de la historia había ofrecido «tan pocas enseñanzas para la época actual». [46] Al igual que sus predecesores y, sin duda, sus sucesores, Blair no pudo evitar aludir a la mítica «relación especial» entre Estados Unidos y el Reino Unido. Esta «relación» es uno de los aspectos más embarazosos de la política exterior británica. Si acaso existe, se limita al intercambio de información de inteligencia y al apoyo estadounidense a la «independencia» de las armas nucleares británicas. Debería llamarse una «relación de dependencia». Esta supuesta «relación especial» nada más se la toman en

serio en el Reino Unido, mientras que, al otro lado del Atlántico, únicamente se habla de ella cuando un primer ministro británico aterriza en Washington y, tal que un pariente senil y excéntrico, hay que contentarlo escuchando sus fantasías caducas.

Sin embargo, es probable que Blair acierte con sus observaciones sobre la historia: en efecto, no hay nada que, históricamente, se parezca a Trump. Nadie puede saber qué tipo de presidente será (por mi parte, sospecho que la incertidumbre será el sello de su mandato). Su célebre pero vaga promesa de «hacer América grande otra vez» (un eslogan parecido al que utilizó Ronald Reagan en 1980, recuperado en 2006 por el periodista Peter Beinart en el título de su libro *The Good Fight: Why Liberals —and Only Liberals — Can Win the War on Terror and Make America Great Again*) sugiere que «América» ha dejado de ser «grande», pero obvia el hecho de que Estados Unidos nunca fue «grande». Las intervenciones militares norteamericanas, casi todas ellas inútiles desde el punto de vista de los intereses nacionales del país, han resultado ser, como hemos visto, un desastre casi siempre. Uno de los muchos motivos —aparte de la incompetencia militar crónica— es que la gente corriente no quiere —como es lógico— morir por su país, sobre todo si no sabe por qué. Los soldados estadounidenses quizá piensen que su nación es un faro de esperanza para el planeta, pero nunca entendieron qué hacían en Corea, Vietnam, Cuba, Afganistán, Irak, Libia, etc. «Frenar el comunismo» no parece una explicación muy convincente, ya que implica asumir que, si no se ha conseguido frenar el comunismo en Laos, Camboya o Vietnam, podría llegar de alguna manera a Laguna Beach, Palm Beach o Atlantic City. Como dijo Niall Ferguson, el pueblo estadounidense «prefiere consumir antes que conquistar». [47] Esto significa que los soldados no pueden estar destinados durante mucho tiempo y que pronto son sustituidos por otros con la misma poca experiencia (a diferencia de los vietnamitas o talibanes, que combatieron y combaten durante años).

La «grandeza» —por emplear esta terminología de macho prepotente — de Estados Unidos radica en la cultura popular (música, cine, etc.), el *software* (Apple, Microsoft, etc.) y las redes sociales (Facebook, Twitter, etc.). Aquí, en lo que el politólogo neoliberal Joseph Nye llamó «poder blando» (véase su libro *Bound to Lead: The Changing Nature of American Power* , publicado en 1990), Estados Unidos domina y seguirá haciéndolo durante algún tiempo, aunque nadie sabe cuánto. En China, el conglomerado tecnológico y de internet Tencent (uno de los grupos

empresariales más grandes del mundo, valorado en medio billón de dólares y protegido por el cortafuegos comunista) domina el mercado digital más grande del planeta. En la estela de Tencent le siguen otros gigantes chinos de la red, como JD.com, Alibaba y Baidu. A Facebook, Amazon, Netflix y Google no les faltan motivos para preocuparse.

Por lo demás, la estadounidense no es una sociedad ejemplar, como muy bien saben sus miembros más inteligentes. La división racial sigue siendo igual de profunda que antes de que saliera elegido un presidente negro. Una cantidad exageradamente grande de afroamericanos muere a manos de la policía, está en la cárcel o vive en la pobreza. Los tiroteos masivos son habituales. Según un estudio del Departamento de Educación, 32 millones de estadounidenses adultos son analfabetos. [48] En 2016, la esperanza de vida cayó por primera vez desde 1993. Cada día, más de noventa estadounidenses mueren por sobredosis de opioides en forma de analgésicos, heroína o fentanilo. [49] Esta crisis de los opioides se remonta a principios de la década de 1990, y fue causada por la prescripción excesiva de calmantes potentes (el mismo problema existía también en el Reino Unido por la misma época: en el hospital Gosport War Memorial murieron más de 450 pacientes debido a la política de los medicamentos opioides). En 2011, las prescripciones de analgésicos se triplicaron y, en 2016, se registraron 63.000 sobredosis letales (una cifra superior al número total de soldados estadounidenses muertos en Vietnam). [50]

Según el Banco Mundial, en 2016, los índices de mortalidad neonatal de Estados Unidos fueron más altos que los de Cuba y la mayoría de los países occidentales. Con cuatro por cada mil nacimientos con vida, va justo por delante de la China «comunista», con cinco.

Las desigualdades han aumentado enormemente. La brecha entre gobernantes y gobernados es mayor de lo habitual: el Congreso se ha convertido en un club formado por 245 millonarios (de 535 miembros votantes), 66 en el Senado y 179 en la Cámara de Representantes. Así, mientras el porcentaje absoluto de millonarios en Estados Unidos es del 1 %, en la Cámara Alta es del 66 % y, en la Baja, del 41 %. [51] Las divisiones políticas son más profundas que nunca y el bipartidismo en el Congreso ya era cosa del pasado en los años de Clinton y Obama. [52]

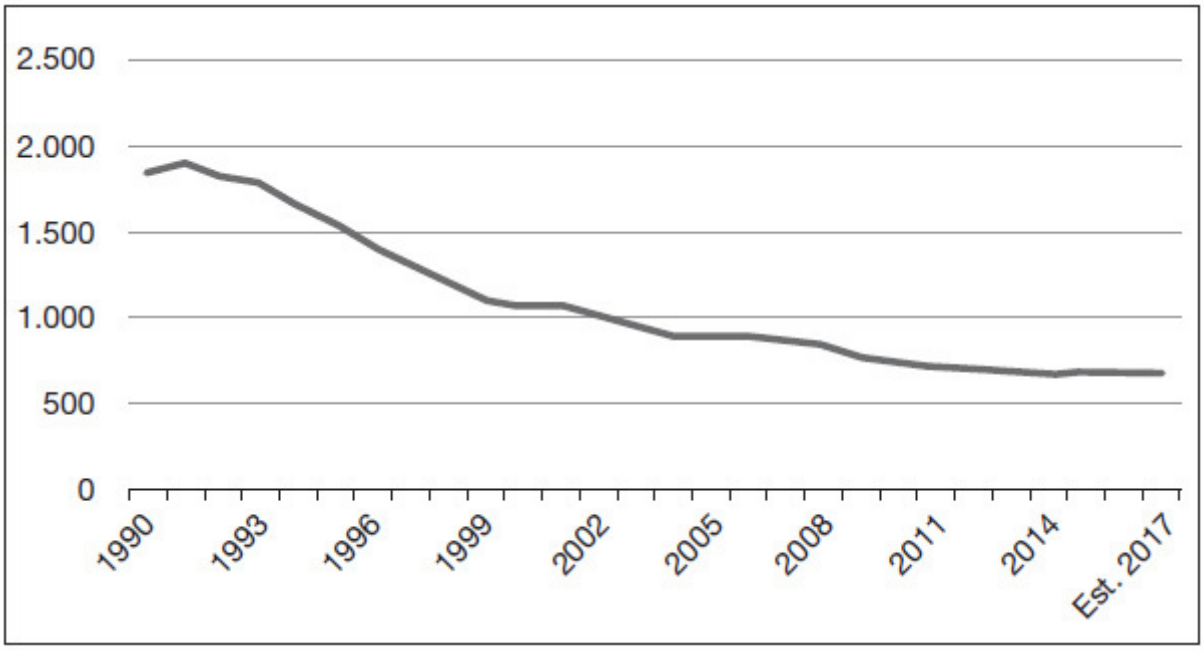
En su poco concurrido discurso de investidura del 20 de enero de 2017, Donald Trump, después de prometer «De hoy en adelante, solo va a ser América primero, América primero», no aportó ningún motivo que invitara

al optimismo:

> Madres e hijos atrapados en la pobreza de nuestras ciudades; fábricas oxidadas y esparcidas como lápidas por el territorio de nuestra nación ... y el crimen, las bandas y las drogas que se han llevado demasiadas vidas y han privado a nuestro país de un potencial desaprovechado. Esta carnicería americana se acaba aquí y ahora.

En realidad, la «carnicería» a la que se refería Trump ya hacía años que estaba en constante descenso: [53]

Crímenes con violencia por cada 100.000 habitantes (1990-2017)



La tasa de homicidios en Estados Unidos descendió hasta casi la mitad entre 1992 y 2011. Desde 2002 hasta 2011, la cifra de víctimas entre los varones fue 3,6 veces más alta que entre las mujeres, y, entre los negros, 6,3 veces más que entre los blancos. [54] En 2017, 15.613 personas fueron asesinadas intencionadamente con arma de fuego, más del quíntuple que los muertos en los cuatro ataques terroristas coordinados del 11 de septiembre de 2001, en los que murieron 2.996 personas. [55]

En 2011 murieron por homicidio 4,7 de cada cien mil estadounidenses, pocos menos que en Corea del Norte (5,2), algunos más que en Cuba (4,2) y muchísimos menos que en Honduras (90), Venezuela (53) y Sudáfrica (31). Sin embargo, la tasa en Estados Unidos es mucho más alta que la de países «avanzados» similares, como Japón (0,3), Corea del Sur (0,9), Italia (0,9, a pesar de la mafia), Alemania (0,8), Nueva Zelanda (0,9), el Reino Unido

(1), Francia (1) o Canadá (1,6). De hecho, la mayoría de los países europeos van a la cola de la clasificación internacional de índices de homicidio. China está al mismo nivel que el Viejo Continente: uno de cada cien mil. [56]

El país está cada vez más aislado internacionalmente, sobre todo en cuestiones como Oriente Próximo o el calentamiento global (que Trump considera un bulo «creado por y para los chinos para restar competitividad a la industria estadounidense»). [57]

No hace mucho tiempo, Estados Unidos también era un país «atrasado» en materia de derechos civiles. Hasta cierto punto, lo sigue estando. Hizo falta una larga batalla por las libertades para que la población de raza negra pudiera votar en los estados sureños. En algunos de ellos, las leyes que prohibían los matrimonios mIX tos (las llamadas «leyes antimestizaje») no fueron declaradas anticonstitucionales por el Tribunal Supremo hasta 1967. El origen de la sentencia, conocida como el caso Loving contra Virginia, se remonta a 1958, cuando Richard Loving (de raza blanca) se casó con Mildred Jeter (de raza negra) en Washington D. C., donde los matrimonios mixtos ya eran legales. La pareja volvió a Virginia, estado en el que siempre habían vivido, y a las pocas semanas fueron arrestados en plena noche, juzgados y sentenciados a un año de prisión. El fallo (1959) fue anulado con la condición de que la pareja viviera fuera de Virginia. En 1964, frustrados por no poder visitar a sus parientes, Richard y Mildred apelaron la sentencia. El juez de la corte de apelación, Leon Bazile, desestimó la petición declarando: «Dios todopoderoso creó las razas blanca, negra, amarilla, malaya y roja, y las puso en continentes separados ... El hecho de que separara las razas demuestra que no quiso que las razas se mezclaran». [58] Finalmente intervino el Tribunal Constitucional y, en 1967, declaró inconstitucionales las leyes antimestizaje. Sin embargo, pasó mucho tiempo hasta que todos los estados sureños acataran la ley; el último en hacerlo fue Alabama, que cambió su legislación en 2000, mucho después de la abolición del *apartheid* en Sudáfrica. Nada de todo esto debería sorprender si tenemos en cuenta que, entre 1877 y 1950, se produjeron más de cuatro mil linchamientos racistas en doce estados sureños de Estados Unidos. [59]

Quienes hoy critican al estado paternalista deberían saber que, en 1914, treinta estados de Estados Unidos no permitían contraer matrimonio a las personas con epilepsia. En 1927, en el caso Buck contra Bell, el Tribunal Supremo estadounidense dictaminó, por ocho votos a uno, que los estados

podían aplicar la esterilización forzosa a «deficientes mentales», entre los que también se incluía a los epilépticos; durante las tres décadas siguientes fueron esterilizados unos cincuenta mil. La situación en el Reino Unido no fue mucho mejor: su ley de causas matrimoniales de 1937 disponía que un matrimonio se podía anular si «cualquiera de las partes sufría arrebatos recurrentes de demencia o epilepsia durante el tiempo del matrimonio». Esta cláusula no fue derogada hasta 1971, gracias a la Ley de Nulidad Matrimonial. [60] En Japón, se calcula que unas 16.500 personas fueron esterilizadas sin su consentimiento en virtud de la Ley de Eugenesia aprobada en 1948 y en vigor hasta 1996. [61] Y hay casos peores: en la Alemania nazi, los discapacitados mentales eran exterminados.

A veces es preferible un estado «niñera» que estar a merced de determinados padres. En 2019, en California, la pareja formada por David y Louise Ann Turpin fue condenada a cadena perpetua por haber mantenido a doce de sus trece hijos, de edades comprendidas entre los dos y los veintinueve años, recluidos desde su nacimiento, a menudo encadenados en condiciones lamentables; de suministrarles apenas una comida al día; de abusar de ellos y de torturarlos. El hogar familiar estaba registrado como escuela privada y David Turpin era oficialmente el director. El estado de California no otorga licencias a las escuelas privadas y ningún departamento las regula o supervisa; solo tienen que presentar un informe anual. Como no es un estado «niñera», California carece de la facultad de vigilar, inspeccionar o supervisar escuelas privadas. [62]

Al hablar de valores (estadounidenses, británicos, franceses o de donde sean) de manera simplista, conviene saber que no todo es blanco o negro. Todas las sociedades tienen desacuerdos constantes. Antes había gente que pensaba que los homosexuales debían estar en la cárcel, que las mujeres debían quedarse en casa, que los criminales tenían que ser ahorcados, que había que decir a los negros cuál era su sitio y que era completamente lógico torturar a los prisioneros de guerra para sonsacar información. No es un pasado del que podamos sentirnos orgullosos. Quien quiera hacer «América grande», debería revisar la historia y no utilizar otra vez la palabra «otra vez».

6

Los relatos europeos

Los valores van y vienen. En el caso de Europa, son un artificio utilizado por quienes quieren fomentar determinados principios (europeos) y desacreditar otros en cuanto que «no europeos». La idea de un conjunto homogéneo de principios y valores calificables como «europeos» solamente ha existido en la mente de algunos intelectuales o como programa para el futuro, pero no como una realidad. Nunca ha habido unos valores uniformes, ni en Francia, ni en el Reino Unido, ni en Italia, ni en el Renacimiento, ni en la Ilustración. Aun así, muchos apelan hoy a «valores» de reciente aceptación como si fueran antiguos. La idea de unos «valores europeos comunes» es reciente, generalmente inventada no antes del siglo XVIII .

La idea de la unidad europea es incluso más reciente. Hace un siglo y medio, los europeos estaban atareados uniendo estados, no Europa. Hace más de ciento cincuenta años, Italia y Alemania estaban en proceso de unificación. Nadie hablaba de una Europa unida, ni siquiera Giuseppe Mazzini, que en 1834 fundó la asociación Joven Europa y dio por sentado que la unidad del continente solo llegaría después de que nacieran todos los estados nacionales. Joven Europa fue una de las muchas fantasías que tuvo Mazzini, «nada más que un sueño» («non è che un sogno mio»), como admitió posteriormente en una carta escrita el 22 de junio de 1835, el día de su cumpleaños. Pero entonces —como observó el historiador británico Eric Hobsbawm—, la mera presencia de Mazzini habría asegurado la total ineficacia de sus iniciativas políticas. [1]

Europa estaba tan dividida que, cuando los europeos pensaban en guerras, pensaban sobre todo en guerras contra otros europeos. A finales del siglo XIX , los británicos y los franceses recelaban de los alemanes; los italianos, de los austríacos; los polacos, también de los alemanes; los pueblos balcánicos, el uno del otro; los otomanos, de Europa, y los rusos —como ahora— recelaban de todo.

Lejos de unirse, los europeos se estaban preparando para las peores guerras intestinas de su historia, mucho más que la de los Cien Años, la de los Treinta Años o las napoleónicas. Hace poco más de un siglo, la primera guerra mundial (mal llamada «mundial», porque se libró principalmente en el Viejo Continente) acabó con la posibilidad de una supremacía europea global. Al terminar la Gran Guerra, los europeos más perspicaces se dieron cuenta de que su continente ya no era el centro del universo, pero muchos otros siguieron alimentando la ilusión durante los años veinte y treinta del siglo XX . Aún hoy, un buen número de franceses y británicos se comportan como si todavía tuvieran imperios.

Los británicos creían que sobre ellos recaía toda «la carga del hombre blanco», pero Rudyard Kipling, que fue quien acuñó la expresión, pensaba que ese peso debía llevarlo Estados Unidos. Los franceses tuvieron su *mission civilisatrice* y, los portugueses, su propia —y bastante ridícula— *missão civilizadora* .

Otros también se hicieron ilusiones. En 1917, los rusos iniciaron un experimento extraordinariamente ambicioso: la construcción de una potente sociedad industrial llamada a convertirse en modelo para el resto del mundo, ya que conduciría a una sociedad justa e igualitaria, sin clases ni propiedad privada. El ensayo fracasó de manera miserable y se saldó con un gigantesco coste humano. El malogrado proyecto cayó en manos de los plutócratas mafiosos, y Rusia se ha convertido en una de las grandes potencias económicas más desiguales del planeta, con el 77 % de su riqueza en manos del 10 % de la población. [2]

Los alemanes, con Adolf Hitler, también soñaron con una Europa unida bajo su liderazgo y limpia de elementos indeseables, como judíos, gitanos y eslavos. Y no nos olvidemos de Mussolini y su patético sueño de volver a las glorias del Imperio Romano.

Los países pequeños, como disfrutan de la ordinaria ventaja de ser más débiles, se han hecho menos ilusiones. Al parecer, Paul-Henri Spaak, uno de los «padres» fundadores de la integración europea y primer ministro socialista belga, dijo que en Europa solo hay dos tipos de estados: los pequeños, y los pequeños que no se han dado cuenta de que son pequeños. Francia y el Reino Unido pertenecen, sin duda, a la segunda categoría.

La segunda guerra mundial añadió cincuenta millones de víctimas a los veinte millones de la primera y completó la tarea de llevar a Europa del centro del mundo a sus arrabales.

En las dos décadas posteriores a 1945, Francia y el Reino Unido perdieron sus imperios y Europa se dividió en este y oeste. Alemania quedó partida en dos y continuó así hasta 1990, con sus nuevas generaciones demasiado conscientes del horror de las guerras y, con la lección costosamente aprendida, determinadas a abandonar todo proyecto bélico.

El sueño comunista encarnado por la URSS cayó de forma inesperada entre 1989 y 1991. La situación que hoy afrontamos y seguiremos afrontando está determinada, en gran medida, por este acontecimiento tan trascendental.

Pero permítanme volver a la cuestión de la supuesta supremacía europea. Es posible que Europa fuera «el centro del universo» en el siglo XIX , pero no había sido así antes del XVIII . Si una nave espacial repleta de sociólogos procedentes de Marte o Júpiter en misión de reconocimiento hubiera aterrizado en la Tierra en el siglo XVI o XVII , no habrían notado demasiada superioridad europea, quizá exceptuando algunos ámbitos científicos como la astronomía y la cartografía (los chinos habían inventado, mucho antes que los europeos, la brújula, el arado, la pólvora, el estribo y la imprenta).

China, el imperio mogol de la India e, incluso, Japón fueron políticamente más avanzados, tuvieron una burocracia más sofisticada, desarrollaron una medicina más avanzada y, en términos artísticos, estuvieron a la misma altura que gran parte de las obras del Renacimiento —que, por otro lado, estuvo en gran medida confinado a zonas del norte y centro de Italia, los Países Bajos y Alemania—. Asimismo, ya nadie duda de que la barbarie y la intolerancia fueron mucho más pronunciadas en Europa que fuera de ella. Antes del siglo XVIII era más seguro vivir bajo el islam, el budismo o el confucianismo que en la Europa cristiana. Y los europeos que se asentaron fuera del Viejo Continente no fueron particularmente tolerantes; pensemos, si no, en la suerte de los indios americanos o los aborígenes australianos. La barbarie y la intolerancia europeas continuaron hasta bien entrado el siglo XX , tal como deberían recordarnos Auschwitz y el gulag.

La hipótesis de la superioridad europea se gestó en los siglos XVIII y XIX . En el XVIII , esta creencia se fundamentó en los logros intelectuales de la Ilustración, su pensamiento racional y su triunfo sobre el oscurantismo clerical. La sensación de superioridad se vio reforzada en el siglo XIX ,

cuando la supremacía europea sentó sus cimientos sobre una base material más sólida: el desarrollo de una sociedad capitalista basada en la industria y la tecnología. Sin embargo, quienes hablaban de superioridad europea no se referían a todo el continente. Cuando decían Europa, pensaban solamente en una parte, la occidental.

Podemos inventarnos la Europa que queramos. La que se veía como ejemplo de modernidad y cuna de la civilización era la occidental. Cuando los pensadores europeos hablaban de Europa, no se referían a una entidad geográfica que se extendía de las costas de poniente irlandesas y la península Ibérica hasta el Cáucaso y Constantinopla, y de la gélida inmensidad del septentrión finlandés, sueco y noruego hasta la cálida isla de Sicilia. Se referían a la Europa occidental, definida de distintas maneras en distintas épocas, según quien hablara. El gran historiador Leopold von Ranke, en su *Geschichten der romanischen und germanischen Völker von 1494 bis 1514* («Historia de los pueblos romanos y germánicos de 1494 a 1514»), de 1824, excluyó explícitamente a húngaros y eslavos porque «dudaron durante mucho tiempo entre el culto ortodoxo griego o el apostólico romano»: «No podemos afirmar que estos pueblos pertenecieran también a la unidad de nuestras naciones [es decir, las latinas y germánicas]; por sus costumbres y naturaleza, están excluidos de ella». [3]

La oposición este-oeste no es nueva. La identificación de «Europa» con la Europa occidental, así como la visión negativa de la parte oriental, han sido unas creencias largamente extendidas. Voltaire, en su *Historia de Carlos XII, rey de Suecia* —uno de los superventas del siglo XVIII —, dio por sentado, no sin acierto, que sus lectores serían los habitantes de la civilizada Europa occidental y no los del norte o el este europeos. [4] En *Historia del Imperio Ruso: bajo el reinado de Pedro el Grande* , el filósofo francés observó que los reformistas, como el zar Pedro I, no intentaron emular a países distantes, como Persia o Turquía, sino que buscaron un modelo en «nuestra parte de Europa» («notre partie de l'Europe»), «donde son aplaudidos eternamente todo tipo de talentos». [5] El oeste era sinónimo de educación, progreso, laicismo y derechos humanos, e incluso derechos de las mujeres (pero no de que tales derechos existieran de verdad en Europa, tanto del este como del oeste).

Lo que no es «Europa» es territorio bárbaro: en su obra *Del espíritu de las leyes* , Montesquieu aseguraba que era en Asia donde el despotismo se había naturalizado. [6] Desde entonces, y hasta nuestros días, los europeos

orientales se han afanado por ser vistos como parte de Europa. Los polacos siempre han destacado la división existente entre ellos y los rusos «bárbaros» y, junto con los húngaros y checos, han insistido en que pertenecen a la Europa «central» y no a la «oriental». Los nacionalistas ucranianos —los del oeste— redefinen de manera constante su país como parte de Occidente y de sus tradiciones liberales, a pesar de que la historia demuestra que la mayoría de los ucranianos y rusos están íntimamente unidos, étnica y culturalmente, por un pasado común.

Algunos miembros de las élites del Imperio Otomano, China y Japón pensaban igual. Habrían querido preservar sus «almas», su cultura y tradiciones, pero también querían modernidad, creyendo que el mítico paquete occidental se podía desmontar en sus distintos componentes para poder elegir lo que uno quisiera. Se convirtieron en admiradores de Europa solo cuando Europa se hizo militarmente superior y amenazó con colonizarlos.

Esta humildad era nueva. Antes, Oriente había mirado a Occidente por encima del hombro, o, incluso, ni siquiera le había prestado atención, ya que no había nada que aprender de él. Los chinos veían a los europeos como unos bárbaros y distinguían entre «Hua» (ellos) y «Yi» (los bárbaros extranjeros). Occidente, en cambio, al menos en los siglos XVII y XVIII , estaba cautivado por el Extremo Oriente, sobre todo por el Imperio del gran Qing: sus jardines y pagodas decoraron los parques de Kew, en Londres, y Tivoli, en Copenhague; la porcelana y los armarios lacados fueron importados o imitados en Europa; los artistas rococó se inspiraron en motivos chinos, y la «sabiduría» china fue admirada (siempre hay una buena dosis de fantasía en este tipo de devoción) por los pensadores de la época. Estos bebían de testimonios que se remontaban al siglo XVI , escritos por jesuitas como Matteo Ricci (1552-1610), que se había ido a convertir infieles a China solo para descubrir la riqueza y el buen gusto, la cultura y el arte, una burocracia insólita y unos gobernantes benévolos y tolerantes. Este misionero italiano, conocido entre los chinos como Li Madou, vivió en China durante veintisiete años y tradujo al latín los Cuatro Libros de Confucio. En sus diarios (*De Christiana expeditione apud Sinas*), publicados en Occidente a título póstumo (1615), expresó su admiración por el confucianismo —y no por el budismo—. Fue acusado de haberse «nativizado» o, como dicen los ingleses, *gone native* , una expresión que se adoptó posteriormente entre los británicos para criticar a los funcionarios de

las colonias que se habían quedado prendados de la cultura local. Voltaire y Leibniz también alabaron las enseñanzas de Confucio, [7] y Hegel, a pesar de saber muy poco sobre China, dijo al respecto: «Es este imperio asombrosamente singular que asombró a los europeos, y lo sigue haciendo». [8]

Las tornas cambiaron a mediados del siglo XIX . Europa pensaba que no tenía nada que aprender, y Asia, todo lo contrario. La corte imperial china, después de haber hecho todo lo posible para evitar reformas, decidió a regañadientes aceptar la novedad. En 1901, una carta enviada a los funcionarios del gran imperio para recabar propuestas de modernización obtuvo distintas respuestas. Zhang Zhidong, gobernador de Shanxi, abogó por reconstruir China utilizando «métodos occidentales» para conseguir «riqueza y poder». [9]

También en Japón —antes que en China— arrasó la oleada de entusiasmo por el progreso occidental. Los líderes del período Meiji, al igual que las élites actuales del tercer mundo, se debatían entre la admiración y el aborrecimiento de lo occidental. Al principio, a mediados del siglo XIX , el choque con el Oeste desató un movimiento xenófobo de rechazo que, sin embargo, se transformó en un entusiasmo prooccidental generalizado en las décadas de 1870 y 1880. La época en la que Japón se consideraba una nación incomparable había acabado. Los japoneses tendrían que aprender a ser como los europeos para no sucumbir a ellos. Ahora, Oriente miraba a Occidente con miedo y admiración.

Dos guerras mundiales más tarde, fue Europa la que miró al oeste, a Estados Unidos, con miedo y admiración. Esta Europa *occidental* se sentía pequeña, amenazada, modesta y humillada. La terrible contienda había sido causada principalmente por potencias europeas occidentales (Alemania e Italia). Europa había sido liberada por la URSS, es decir, «el lado malo de Europa», y por Estados Unidos, «el lado malo del Atlántico».

La Comunidad Económica Europea (CEE) —como inicialmente se llamó— nació, en gran medida, a consecuencia de la segunda guerra mundial. Este proyecto insignificante —en comparación con la gigantesca catástrofe que había precedido su creación— fue, en sus inicios, una pequeña zona de libre comercio formada por apenas seis estados (los países del Benelux, Alemania Occidental, Francia e Italia) donde vivía una

minoría de la población del continente. Pero pronto se convirtió, de manera algo imperfecta, en el punto de mira de los sueños de unidad que muchos europeos anhelaban.

En algunos casos fueron sueños de retorno a una supuesta gloria caduca. En otros fue más bien un acto de resistencia y defensa contra el nuevo «Occidente», es decir, Estados Unidos. Y en otros fue, simplemente, una cuestión de prosperidad. Muchos aseguraron que la unidad europea evitaría otra guerra interna, como si de verdad existiera alguna posibilidad seria de que, en los años posteriores a la segunda guerra mundial, una Alemania dividida y escarmentada pudiera iniciar otro conflicto invadiendo Francia, Polonia o Bélgica; o de que Francia y el Reino Unido se declararan la guerra. Y, a pesar de ello, la idea de la paz fue un objetivo central que se repitió hasta la saciedad, como si la economía fuera un asunto demasiado sórdido para ser el cemento que mantuviera a Europa unida. Como dijo Jacques Delors, presidente de la Comisión Europea, en un discurso pronunciado el 17 de enero de 1989 ante el Parlamento Europeo: «Nadie se enamora de un mercado enorme» («On ne tombe pas amoureux d'un grand marché»). [10]

La retórica pacifista ya se había empleado con anterioridad. El 9 de mayo de 1950, con motivo del aniversario del final de la segunda guerra mundial en Europa, el ministro francés de Asuntos Exteriores, Robert Schuman, propuso la creación de una Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), precursora de la Comunidad Económica Europea, argumentando, con la típica grandilocuencia nacionalista francesa, que su país siempre había tenido como objetivo principal *servir la paix* . Estas palabras fueron pronunciadas mientras Francia estaba librando, con respaldo estadounidense, una implacable y estéril guerra colonial en Indochina. Pocos años antes, los objetivos de la política exterior francesa, plasmados en el plan Monnet, de 1946, habían incluido mantener la debilidad de Alemania y anexionar Sarre —y sus recursos minerales—. Un plan anterior, diseñado en 1944 por el entonces secretario del Tesoro de Estados Unidos, Henry Morgenthau, había propuesto destruir las principales industrias alemanas. La administración estadounidense, bajo la presidencia de Harry Truman (el sucesor de Roosevelt), frustró muy acertadamente esta empresa tan vengativa y, en su lugar, lanzó el plan Marshall. Mejor ayudar a

Alemania y Europa occidental a ser ricas y anticomunistas que pobres y abiertas a las súplicas soviéticas. Incapaz de subyugar a los alemanes, Francia decidió que lo mejor era fundirse en un pacífico abrazo con ellos.

En 1993, la Comunidad Económica Europea se convirtió en la Unión Europea. Los seis miembros originales de la CEE han pasado a ser, en distintas fases, los Veintiocho de la UE (27 si el Reino Unido se va). Cada nueva ampliación se ha contemplado como un paso más hacia la unidad europea, pero la realidad es un poco más compleja.

La Europa de la UE sigue profundamente dividida. No debe sorprender, ya que Europa nunca ha existido como una entidad unida. Ningún conquistador ni ningún país ha sido capaz de imponer su autoridad sobre los habitantes de todo el continente; ni Trajano, bajo cuyo mandato el imperio romano alcanzó su máxima extensión, ni Carlomagno ni Napoleón ni Hitler.

La evolución de la Unión Europea refleja su desunión histórica. Los estados se han ido incorporando por distintos motivos, pero nunca por amor al ideal europeo, a pesar de que la retórica política aconsejara en todo momento apelar a la aspiración europeísta. Fue el éxito económico de la CEE lo que acabó animando a los británicos, después de una época de vacas flacas en la década de 1960, a incorporarse en 1973 (tras haberlo intentado anteriormente en vano debido a la oposición de De Gaulle). Daneses e irlandeses también entraron el mismo año porque sus economías estaban estrechamente vinculadas a las del Reino Unido. Grecia, en 1981, y España y Portugal, en 1986, se incorporaron para dejar atrás su pasado dictatorial. Más tarde, en 1995, Suecia, Austria y Finlandia entraron en la UE por motivos sobre todo económicos. Finalmente, entre 2004 y 2013 se sumó casi todo el resto de los países: no solo Malta y Chipre, que no querían seguir siendo pequeños estados aislados, sino también la mayoría de los países excomunistas (fuera de la antigua URSS), porque buscaban respetabilidad y reconocimiento, porque querían establecer una clara distinción entre ellos y la historia del comunismo, porque tenían miedo de Rusia y, en especial, porque ansiaban la prosperidad que veían en Europa occidental.

Que el espíritu dominante de la Unión está orientado a las leyes del mercado no debería sorprender a ningún conocedor de su historia. Su objetivo siempre ha sido eliminar las barreras económicas internas y crear un mercado único con una moneda única. La legislación en materia social

siempre ha estado en manos de cada estado-nación. Y también la fiscalidad, principal instrumento de la toma de decisiones económicas. Se incluyeron algunas cláusulas sociales para que los sindicatos no se bajaran del carro europeo y se añadieron algunos preceptos sobre derechos humanos para complacer a los progresistas.

En cualquier caso, la economía no basta para construir una identidad.

¿Es posible construir una identidad europea? ¿Hay que construirla? ¿Qué conllevaría? El único modelo que tenemos es el de la construcción de identidades nacionales, que nos remonta al siglo XIX , cuando la historia, entonces apenas introducida como materia académica, empezaba a ser importante. La revolución romántica la había resituado como un eje narrativo en el que el pueblo podía leer su propia biografía. Los protagonistas podían seguir siendo reyes y reinas, pero solo porque representaban el «genio» de la propia nación. Los historiadores, que durante siglos habían sido lacayos de soberanos y cronistas de mentiras, asumieron una función «democrática» y, con ella, un mercado importante. Los historiadores británicos del siglo XIX , como Thomas Babington Macaulay, G. M. Trevelyan o Bishop William Stubbs, ofrecieron una visión halagüeña y completamente tranquilizadora de cómo evolucionó su país: su historia era la de una sucesión de reformas inteligentes basadas en el pragmatismo. Incluso el controvertido Oliver Cromwell, las guerras civiles de la revolución inglesa o la ejecución de Carlos I fueron plasmados en un relato de evolución pacífica y constante hacia una mayor democracia y derechos constitucionales. Una clase dirigente ilustrada y astuta cedió a la presión popular en el momento adecuado, justo antes de que las masas se transformaran en revolución violenta. A diferencia de los insurrectos franceses, los confundidos pero bienintencionados italianos, los belicosos alemanes o los irremediablemente románticos polacos, los británicos lo hicieron muy bien y los tópicos siguen dominando su visión de sí mismos.

Los franceses también utilizaron la historia como lugar sublime donde poder forjar su identidad nacional. Pensaban que un pueblo que no conociera su propia historia siempre estaría a merced de déspotas que lo embaucarían y engañarían. Había que explicarle al pueblo la «verdad» acerca de lo que era, y de ello debían encargarse los historiadores, los nuevos sacerdotes de la orden laica. Así lo pensó el gran historiador Jules Michelet. En 1846 escribió que Francia era el único país cuyos intereses estaban mezclados con los del resto de la humanidad porque era especial,

porque su gran leyenda nacional era «la única» que se había «consumado»: «Es una inmensa e incesante estela de luz, una verdadera Vía Láctea sobre la que el mundo siempre ha tenido puestos los ojos» («une trainée de lumière immense, non interrompue, véritable voie lactée sur laquelle le monde eut toujours les yeux»). En cambio, las infaustas Alemania e Inglaterra continuaron ajenas a la «gran tradición romano-cristiana y democrática del mundo» («grande tradition du monde, romano-chrétienne e démocratique»). [11]

Más de medio siglo después, Ernest Lavisse, catedrático de Historia Moderna de la Sorbona, escribió un texto de varios volúmenes, *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la Révolution* (1901), así como una serie de libros y clases para profesores de historia de las escuelas de la República. Pensaba Lavisse que a los jóvenes había que enseñarles que su deber era vengarse de la derrota de Sedán a manos de los prusianos (el elemento belicoso se fue rebajando de manera gradual) y defender los valores de la Revolución Francesa contra cualquiera que intentara reinstaurar el Antiguo Régimen. En la entrada correspondiente a «L'histoire», redactada para el *Nouveau Dictionnaire de Pédagogie et d'instruction primaire* (1911), Lavisse escribió:

> Hay un poema en nuestro pasado más lejano que debemos inculcar a las almas más jóvenes para fortalecer el espíritu patriótico. Despertemos en ellas el amor hacia nuestros antepasados galos ... Carlos Martel en Poitiers, Rolando en Roncesvalles, Godofredo de Bouillón en Jerusalén, Juana de Arco ... todos nuestros héroes pretéritos, aunque estén envueltos de leyendas.
>
> [*Il y a dans le passé le plus lointain une poésie qu'il faut verser dans les jeunes âmes pour y fortifier le sentiment patriotique. Faisons-leur aimer nos ancêtres gaulois .... Charles Martel à Poitiers, Roland à Roncevaux, Godefroi de Bouillon à Jérusalem, Jeanne d'Arc ... tous nos héros du passé, même enveloppés de légendes* .] [12]

«Leyendas», nunca mejor dicho. Carlos Martel no contuvo al islam en Poitiers en el año 732. Rolando, que murió como un héroe en Roncesvalles, no luchó contra los musulmanes (como cuenta el célebre poema épico *La canción de Rolando*), sino contra los vascones. Godofredo de Bouillón solo fue uno más de los incontables cabecillas que combatieron en la primera cruzada, etc.

En la actualidad, esta historia tan adornada se ha suavizado y los escolares franceses ya no están obligados a recitar —como sí estuvieron durante décadas— la absurda idea de que sus «ancestros» son los galos y

que el primer rey «cristiano», Clodoveo I, fue el primer rey de Francia. Entre los pocos que recuperarían gustosos este adoctrinamiento simplista se encuentra François Fillon, el candidato de centroderecha derrotado en las elecciones presidenciales de 2017. En un discurso pronunciado en agosto de 2016 prometió que, si salía elegido, nombraría una comisión de «historiadores respetables» para encargarles la elaboración de una nueva historia para las escuelas que constituyera un «relato nacional» (*récit national*), exactamente igual que Michelet en 1846. Emmanuel Macron también ensalzó el *récit national* durante su campaña electoral al declarar que había elementos en el *roman national* que los ayudan a «constituirse como nación», para luego echar mano de las *grandes figures françaises* de toda la vida, como Clodoveo I, Juana de Arco, etc. [13]

Algunos políticos británicos han replicado los mismos intentos de inculcar el nacionalismo en las escuelas. Michael Gove, siendo ministro de Educación del gobierno conservador británico, prometió ante la Cámara de los Comunes el 9 de junio de 2014 que exigiría a todos los centros educativos «promover de manera activa los valores británico». [14] El 5 de octubre de 2010, el mismo Gove, un «intelectual» sobrevalorado, se lamentó de la poca importancia que se daba en clase de Historia a Churchill, a figuras prominentes de la época victoriana y a «Gran Bretaña y su imperio». «Esta degradación de nuestro pasado debe terminar», dijo, y se quejó de que el planteamiento británico actual de la historia niegue a los niños «la oportunidad de escuchar su propio relato insular». [15]

Gove creía que le amparaba la Ley de Educación de 2002 (promulgada por un gobierno laborista) para obligar a las escuelas a enseñar los «valores británicos». Una lectura rápida de la parte relevante de la citada ley (la sección 38) revela que no existe ninguna mención de los valores «británicos»; lo único que dice es que las escuelas deben promover «el desarrollo espiritual, moral, mental y físico de los alumnos». Es un mensaje tan vago e insulso que tanto un progresista como un yihadista —la mayoría de la gente, de hecho— estarían de acuerdo en que el «desarrollo espiritual» es bueno, pero sí discreparían sobre cómo sería ese desarrollo. De hecho, en el sitio web de la Oficina de Control de los Niveles de Educación (Office for Standards in Education, Ofsted) se mencionan como valores fundamentalmente «británicos» la «democracia, el Estado de derecho, la

libertad individual y la tolerancia y respeto hacia las personas con distintos credos y creencias, y hacia las que no profesan ninguna fe». No se aclara por qué estos valores son específicamente británicos. [16]

Otro político que se ha deshecho en elogios hacia los valores británicos es Gordon Brown. En febrero de 2007, unos pocos meses antes de suceder a Tony Blair como primer ministro, Brown declaró ante los miembros del Commonwealth Club de Londres que «el Reino Unido» («Britain») tiene una «historia única», como si la historia de los demás países fuera la misma o como si las distintas partes que componen el Reino Unido (que Brown enumeró debidamente: Inglaterra, Gales, Escocia e Irlanda del Norte) también tuvieran la misma historia. Después ensalzó los «valores británicos» (de nuevo: tolerancia, creencia en la libertad, juego limpio, etc.): «Incluso antes de que Estados Unidos lo plasmara en su Constitución, este era el país de la libertad ... el Reino Unido puede reivindicar la idea de una libertad» que «surge del inmenso caudal de mareas que han bañado la historia británica; de dos mil años de sucesivas oleadas de invasiones, inmigración, asimilación y acuerdos comerciales; de una cultura singularmente rica, abierta y amplia de miras». [17] No está mal para un escocés con un doctorado en Historia que diga que Escocia e Inglaterra han compartido un mismo pasado «británico» durante dos milenios o, incluso, que ambas naciones tienen tantos años de existencia.

Se hace inevitable recordar aquí el sarcástico comentario que George Bernard Shaw escribió en plena primera guerra mundial: «He pasado gran parte de mi vida intentando hacer entender a los ingleses que estamos maldecidos por una funesta pereza intelectual, una herencia maligna...», que el dramaturgo irlandés atribuía a la suerte de disponer de un monopolio del carbón y el acero que convirtió al Reino Unido, por un instante, en una potencia suprema. [18] Un siglo después, perdura la misma pereza intelectual.

En cuanto a los valores británicos, deberíamos añadir a la lista el colonialismo, el racismo y el comercio de esclavos. También, que la pena de muerte no fue abolida en Gran Bretaña hasta 1965 (en Irlanda del Norte, en 1973), es decir, tras Portugal, Dinamarca, Italia, Alemania, Austria, Suiza, Finlandia, Suecia y muchos otros países. Que la homosexualidad masculina fue delito en el Reino Unido hasta 1967 (en Escocia lo siguió siendo hasta 1981 y, en Irlanda del Norte, hasta 1982), mientras que en Francia se descriminalizó en 1791; en los Países Bajos, en 1811; en Brasil, en 1831; en Portugal, en 1852; en el Imperio Otomano, en 1858 (cuando en

Gran Bretaña todavía podían ahorcar a los hombres por «sodomía»); en Japón, en 1880; en Italia, en 1889; en Dinamarca, en 1933; en Islandia, Suiza y Suecia, en la década de 1940; en Grecia y en Jordania, en 1951; en Tailandia, en 1956; en Checoslovaquia y Hungría, en 1961, y en Israel, en 1963. Que los judíos fueron admitidos en la Universidad de Padua en 1222, pero que en la Universidad de Oxford no pudieron ingresar hasta 1856. Que el castigo corporal fue prohibido en las escuelas polacas en 1783; en Francia, en la primera mitad del siglo XIX ; en Rusia, en 1917 (después de la revolución); en los Países Bajos, en 1920, y en Italia, en 1928 (¡en pleno fascismo!), mientras que en Inglaterra y Gales, el castigo físico no se prohibió hasta 1986, y solo en las escuelas públicas; si tus padres pagaban, te podían azotar en las escuelas privadas hasta 1998 en Inglaterra y Gales, hasta 2000 en Escocia y hasta 2003 en Irlanda del Norte —siempre a la cola cuando se trata de derechos humanos—.

Cabría añadir a este respecto que, hace relativamente poco, en 1970 o 1971 —tal como documenta una carta que el ministro laborista del Interior, Merlyn Rees, escribió al primer ministro, James Callaghan—, una serie de ministros conservadores habían dado permiso para aplicar la tortura a reclusos en Irlanda del Norte; la prueba fue ocultada al Tribunal Europeo de Derechos Humanos. [19] En 2018, la Comisión de Inteligencia y Seguridad del Parlamento británico, presidida por el diputado conservador Dominic Grieve, reveló que los servicios de inteligencia nacionales habían participado en la tortura y secuestro de sospechosos de terrorismo después del 11S, cuando Tony Blair era primer ministro y Jack Straw, ministro del Interior. [20]

¿Valores británicos? ¿Tolerancia? ¿Juego limpio?

Con todo, Occidente ha avanzado notablemente en cuestión de tolerancia. Un informe de la Asociación Internacional de Lesbianas, Gais, Bisexuales, Trans e Intersexuales (ILGA) revela que todavía hay 72 estados donde se tipifican como delito las relaciones entre personas del mismo sexo (el 37 % de los estados miembros de Naciones Unidas), 32 de ellos en África, diez en las Américas (casi todos en el Caribe) y 23 en Asia (entre los cuales están la India y Pakistán, pero no China). En algunos países está prohibido simplemente «fomentar» la homosexualidad, como en Rusia y Lituania (y también en el Reino Unido, a través de la cláusula 28 de la Ley

de Gobierno Local de 1988, derogada finalmente en 2003, tras una exitosa oposición inicial en la Cámara de los Lores). En general, Europa pasa el examen de la situación legal de los homosexuales a nivel mundial. [21]

La experiencia europea común es una mitología de progreso y misión civilizadora (que ignora la enorme deuda de Oriente), así como una historia sangrienta de guerras y genocidios. Podríamos realzar lo positivo y suavizar lo negativo, pero, afortunadamente, es muy poco probable que la historiografía actual lo haga. Después de haber conquistado la libertad profesional, los historiadores íntegros no están dispuestos a adaptar su pedagogía o sus libros a las necesidades de una «identidad europea común».

Sin embargo, las naciones y los nacionalismos son demasiado fuertes como para ser ignorados en el proyecto europeo. De hecho, de todos los documentos de la Unión Europea se desprende una enorme cautela a la hora incluir, cuando mencionan la necesidad de más cohesión e identidad común, la obligación de evitar la fragmentación, el caos y el conflicto; la conveniencia de lograr cohesión, solidaridad, subsidiariedad y cooperación, y el respeto a las actuales identidades nacionales de los estados miembros.

No creo que la identidad europea se pueda enseñar. Tampoco creo que Europa se pueda convertir en un estado-nación de estadosnación, lo cual no significa que la lenta y dolorosa construcción de la Unión Europea, a pesar de todos sus problemas, no sea lo mejor que ha pasado en la historia del Viejo Continente. Además, se han generado elementos de identidad europea gracias, en algunos países, a la existencia de una moneda común, la eliminación del control de pasaportes en el espacio Schengen o el programa Erasmus de intercambio de estudiantes universitarios. Lo que sí que no se enseña, o no lo suficiente, es la historia de otros países europeos.

Pero no olvidemos que la idea que la mayoría de la gente tiene de la historia no se basa únicamente en lo que se le enseñó en la escuela. Aprendemos historia, en parte, por los recuerdos distorsionados y los prejuicios de nuestros padres y abuelos, y, en parte, por las inconexas referencias al pasado que deducimos de los telediarios, los periódicos, los libros —en particular, las novelas— y, sobre todo, de la televisión y las películas.

Los políticos también contribuyen a distorsionar la historia cada vez que utilizan el pasado para justificar sus políticas. Cuando desean invadir un país gobernado por un dictador, lo primero que hacen es —y esto ya es

un axioma— comparar al dictador con Hitler, ya que a Hitler casi no le quedan defensores y, de entre todos los personajes históricos, es, merecidamente, la figura más denostada.

En abril de 1999, Ken Livingstone, entonces miembro del Parlamento británico por el Partido Laborista y futuro alcalde de Londres, comparó a Milošević con Hitler (véase *The Independent* , 20 de abril de 1999) al exigir una intervención «humanitaria» contra Serbia; es decir, bombardear Belgrado y su población civil. No fue el único que formuló esta petición. Bill Clinton hizo lo mismo, comparándose implícitamente con Churchill.

En agosto de 2002, el secretario de Defensa de Estados Unidos, Donald Rumsfeld, advirtió a su público del peligro de mostrarse tan «blandos» con Sadam Huseín como Europa lo había sido con Hitler. [22] En 2003 (justo antes de la invasión de Irak), Tony Blair, entonces primer ministro británico, dijo exactamente lo mismo. Quizá hubiera sido mejor ser menos intervencionista. En noviembre de 2015, Jeremy Corbyn, en aquel momento líder laborista, decidió que su partido debía oponerse a los ataques aéreos sobre Siria. 66 parlamentarios laboristas, encabezados por el ministro de Asuntos Exteriores del gabinete en la sombra, Hilary Benn, votaron en contra de Corbyn. Sin embargo, en 2013, David Cameron perdió una moción del Gobierno por 272 votos (entre ellos, 31 del Partido Liberal) contra 285 (con treinta diputados *tories* uniendo fuerzas con el Partido Laborista, liderado por Ed Miliband, incluido Hilary Benn) para bloquear la intervención británica en Siria.

El discurso que pronunció Hilary Benn en 2015 para defender la intervención fue ampliamente elogiado («Apasionado», tituló el *Daily Mirror* ; «el discurso de un verdadero líder», describió el *Daily Telegraph*). En una orgía de paralelismos históricos absurdos, y echando espuma por la boca, Benn comparó a los yihadistas de EIIL con la Alemania nazi y la Italia fascista: «Nos enfrentamos aquí a los fascistas ... Y lo que sabemos de los fascistas es que deben ser derrotados ... Por lo mismo, esta Cámara se alzó contra Hitler y Mussolini». [23]

No hace falta decir que fue un discurso de cara a la galería. Los británicos tuvieron una participación marginal en la guerra contra EIIL, tal como confirmó un incisivo informe elaborado por la Comisión de Defensa de la Cámara de los Comunes. En él se puede leer que, entre septiembre de 2014 y mayo de 2016, los ataques aéreos británicos en Irak fueron únicamente el 7 % del total y solo el 4 % de los realizados entre diciembre

de 2015 y mayo de 2016. Mark Carleton-Smith, jefe adjunto del Estado Mayor (Operaciones y Estrategia Militar), admitió a la comisión que, en Siria, el Reino Unido no tuvo más que una «participación marginal». [24] Y si esta participación incluyó ataques aéreos, fue porque el Ejército Británico apenas era operativo. Tanto le cuesta reclutar soldados que, en la actualidad, intenta animar a mujeres, homosexuales y minorías étnicas a unirse a los menos de ochenta mil soldados profesionales. Según explicó un recluta gay, un joven con una cualificación aceptable podría ganar más de «las 17.000 libras que se cobran en North Yorkshire por andar a gatas sobre el barro bajo la lluvia». [25]

La derrota de ISIS fue el resultado de una combinación de poder aéreo ruso, milicias chiíes de tierra con apoyo iraquí, guerrillas de Hizbulá ayudadas por Irán, el Ejército sirio y las fuerzas kurdas respaldadas por los estadounidenses desde el aire. La recuperación de Mosul de manos de EIIL en julio de 2017 fue obra de las fuerzas del gobierno iraquí apoyadas por la aviación estadounidense con una exigua contribución de los británicos, quienes, por lo visto, también ayudaron a aumentar la terriblemente elevada cifra de bajas civiles. [26] En octubre de 2017, Al Raqa, la supuesta «capital» del supuesto «califato», fue recuperada por las tropas sirias kurdas con la ayuda de ataques aéreos estadounidenses. Una ciudad que había tenido doscientos mil habitantes yacía ahora «en pedazos», según la revista *Time* , «con prácticamente todos los edificios dañados o destruidos». [27] De acuerdo con un informe de Amnistía Internacional (5 de junio de 2018), las fuerzas de la coalición liderada por Estados Unidos destruyeron la ciudad y mataron a cientos de civiles en el proceso de su «liberación» de las garras de EIIL. [28] Demasiada destrucción para una intervención humanitaria. Guerras como esta conllevan de manera inevitable un número considerable de bajas civiles, como explicó el general Rupert Jones, entonces el militar británico de más alto rango en Irak: «La guerra es un “infierno” y es imposible derrotar a EIIL sin matar a civiles». [29]

Es probable que el conflicto en la zona se siga extendiendo y se complique todavía más con la intervención turca, pero la participación británica ha sido (y seguirá siendo) tan irrelevante como Hilary Benn y sus ridículas comparaciones de EIIL con Hitler.

Este tipo de símiles están ya muy vistos. En 1956, el primer ministro británico, Anthony Eden, y el líder de la oposición, Hugh Gaitskell, compararon a Gamal Abdel Naser con Hitler por haberse atrevido a

nacionalizar el canal de Suez. El 15 de febrero de 1984, en una sesión del World Affairs Council de Boston, el secretario de Estado de Estados Unidos, George Shultz, dijo que Nicaragua se parecía «a la Alemania nazi». En marzo de 2014, Hillary Clinton, ya exsecretaria de Estado pero todavía una belicista en materia de política exterior, comparó la ocupación de Crimea por parte de Putin con la crisis de los Sudetes desencadenada por Hitler en 1938. Algún parecido hay, por supuesto, pero la palabra «Hitler» no evoca solamente la región checa de los Sudetes, sino que también trae a la memoria Auschwitz, el genocidio o la segunda guerra mundial, y quienes hacen este tipo de comparaciones son del todo conscientes de que la simple mención de Hitler basta para invocar al monstruo. Es como decirle a alguien que no come carne: «Ah, vegetariano, como Hitler».

En su discurso de aceptación del premio Nobel de la Paz pronunciado en Oslo el 10 de diciembre de 2009, Barack Obama comparó a los líderes de Al Qaeda con Hitler. [30] Más recientemente, en marzo de 2018, a raíz del intento de atentado —en teoría orquestado desde Moscú— de Serguéi Skripal (el ciudadano ruso que espió para el Reino Unido y fue intercambiado posteriormente por espías rusos en Occidente) y su hija en Salisbury, Boris Johnson, espoleado por el parlamentario laborista Ian Austin ante una comisión restringida de Asuntos Exteriores, exigió la retirada de la selección inglesa de la Copa del Mundo de fútbol —organizada por Rusia— y, con la sutileza que lo caracteriza, convino con Austin en que Putin iba a utilizar la competición igual que Hitler había utilizado los Juegos Olímpicos de 1936. La absurda salida de tono de Johnson, una de tantas, no pasó a más. El exlíder conservador Iain Duncan Smith, en un artículo publicado en junio de 2018 en el *Daily Mail* —¿dónde, si no?—, comparó el talante contemporizador que la Confederación de la Industria Británica (Confederation of British Industry, CBI, el principal sindicato patronal británico) había mostrado con Hitler en la década de 1930 con la actual oposición de la misma al *brexit* (los *tories* fueron los más contemporizadores en la época de entreguerras, pero ¿de qué sirve la historia si lo que quieres es marcar un gol en un debate?). [31] La estadounidense Madeleine Albright, cuyos conocimientos de historia no han mejorado desde su época de secretaria de Estado, llama «fascista» a todo aquel que no le cae bien, como el dictador norcoreano Kim Jong-un, mientras que Trump es, para ella, un fascista en potencia. [32] Y cómo

olvidarnos del príncipe Mohamed bin Salmán, el gobernante *de facto* de Arabia Saudí, que declaró que «el líder supremo iraní hace bueno a Hitler». [33]

Estas declaraciones solo confirman la llamada «ley de Godwin» —por el abogado estadounidense Mike Godwin—, según la cual, a medida que avanza un debate político, aumenta la posibilidad de establecer alguna comparación en la que intervenga Hitler, siendo la figura del dictador nazi poco más que una metáfora de «la peor persona imaginable y que todo el mundo conoce». En la Edad Media fue Satán. Hitler, por lo menos, existió de verdad.

Fuera de Hitler, la historia que se imparte habitualmente en las escuelas de la mayoría de Europa consta de un pilar fundamental, que es la historia del propio país, aderezada con una pizca de historia grecorromana, nuestro supuesto patrimonio común (una noción inventada hace varios siglos); algún que otro suceso importante (la peste negra, la Revolución Francesa) y algunos hitos relevantes (como el Renacimiento y la Ilustración), casi siempre reducidos al ámbito del propio país.

Los pueblos de los estados-nación europeos no eligieron su nación. El sentimiento nacional y la construcción de la nación les fueron impuestos. Finalmente se han convertido en ciudadanos británicos, alemanes, franceses, italianos, españoles o belgas. Puede que se hayan sentido escoceses o córnicos, gascones o bretones, bávaros o prusianos, sicilianos o piamonteses. Muchos todavía se sienten así, pero, al final, gracias a una burocracia y un sistema educativo que les han proporcionado un idioma común y una historia «común», y gracias también a las guerras, los himnos nacionales, los torneos deportivos, el concurso de canciones de Eurovisión, la radiodifusión nacional y un sinnúmero de iniciativas más, los europeos han aprendido a identificarse con un conjunto particular de instituciones políticas que llaman «nación».

En muchos casos, un cúmulo de circunstancias políticas fortuitas ha llevado a los habitantes de una región particular a desarrollar un espíritu nacional. La gente de Niza es francesa y buena parte de ella está, probablemente, orgullosa de ello, pero hasta 1860, la ciudad había pertenecido al Reino de Cerdeña (Piamonte) y sus habitantes hablaban el nizardo, un dialecto del occitano. En 1860, el emperador Napoleón III se quedó con la ciudad y sus alrededores a cambio de la ayuda militar que había prestado al Reino de Cerdeña durante la guerra contra Austria (1859).

Entonces, Niza y sus habitantes pasaron a ser «franceses» y, sin duda, pronto se sintieron tan patriotas como los nacidos en Lille (que no fueron «franceses» hasta 1668) o Lyon. Si la anexión napoleónica no se hubiera producido, la Riviera italiana sería ahora más extensa, los turistas saborearían *zuppa di pesce* en vez de *bouillabaisse* , y los forofos del fútbol locales animarían a la selección italiana en vez de a la francesa.

Permítanme poner un ejemplo imaginario. Supongamos que ocurre un hecho terrible en el Reino Unido (una crisis económica de grandes proporciones provocada por el *brexit* , por ejemplo), algo que lleva a escoceses, irlandeses e incluso galeses a pensar que estarían mejor si se independizaran. Inglaterra se quedaría sola. Imaginemos, además, que la crisis fuera tan grave que otras regiones de Inglaterra decidieran que también quieren la independencia, quizá Cornualles. Hoy hay un partido nacionalista de Cornualles, pero casi nadie se lo toma en serio —tampoco antes se tomaba en serio a los nacionalistas escoceses—. Imaginemos que Cornualles se independiza. Sería factible, ya que tiene una población de 530.000 habitantes (los mismos que Luxemburgo) y una extensión de 3.563 km^2 (más que Luxemburgo). El nuevo gobierno nacionalista empezaría inmediatamente a construir una identidad y una cultura córnicas. Hoy en día se calcula que solo hay tres mil personas, como mucho, que hablen el idioma córnico (o *kerneweg*), pero el nuevo gobierno podría obligar a las escuelas a enseñarlo. Al fin y al cabo, en 2002, el entonces gobierno laborista británico, tal vez en un intento desesperado de congraciarse con algunos electores (hay muy pocos simpatizantes laboristas en Cornualles), solicitó que la región fuera incluida en la Carta Europea de las Lenguas Minoritarias o Regionales. Como la Unión Europea promueve las identidades regionales locales, en 2005 destinó 80.000 libras esterlinas al fomento del córnico; no es mucho, pero equivale al salario de un par de maestros de escuela. En 2014, la UE reconoció el córnico como grupo minoritario nacional.

Cornualles es una de las regiones más pobres del Reino Unido. De hecho, es una de las más pobres de la Unión Europea y recibe fondos comunitarios —lo cual no ha impedido que sus habitantes votaran a favor del *brexit* en 2016, probablemente con la falsa esperanza de que, una vez que el Reino Unido se haya ido de Europa, Londres subvencione la recuperación de la economía córnica—. [34]

Pero, en nuestro ejemplo ficticio, el nuevo gobierno independiente de Cornualles podría imponer la condición de que, para acceder a un empleo público, fuera obligatorio hablar córnico o tener la voluntad de aprenderlo. Entonces, las autoridades también subvencionarían un diario en córnico (hoy, uno de los periódicos locales publica de manera ocasional un artículo en este idioma). No existe literatura en córnico de la que se pueda hablar, lo cual no sería óbice para que el nuevo gobierno imaginario no se apropiara de algunas figuras literarias relacionadas con Cornualles, como el nobel William Golding, autor de *El señor de las moscas* , o el poeta y novelista D. M. Thomas, autor de *The White Hotel* , ambos nacidos allí; o que no hayan nacido necesariamente allí, como la escritora londinense Daphne du Maurier, que vivió y situó la trama de casi todas sus obras en Cornualles. De hecho, en su última novela, *Rule Britannia* , la autora se inventa un movimiento secesionista córnico que es reprimido por una fuerza expedicionaria estadounidense. [35] Un Cornualles independiente también se apropiaría de los relatos folclóricos antiguos, como el de Tristán e Isolda, gran parte del cual se desarrolla en tierras córnicas y en el que Richard Wagner se basó para componer su famosa ópera después de haberse inspirado en el relato escrito en el siglo XIII por un alemán, Gottfried von Strassburg, quien, a su vez, tomó prestada la historia al poeta —posiblemente de origen normando— Tomás de Inglaterra, que la había escrito en *langue d'oïl* , es decir, en francés antiguo. En resumidas cuentas, todo muy poco córnico.

Al cabo de algunas décadas de intervención pública sistemática, quizá incluso antes, Cornualles se habrá convertido en una nación orgullosa de sí misma, como todas las demás.

Para construir una nación, lo mejor es tener un estado, subir los impuestos, controlar la educación y los medios de comunicación y disponer de un ejército y fuerzas policiales. La Unión Europea no dispone de estos mecanismos y muy poca gente querría que los tuviera. Es imposible construir una identidad europea de la misma manera que se construyó la identidad francesa, británica o alemana.

Es más, ahora mismo, mientras el estado-nación sigue siendo el principal eje identitario, una creciente proporción de europeos está enfadada con sus políticos y vota, cada vez más, a partidos «antisistema» y euroescépticos de derechas, a partidos que invocan al fantasma de los peligros de la inmigración, o ya ni siquiera vota. También vota a personas

que nunca se han dedicado a la política, como si una carrera en el sector inmobiliario o la televisión (Donald Trump y Silvio Berlusconi), la banca (Emmanuel Macron), el espectáculo (Beppe Grillo) o la industria alimenticia (el checo Andrej Babiš) ofreciera mayores garantías de integridad política. También en el caso de Jeremy Corbyn, su obvia falta de interés por los partidos políticos convencionales —a pesar de haber hecho política desde siempre— ha sido uno de sus activos principales.

Los comentaristas dicen que «el pueblo» está enfadado con «las élites». Habría que dedicar más tiempo a examinar por qué la calidad de los políticos en Occidente ha degenerado tanto. Espero que comparar positivamente a viejos líderes como Harold Macmillan, Harold Wilson, incluso Margaret Thatcher, Helmut Schmidt, Willy Brandt, Konrad Adenauer, Alcide De Gasperi, Giulio Andreotti, Enrico Berlinguer, Aldo Moro, Charles de Gaulle, François Mitterrand, Adolfo Suárez, Felipe González, Andreas Papandréu y su padre, Yorgos, con sus sucesores no equivalga a decir que «cualquier tiempo pasado fue mejor». Pero no han sido los grandes hombres (y mujeres) los que han marcado la diferencia. Son las circunstancias las que los hicieron grandes. ¿Dónde estarían Roosevelt, De Gaulle y, sobre todo, Churchill sin la segunda guerra mundial? Y muchos rusos no habrían lamentado la muerte de Stalin en 1953 si, en vez del vencedor de la guerra, hubiera sido visto como el asesino paranoico que en realidad fue. Cuando corren tiempos mórbidos, la metáfora latina «nanos gigantum humeris insidentes» («somos como enanos a hombros de gigantes») no se sostiene. Vivimos en un tiempo de pigmeos que no se acuerdan de los gigantes.

7

¿Implosiona Europa?

En teoría —y he aquí una paradoja—, lo normal sería que los europeos, decepcionados con sus políticas nacionales, buscasen dirección y liderazgo en la Unión Europea, pero su enfado con la clase política los ha llevado a oponerse al proyecto paneuropeo de sus líderes nacionales.

Pero ¿por qué hay tanta gente enfadada o, por lo menos, decepcionada? Los europeos nunca han sido tan ricos como hoy y nunca han vivido un período de paz y prosperidad tan largo como el nuestro. En el adverso clima económico actual, la Unión Europea puede parecer irrelevante, una cuestión secundaria o un obstáculo, pero la UE no ha sido la causante de la recesión global de 2008, no ha provocado el traslado de las manufacturas a China u otros países (al contrario, ha intentado detener la tendencia), no ha alimentado el poder creciente de las finanzas y los bancos, y no ha causado desigualdades. Quizá no sorprenda que el proyecto europeo haya fracasado a la hora de conquistar las mentes y los corazones de tanta gente, ya que, para convertirse en el eje de la vida política, la Unión Europea necesitaría mucho más poder del que posee en la actualidad. Pero para conseguir más poder, necesita el apoyo de los ciudadanos europeos, y para ello debe conquistar sus corazones y sus mentes. En este círculo vicioso, en este atolladero, se encuentra ahora la UE.

¿Querían los europeos una Unión cada vez más estrecha? Obviamente, no. ¿Querían una Europa más orientada todavía a las leyes del mercado? Probablemente, no. ¿Quieren una Europa «social»? Ciertamente, sí, lo cual no sorprende, ya que nadie quiere pensiones más bajas, salud pública cara, jornadas laborales largas ni falta de prestaciones para las familias jóvenes.

Se intentó dotar a la Unión Europea de una Constitución con la esperanza de que sus habitantes vieran en ella una declaración de principios unificadora, pero lo único que se consiguió fue agravar el problema. La Constitución se convirtió en un factor de desunión. Según cuentan, Napoleón dijo que una Constitución debía ser *courte et obscure* . La

fracasada y ya olvidada Euroconstitución de 2005 solo pasó medio test napoleónico. Era oscura, pero no precisamente breve: casi cuatrocientas páginas divididas en 488 artículos. La ambigüedad es un arma de doble filo. Por un lado, permite unir a los que quieren estar unidos y encontrar algo positivo en el texto, pero, por otro lado, divide a los que están determinados a sacar a la luz un dictamen negativo. Es lo que ocurrió con la Constitución rechazada por franceses y holandeses en sendos referéndums celebrados en 2005 y reconvertida más tarde en el tratado de Lisboa, en vigor desde 2009.

Es innegable que el espíritu impulsor de la Constitución fallida (como la mayoría de las iniciativas de la UE) era el de una Europa «de mercado» más que el de una Europa «social». El documento era, como todos los de este tipo, un toma y daca. Pero el toma y daca reflejaba una realidad política, un equilibrio de fuerzas determinado, y dicho equilibrio presentaba una Europa social a la defensiva y una Europa de mercado a la ofensiva.

La idea vencedora, expresada por prácticamente todos los conservadores e, incluso, algunos de la «izquierda», es que los principales impedimentos al progreso económico en Europa son la rigidez del mercado laboral y el exceso de prestaciones sociales, y que la desregulación y la privatización, dentro de unos límites, ampliarían oportunidades y resolverían problemas. Así, la visión liberal se ha adueñado del discurso económico de los principales partidos políticos europeos. Para ellos, la verdadera libertad reside en el mercado, una noción que Marx denunció con sarcasmo cuando escribió que el mercado, donde coinciden «el poseedor del dinero y el poseedor de la fuerza de trabajo» (es decir, el obrero), «es, de hecho, el verdadero paraíso de los derechos del hombre. Allí solo reinan la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham». La libertad, porque ambas partes «solamente obedecen a su libre voluntad. Contratan como agentes libres». La igualdad, porque cada uno «intercambia equivalente por equivalente», es decir, salarios a cambio de trabajo. La propiedad, porque «cada uno dispone únicamente de lo que es suyo. Y Bentham, porque a cada uno solo le mueve su interés». Y añade Marx: «... nadie se preocupa de los demás», y, al final, todo se resuelve de la mejor manera «para el beneficio común y el interés general». [1]

Este se ha convertido en el relato global más importante de nuestra era, no porque haya funcionado —que no es el caso—, sino porque lo han promovido los actores hegemónicos del sistema financiero mundial, desde Washington y Londres hasta el FMI y el Banco Mundial. Los responsables

de las finanzas mundiales son unos completos incompetentes. Por ejemplo, y por citar solo a uno, Robert Rubin, secretario del Tesoro de Estados Unidos entre 1995 y 1999 y uno de los principales arquitectos de las medidas de desregulación de Clinton y de la derogación de la Ley Glass-Steagall de reforma bancaria de 1933. Rubin fue aquí un «máster del universo», un hombre que, después de haber trabajado durante veintiséis años para Goldman Sachs (llegó a presidir la compañía) y ser nombrado presidente de Citigroup, no vio venir la crisis de las hipotecas de alto riesgo (cosa que tampoco le impidió disfrutar, tras su jubilación, de una prima de 126 millones de dólares en efectivo y acciones). Por supuesto, el Tesoro estadounidense tuvo que rescatar a Citigroup abonándole la bonita suma de 476.200 millones de dólares en efectivo y avales. [2] Mientras tanto, *The New York Times* publicaba sarcásticamente: «Puede que el Citi no duerma nunca, pero estaba roncando». [3] Por desgracia, Rubin no fue el único incompetente al mando del «universo».

Joseph Stiglitz, Nouriel Roubini y personajes como el gestor de fondos de inversión libres Michael J. Burry habían visto venir la catástrofe; también Doris Dungey, que trabajaba en el sector hipotecario y escribía el blog *Calculated Risk* bajo el pseudónimo de Tanta (y que murió de cáncer a los cuarenta y siete años). Por desgracia, a diferencia de Bob Rubin y sus amigos, Dungey nunca estuvo a cargo del «universo».

Al principio, la recesión global (que muchos compararon con el Crac de 1929) apenas hizo mella en el pacto universal por una economía de mercado neoliberal. La victoria del capitalismo parecía confirmada. Se puede decir que un sistema social ha triunfado no cuando todo va bien, sino cuando entra en crisis y todo el mundo intenta salvarlo. Todos permanecieron unidos en torno a la idea de que el capitalismo sin regulación era lo mejor (como si los mercados no necesitaran estados). No es este un programa desde el que se pueda construir la unidad. La unidad necesita normas consensuadas, no la ausencia de ellas. La Europa neoliberal es un oxímoron.

La unidad y la identidad europeas tampoco se podrían construir sobre la base de una competición de políticas militares o de poder. En la mayoría de los asuntos internacionales, ya sea la crisis que destruyó la antigua Yugoslavia, las numerosas crisis que afectan a Oriente Próximo, las guerras

en Irak y Afganistán, la guerra civil en Siria o la catástrofe que sufrió Libia tras la caída de Gadafi, nunca se alcanzó ni pudo alcanzarse una postura europea común, y, si la hubo, fue ineficaz.

La guerra de Irak fue un ejemplo particularmente dramático de la dificultad de fundar una unidad europea. Los dos países considerados los ejes de la integración europea, Francia y Alemania, se mostraron contrarios a la intervención militar, pero no consiguieron sumar a la mayoría de los países europeos restantes. Los sondeos demostraron que gran parte de la opinión pública europea estaba en contra de la guerra, incluso antes de conocerse la magnitud del desastre iraquí. Quizá los que pensaban así eran los habitantes de lo que Rumsfeld llamaba, en tono peyorativo, la «vieja Europa» (es decir, los países que, como Francia y Alemania, no le creían a ciegas), y no los de la «nueva Europa» (los que sí le hacían caso, sobre todo aquellos que buscaban protección estadounidense contra Rusia). El Reino Unido, con un Blair «codo con codo» con George W. Bush, apoyó totalmente a Estados Unidos. Blair no dejó de repetir el mismo mantra («Pensé que era lo correcto») cuando ya todo el mundo había aceptado que era una decisión equivocada. Irak no representaba ninguna amenaza, no tenía armas de destrucción masiva y los inspectores de la ONU ni siquiera habían finalizado su labor sobre el terreno (además, tampoco encontraron nada). Nadie sabe cuántos iraquíes murieron, pero sí sabemos que cuatro mil estadounidenses perdieron la vida. Sabemos que más de dos millones de iraquíes huyeron a otros países y que 1,5 millones fueron desplazados. Coches bomba, ataques suicidas, asesinatos sectarios, tácticas contra la insurgencia y ataques aéreos por parte de Estados Unidos produjeron una catástrofe humanitaria de dimensiones dramáticas. [4] El país nunca se recuperó, y Blair sigue pensando que aquello fue «lo correcto».

Prácticamente todos los suníes vieron la invasión como una humillación encaminada a poner a la mayoría árabe chií en el poder. [5] Las autoridades estadounidenses no consiguieron entender la importancia y la dinámica de la política local en Irak, y por ello han fracasado de manera estrepitosa en sus sucesivos intentos de construir una nación iraquí. [6] El Reino Unido lo hizo igual de mal. En ninguna parte del ingente material desclasificado que se presentó en la Comisión Chilcot de investigación sobre la participación británica en la guerra de Irak se puede encontrar un mínimo análisis de las posibles consecuencias de una invasión. [7]

En sus autoindulgentes memorias, un Gordon Brown lleno de rencor hacia Tony Blair escribió poco convencido (después de insinuar que él no tuvo nada que ver con la decisión y echando la culpa a los demás): «Tras haber repasado toda la información *actualmente* disponible [la cursiva es mía; Brown escribió su autobiografía en 2007] ... todos fuimos engañados en relación con la existencia de armas de destrucción masiva». [8] En enero de 2003, Rumsfeld había declarado, con la misma falta de diplomacia que más tarde demostraría Trump: «Considerando la Europa de la OTAN en su conjunto, el centro de gravedad se está desplazando hacia el este y hay muchos miembros nuevos. La práctica totalidad de los países europeos no están con Francia ni Alemania, están con Estados Unidos». Los gobiernos de París y Berlín se indignaron. [9] Por entonces, el analista político neoconservador Robert Kagan, en su ensayo *Of Paradise and Power: America and Europe in the New World Order* , se había sacado de la manga una frase afortunada (afortunada porque los periodistas la repetían hasta la saciedad sin haberse tomado la molestia de leer el libro): «Los estadounidenses son de Marte y los europeos son de Venus»; a la vez que añadía: «[Estados Unidos y Europa] están de acuerdo en muy poco y se entienden cada vez menos». [10] (La frase tampoco era suya: John Gray, el gurú de la autoayuda, ya había publicado en 1992 su éxito de ventas *Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus* , cuyo subtítulo original rezaba: «Una guía práctica para mejorar la comunicación y conseguir lo que quiera de sus relaciones».)

El análisis de Kagan es, al menos en parte, puro sentido común: si uno tiene poco poder, es poco probable que inicie una guerra. «Los estadounidenses», explica Kagan —admitiendo que su explicación es una simple caricatura—, se creen que viven «en un mundo hobbesiano anárquico» donde solo estás seguro si machacas a los demás; los europeos, en cambio, son «kantianos» y desean vivir en un mundo de leyes y normas de negociación y cooperación. [11] Los europeos podrían tomarse esta visión como un cumplido, ya que confirma la idea de que son unos diplomáticos sofisticados y sutiles que han leído a su Maquiavelo, mientras que los estadounidenses son unos matones belicistas e inconscientes. Entonces, parafraseando al psicólogo humanista Abraham Maslow, los norteamericanos serían lo más parecido a alguien blandiendo un martillo y para quien todos los problemas son clavos. [12]

Muchos en Washington interpretaron que lo que Kagan había querido decir era que no se podía confiar en los europeos como ayudantes en la vigilancia del mundo y que Estados Unidos debía ir por su cuenta. La pobre opinión que algunos asesores del gobierno estadounidense han tenido de la Unión Europea quedó corroborada, de manera involuntaria, por Victoria Nuland, secretaria de Estado adjunta de Estados Unidos y, sin ir más lejos, esposa de Robert Kagan, cuando, en una conversación telefónica filtrada, exclamó a su embajador en Ucrania durante la crisis de 2014 en el país del mar Negro: «Fuck the EU» («Que jodan a la UE»). [13]

Cuando se trata de cuestiones esenciales de política internacional, no hay una voz europea única, una «Venus» europea que contrarreste al «Marte» estadounidense, no hay posiciones, iniciativas o soluciones europeas. Nadie pide consejo a Europa. La figura del «ministro de Asuntos Exteriores» europeo, que no es más que un político sin poder que actúa como mediador, revela la quimera de una política exterior europea común.

Como declaró en 1991 el ministro de Asuntos Exteriores belga, Mark Eyskens, justo cuando se estaba fraguando la primera guerra contra Irak, recurriendo a una cita harto conocida: «Europa es un gigante económico, un enano político y, peor aún, un gusano hasta que no decida desarrollar una capacidad defensiva propia».

No puede ser de otra manera. Los europeos saben muy poco los unos de los otros. Ni siquiera saben cuáles son las canciones pop, los libros más vendidos ni los programas de televisión más vistos de los otros estados miembros. El único país del que todo ciudadano europeo sabe más que de cualquier otro de la Unión es Estados Unidos. El cine, la literatura y la música se han encargado de ello. Pero los medios de comunicación también tienen parte de culpa. Las elecciones celebradas en un país europeo apenas tienen cobertura informativa en el resto de los vecinos de la Unión; solamente las francesas, las británicas y, de manera ocasional, las alemanas captan algo de atención. En el noticiario de las 10 de la BBC del 5 de marzo de 2018, las trascendentales elecciones generales que se acababan de celebrar en Italia, y que supusieron la destrucción del centroderecha, la humillación de Berlusconi y las victorias de la xenófoba Liga y el euroescéptico Movimiento 5 Estrellas, fueron relegadas al séptimo lugar en la escaleta informativa y ventiladas en tres minutos. No es de extrañar, pues, que pocos europeos sepan cómo se llama el primer ministro de la mayoría del resto de países de la Unión, incluidos los grandes, como Italia. Las

elecciones estadounidenses, en cambio, son examinadas, analizadas, diseccionadas y comentadas sistemáticamente en Europa. Semejante nivel de atención no es caprichoso, ya que a cualquiera de nosotros, por motivos obvios, nos interesa más saber quién será el próximo presidente de Estados Unidos que quién será el futuro primer ministro de Bélgica o Rumanía, aunque esto no justifica la falta de interés por otros países.

Entonces ¿qué puede hacer Europa? Debería mirar menos al pasado y más al tipo de futuro que quiere, y, sobre todo, qué puede mostrar al mundo. Europa es un espectáculo de 28 países (27 cuando el Reino Unido se haya ido) con historias e idiomas distintos y, en cierto modo, no mucho en común, pero que, contra todo pronóstico, han intentado encontrar una manera de convivir. Europa podría demostrar a los restantes doscientos y pico países del resto del mundo que la convivencia puede ser difícil, pero que no hay otra alternativa a la cooperación. Intentar fundar un «nuevo orden mundial» (por utilizar la expresión empleada por George Bush padre en la sesión conjunta del Congreso de Estados Unidos justo antes de la primera guerra del Golfo) es cosa del pasado. Ya hemos visto lo frívola que resulta esta idea. Al final, no ha habido orden —ni nuevo ni viejo— para Irak, ni tampoco para Afganistán, Siria o Libia.

Hemos aprendido a las malas que no existe ningún plan general para Europa, ni tampoco ninguna varita mágica. Lo que hay es la dura labor de establecer unas normas de convivencia con las que, como mínimo, construir modestamente sobre algo real; algo que los europeos ya intentaron en el pasado y que, esperemos, sigan haciéndolo en el futuro. Por supuesto, convivir tampoco sale barato.

Lo que caracteriza a Europa —o, como mínimo, a Europa occidental— es una especie de capitalismo social que, sin embargo, también corre un grave peligro. Lo que diferenciaba a los estados-nación europeos de los otros dos modelos principales de capitalismo avanzado (Estados Unidos y Japón) eran unos sindicatos y unos partidos socialdemócratas relativamente fuertes. No obstante, como hemos visto, su poder y ambición se han visto bastante reducidos. Quizá estén condenados. Además, como buena parte de la Europa «social» depende de cada estado-nación —la principal fuente de identidad—, la Unión Europea no puede considerarse el pilar de una verdadera Europa social.

Hay, por supuesto, elementos «sociales» de importancia en la Unión Europea actual, especialmente en cuanto a normativas de derechos laborales, educación, sanidad y medioambiente. Estas han desempeñado la función positiva de hacer que un amplio sector de la izquierda socialdemócrata haya aceptado la integración y abandonado su estrecha e inútil visión de construir el socialismo o, como dicen hoy, el capitalismo social en un país. El resultado es que Europa occidental, junto con Japón y Singapur, ha adelantado a Estados Unidos en la lista de países con el nivel de vida más alto del mundo.

Sin embargo, los elementos sociales de la Unión siempre se han diseñado para garantizar una competencia funcional. Su objetivo ha sido crear un terreno de juego con igualdad de condiciones dentro de los mercados europeos y que redujera las peores prácticas de *dumping* social a través de una equiparación de la jornada laboral o del establecimiento de un salario mínimo legal. Incluso aquí, como ya se ha apuntado, no hay unanimidad y algunos estados miembros, como los países escandinavos (cuyos sindicatos son relativamente fuertes) o Austria, Italia y Chipre, no tienen ningún salario mínimo establecido por el gobierno, y en Alemania no se introdujo hasta enero de 2015.

Los votantes de los países europeos con un estado del bienestar avanzado no quieren ver reducidas sus prestaciones sociales —lo cual es lógico, por otra parte—. Sus mecanismos de atención médica son mejores que los de Estados Unidos, como también lo son sus niveles de protección medioambiental. Sin embargo, los países con un nivel de protección social limitado —la mayoría de los nuevos estados miembros— saben que su única ventaja competitiva reside en los salarios bajos, una fiscalidad también baja y prestaciones sociales limitadas, y se ven obligados a aplicar políticas de más recortes fiscales y más privatizaciones. Por tanto, las desigualdades sociales entre los distintos estados miembros siguen siendo un elemento constitutivo de la Unión Europea. En el caso del salario mínimo interprofesional, por ejemplo, las diferencias son considerables: en Bulgaria es de 260,76 euros mensuales; en Rumanía, de 407,86; en Portugal, de 676,67; en el Reino Unido, de 1.400,99; en Francia, de 1.498,47, y en Luxemburgo, de 1.998,59. [14]

Solo cuando se haya reducido la brecha económica entre los países más avanzados y los más rezagados podrá haber una Europa social más equilibrada. Pero aún falta mucho para eso.

«Identidad europea» —como muchos otros conceptos difusos cuyo significado es casi imposible de definir— es una expresión amable y reconfortante que permite a la mayoría de los ciudadanos sentirse europeos y, a la vez, ser cualquier otra cosa. Solamente unos pocos nacionalistas ruidosos tienen miedo de una identidad europea. Y todos sabemos adónde ha conducido el nacionalismo en Europa: al asesinato en masa, el genocidio, la conquista y la opresión. Por ello, la identidad europea implica un proceso donde Europa dé la espalda a los malos viejos tiempos y mire a un futuro de convivencia pacífica entre pueblos que conservan sus idiomas, gastronomías locales y otros aspectos agradables de su identidad nacional.

Corre por internet una leyenda urbana (que, por desgracia, quizá no sea tal leyenda) según la cual, cuando se pregunta a los estadounidenses quién fue Juana de Arco (Joan of Arc), un 12 % responde que la esposa de Noé. [15] No deja de ser una respuesta totalmente coherente, ya que, si nunca has oído hablar de Juana de Arco (a santo de qué deberías, si vives en un pueblito perdido de Iowa), como mínimo te sonará el arca de Noé (Noah's Ark), y que, como todos los animales entraron en ella por parejas, Noé también tuvo que tener una esposa... Y como la Biblia no la menciona, Juana es un nombre tan válido como Rebeca o Nefertiti.

Esta es una de las muchas anécdotas que explican los europeos (y los estadounidenses leídos) cuando quieren demostrar su superioridad intelectual: los norteamericanos serán más ricos, tecnológicamente más avanzados, militarmente todopoderosos o, simplemente, mejores en cuestión de cultura popular, pero cuando se trata de Cultura, con mayúsculas, los europeos no tienen rival.

¿Es esto cierto? La formación cultural de los europeos (como la de los estadounidenses) está determinada, en gran medida, por lo que aprenden en las escuelas y los medios de comunicación. Lo que aprenden los alumnos en la inmensa mayoría de las escuelas europeas es, sobre todo, la historia y la literatura de sus respectivos países. Para que este conocimiento quede grabado en la memoria, se va reforzando de manera periódica al dejar la escuela a través de lo que cada uno lee, ve en la televisión o escucha por la radio. De lo contrario, se olvida. El secreto está en la repetición. A un niño estadounidense le pueden enseñar en clase quién fue Thomas Jefferson, pero olvidará rápidamente este nombre si no lo escucha una y otra vez, ya sea de boca de los políticos o en las películas, o porque hay calles dedicadas a él, su rostro aparece en los billetes de dos dólares o aparece con

frecuencia en la cultura popular (como los Simpson, los Teleñecos o Star Trek). Alexander Hamilton es mucho más célebre hoy gracias a un exitoso musical sobre su vida en el que apenas se menciona su decisiva contribución a la creación del sistema financiero estadounidense. Cualquier famoso sabe que, como dice la frase del *Rigoletto* de Verdi, el público «è mobile qual piuma al vento» («es tan voluble como una pluma movida por el viento»), y que solo la repetición reiterada asegura una fama durable. Mucha gente sabe quién fue William Shakespeare porque el mundo en el que vive está repleto de referencias culturales a sus obras, pero también hay muchos, incluso en el Reino Unido, que ya no se acuerdan de quién fue John Milton o ni siquiera han oído hablar de él (si su gran poema épico *El paraíso perdido* hubiera sido una novela emocionante adaptable por Hollywood, habría tenido mayor fama), como tampoco se acuerdan de Christopher Marlowe, cuyo error fue que lo mataran a la edad de veintinueve años. Las obras escritas por Marlowe son tan buenas como las que Shakespeare escribió a la misma edad, y si este hubiera muerto a los veintinueve años, hoy no tendríamos *Romeo y Julieta* , *El mercader de Venecia* , *Las alegres comadres de Windsor* , *Hamlet* , *Otelo* , *Macbeth* , *El rey Lear* , etc. Por una combinación de talento y suerte, Shakespeare es hoy un icono internacional; Marlowe y Milton, en cambio, no.

También existe, por supuesto, una clase internacional de intelectuales cosmopolitas que hablan varios idiomas (sobre todo inglés), viajan y cultivan amistades en varios continentes, con las que comparten ideas y conocimientos. Son el equivalente de los sabios medievales que compartían una religión (el cristianismo), un idioma (el latín) y una cultura (la griega y romana clásicas), mientras la mayoría de los europeos eran analfabetos y apenas sabían qué pasaba fuera de su aldea.

Hoy, esta clase internacional, aunque sin duda es mucho más numerosa que su análoga del Medievo, es una ínfima minoría. El resto sigue encerrado en la aldea, solo que ahora la aldea es su nación, incluso viviendo en un mundo globalizado. Lo local y lo global conviven perfectamente, como demuestra el enorme éxito de programas de televisión como *¿Quiere ser millonario?* . Este formato de concurso de preguntas y respuestas se ha vendido a televisiones de todo el mundo y es el más popular de toda la historia. La fórmula es extraordinariamente similar en todos los países: el vencedor gana un millón de la moneda local, las preguntas se formulan en orden de dificultad ascendente, y los concursantes que se encallan con una

respuesta pueden utilizar una cantidad limitada de comodines (una llamada telefónica a un amigo o una consulta al público). Viendo este programa, uno descubre que los participantes son gente «corriente»: no son profesores universitarios (siempre reacios a someterse a una humillación en público), sino informáticos, agentes de viajes, maestros de escuela o auxiliares administrativos que acumulan una cantidad de datos impresionante en los recovecos de su memoria.

El concurso no funcionaría si las preguntas no estuviesen adaptadas a las culturas nacionales correspondientes, y no solo por exigencias lingüísticas, sino también porque existen muy pocos conocimientos que sean de verdad globales. La pregunta «¿Quién escribió *I promessi sposi* ?» (*Los novios*) sería de un nivel de primaria en Italia, pero extremadamente difícil no solo en Illinois, por citar una ciudad de otro continente, sino bastante difícil también en Francia o el Reino Unido, donde Manzoni es casi desconocido. El saber mundial se limita a la cultura popular internacional: cantantes, actores, políticos y algunos deportistas —sobre todo estadounidenses, excepto los jugadores de fútbol—.

Una muestra reciente de esta ignorancia global nos llega de una encuesta realizada en 2008 por el Ministerio de Cultura francés. [16] El estudio se proponía evaluar el nivel de conocimiento cultural que tenían alemanes, italianos y franceses entre ellos, el tipo de conocimiento que se enseña en las escuelas. Los resultados fueron alarmantes. Al preguntar por el nombre de al menos dos figuras políticas relevantes que hubieran influido de manera significativa en la historia de Alemania antes de 1900, el 70 % de los italianos y el 72 % de los franceses no supieron decir ni un solo nombre, ni siquiera Bismarck. Un 7 % nombró a Hitler sin saber que, en 1900, el austríaco todavía era un niño de once años. El 70 % de los franceses y el 63 % de los alemanes no supieron mencionar ningún protagonista de la historia italiana anterior al siglo XX , ni siquiera a Garibaldi, del que solo se acordaron el 3 % de los alemanes y el 4 % de los franceses. La historia francesa tuvo un poco más de éxito en la encuesta gracias a Napoleón, mencionado por un tercio de los italianos y alemanes, pero ni un 32 % de los germanos ni un 40 % de los transalpinos lograron recordar una sola figura de la historia francesa —ni siquiera a Juana de Arco ni, mucho menos, a su marido—.

Solo un 10 % de los franceses sabía que Dante es el autor de la *Divina comedia* , pero seguro que la mayoría de los europeos ha oído hablar de Pinocho —gracias a Walt Disney—. Los partidos comunistas francés e italiano han sido, durante mucho tiempo, los más potentes de Europa occidental, pero su fracaso se ha hecho evidente: solo el 33 % de los italianos y el 16 % de los franceses citaron a Karl Marx como el autor de *El capital* . Pavarotti es, de largo, el italiano muerto más conocido, pero solamente el 10 % de los galos sabía que Verdi compuso *Rigoletto* . Y apenas nadie fuera de Italia (y no muchos allí) habían leído a Italo Calvino, Elsa Morante, Sciascia o D'Annunzio.

Podríamos continuar, pero redundaríamos en lo mismo. Por desgracia, De Gaulle tenía razón: Europa es realmente *l'Europe des patries* . Todos saben más o menos lo que pasa en el patio particular de su nación, pero no saben mucho de los patios de los demás. Y no es porque seamos unos «ignorantes», sino porque los mecanismos de consolidación cultural están completamente dominados por los medios de comunicación nacionales. Es un círculo vicioso.

Los medios, tanto públicos como privados, tienen que dar a su público lo que este quiere, y el público quiere lo que ya conoce. Y lo que conoce es su entorno —nacional— más Estados Unidos. Hay muchísimas «pequeñas» excepciones a esta falta de conocimientos globales (los Beatles eran globales, como también lo es Harry Potter; el idioma inglés ayuda), pero Estados Unidos sigue siendo el único país capaz de exportar a espuertas su propia producción cultural, con la ventaja de que, al ser un país de inmigrantes, su cultura es una mezcla de muchas culturas.

La persistencia del provincialismo y del nacionalismo de perfil bajo solo es una de las causas del fracaso relativo del proyecto europeo. En los últimos veinte años ha aumentado de manera notable el euroescepticismo y, con él, los partidos euroescépticos —incluso en Italia, antes euroentusiasta y ahora en manos de partidos recelosos de Europa, como el Movimiento 5 Estrellas, la Liga y los neofascistas Hermanos de Italia—. En 2004, un 50 % de los europeos confiaba en la UE, pero en 2016 la cifra bajó hasta el 32 % (que coincide con el triste porcentaje de los que confían en sus gobiernos nacionales, que ronda el 31-32 %). [17]

Aparte de Grecia —como es comprensible—, el país más euroescéptico en 2016 fue el Reino Unido, el cual, el 23 de junio, votó a favor de abandonar la UE con una mayoría del 52 % frente a un 48 %.

Hubo diferencias significativas por regiones. Escocia eligió quedarse (62 %), al igual que Irlanda del Norte (56 %), mientras que la mayoría en Gales e Inglaterra votó por salir. Los *brexiteers* , o partidarios de la salida de la UE, estaban abrumadoramente concentrados en los municipios pequeños de Inglaterra. Algunas ciudades importantes, como Birmingham y Sheffield, también votaron por irse, pero Bristol, Leeds, Liverpool y Mánchester, así como Brighton, Oxford, Cambridge y Reading, prefirieron continuar en la UE. Londres también se posicionó firmemente a favor de la permanencia (60 %), con mayorías amplias en el centro metropolitano: más de un 78 % en Lambeth y Hackney, y un 75 % en Camden e Islington. El referéndum también sacó a relucir otras divisiones: el 70 % de los votantes con un nivel educativo máximo de secundaria optó por irse de la UE, mientras que el 68 % del electorado con titulación universitaria votó por quedarse. Una mayoría considerable de jóvenes (los menores de veinticinco años) decidió permanecer (71 %). Una mayoría considerable de mayores (de sesenta y cinco en adelante) votó por irse (64 %). [18] Entre los votantes conservadores, el 58 % eligió abandonar la UE, pero solo un 37 % de los laboristas y un 30 % de los simpatizantes del Partido Liberal quisieron irse. [19]

En otras palabras, no sería descabellado afirmar que los «típicos» *brexiteers* son personas mayores, con pocos estudios, provincianas y conservadoras. Ellas serán las principales víctimas del *brexit* . Ellas habrán decidido el destino del Reino Unido y, quién sabe, también el de Europa. El *establishment* se posicionó firmemente a favor de permanecer en la Unión Europea, desde el sector financiero, los empresarios y los sindicatos (el Trades Union Congress) hasta la mayoría de los parlamentarios de todos los partidos, incluido, por supuesto, el primer ministro David Cameron —que convocó el referéndum— y su sucesora, Theresa May. El Banco de Inglaterra, la OCDE, el FMI, la London School of Economics, la Corporación RAND (financiada por Estados Unidos) y el Instituto Nacional de Investigación Económica y Social (National Institute of Economic and Social Research) han investigado las consecuencias económicas del *brexit* y han llegado a la conclusión unánime de que serán negativas. [20] En un informe publicado por el *think tank* Global Future y elaborado por el economista Jonathan Portes se examinan cuatro escenarios posibles («como Noruega»; «como Canadá»; «en los términos de la OMC», la Organización Mundial del Comercio, y «con acuerdos a medida») para el Reino Unido

posbrexit . Todos son perjudiciales en términos económicos. El escenario menos malo sería el noruego, donde los británicos estarían sujetos a las reglas de la UE, pero sobre las cuales no tendrían ningún control. [21]

Comprensiblemente, la culpa de la debacle del Reino Unido en Europa se ha echado a los perdedores, a las clases bajas, a los votantes ignorantes que creían que, una vez liberados de la «tiranía» de los burócratas sin rostro de Bruselas, caería maná del cielo, llegaría la libertad y «nosotros», que nunca tuvimos el control, volveríamos a tenerlo, como dueños de nuestra propia casa, en un mundo cada vez más globalizado. Sin embargo, un referéndum previo, celebrado el 5 de junio de 1975, confirmó la entrada británica en Europa por una sólida mayoría (67 %), y ese año también había muchos provincianos sin estudios en el Reino Unido. Los verdaderos culpables del *brexit* no han sido «los perdedores», sino los sucesivos primeros ministros británicos. Exceptuando a Edward Heath (el único europeísta de verdad y la persona que negoció el ingreso original en 1973), todos han demostrado tener un concepto limitado de lo que es la Unión Europea. Tal como escribió el académico y exlaborista británico David Marquand hace más de una década, su país «se ha mantenido deliberadamente al margen de prácticamente todos los acontecimientos cruciales de la UE desde principios de los años noventa». El Reino Unido no está en el euro ni en Schengen, y «se ha convertido voluntariamente en una isla marginada mar adentro, intrascendente para las inquietudes y el futuro del continente europeo». [22]

Harold Wilson era partidario de entrar porque le convenía a la economía británica, por entonces bastante maltrecha. La visión de futuro no era su fuerte. James Callaghan, a pesar de ser ministro de Asuntos Exteriores y, por consiguiente, uno de los protagonistas de las renegociaciones británicas que desembocaron en el referéndum para el ingreso, y que sucedería a Wilson en 1976, se mostró más que reacio a apoyar el voto al «sí». En un programa de radio con llamadas en directo emitido el 27 de mayo de 1975, y para asombro del locutor y presentador, Robin Day, Callaghan declaró que no estaba ni a favor ni en contra y, desviándose de manera insólita de la cuestión, cuando en teoría debía hacer campaña a favor del «sí», añadió:

> ... Aquí estoy, y el primer ministro está en la misma línea; nuestra tarea es aconsejar al pueblo británico sobre lo que creemos que es el resultado correcto. Ahora hay muchos otros que siempre se han mostrado emocionalmente comprometidos con el mercado. También hay mucha

> otra gente que siempre se ha opuesto totalmente al mercado. No creo que el primer ministro ni yo mismo hayamos pertenecido nunca a ninguna de las dos categorías, y esta no es nuestra postura actual. Intento presentar los hechos tal como los veo y los motivos por los que nos hemos manifestado a favor de ellos; hoy el Reino Unido está dentro, y deberíamos permanecer ahí. [23]

Margaret Thatcher veía la Unión Europea como una entidad de la que había que sacar lo máximo y en la que había que contribuir lo mínimo. A pesar de haber participado en la elaboración del Acta Única Europea de febrero de 1986 y, por consiguiente, en el desarrollo de la integración Europea, su visión de la UE era la misma que la adoptada hoy por muchos *brexiteers* , a saber, que Bruselas era una burocracia cara y sobredimensionada de la que había que mantenerse a cierta distancia. Luchó con uñas y dientes para recortar las aportaciones británicas: «Quiero que me devuelvan mi dinero», exigió en 1980. Ocho años más tarde, en Brujas, declaró: «No hemos conseguido reducir con éxito los límites del estado en nuestro país para que, después, nos los impongan a nivel europeo, con un superestado dominando otra vez desde Bruselas». En 1986 se peleó con el entonces ministro de Defensa, Michael Heseltine, que deseaba que la venta de la empresa británica de fabricación de helicópteros Westland fuera a parar a un consorcio europeo antes que a la compañía estadounidense Sikorski. Thatcher ganó y Heseltine se marchó ofendido. El antieuropeísmo de la primera ministra fue en aumento. Al término de una cumbre de la CEE celebrada en Roma el 28 de octubre de 1990, vociferó: «... si alguien piensa que iré al Parlamento y pediré la abolición de la libra esterlina, la respuesta es ¡no! ... Ya hemos dejado muy claro que nadie nos va a imponer ninguna moneda». [24]

Dos días después, Thatcher rechazó la propuesta de democratizar la Comunidad Europea planteada por el presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors, declarando firmemente: «[Delors] quiere que el Parlamento Europeo sea el órgano democrático de la Comunidad, que la Comisión sea el Ejecutivo y que el Consejo de Ministros sea el Senado. No, no y no». [25]

Su vice primer ministro, el proeuropeísta Geoffrey Howe, acabó harto y, a las dos semanas, dimitió utilizando una complicada metáfora de críquet que quizá pocos europeos entendieron: «Es como si enviaras a tus bateadores titulares a la línea de bateo solo para que descubran, cuando les lanzan las primeras pelotas, que el capitán del equipo les ha roto los bates antes del partido». Howe acusó a Thatcher de ofrecer una «imagen

escalofriante» de Europa: «Un continente repleto de gente malintencionada que está intrigando para, según dice ella, "aniquilar la democracia", destruir nuestras identidades nacionales y llevarnos a una Europa federal por la puerta de atrás». [26] Con un apoyo cada vez más escaso en sus filas, Thatcher se vio obligada a dejar el cargo.

Su sucesor, John Major, prometió mantener el Reino Unido «en el mismísimo corazón de Europa», pero lo que hizo fue confinarlo a la periferia al desvincularse de los aspectos relativos al capítulo social y la moneda única del tratado de Maastricht (1992) y conseguir que el indeseable concepto «federal» quedara fuera de ese convenio. Esto apenas bastó para contener a los conservadores antieuropeos de línea dura, a quienes, en un momento de descuido, un desquiciado John Major tildó de «bastardos». [27]

Tony Blair pudo actuar con más libertad: era un «europeo» convencido —para los estándares británicos—, disfrutaba de una mayoría parlamentaria sólida, su partido había hecho las paces con la UE y los conservadores estaban sumidos en el caos y liderados consecutivamente por tres euroescépticos inútiles, a cual más estrecho de miras: William Hague (1997-2001), Iain Duncan Smith (2001-2003) y Michael Howard (2003-2005). La ambición del nuevo primer ministro laborista era volver a situar el Reino Unido en «el corazón de Europa» (una expresión manida, destinada a evocar el jactancioso recuerdo de un pasado de grandeza). Su mayor éxito fue renunciar a la exclusión voluntaria del capítulo social del tratado de Maastricht. Sin embargo, fracasó a la hora de defender el proyecto europeo en su país —de hecho, parece que la opinión pública británica se volvió más antieuropea durante su mandato— porque no consiguió reivindicar una Europa más integrada, porque no logró pronunciarse a favor de adoptar una moneda única (el principal escollo aquí fue la oposición de su ministro de Economía, Gordon Brown) y porque no se distanció de Estados Unidos. Su discurso de despedida como primer ministro, pronunciado el 10 de mayo de 2007, fue una serie extraordinariamente prosaica de frases grandilocuentes con cierres del estilo: «este país es una nación bendecida», «los británicos somos especiales», «el mundo lo sabe», «en nuestro fuero más interno, lo sabemos» o «esta es la nación más grande de la Tierra». [28]

Gordon Brown era mucho menos eurófilo que Blair, pero tampoco se puede decir que fuera un euroescéptico. Sobre Europa pensaba que si los europeos fueran más como los británicos (es decir, si aceptaran desregular su mercado laboral, no miraran tanto «hacia dentro» y estuvieran más abiertos a la globalización), las cosas irían mucho mejor.

Dado que la proporción de la renta nacional destinada a los trabajadores disminuyó en todos los países de la OCDE, no debería sorprender que muchos creyeran que la economía global funcionaba para unos pocos y no para la mayoría. La globalización puede adoptar muchas formas: si funciona bien, el nivel de vida y la productividad mejoran, pero no necesariamente el empleo. [29]

La opción inteligente es asegurarse de que los perdedores de la globalización no pierdan mucho. Al fin y al cabo, son los más propensos a desestabilizar un sistema que no los ha convertido en ganadores. Aquí, como en muchos otros aspectos, la cooperación internacional se hace necesaria. Pero, desde la perspectiva de Gordon Brown —y la de sus predecesores—, la cooperación no es importante. Lo más importante es estar «en el corazón» de todo lo que importa: «El Reino Unido tiene una influencia que nace de formar parte del corazón de las grandes instituciones internacionales: la UE, la OTAN, la ONU, la Commonwealth, el G8 y el G20». [30] Otros países se limitan a ser «miembros», pero el Reino Unido solo puede estar «en el corazón». Y Brown coincidía con Blair en que «la relación bilateral más importante» era con los Estados Unidos de América. [31]

Con un orgullo mal disimulado, Brown explica en sus memorias que se resistió a la armonización fiscal porque, «incluso siendo el único», se mantuvo firme «en las incontables reuniones con los ministros de Finanzas europeos y, bajo la presión de adoptar un compromiso», insistió en que «un modelo de ahorro fiscal de talla única para todos» solamente haría que los ahorros se fueran de Europa. [32] En realidad, lo que los británicos querían de Europa era utilizarla para mejorar su situación económica. Nunca intentaron hacer que Europa avanzara políticamente, ni mucho menos profundizar en el proceso de integración. Querían una unión económica siempre que la Unión siguiera siendo un enano político. Londres nunca ha desaprovechado ninguna ocasión para pedir excepciones y prórrogas, insistiendo en que el Reino Unido siempre ha sido un caso especial. Los británicos participaron en las negociaciones de creación del euro para debilitarlo y mantuvieron su

decisión de no formar parte de él. Siempre se empeñaron en detener la democratización de la UE y la consolidación del Parlamento Europeo. Aceptaron a todos los miembros nuevos a la primera porque sabían que la ampliación pondría trabas a la consolidación. Y, como lo único que contaba en el tratado de Maastricht era el mercado único, el gobierno británico se sintió aliviado cuando los tratados de Niza y Ámsterdam fracasaron.

En la misma línea que anteriores gobiernos laboristas, David Cameron (en coalición con el supuestamente eurófilo Partido Liberal) se sumó a la República Checa al no firmar el Pacto Social Europeo de 2012 (conocido como «tratado de estabilidad fiscal»).

Al igual que el conservador John Major, David Cameron tuvo los mismos problemas con los «bastardos» (o sea, los euroescépticos) de su propio partido. En 2013 prometió que, si obtenía la mayoría parlamentaria en las elecciones generales de 2015, negociaría nuevas condiciones para el Reino Unido como estado miembro de la UE y, después, convocaría un referéndum para decidir su permanencia en ella. Pero le salieron mal las cuentas.

Tras obtener en 2015, para sorpresa de casi todos, una mayoría parlamentaria, Cameron intentó renegociar las condiciones de permanencia, pero cualquiera con un mínimo conocimiento de los entresijos de la Unión Europea le podía haber dicho que los otros 27 miembros no aceptarían ninguna imposición de controles de inmigración, ningún poder adicional de un Parlamento nacional para vetar las leyes propuestas por la UE ni ninguna merma de las competencias del Tribunal Europeo de Justicia. El siguiente paso del primer ministro, la convocatoria de un referéndum para decidir la permanencia del Reino Unido en la UE, quedará en los anales de la historia británica como la iniciativa política menos inteligente desde la conquista normanda de Inglaterra en 1066. Como era de esperar, el referéndum obligó a muchos euroescépticos —la mayoría de los cuales nunca se planteó seriamente que el Reino Unido pudiera abandonar la UE— a hacer campaña a favor del *brexit* . Así, solo por tratar de resolver un patético problema interno de unidad de partido (cualquier líder de un partido político debe afrontar periódicamente este tipo de problemas), Cameron puso en peligro el futuro de su país y el de Europa, y dejó a su partido más dividido que nunca, solo unido por unas «ansias de poder» insaciables. [33]

Theresa May, la desventurada sucesora de Cameron en la cabeza del Gobierno, tuvo que confiar la negociación de la salida de la UE al equipo más incompetente que podía haber encontrado. El ministro encargado del *brexit* , David Davis, era tan cándido en asuntos de negociación comercial que pensaba que el Reino Unido podría «abandonar alegremente» la UE y que Estados Unidos, Australia, China y la India harían cola para firmar acuerdos comerciales con los británicos. [34] Davis esperaba que Theresa May pondría «en marcha de inmediato una gran ronda de acuerdos comerciales globales» con todos sus «socios comerciales más favorecidos», y estaba convencido de que la fase negociadora concluiría «en un plazo de doce a veinticuatro meses».

Davis no era consciente de que su país no podría negociar ningún acuerdo comercial mientras siguiera en la UE, es decir, no hasta al menos dos años después de marzo de 2017, fecha de la invocación del artículo 50 del tratado de la Unión Europea. Tampoco se daba cuenta de que la mitad de las relaciones comerciales que el Reino Unido mantenía fuera de la UE dependía de tratados negociados a través de la Unión, de manera que la posibilidad de, según él, «negociar una zona de libre comercio de dimensiones muchísimo más grandes que la UE» era bastante remota. El ministro británico tampoco parecía percatarse, aunque el negociador principal de la UE, Michel Barnier, se lo había advertido, de que sería difícil encontrar una solución que mantuviera la actual frontera blanda entre la República de Irlanda e Irlanda del Norte si el Reino Unido dejaba el mercado único.

El 7 de diciembre de 2017, en una reunión de la comisión restringida del *brexit* , un Davis algo envalentonado admitió que los 58 estudios de impacto que previamente (el 27 de octubre de 2017) él mismo había asegurado haber llevado a cabo, y que contenían un análisis «desoladoramente detallado» de las posibles consecuencias de distintos escenarios *posbrexit* en varios sectores económicos, nunca llegaron a existir. [35] Davis acabó dimitiendo en julio de 2018, junto con Boris Johnson, ambos contrarios al llamado «plan de Chequers», el libro blanco sobre el *brexit* diseñado por Theresa May.

David Davis es todo un modelo de sabiduría económica si lo comparamos con los otros miembros del equipo negociador del *brexit* : Liam Fox, para comercio internacional, y Boris Johnson, ministro de Exteriores. Johnson, que debe su fama mundial a su inigualable maestría en

el arte de la bufonada, abandonaba las conversaciones sobre los cuantiosos pagos a la UE con una indiferente encogida de hombros. Para él, la Unión podía «esperar sentada», tal como dijo ante la Cámara de los Comunes en julio de 2017, antes de darse cuenta de la enorme cantidad de trabajo que se le venía encima. «No hay plan para un posible desacuerdo porque vamos a llegar a un gran acuerdo», anunció Johnson con evidente autocomplacencia (a pesar de que, un mes antes, David Davis había declarado a la BBC que el Gobierno había elaborado un plan detallado para un «desacuerdo»).

Liam Fox fue igual de felizmente ignorante de esa cosa llamada «realidad» —un problema muy extendido en la política actual—. En su día, este personaje había cometido fraude con sus dietas parlamentarias y utilizado dinero público para pagarle los gastos a un amigo que lo acompañaba en sus viajes oficiales; había culpado a los empresarios «gordos y perezosos» de los malos resultados exportadores del Reino Unido y asegurado que su país compartía valores con Rodrigo Duterte, el presidente de Filipinas, famoso por alentar prácticas de asesinato extrajudicial (véase más arriba). Fox pensaba ahora que el gobierno británico sería capaz de cerrar cuarenta acuerdos de libre comercio con otros países no miembros de la UE «al minuto» de que el Reino Unido dejara la Unión Europea en 2019, pero para conseguirlo admitió que habría que «hacer un copia y pega de los cuarenta acuerdos comerciales externos de la UE» ya existentes (suponiendo que todas las partes estuvieran de acuerdo). El 20 de julio 2017, declaró: «El acuerdo de libre comercio al que tendremos que llegar con la UE debería ser uno de los más sencillos de la historia de la humanidad». [36] ¿De la *historia de la humanidad* ? Pocos meses más tarde, el 5 de septiembre, David Davis dijo ante la Cámara de los Comunes: «Nadie afirma que sea sencillo o fácil. Siempre he dicho que esta negociación será dura, compleja y, en algún momento, polémica». [37] Tendría que hablar, al menos de vez en cuando, con su colega Liam Fox.

El 6 de julio de 2018, Theresa May recibió el visto bueno de su gabinete para una nueva propuesta que parecía hacer concesiones a la UE. Era un *brexit* de perfil bajo, pero tampoco demasiado suave. Al principio, parecía que Davis y Johnson lo aceptaban, pero dimitieron al poco tiempo, sucesiva y turbulentamente, y dejaron al Partido Conservador y al país sumidos en el caos.

Lidiar con la UE resultaba más difícil de lo que los euroescépticos británicos habían previsto. No es de extrañar: Theresa May habría tenido que convencer a 27 países, la Comisión Europea, el Parlamento Británico (donde no tiene mayoría), su propio partido, y hasta el pequeño y refractario Partido Unionista Democrático, en cuyo apoyo tuvo que confiar. Y también se vio obligada a tomarse en serio a algunos diputados de las bancadas traseras de su grupo, como Jacob Rees-Mogg, al que casi nadie, hasta hace poco, se ha tomado en serio. Cuando, en diciembre de 2017, la primera ministra parecía haber llegado a un primer nivel de acuerdo con el presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, resultó, vergonzosamente, que no lo había aclarado con sus socios del DUP.

Según un documento filtrado del gobierno irlandés, el equipo de negociadores británicos hizo el ridículo. Boris Johnson fue considerado «mediocre» por los checos, quienes «sintieron lástima por los embajadores británicos», incapaces de comunicar ningún mensaje coherente. Letonia dijo que los ministros de May habían dado «una imagen pésima». E Ian Forrester, juez británico del Tribunal Europeo de Justicia, se habría quejado del bajo nivel de los políticos de Westminster. El «caos en el gobierno del Partido Conservador» hizo saltar todas las alarmas. [38]

Cuando Theresa May dimitió y Boris Johnson fue nombrado primer ministro, el caos se extendió. Fingiendo negociar con la UE pero, de hecho, arriesgándose a una salida sin acuerdo, Johnson no solo consiguió unir a toda la oposición (laboristas, liberales, nacionalistas escoceses y varios independientes), sino que incluso logró enemistarse con muchos dentro de su propio partido que se negaron a respaldar su decisión de suspender el Parlamento durante cinco semanas en septiembre de 2019. Como resultado, Johnson expulsó a 21 de sus parlamentarios, un acto sin precedentes y ampliamente criticado.

La idea de que a la Unión Europea le asustaría tanto el *brexit* que se rendiría a las condiciones del Reino Unido se extendió entre la élite política británica, reliquia patética de una mentalidad imperial que desata las risas fuera de sus fronteras. Uno de los periódicos británicos menos inteligentes, *The Sun* , propiedad de Rupert Murdoch, dando la bienvenida a la invocación del artículo 50 y a la declaración formal de abandonar la UE, reinterpretó el escrito original de Theresa May como una amenaza, en el sentido de que, si la UE no proponía un buen acuerdo para la salida, el Reino Unido no la ayudaría en la lucha contra el terrorismo. El delirante

titular, publicado el 30 de marzo de 2017, fue: «La bolsa o la vida: negociad con nosotros y os ayudaremos a combatir el terror». Ese mismo día, el *Daily Mail* proclamó: «Brindemos por un gran futuro británico» (junto al titular, había una fotografía de gran tamaño de Nigel Farage mostrando su habitual sonrisa bovina, sosteniendo el inevitable vaso de cerveza y luciendo un par de calcetines estampados con la Union Jack). *The New York Times* fue más realista y situó las noticias del *brexit* en la parte inferior de la primera plana, mientras que China y Oriente Próximo acapararon mucho más protagonismo.

Algunos de los euroescépticos más recalcitrantes del Partido Conservador hicieron gala de una ridícula falta de realismo. El exministro Owen Paterson, víctima de su cerril autoengaño, ya había declarado hacía tiempo (el 28 de octubre de 2015) que, si el Reino Unido votaba irse, sería «impensable no llegar a un acuerdo comercial satisfactorio». [39]

John Redwood, en su día un futurible para la dirección de los *tories* , escribió el 17 de julio de 2016: «Salir de la UE puede ser rápido y sencillo; el Reino Unido tiene casi todos los triunfos en cualquier mesa de negociación». [40] No obstante, al año siguiente, desde su bien remunerado puesto de «estratega-jefe global» en la empresa de inversión Charles Stanley (cobrando 180.000 libras anuales al tiempo que representaba, en teoría, los intereses de sus electores de Wokingham, que habían votado a favor de la permanencia en la UE), aconsejó a los inversores «mirar mucho más adelante mientras la economía británica» pisaba «el freno». [41]

Una parte del problema al que se enfrentaba el Reino Unido era la interpretación que se hizo de los resultados del referéndum sobre la salida de la UE. Lo único que se sabía era que poco menos del 52 % quería irse. Los conservadores optaron por interpretar que «el pueblo británico» (o sea, el 52 %) quería dejar la unión aduanera, el mercado único, toda conexión con el Tribunal Europeo de Justicia y restringir la inmigración procedente de la UE. Un acuerdo razonable entre el 52 % y el 48 % habría consistido en abandonar la Unión y negociar unas condiciones de permanencia en el mercado único (incluida la libre circulación de trabajadores); un caso parecido al de Noruega. De hecho, si ingresara en la EFTA (Asociación Europea de Libre Comercio) —como Islandia, Noruega y Suiza—, el Reino Unido estaría en el mercado único, pero las diferencias sobre sus normas se dirimirían en el Tribunal de la EFTA y no en el Tribunal Europeo de Justicia. Habría sido una solución intermedia para *brexiteers* y *bremainers*

(estos últimos, contrarios a la salida de la UE). Pero un compromiso de tales características habría amenazado con dividir el Partido Conservador, ya que los euroescépticos, ahora envalentonados, no lo habrían aceptado. Así, de nuevo, unas decisiones trascendentales para el futuro del Reino Unido han quedado supeditadas al interés más amplio del futuro del Partido Conservador. Poner el partido por encima del país ha sido, una vez más, la actitud por defecto de los pseudopatriotas *tories* .

El Reino Unido está, pues, aislado y dividido, fuera de Europa y a merced de un presidente estadounidense ligeramente perturbado. Pero Europa también está desunida, es incapaz de llegar a un acuerdo sobre refugiados y afronta, con creciente inquietud, una oleada cada vez más grande de euroescepticismo y regímenes intolerantes en Europa del este, así como la posible fragmentación de España.

Un año y medio después del referéndum, Theresa May tuiteó: «Hay mucho que hacer, pero deberíamos sentirnos orgullosos de que nuestra producción industrial esté al nivel más alto de los últimos diez años». Teniendo en cuenta que diez años atrás había empezado la recesión mundial, lo que en realidad estaba diciendo la primera ministra británica era que habían tardado una década en llegar al nivel de 2008 (un nivel alcanzado, dicho sea de paso, gracias a la caída de la libra esterlina y el consiguiente aumento de las exportaciones). Tal como apuntó en su cuenta de Twitter David Blanchflower, exmiembro del Comité de Política Monetaria del Banco de Inglaterra, fue la recuperación más lenta vivida por el país en los últimos trescientos años. [42] Además, el trabajador medio estaba ganando menos, en términos reales, que en 2008, mientras que los salarios altos se dispararon. Y, redundando en la fanfarronada fuera de lugar de la primera ministra, resulta que el índice de crecimiento del Reino Unido en 2017 fue del 1,8 %, menos que el 2,2 % de la zona euro. [43] No es de extrañar que el electorado desconfíe profundamente de sus políticos.

Tal como observó en 2006 el politólogo irlandés Peter Mair, parece que la política y los políticos se han vuelto cada vez más irrelevantes para el ciudadano de a pie. Cada vez vota menos gente. [44] Menos personas se afilian a partidos políticos, a no ser que —habría añadido Mair si hubiera escrito sus observaciones una década más tarde— haya algo que las estimule, como el caso Corbyn después de 2015. Los partidos importan menos y ya no son tan sólidos como antes, de ahí el auge de los partidos «antipolítica». Mair señaló que durante las cuatro décadas que

transcurrieron entre los años cincuenta y ochenta del siglo pasado, la participación electoral media en Europa occidental apenas varió: subió ligeramente de un 84,3 % en la década de 1950 a un 84,9 % en la década de 1960, y bajó levemente de un 83,9 % en los años setenta a un 81,7 % en los ochenta. En la década de 1990, la participación media cayó de manera significativa por debajo del umbral del 80 % y, en el siglo XXI , se redujo aún más, en lo que fue, según Mair, «un llamativo indicador del creciente debilitamiento del proceso electoral». [45] La tendencia actual no deja lugar a dudas. Las cifras de participación en Austria, Francia, Finlandia, Alemania, Irlanda, Italia, Suiza, el Reino Unido y los Países Bajos han caído significativamente, y no tanto en los países escandinavos: [46]

Participación electoral en Europa occidental

	Década de 1950	*Década de 2000*
Austria	95	80
Dinamarca	81	86
Finlandia	76	67
Francia	80	62
Alemania	86	75
Irlanda	74	64
Italia	93	79
Noruega	78	76
Suecia	78	82
Suiza	68	46
Países Bajos	95	79
Reino Unido	80	60
Bélgica y Luxemburgo no aparecen porque el voto allí es obligatorio.		

En los países posdictatoriales del sur de Europa, las elecciones celebradas en la década de 1970 estuvieron marcadas, tras años de opresión, por una participación elevada, esto es, de alrededor del 80 % o más, mientras que en 2015 y 2016 los índices descendieron hasta un 55,8 % en Portugal, un 66,5 % en España y un 56,6 % en Grecia.

En las democracias poscomunistas, la participación electoral, que ya era baja en la década de 1990 —más que en Europa occidental—, ha ido a peor. [47] De hecho, ha disminuido sin cesar en todo Occidente. [48]

A los políticos, por motivos obvios, les preocupan más sus votantes que los miembros de sus partidos (cuya función principal es la de conseguir votantes). Estos, precisamente porque están en un partido, no son personas normales. Están fascinados por la política, quieren hablar de ella, están dispuestos a pasarse tardes enteras en lugares deprimentes discutiendo sobre temas políticos en vez de ver la televisión tranquilamente, tomarse una copa con los amigos o leer un libro. Ya lo decía Oscar Wilde: «El problema del socialismo es que te roba demasiadas tardes».

Los líderes solo se acuerdan de los militantes en los congresos, donde les dedican emocionados discursos. El crecimiento de las redes sociales ha hecho que los medios tradicionales de contacto con el electorado no sean tan importantes como en el pasado. Para ganar las elecciones, ni Emmanuel Macron ni Donald Trump han necesitado a los militantes de su partido ni a nadie que pidiera el voto para ellos.

Los políticos dicen que escuchan a sus electores, pero, en realidad, la principal vía por la que saben lo que la gente piensa son los sondeos de opinión, ya que los votantes con los que tienen contacto directo solamente se quejan de algo, están obsesionados por algo o defienden alguna causa (igual que los «anormales» militantes). La mayoría de la gente ni siquiera sabe quién es el diputado de su circunscripción en el Parlamento, ni tampoco le importa. Es sorprendente, por ejemplo, que la parlamentaria laborista británica y vehemente partidaria del *brexit* Kate Hoey, quien no tuvo ningún reparo en hacer campaña con el líder del UKIP (partido antiinmigración) y defender, nada menos que en Brixton (uno de los barrios más bulliciosos y multiétnicos de Londres), causas típicas de la campiña (como la caza del zorro con perros), fuera elegida por amplia mayoría en 2017, en una de las circunscripciones más urbanas del país (Vauxhall, en Londres), situada en un barrio (Lambeth) con el voto más proeuropeo del Reino Unido (78,6 %) y con una amplia población compuesta de minorías étnicas. La gente votó al Partido Laborista, no a «Brexit Hoey».

Finalmente —en Vauxhall, o en Londres—, los políticos no solo se apropian del significado y la importancia de los votos, sino que los interpretan a su gusto y voluntad. Los votantes, como tales, se limitan a votar. Al depositar su papeleta en la urna, están cediendo sus poderes,

propósitos y deseos a alguien en quien creen que pueden confiar y a quien solo pueden tenerle fe. Votar es, inevitablemente, una abdicación. Vamos al colegio electoral, volvemos a casa y nos desahogamos con nuestros seres queridos o con el gato. No puede ser de otro modo. El poder, indefectiblemente, reside en unos pocos. La cuestión es cómo se selecciona a esos pocos: fuerza bruta, jerarquía, posición social, edad o elecciones.

Por supuesto, en lo que llamamos una democracia, una persona puede influir sobre las demás fuera de la cabina de votación manifestándose, escribiendo, rebatiendo los sondeos, siendo elegida por turno de rotación o convirtiéndose en una persona importante, un famoso o un terrorista. Pero fuera de la cabina de votación reina el poder desigual y la influencia desigual. Dentro, una persona es un voto, y, por lo tanto, hay falta de poder. Incluso, una vez elegidos, los políticos se enfrentan a los límites de su poder. No hay solución. La política moderna consiste, en gran medida, en fracasar; al final, como reza la famosa frase de Enoch Powell, la mayoría de las vidas políticas (no todas), «a menos que sean interrumpidas en mitad del camino por alguna coyuntura feliz, acaban en fracaso, porque esa es la naturaleza de la política y de los asuntos humanos». [49]

8

¿Hay esperanza?

O speranze, speranze; ameni inganni
della mia prima età!
(¡Oh, esperanzas, esperanzas; placenteros engaños
de mi temprana edad!)

GIACOMO LEOPARDI , «Los recuerdos», 1829

La gente no confía en los gobiernos. No es ninguna novedad. El desánimo que despiertan las clases dirigentes es tan viejo como las propias clases dirigentes. En su *Historia de Florencia* , publicada en 1532 y escrita, en parte, para congraciarse con la familia Médici, Maquiavelo examina los síntomas mórbidos de la segunda mitad del siglo XIV . En un fragmento se relata la alarmante denuncia que, en la iglesia de San Pier Scheraggio, situada en la actual Galería Uffizi, un portavoz de los «ciudadanos preocupados», principalmente mercaderes y prósperos representantes gremiales, vierte sobre unas élites (las familias Ricci y Albizzi) y sus rencillas. El anónimo orador (probablemente trasladando las ideas del propio Maquiavelo) se dirige a los *magnifici Signori* (es decir, la clase dirigente florentina) y se queja, como se ha hecho siempre, del deterioro de las normas mínimas de conducta y de que los «juramentos y promesas han perdido su validez, solo se mantienen por conveniencia y solo se adoptan para engañar». [1]

> Y, ciertamente, en las ciudades de Italia se junta todo lo corruptible y corruptor. Los jóvenes son vagos y los viejos, lujuriosos; vicios repugnantes invaden todo sexo y edad ... de ahí se pasa al odio, la enemistad, la disputa y las facciones, que resultan en muertes, destierros, aflicción entre los buenos y privilegios entre los infames ... Y lo más lamentable es ver cómo los líderes de las facciones glorifican sus viles propósitos con palabras llenas de piedad y aparente honestidad; constantemente hablan de ser libres, pero sus actos demuestran que son los mayores enemigos de la libertad.

La corrupción personal lo invade todo:

> La recompensa que buscan no es la gloria de haber traído la libertad a la ciudad, sino la satisfacción de haber vencido a otros y de convertirse en gobernantes; y para conseguir sus fines, nunca se es demasiado injusto, cruel o avaricioso. Así, se adoptan leyes y reglas, se

> persigue la paz y la guerra, y se firman tratados, no por el bien público, no por la gloria común del estado, sino para la conveniencia y el beneficio de unos pocos individuos.

Pero el orador todavía tiene esperanza:

> No hemos insistido en nuestros hábitos corruptos ... para que os alarméis, sino para recordaros sus causas; para mostraros que, como sin duda sois conscientes de ellas, también nosotros las tenemos presentes; y para recordaros que sus resultados no deben haceros desconfiar de vuestro poder para reprimir los desmanes de nuestro tiempo.

Hay esperanza porque un mundo viejo está en decadencia: «El imperio ha perdido su supremacía, el papa ha dejado de ser formidable e Italia ha quedado reducida a un Estado de la más completa igualdad». Solo hace falta que los *magnifici Signori* resuelvan la situación «por el motivo único del amor a nuestro país». Y añade Maquiavelo:

> ... La corrupción del país es inmensa y se necesitará mucha discreción para derrotarla; pero no debemos achacar los desmanes del pasado a la naturaleza de los hombres, sino a unos tiempos que, como están cambiando, nos permiten albergar la esperanza de que, con un mejor gobierno, nuestra ciudad tenga más fortuna en el futuro; porque la maldad de las personas solo se superará ... adoptando aquellos principios que obedezcan a una verdadera libertad civil.

Por consiguiente, no es la naturaleza humana lo que falla, sino «los tiempos», las circunstancias, y estas cambiarán si se confía en el buen hacer de los *magnifici Signori* . Hay que confiar en ellos, no hay más remedio, y hay que esperar que vengan tiempos mejores.

Como explicó Maquiavelo en el capítulo sexto de *El príncipe* , hay dos condiciones para un cambio positivo: debe darse una combinación de *fortuna* , es decir, «suerte» o circunstancias propicias, y debe haber líderes con la *virtù* , es decir, la capacidad y las aptitudes necesarias para aprovechar tales circunstancias.

Respecto a la *fortuna* , poco se puede hacer. En un mundo cada vez más integrado, ningún actor puede cambiar el mundo en solitario, pero sí se puede esperar que haya líderes, partidos, grupos o clases capaces de hacer todo lo que puedan dentro de las limitaciones existentes.

Este es nuestro problema actual. Hemos perdido la esperanza de que estos líderes y partidos nos conduzcan, si no a la salvación, al menos a unos tiempos menos mórbidos.

Hace veinte años, en un libro de ciencia política —uno de tantos— titulado *Why People Don't Trust Government* , sus autores se lamentaban de que la confianza en los gobiernos estadounidenses llevase tres décadas en

constante declive. En 1964, tres cuartas partes de la población de Estados Unidos creían que su gobierno hacía «lo correcto». En 1997, solo una cuarta parte pensaba así. [2]

Un sondeo de Gallup realizado en 2017 reveló que, en 1972, el 26 % de los estadounidenses confiaba «no mucho» en su gobierno y un 3 % no confiaba «en absoluto» en él; en 2017, los porcentajes subieron al 34 % y al 13 %, respectivamente. [3] Puede resultar tranquilizador que una mayoría todavía confíe en su gobierno, pero tampoco podemos poner la mano en el fuego: una encuesta del Centro de Investigaciones Pew realizada pocos meses después de la toma de posesión de Donald Trump determinó que el 80 % de los estadounidenses no confiaba en el sistema. [4] Lógico, ya que quienes habían votado a Trump lo hicieron precisamente porque no confiaban en el gobierno federal, mientras que los votantes anti-Trump todavía no se habían recuperado del mazazo de verlo en la Casa Blanca.

Los resultados de las encuestas dependen del momento exacto en el que estas se realizan y de la formulación concreta de las preguntas. En la siguiente tabla (sondeo Pew de octubre de 2017) podemos ver que Grecia —lógicamente— encabeza la lista de países encuestados insatisfechos con la democracia, mientras que a Rusia —sorprendentemente— y Alemania les funciona bastante bien. [5]

Porcentaje de insatisfacción de la población con el funcionamiento de la democracia en su país

Grecia	79%
España	74%
Italia	67%
Francia	65%
Estados Unidos	51%
Israel	47%
Reino Unido	47%
Japón	47%
Rusia	36%
Alemania	26%

El problema de la confianza está relacionado con la forma en que se presentan los políticos. Lo único que hacen es prometer; va con la profesión. Pocos se atreven a sincerarse y decir: «No hay mucho que pueda hacer, pero votadme igualmente». Una vez en el poder, dicen que todo lo bueno ha sido gracias a ellos y echan la culpa de todo lo malo a sus adversarios o a anteriores gobiernos. Siempre es así.

Por supuesto, no solo desconfiamos de los políticos. Tampoco nos fiamos de los banqueros, periodistas, abogados o agentes inmobiliarios —obviamente—. Según una encuesta elaborada en el Reino Unido, en quienes más confiamos es en los médicos, maestros, jueces, científicos y peluqueros (!). La confianza en los sacerdotes también está a la baja, sobre todo después del aluvión de escándalos sexuales encubiertos por la Iglesia. [6]

La confianza depende de lo que esté pasando. En 2006, el 49% de los estadounidenses tenía «mucha» o «bastante» confianza en los bancos. En 2016, esta confianza se hundió, como es comprensible, hasta un 27 %. [7] Cuando las cosas van bien, hay más confianza; cuando van mal, menos. Si hay una guerra, la confianza puede aumentar gracias a la solidaridad colectiva. Si la guerra va mal o la amenaza no se toma en serio, la confianza decae. Es probable que la confianza en Stalin, Roosevelt y Churchill aumentara a medida que la guerra avanzaba. No hace falta ninguna empresa de sondeos para afirmar que, en 1945, la confianza en Hitler en Alemania y Mussolini en Italia debió caer bajo mínimos.

La confianza es aún más volátil cuando hay un gran número de fuentes de noticias. En el pasado, controlar la prensa y los medios posiblemente ayudó a los gobiernos. En la era de internet y la proliferación de fuentes de información, este control es más difícil de mantener; además, la gente tiende a buscar noticias que confirmen sus opiniones.

Con todo, el desencanto con la clase política nunca había sido tan elevado en Occidente desde 1945. Puede que este descontento, este malestar, dure mucho tiempo. Forma parte de los síntomas mórbidos de un mundo viejo que ha desaparecido. En Occidente, este mundo viejo surgió de las cenizas de la segunda guerra mundial. Era un mundo de crecimiento y estabilidad, de expansión educativa, un mundo en el que los jóvenes podían estar seguros de que tendrían un futuro mejor que el de sus padres, más libre, con menos ataduras morales. Era un mundo en el que muchos

podían sentirse cómodos y en el que las expectativas se cumplían con creces. Cambiaba constantemente, pero lo hacía a mejor. Parecía un mundo seguro, un mundo que reconocíamos y que, quizá, amábamos.

Los revolucionarios de 1968, una minoría de la que tanto se ha escrito, *disfrutaron* su revolución. Estaban llenos de esperanza, no de desesperanza. Pensaban que podían hacer un mundo mejor. Eran los hijos de una posguerra próspera. No se preocupaban de si tendrían trabajo. Tampoco les preocupaba el fin del estado del bienestar ni la quiebra de los servicios sociales, porque pensaban que siempre existirían. No pronosticaban un futuro con cambio climático y sin antibióticos. En las décadas de 1970 y 1980, los rebeldes del 68 lucharon, con un éxito parcial, contra la misoginia, el racismo y la homofobia.

Y hoy, ¿qué esperan? O, mejor dicho, ¿qué esperamos? ¿Hasta qué punto nos consideramos felices? La «búsqueda de la felicidad», ese «derecho inalienable» recogido en la Declaración de Independencia de Estados Unidos, junto con la «vida» y la «libertad», ¿ha terminado? Es difícil cuantificar este dato, pero los valientes encuestadores no se amilanan ante las dificultades y lo intentan de todos modos, aunque los resultados puedan ser desconcertantes. El sondeo de Gallup titulado «What Happiness Today Tells Us About the World Tomorrow» («Qué nos dice la felicidad de hoy sobre el mundo de mañana») analiza cómo se han sentido los habitantes de distintos países desde 2007 y establece un índice de «pujanza» (*thriving index*). Rusia, Egipto, Colombia y la India están a la cola de la clasificación: no les cabe la menor duda de que les va muy mal. Las respuestas en Grecia y España desde 2007 son —comprensiblemente— malas: en los diez años transcurridos hasta 2017, sus niveles de «pujanza» bajaron un 25 % y un 22 %, respectivamente. Incluso algunos países prósperos son poco «pujantes»: Nueva Zelanda y Estados Unidos están en la zona baja, con un 10 y un 11 %, Singapur cae hasta el 15 %, y Bélgica, hasta el 14 %.

¿Por qué se quejan? ¿Qué ha pasado? Tampoco es fácil explicar por qué el mayor aumento de «pujanza» desde 2007 se ha producido en países como El Salvador (+27 %), Letonia (+21 %), Liberia (+20 %) y Honduras (+18 %). El Salvador y Honduras encabezan las listas de homicidios y, aunque han muerto menos personas entre 2007 y 2017, el índice de asesinatos sigue siendo allí de los más altos del mundo. Quizá están contentos porque ha habido menos muertos. En Liberia, la guerra civil

concluyó en 2003 y el aumento de la felicidad fue casi inevitable, pero sorprende que siguiera creciendo de manera tan vertiginosa hasta 2017. La alta puntuación de Letonia también es desconcertante, ya que, en abril de 2010, el país báltico tenía la tasa de desempleo más alta de la UE (22,5 %). Es cierto que la situación va a mejor, pero tampoco se puede afirmar que la vida de los jóvenes letones esté mejorando, ya que el desempleo juvenil en Letonia era mucho más bajo en 2007 (7,6 %) que en 2010 (cuando llegó a un alarmante 41 %). Tal vez los letones tengan menos expectativas.

Después de Letonia, el país de la UE con más sensación de «pujanza» en 2017 que en 2007 era Alemania. Entonces, ¿por qué a los dos principales partidos alemanes (socialdemócrata y democratacristiano) les fue tan mal en 2017 y a la extrema derecha de AfD le fue tan bien? Quizá mucha gente no sabe lo que le conviene, o quizá «it's *not* the economy, stupid», o tal vez estas encuestas no valen mucho. [8] ¿Por qué el ultraderechista y euroescéptico Partido de los Finlandeses obtiene unos resultados tan buenos (la segunda fuerza del país en 2015, con un 17,7 %) si Finlandia tiene los índices de bienestar más altos: estabilidad, seguridad, libertad, ausencia de corrupción, riqueza, *el país más feliz del mundo* , cuarto en igualdad de género, cuarto en índice de pobreza más bajo y con el mejor sistema educativo de los países de la OCDE? [9]

La encuesta de Gallup medía la mejora. Por su parte, el índice de la ONU «Informe de la Felicidad Mundial 2018» ordena países en una tabla clasificatoria de felicidad. Los prestigiosos economistas que lo redactaron (John F. Helliwell, Richard Layard y Jeffrey Sachs) confirman que el país más feliz es Finlandia, seguido de otros estados escandinavos. Nueva Zelanda, que no salió bien parada en el índice de «pujanza» de Gallup, es en la actualidad el octavo país «más feliz» del mundo, justo por debajo de Canadá y justo por encima de Suecia y Australia. Israel es el undécimo (supuestamente se incluye a los árabes israelíes, pero no a los palestinos «sin estado»). El Reino Unido ocupa el puesto decimonoveno, justo por debajo de Estados Unidos. Francia es la 23.ª, flanqueada por Malta y México. Italia es la 47.ª; Rusia, la 59.ª, y Uzbekistán, el 44.º. Asombrosamente, Libia es el país más feliz de África, más incluso que Turquía, Hungría y Portugal. [10]

En el Reino Unido, David Cameron, siendo primer ministro, ordenó a la Oficina Nacional de Estadística que no se limitara a ofrecer datos fácilmente cuantificables, como el PIB o los índices de empleo, sino que

midiera también el «bienestar», incluido el «bienestar personal». La encuesta se hizo de la única manera posible, es decir, preguntando a la gente que evaluara lo satisfecha que estaba «con su vida en general» y si sentía que su vida tenía un «sentido» o una «meta». El resultado es un «índice de bienestar» —que bien podría llamarse «índice de malestar»—.

Para medir el bienestar personal se plantearon únicamente cuatro preguntas que los encuestados debían responder utilizando una escala del cero al diez. Las preguntas eran: [11]

- En general, ¿cuál es su actual nivel de satisfacción con su vida?
- En general, ¿hasta qué punto cree que las cosas que hace en su vida merecen la pena?
- En general, ¿cómo de feliz se sintió ayer?
- En general, ¿qué nivel de preocupación sintió ayer?

Solo podemos compadecernos de los profesionales de la estadística a quienes se les pide que hagan cosas imposibles planteando preguntas estúpidas. Uno puede haber estado triste ayer porque se le murió el gato o tenía la gripe, y podrá sentirse eufórico mañana porque le habrá tocado la lotería o su equipo habrá ganado un partido. Esto no explica nada sobre la sociedad y no permite hacer comparaciones. En cualquier caso, el Reino Unido cambió muy poco entre 2016 y 2017: la gente estaba igual de preocupada o igual de satisfecha con su bienestar. [12] El referéndum del *brexit* , las elecciones de 2017, el auge de Corbyn, la amenaza de Corbyn, la elección de Trump o el número de inmigrantes apenas influyeron, lógicamente, en la sensación de «bienestar».

Muchos historiadores convendrán en que, al menos en Occidente, el mundo está mucho mejor que ayer, si consideramos «ayer» 1945 o antes. Pero 1945 ya queda lejos. Como reza la célebre frase inicial de la novela *El mensajero* , del británico L. P. Hartley, el pasado «es un país extranjero».

El optimismo debería reinar si comparamos la situación actual con la primera mitad del siglo XX . En su libro *Los ángeles que llevamos dentro: el declive de la violencia y sus implicaciones* (2011), el pensador canadiense Steven Pinker podría estar utilizando estadísticas discutibles cuando compara el mundo antiguo con el nuestro (el nuestro, dice, es mejor porque existe algo como el progreso, etc.). Pero las cosas han mejorado en

Occidente desde 1945: hay menos crímenes, menos robos, menos violencia y hasta menos contaminación (la niebla tóxica de Londres de diciembre de 1952 mató a ocho mil personas). [13]

En otros lugares, incluso estas cifras no parecen tan malas. Y no solo pienso en la tasa de homicidios en Honduras o en las guerras que aparecen constantemente en las noticias, como las de Siria, Libia, Yemen y Afganistán, sino en el número de muertes durante la guerra civil de Congo (1998-2003), que oscila entre 2,7 y 5,5 millones de vidas. [14] Aquella fue una de las mayores pérdidas de vidas humanas desde la segunda guerra mundial, pero como ocurrió muy lejos, las víctimas no fueron de raza blanca y las grandes potencias no estuvieron implicadas, muy pocos en Occidente se preocuparon y los medios apenas se hicieron eco del conflicto.

Cuanto más nos remontamos al pasado, peor estaba Occidente y el resto del planeta. Era un mundo de pobreza, hambre, enfermedades, genocidios, y lo sigue siendo para muchos que no han tenido la enorme suerte de crecer en Occidente.

Pero de poco sirve decirle a la gente que los viejos tiempos fueron terribles, que nuestros antepasados vivieron en la miseria hasta el siglo XIX o que la mayoría eran pobres, se deslomaban trabajando y morían jóvenes. Lo importante no es cómo ve la gente el pasado, sino qué espera del futuro.

El término «revolución de crecientes expectativas», acuñado en la década de 1950, no se habría podido utilizar en siglos anteriores. La idea de progreso podría remontarse a la época de la Ilustración, pero solo un puñado de intelectuales creían en él. Los campesinos que araban las tierras cercanas a Voltaire y Condorcet, o los esclavos de las plantaciones no muy distantes de Benjamin Franklin, no notaban ningún «progreso». Los días y las noches se sucedían con la misma rutina, y lo único que esperaban era que no hubiera guerras ni catástrofes naturales.

Los síntomas mórbidos actuales están relacionados con las últimas décadas de crecimiento y prosperidad. El actual desencanto está estrechamente ligado, en buena medida, a la pérdida de una esperanza que no se puede recuperar a base de eslóganes del tipo «La audacia de la esperanza» («The Audacity of Hope»). Esta frase, utilizada por Barack Obama en el Congreso del Partido Demócrata de 2004 y, después, para titular su exitoso libro, la extrajo el expresidente estadounidense de un sermón pronunciado por un pastor protestante de Chicago, Jeremiah Wright, quien, a su vez, se inspiró en una sensiblera pintura del artista inglés George

Frederick Watts, titulada *Esperanza* (1886). El óleo reproduce una mujer con los ojos vendados, pobremente vestida, sentada sobre un globo terráqueo y escuchando el débil sonido de una lira de una sola cuerda. La situación de la mujer es desesperada; solo la música parece servirle de consuelo.

George Frederick Watts, *Hope* , 1886. Impresión a color de *Famous Paintings* , introducción de Gilbert Chersterton, Cassell and Company, Londres, Nueva York, Toronto, 1912. © The Print Collector / Heritage-Images / Album

No es así como se suele representar la esperanza. Normalmente hay un amanecer con luces brillantes «donde, con rutilante esplendor, una estrella / baña de oro la cima de una nube plomiza» (John Keats), o una Jerusalén que levantar «sobre la verde y apacible tierra de Inglaterra» (William Blake). Para Emily Dickinson, la esperanza «es la cosa con plumas / que se posa en el alma / y entona melodías sin palabras». La esperanza es la tierra prometida, lo que los patriotas británicos llamaban «tierra de esperanza y gloria, madre de los libres», o lo que para los socialistas era la sociedad sin clases, «donde ... cada cual pueda realizarse en cualquier sector que desee» y «a mí me permita hacer hoy una cosa y mañana otra, salir a cazar al alba, pescar al mediodía, criar ganado al atardecer y criticar después de cenar» (Karl Marx, *La ideología alemana* , 1845).

Puede que Jeremiah Wright, el pastor que inspiró a Obama, ofició su boda y bautizó a sus hijas, no haya perdido la esperanza, pero demostró tener muy poca por Estados Unidos. En varios sermones acusó al gobierno federal de proporcionar drogas a ciudadanos negros, construir cárceles más grandes y aprobar una ley que imponía la cadena perpetua al tercer delito cometido (la llamada «ley del tercer *strike* »), y, después:

> Nos pidan que cantemos *Dios bendiga América* . No, no y no. Dios maldiga América ... por matar a inocentes ... Dios maldiga América por tratar a nuestros ciudadanos de forma inhumana. Dios maldiga América, porque se comporta como si fuera el Dios Altísimo.

Peor lo puso el 16 de septiembre de 2001, el primer domingo tras el 11S, en su parroquia cuando bramó:

> Bombardeamos Hiroshima, bombardeamos Nagasaki, aniquilamos a muchos más que los miles de Nueva York y el Pentágono, y nunca movimos un dedo. Hemos aguantado el terrorismo de Estado contra los palestinos y los sudafricanos negros, y ahora nos indignamos porque todo el mal infligido por los estadounidenses fuera de su tierra nos es devuelto en nuestra propia casa. De aquellos polvos han venido estos lodos. [15]

Obama y su familia rompieron todos sus vínculos con el buen pastor. A diferencia de Jeremiah Wright, Barack Obama no perdió la esperanza y se convirtió en presidente de Estados Unidos.

Tal vez nunca deberíamos abandonar la esperanza, porque sería como ir directos al infierno, en cuyas puertas, como escribió Dante, figura la terrible inscripción: «Lasciate ogni speranza voi ch'entrate» («Quienes

entréis aquí, perded toda esperanza»).

En su día, los socialistas pensaban que el futuro estaba en manos de los trabajadores. En 1931, los poetas comunistas escribían versos como estos de Louis Aragon, justo antes de apostar sin remilgos por la Rusia de Stalin:

> *J'assiste à l'écrasement d'un monde hors d'usage*
> *J'assiste avec enivrement au pilonnage des bourgeois ...*
>
> [Soy testigo de la destrucción de un mundo obsoleto / Soy testigo ebrio del aplastamiento de los burgueses ...] [16]

Se equivocaba, pero tenía esperanza.

Hoy en día, estas esperanzas solo las tienen los fanáticos religiosos. Hoy en día, la esperanza «normal» está pasando un mal momento: xenofobia, aumento de las desigualdades, incertidumbre política, calentamiento global, degradación medioambiental, políticos chiflados. Hoy, lo internacional no «une a la raza humana» como en el himno socialista:

> El ideal internacional
> une a la raza humana.
> Que nadie levante muros para dividirnos,
> ni murallas de odio ni de piedra.
> Venid a saludar el amanecer y permaneced a nuestro lado. [*]

Hoy, lo «internacional», o lo cada vez más internacional, no es la «raza humana», sino el mercado globalizado. Como resultado, las corporaciones e individuos ricos enfrentan a un país contra otro para evitar impuestos, al tiempo que debilitan a los sindicatos y critican la interferencia de los gobiernos: una carrera al abismo entre trabajadores en la que cada país intenta arrebatarle inversiones a otro país. [17] Como escribió Martin Wolf en su columna del *Financial Times* , «el orden internacional liberal se está desmoronando, en parte porque no satisface a la gente de nuestras sociedades». [18]

Antes, los economistas creían, como Pangloss, que la economía se adaptaría y que todo iría a mejor en el mejor de todos los mundos posibles, «die beste aller möglichen Welten» (Leibniz). Hoy no estamos tan seguros de ello. Aun así, no abandonamos la esperanza y seguimos pensando que el infierno no está a la vuelta de la esquina. Después de todo, si las cosas han

mejorado en los últimos siglos es precisamente gracias a quienes no han perdido la esperanza, no se han rendido y siguen luchando, por muy mórbidos que sean los tiempos.

Notas

1 . Robert Shogan, *The Battle of Blair Mountain: The Story of America's Largest Labor Uprising,* Westview Press, Oxford, 2004, p. 4.

2 . Angus Maddison, *Phases of Capitalist Development* , OUP 1982, p. 206. Cifras redondeadas.

3 . Cálculos del Banco Mundial basados en datos de la Organización Internacional del Trabajo. Véase: http://data.worldbank.org/indicator/SL.UEM.TOTL.ZS , https://tradingeconomics.com/macedonia/unemployment-rate ; sobre desempleo juvenil, véanse los datos de la OCDE citados en *Financial Times* , 15 de diciembre de 2017.

4 . Texto publicado en 2004 y titulado *The European Dream: How Europe's Vision of the Future Is Quietly Eclipsing the American Dream* .

5 . https://www.bbc.co.uk/news/world-asia-india-42436817

6 . Sobre el «afectuoso trato» dispensado por Trump a Duterte, véase *The Guardian* , 31 de octubre de 2017 y 14 de noviembre de 2017; véase también «The human toll of the Philippines war on drugs», *The Economist* , 15 de septiembre de 2016; «Police have killed dozens of children in Philippines war on drugs, Amnesty says», *The Guardian* , 4 de diciembre de 2017.

7 . CNN: http://edition.cnn.com/2013/09/02/world/americas/mexico-drug-war-fast-facts/index.html ; https://www.theguardian.com/world/2018/feb/10/mexico-drug-cartels-soldiers-military

8 . Crónica de la BBC: https://www.bbc.co.uk/programmes/p06cc1mm ; y CNN: https://edition.cnn.com/2018/06/27/americas/mexico-political-deaths-election-season-trnd/index.html

9 . Estudio realizado el 12 diciembre de 2017: http://www.msf.org/en/article/myanmarbangladesh-msf-surveys-estimate-least-6700-rohingyawere-killed-during-attacks ; véase también «Going Along with a Pogrom», *The Economist* , 9 de septiembre de 2017; véase también el impresionante documental realizado por el programa *Newsnight* de la BBC sobre la masacre de Tula Toli «Rohingya crisis: The Tula Toli massacre», emitido el 13 de noviembre de 2017 y actualmente visible en YouTube: https://www.youtube.com/watch?v=HRp0o0fzB2I

10 . http://www.satp.org/satporgtp/countries/pakistan/database/casualties.htm

11 . Nadifa Mohamed, «How many dead Somalis does it take for us to care?», *The Guardian* , 23 de octubre de 2017.

12 . http://www.bbc.co.uk/news/world-us-canada-42508963 : noticia destacada en la BBC el 29 de diciembre de 2017.

1 . Fuente: Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (http://www.unhcr.org/uk/figures-at-a-glance.html : véanse las cifras).

2 . Cifras de la Organización Internacional para las Migraciones, véase el informe especial «Fatal Journeys Volume 3-Part 1» (http://unitedkingdom.iom.int/); véase también: http://unitedagainstrefugeedeaths.eu/

3 . https://www.washingtonpost.com/graphics/world/a-history-ofterrorism-in-europe/ : cita fuentes recogidas por el Consorcio Nacional para el Estudio del Terrorismo de la Universidad de Maryland, en su base de datos global de terrorismo: Global Terrorism Database.

4 . Véase la hoja informativa CAIN de la Universidad del Úlster: http://cain.ulst.ac.uk/victims/docs/group/htr/day_of_reflection/htr_0607c.pdf

5 . Frederick W. Kagan, *Finding the Target: the Transformation of American Policy* , Encounter Books, 2006, p. 358.

6 . «Trump says tougher gun laws would have made Texas church shooting worse», *The Guardian* , 7 de noviembre de 2017; «Texas attorney general: congregations should be armed after church shooting», *The Guardian* , 6 de noviembre de 2017.

7 . La lista completa se puede consultar en: David Leonhardt, Ian Prasad Philbrick y Stuart A. Thomspon, «Thoughts and Prayers and NRA Funding», *The New York Times* , 4 de octubre de 2017: https://www.nytimes.com/interactive/2017/10/04/opinion/thoughts-prayers-nra-funding-senators.html

8 . Nouriel Roubini, @Nouriel, 15 de febrero de 2018.

9 . https://edition.cnn.com/2018/05/18/us/texas-school-shooting/index.html

10 . https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/president-donald-j-trumps-state-union-address-2/ . Sobre índices de criminalidad en El Paso, véase *Huffington Post* , «Trump Earlier This Year Infuriated El Paso With Lies About Its Crime Rate»: https://www.huffingtonpost.co.uk/entry/trump-el-paso-lied-aboutcrime-rate-wall-mexicans_n_5d4780abe4b0aca3411fbe1b

11 . Cifras de 2015-2016. Fuentes: FBI, Ministerio del Interior del Reino Unido, Small Arms Survey; véase BBC: http://www.bbc.co.uk/news/world-us-canada-41488081

12 . Sarah Champion, «British Pakistani men ARE raping and exploiting white girls... and it’s time we faced up to it», *The Sun* , 10 de agosto de 2017.

13 . https://www.theguardian.com/uk-news/2018/jan/22/darren-osborne-appears-in-court-over-finsbury-park-attack

14 . Madison Marriage, «Men Only: Inside the charity fundraiser where hostesses are put on show», *Financial Times* , 24 de enero de 2018.

15 . Athena R. Kolbe *et al* ., «Mortality, crime and access to basic needs before and after the Haiti earthquake: a random survey of Port-au-Prince households», *Medicine, Conflict and Survival* , vol. 26, n.º 4, 2010: http://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/13623699.2010.535279?journalCode=fmcs20Views

16 . https://www.theguardian.com/society/2012/nov/21/thousandschildren-sexually-exploited-inquiry

17 . Shirley Joshi y Bob Carter, «The role of Labour in the creation of a racist Britain», *Race and Class* , vol. 25, n.º 3, 1984, p. 61, cita del documento secreto del gabinete: «Immigration of British Subjects into the United Kingdom», CAB 129/44.

18 . Stuart Jeffries, «Britain's most racist election: the story of Smethwick, 50 years on», *The Guardian* , 15 de octubre de 2014.

19 . El discurso de Birmingham completo, conocido como el discurso de «los ríos de sangre» («Rivers of Blood»), se puede leer en el *Daily Telegraph* : http://www.telegraph.co.uk/comment/3643823/Enoch-Powells-Riversof-Blood-speech.html

20 . Peter Wilby, «Exposing Enoch Powell's racist lies in a second, almost forgotten speech», *New Statesman* , 12 de abril de 2018: https://www.newstatesman.com/2018/04/exposing-enoch-powell-s-racist-lies-secondalmost-forgotten-speech

21 . Martin Fletcher, «Thalidomide 50 years on: “Justice has never been done and it burns away”», *The Daily Telegraph* , 8 de febrero de 2018: http://www.telegraph.co.uk/news/health/12082527/Thalidomide-50years-on-Justice-has-never-been-done-and-it-burns-away.html

22 . Harold Evans, *My Paper Chase: True Stories of Vanished Times* , Hachette, Reino Unido, 2009.

23 . Dominic Sandbrook, *White Heat: A History of Britain in the Swinging Sixties* , Hachette, Reino Unido, Londres, 2015, p. 262.

24 . Simon Heffer, *Daily Mail* , 13 de junio de 2012: http://www.dailymail.co.uk/debate/article-2158958/Enoch-Powell-A-prophet-outcast.html#ixzz4skIUhJ8e

25 . Fuente: Eurostat / archivo propio.

26 . *Daily Mail* , 20 de agosto de 1938, citado en William Maley, *What is a Refugee?* , Oxford University Press, 2016, p. 61.

27 . J. Ramsay MacDonald, *A Socialist in Palestine* , Jewish Socialist Labour Confederation Poale-Zion, Londres, 1922, p. 6.

28 . Paul Kelemen, *The British Left and Zionism: The History of a Divorce* , Manchester University Press, 2012, p. 20.

29 . *The Letters of Virginia Woolf* , vol. IV: 1929-1931, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1979, pp. 47, 195.

30 . Citado en Diana Kay y Robert Miles, *Refugees or Migrant Workers? European Volunteer Workers in Britain 1946-1951* , Routledge, Londres, 1992, pp. 116-117.

31 . Véase Stephen Smith, *La ruée vers l'Europe. La jeune Afrique en route pour le Vieux Continent* , Grasset, París, 2018; Alain Finkielkraut, *L'identité malheureuse* , Stock, París, 2013; y Renaud Camus, *Le grand replacement* , David Reinharc, Neuilly-sur-Seine, 2011.

32 . Niall Ferguson, «The Way We Live Now: 4-4-04; Eurabia?», *The New York Times Magazine* , 4 de abril de 2004.

33 . Mark Steyn, *America Alone: The End of the World as We Know It* , Regnery Publishing, Washington, 2006, p. 134.

34 . http://www.pewforum.org/2017/07/26/demographic-portrait-ofmuslim-americans/ y http://www.pewresearch.org/fact-tank/2016/01/06/a-new-estimate-of-the-u-s-muslim-population/

35 . Sobre la predicción de Pew del 3 de enero de 2018, véase Besheer Mohamed, «New estimates show U.S. Muslim population continues to grow»: http://www.pewresearch.org/fact-tank/2018/01/03/new-estimatesshow-u-s-muslim-population-continues-to-grow/

36 . Centro de Investigaciones Pew: http://www.pewforum.org/2015/08/26/a-portrait-of-american-orthodox-jews , 26 de agosto de 2015.

37 . Véase el informe del Institute for Jewish Policy Research, «Strictly Orthodox Rising: What the demography of British Jews tells us about the future of the community», por L. Daniel Staetsky y Jonathan Boyd, octubre de 2015.

38 . Mark Steyn, «La población europea será un “40 %” en 2025», *Wall Street Journal* , 4 de enero de 2006, p. 17, citado en Nasar Meer, «Racialization and religion: race, culture and difference in the study of antisemitism and Islamophobia», *Ethnic and Racial Studies* , vol. 36, n.º 3, 2013, p. 393.

39 . Centro de Investigaciones Pew: http://www.pewforum.org/2017/11/29/europes-growing-muslim-population/

40 . Joseph Nevins, *Operation Gatekeeper: The Rise of the 'illegal alien' and the Making of the U.S.-Mexico Boundary* , Routledge, Londres, 2002, p. 120.

41 . https://www.bbc.co.uk/news/world-us-canada-44538110

42 . Laura Bush, «Separar a los hijos de sus padres en la frontera “me rompe el corazón”», *Washington Post* , 17 de junio de 2018, https://www.washingtonpost.com/opinions/laura-bush-separating-children-fromtheir-parents-at-the-border-breaks-my-heart/2018/06/17/f2df517a-728711e8-9780-b1dd6a09b549_story.html?noredirect=on&utm_term=.ad4c694aa4d1

43 . https://eu.usatoday.com/story/news/politics/2018/05/16/trumpimmigrants-animals-mexico-democrats-sanctuary-cities/617252002 /

44 . https://www.washingtonpost.com/news/arts-and-entertainment/wp/2018/06/18/migrant-kids-are-child-actors-ann-coulter-says-on-foxnews-telling-trump-not-to-be-fooled/?utm_term=.26fe2cfdb8f5 ; aparece el vídeo de Fox News.

45 . https://www.theguardian.com/world/2018/feb/16/japan-asylumapplications-2017-accepted-20

46 . *The Independent* cita las cifras del Departamento de Estado de Estados Unidos: https://www.independent.co.uk/news/world/americas/syrian-refugees-taken-in-accepts-us-trump-this-year-a8304961.html

47 . Cifras de Full Fact, la organización benéfica británica independiente de verificación de noticias: ; véase también el informe de la Cruz Roja Británica: http://www.redcross.org.uk/About-us/News/2016/January/Record-number-of-UK-asylum-seekers-destitute

48 . Fuente: Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, acceso el 7 de enero de 2018: http://www.unhcr.org/uk/rohingyaemergency.html

49 . *The Guardian* , 19 de octubre de 2016, y *Daily Telegraph* , 20 de octubre de 2016.

50 . Thomas Meaney, «In the Centre of the Centre», *London Review of Books* , vol. 39, n.º 18, 21 de septiembre de 2017.

51 . http://www.pewresearch.org/fact-tank/2016/07/19/5-factsabout-the-muslim-population-in-europe/

52 . Jamie Grierson y Pamela Duncan, «Britons most positive in Europe on benefits of immigration. Findings contradict assumption UK is more hostile than European neighbours», *The Guardian* , 2 de mayo de 2019.

53 . *The Daily Telegraph* , 12 de enero de 2015.

54 . Noticia de la CNN: http://edition.cnn.com/2017/12/23/politics/pete-hoekstra-apology/index.html

55 . Public Religion Research Institute, «Emerging Consensus on LGBT Issues: Findings From the 2017 American Values»: https://www.prri.org/research/emerging-consensus-on-lgbt-issues-findings-from-the2017-american-values-atlas/

56 . Max Weber, «The Nation State and Economic Policy», en Peter Lassman y Ronald Speirs (eds.), *Weber: Political Writings* , Cambridge University Press, 1994, p. 12.

57 . «The Clash of Civilizations?» fue un artículo publicado en *Foreign Affairs* en el verano de 1993 que adoptó forma de libro en 1996.

58 . Mehrdad Payander, «Fragmentation within International Human Rights Law», en Mads Andenas y Eirik Bjorge (eds.), *A Farewell to Fragmentation: Reassertion and Convergence in International Law* , CUP, 2015, p. 313.

59 . *FOCUS Magazin* , 1 de mayo de 2011: http://www.focus.de/magazin/debatte/focus-leserdebatte-schadet-sich-die-spd-mit-ihrem-sarrazinkurs_aid_623031.html

60 . Perry Anderson, *The H-Word. The Peripeteia of Hegemony* , Verso, Londres, 2017, pp. 169-174.

61 . Philip Oltermann, «AfD leaders vow to “hound Angela Merkel” after strong showing at polls», *The Guardian* en línea, 24 de septiembre de 2017: https://www.theguardian.com/world/2017/sep/24/afd-leaders-willhound-angela-merkel-after-strong-showing-at-polls

62 . Entrevista en *Bild am Sonntag* citada en *Spiegel Online* , 29 de octubre de 2017: http://www.spiegel.de/politik/deutschland/alice-weidel-afdwill-2021-in-die-bundesregierung-a-1175360.html

63 . Véase *Global Handelsblatt* , 20 de septiembre de 2017: https://global.handelsblatt.com/politics/alice-weidel-afd-germany-far-right-populist819466

64 . Les Back, Tim Crabbe y John Solomos, «“Lions and black skins”: Race, nation and local patriotism in football», en Ben Carrington y Ian McDonald (eds.), *Race, Sport and British Society* , Routledge, Londres, 2002, p. 94.

65 . 25 de julio de 2014. Véase vídeo: https://video.repubblica.it/dossier/caso-tavecchio/tavecchio-che-gaffe-qui-gioca-chi-prima-mangiava-banane/173462/172041

66 . Paolo Fantauzzi, «Kyenge pare un orango, il Pd salva Calderoli. Per il Senato non c'è discriminazione razziale», *L'Espresso* , 16 de septiembre de 2015; «Calderoli: "Una Francia fatta di negri e islamici"», *Il Giornale* , 11 de julio de 2006: http://www.ilgiornale.it/news/calderoli-francia-fatta-negrie-islamici.html

67 . «Putin’s party signs deal with Italy’s far-right Lega Nord», *Financial Times* , 6 de marzo de 2017.

68 . «Migranti, Berlusconi: “Bomba sociale, in 600mila non hanno diritto di restare”», *Il Fatto Quotidiano* , 4 de febrero de 2018: https://www.ilfattoquotidiano.it/2018/02/04/migranti-berlusconi-bomba-sociale-in600-mila-non-hanno-diritto-di-restare/4136941/

69 . Véase Shlomo Sand, *The End of the French Intellectual. From Zola to Houellebecq* , Verso, Londres, 2018, pp. 215-216.

70 . Daniel Boffey, «Dutch “burqa ban” rendered largely unworkable on first day», *The Guardian* , 1 de agosto de 2019.

71 . International Free Thought, *Le financement public des religions en France* , 9 de junio de 2012: http://www.internationalfreethought.org/spip.php?article151

72 . Sobre Valls y la kipá, véase *Le Monde* , 24 de septiembre de 2012; sobre Laurence Rossignol, véase «Laurence Rossignol veut combattre le burkini “sans arrière-pensées”», *Le Figaro* , 16 de agosto de 2016; más generalmente, véase *Midi Libre* , 19 de agosto de 2016: http://www.midilibre.fr/2016/08/19/burkini-a-la-plage-nice-l-interdit-a-son-tour,1381761.php

73 . *Le Figaro* , 24 de agosto de 2016: http://www.lefigaro.fr/politique/2016/08/24/01002-20160824ARTFIG00276-une-majoritede-francais-opposee-au-port-du-burkini-sur-les-plages.php

74 . http://www.lemonde.fr/idees/article/2016/08/27/burkini-unevictoire-de-l-etat-de-droit_4988785_3232.html

75 . Matthieu Goar, «Laurent Wauquiez élu président du parti Les Républicains», *Le Monde* , 10 de diciembre de 2017.

76 . https://www.lemonde.fr/societe/article/2018/05/20/maryampougetoux-responsable-de-l-unef-repond-aux-critiques-sur-son-voile_5302012_3224.html#X2DEjMYZjum0jOEs.99 ; http://www.liberation.fr/debats/2018/05/27/maryam-pougetoux-symbole-de-la-confusion-dela-classe-politique-et-des-medias-a-l-egard-de-l-islam_1654525 ; https://twitter.com/Charlie_Hebdo_/status/999201140238581760

77 Amnistía Internacional: https://www.amnesty.org/en/latest/news/2018/05/denmark-face-veil-ban-a-discriminatory-violation-of-womens-rights/

78 . https://global.handelsblatt.com/opinion/bavarian-leader-sparksoutrage-crucifixes-public-buildings-918297

79 . Véase el número de *Famiglia Cristiana* del 29 de julio de 2018.

80 . Gustave Le Bon, *La psychologie politique et la Défense sociale* , Flammarion, París, 1910, pp. 227-228, 232, 241.

81 . Édouard Drumont, *La France Juive* , vol. 1, Éditions du Trident. La Librarie Française, París, 1986, pp. 19, 34.

82 . Jérôme Dupuis, «Le camp des Saints, de Jean Raspail, un succès de librairie raciste?», *L'Express* , 6 de abril de 2011.

83 . Irma Gadient y Pauline Milani, «Letter from Switzerlan», *The Political Quarterly* , vol. 86, n.º 4, octubre-diciembre de 2015, pp. 468-471.

84 . Brian Levin y Kevin Grisham, *Hate Crime in the United States* , Center for the Study of Hate and Extremism, California State University, San Bernardino, 2016, pp. 6 y 15.

85 . David Kertzer, *The Popes against the Jews. The Vatican's Role in the Rise of Modern Anti-Semitism* , Knopf, Nueva York, 2001, pp. 136-137.

86 . Craig Storti, *Incident at Bitter Creek. The Story of the Rock Springs Chinese Massacre* , Iowa State University Press, 1991, pp. 23-24.

87 . Alexander Saxton, *The Indispensable Enemy: Labor and the AntiChinese Movement in California* , University of California Press, 1971, p. 273.

88 . Henry George, «The Chinese in California», *New York Daily Tribune* , 1 de mayo de 1869.

89 . François Bédarida, «Perspectives sur le Mouvement ouvrier et l'impérialisme en France au temps de la conquête coloniale», *Le Mouvement Social* , n.º 86, enero-marzo de 1974, p. 38.

90 . Alain Dewerpe, *Le Monde du Travail en France 1800-1950* , Armand Colin, París, 1989, p. 100.

91 . Michelle Perrot, *Les ouvriers en grève* , Mouton & Co, Mouton, 1974, vol. 1, pp. 171-175.

92 . Sascha Auerbach, *Race, Law and 'The Chinese Puzzle' in Imperial Britain* , Macmillan, Londres, 2009, p. 39.

93 . *Ibid* ., p. 52.

94 . Sobre Tours, véase: Alessandro Barbero, *Carlo Magno: Un padre dell'Europa* (capítulo 1), y Franco Cardini, *Europa e Islam: Storia di un malinteso* .

95 . Datos del Banco Mundial de 2016: https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.PCAP.CD

96 . Andreas Kossert, «Founding Father of Modern Poland and Nationalist Antisemite: Roman Dmowski», en Rebecca Haynes y Martyn Rady (eds.), *In the Shadow of Hitler* , I.B. Tauris, Londres, 2011, p. 98.

97 . Informe Reuters, 16 de marzo de 2013: https://www.reuters.com/article/us-latvia-march/waffen-ss-veterans-commemorate-latvias-checkered-past-idUSBRE92F09N20130316

98 . Sobre la intervención de Obama, véase su discurso pronunciado el Día Internacional del Holocausto, 28 de enero de 2016: https://obamawhitehouse.archives.gov/blog/2016/01/27/president-obama-speaks-righteousamong-nations-ceremony

99 . Sobre Orbán, véase: https://www.theguardian.com/world/2016/jul/26/hungarian-prime-minister-viktor-orban-praises-donald-trump

100 . Centro Analítico de Yuri Levada: http://www.levada.ru/2017/06/26/vydayushhiesya-lyudi/

101 . https://www.levada.ru/en/2016/06/10/stalin-2/

102 . Anna Mudeva, «Special Report: In eastern Europe, people pine for socialism», 8 de noviembre de 2009: http://www.reuters.com/article/us-communism-nostalgia/special-report-in-eastern-europe-people-pine-for-socialism-idUSTRE5A701320091108

103 . Sobre el informe del Consejo de Europa sobre tráfico de personas, véase: www.bbc.co.uk/news/world-europe-11996255

104 . http://it.euronews.com/2017/03/03/federica-mogherini-fischiatae-contestata-dai-parlamentari-serbi-radicali

105 . Filip Milačić, «Divide and rule. Ethnic tensions in the Western Balkans are on the rise as the prospect of EU membership fades», *International Politics and Society* , Friedrich Ebert Stiftung, 23 de junio de 2017: http://www.ips-journal.eu/regions/europe/article/show/divide-and-rule-2125/

106 . Ian Black, «Why Israel is quietly cosying up to Gulf monarchies», *The Guardian* , 19 de marzo de 2019.

107 . *The Independent* , 14 de noviembre de 2016: http://www.independent.co.uk/news/world/middle-east/israel-palestine-mosque-call-to-prayerbanned-bill-passes-a7416121.html

108 . «Israeli extremist group leader calls for torching of Churches», *Haaretz* , 6 de agosto de 2015.

109 . https://www.timesofisrael.com/jewish-extremists-taunt-alison-the-grill-at-slain-toddlers-relatives/

110 . https://jewishvoiceforpeace.org/dareen/ ; https://jewishvoiceforpeace.org/topics/dareen-tatour/

111 . Más información: https://www.haaretz.com/israel-news/1.831626

112 . Véase información en *Haaretz* : https://www.haaretz.com/israelnews/.premium-hundreds-demonstrate-against-home-sale-to-arab-family-1.6174662

113 . *Haaretz* , 18 de mayo de 2018: https://www.haaretz.com/israelnews/in-israeli-maternity-wards-jewish-and-arab-segregation-is-the-default-1.6097402

114 . https://www.theguardian.com/world/2018/jul/15/israel-turmoil-bill-allowing-jews-arabs-segregated

115 . https://www.haaretz.com/israel-news/israel-passes-controversial-nation-state-bill-1.6291048

116 . Bradley Burston, «The Israel You Know Just Ended. You Can Thank Netanyahu», *Haaretz* , 19 de julio de 2018.

117 . https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/jul/23/israel-racist-new-law-ashamed-apartheid-daniel-barenboim?utm_source=esp&utm_medium=Email&utm_campaign=Opinion+UK+connected&utm_term=281900&subid=461896&CMP=ema_opinionconnectuk

118 . BBC, «Hodge attacked for "BNP language"», 25 de mayo de 2007: http://news.bbc.co.uk/1/hi/uk_politics/6690007.stm

119 . Matthew Norman, «Margaret Hodge's deranged hyperbole clouds the real fear that many British Jews do live in», *The Independent* , 19 de agosto de 2018.

120 . Véase, entre otros, el reciente Ilan Pappé, *The Biggest Prison on Earth. A History of Occupied Palestine* , Oneworld, Londres, 2017; Donald Macintyre, *Gaza. Preparing for Dawn* , Oneworld, Londres, 2017, y Ahdaf Soueif y Omar Robert Hamilton (eds.), *This is Not a Border: Reportage and Reflection from the Palestine Festival of Literature* , Bloomsbury, Londres, 2017.

121 . Véase el informe de B'Tselem (organiación israelí de defensa de los derechos humanos), *By Hook and by Crook. Israeli Settlement Policy in the West Bank* , julio de 2010; véase también Nur Arafeh, Samia al Botmeh y Leila Farsakh, «How Israeli Settlements Stifle Palestine's Economy», *AlShabaka* (Red de Políticas Palestinas), 15 de diciembre de 2015: https://alshabaka.org/briefs/how-israeli-settlements-stifle-palestines-economy/#note-4951-7

122 . Centro de Investigaciones Pew, «Israel's Religiously Divided Society», 8 de marzo de 2016, p. 153: http://www.pewforum.org/files/2016/03/Israel-Survey-Full-Report.pdf

123 . «Thousands at Tel Aviv Rally Call for release of IDF soldier charged in Hebron shooting», *The Jerusalem Post* , 19 de abril de 2016.

124 . Ella Shohat, *On the Arab-Jew, Palestine, and Other Displacements. Selected Writings* , Pluto Press, Londres, 2017, pp. 40-41.

125 . Andrew Norfolk, «Christian child forced into Muslim foster care», *The Times* , 28 de agosto de 2017; Gaby Hinsliff, «The Muslim fostering row is a culture war in action», *The Guardian* , 31 de agosto de 2017; Jamie Grierson, «Inquiry rejects press claims about “Christian” girl fostered by Muslims», *The Guardian* , 1 de noviembre de 2017.

126 . Véase el reportaje de Brian Cathcart y Paddy French, «Andrew Norfolk, *The Times* Newspaper and Anti-Muslim Reporting: A Case to Answer»: https://www.mediareform.org.uk/wp-content/uploads/2019/06/Norfolk_Report-FINAL.pdf

127 . *Daily Telegraph* , «Corrections and clarifications», 9 de mayo de 2018.

128 . http://news.bbc.co.uk/1/hi/uk_politics/7097837.stm . Para el discurso íntegro del Trades Union Congress, véase: http://news.bbc.co.uk/1/hi/uk_politics/6987515.stm

129 . Anthony Barnett, *The Lure of Greatness. England's Brexit & America's Trump. Why 2016 Blew Away the World Order and How We Must Respond* , Unbound, 2017, p. 136.

130 . https://www.cable.co.uk/broadband/research/worldwide-broadband-speed-league-2018/

131 . BBC: http://www.bbc.co.uk/news/uk-42770208 . Fuente: Institute for Strategic Studies, «The Military Balance» 2016 y 2017.

132 . David Shariatmadari, «UK defence spending is national narcissism», *The Guardian* : https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/jun/26/uk-defence-spending-national-narcissism-cut-it-dont-increaseit?utm_source=esp&utm_medium=Email&utm_campaign=Opinion+UK+connected&utm_term=279304&subid=461896&CMP=ema_opinionconnectuk

133 . https://www.theguardian.com/world/2015/mar/19/the-migrationfuelling-george-osbornes-comeback-country

134 . *The Guardian* , 8 de marzo de 2017: https://www.theguardian.com/politics/2017/mar/08/pret-a-manger-one-in-50-job-applicants-british-brexit

135 . British Hospitality Association, «Online Review Websites, Labour Migration in the Hospitality Sector», marzo de 2017, esp. pp. 13 y ss.: http://www.bha.org.uk/labour-migration-hospitality-sector/

136 . Home Builders Federation, «Home Building Workforce Census 2017»: http://www.hbf.co.uk/uploads/media/HBF_Workforce_Census_web_01.pdf ; véanse esp. las pp. 22, 29, 34-39; véase también *Business Insider* , «The government's Brexit immigration plan could push Britain's housebuilding industry into a staffing crisis»: http://uk.businessinsider.com/hbf-survey-uk-foreign-housebuilding-workers-2017-12

137 . Russell Group: http://russellgroup.ac.uk/about/facts-and-figures/

138 . https://static.guim.co.uk/ni/1390829680973/NHS_staff_graphic.pdf

139 . https://www.bbc.co.uk/news/business-40354331

140 . FMI, véase el capítulo 4 del informe «WEO» de octubre de 2016 y el capítulo 2 del informe «WEO» de abril de 2018: http://www.imf.org/en/Publications/WEO/Issues/2018/03/20/world-economic-outlookapril-2018 ; http://www.imf.org/en/Publications/WEO/Issues/2016/12/31/Subdued-Demand-Symptoms-and-Remedies#ch2

141 . *Impacts of migration on UK native employment: An analytical review of the evidence* , por Ciaran Devlin y Olivia Bolt, Department for Business, Innovation and Skills y Dhiren Patel, David Harding e Ishtiaq Hussain, Home Office, Occasional Paper 109, marzo de 2014: https://www.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/287287/occ109.pdf

142 . Christian Dustmann y Tommaso Frattini, «The Fiscal Effects of Immigration to the UK», *Economic Journal* , vol. 124, n.º 580, 2014, F593F643pp. Una revisión de la bibliografía confirma tales hallazgos, véase: https://fullfact.org/immigration/immigration-and-jobs-labour-marketeffects-immigration/

143 . https://www.independent.co.uk/news/uk/politics/peer-lord-immigration-native-britons-bloody-stupid-kerr-migration-a7425336.html

144 . Dudley Bained, «Europe Labor's Markets, Emigration and Internal Migration, 1850-1913», en Timothy J. Hatton y Jeffrey G. Williamson (eds.), *Migration and the International Labor Market 1850-1939* , Routledge, Londres, 1994, p. 43.

145 . https://www.statista.com/statistics/447568/average-age-of-thepopulation-in-ghana/ ; véase también Office for National Statistics: https://www.ons.gov.uk/peoplepopulationandcommunity/populationandmigration/populationestimates/articles/overviewoftheukpopulation/july2017

146 . Informe de Reuters: https://www.reuters.com/article/us-newzealand-politics/hard-labour-nzs-ardern-takes-tougher-line-on-immigration-idUSKCN1B12HP

147 . Véase «New Zealand child poverty a source of deep concern, says UN», *The Guardian* , 7 de octubre de 2017: https://www.theguardian.com/world/2016/oct/07/new-zealand-child-poverty-a-source-of-deep-concern-says-un

148 . Richard Prebble, «Jacinda Ardern will regret this coalition of losers», *New Zealand Herald* , 20 de octubre de 2017: http://www.nzherald.co.nz/nz/news/article.cfm?c_id=1&objectid=11935125

149 . Edmund Barton en la Cámara de Representantes sobre «Immigration Restriction Bill», House of Representatives, Debates, 12 de septiembre de 1901, p. 48, citado en David Dutton, *One of Us?: A Century of Australian Citizenship* , UNSW Press, 2002, p. 28.

150 . Richard Flanagan, «Australia built a hell for refugees on Manus. The shame will outlive us all», *The Guardian* , 24 de noviembre de 2017.

151 . *The Sydney Morning Herald* , «Malcolm Fraser backs Greens senator», 6 de julio de 2013: http://www.smh.com.au/federal-politics/federalelection-2013/malcolm-fraser-backs-greens-senator-20130706-2piic.html

152 . Sobre el coste y, más generalmente, políticas antiinmigracón, véase el brillante Sasha Polakow-Suransky, *Go Back to Where You Came From: The Backlash Against Immigration and the Fate of Western Democracy* , Hurst, Londres, 2017, p. 89.

153 . Harriet Sherwood, «Israel PM: illegal African immigrants threaten identity of Jewish state», *The Guardian* , 20 de mayo de 2012: https://www.theguardian.com/world/2012/may/20/israel-netanyahu-african-immigrants-jewish

154 . Jonathan Freedland, «Benjamin Netanyahu's appalling betrayal of Jewish values», *The Jewish Chronicle* , 8 de febrero de 2018.

155 . https://www.timesofisrael.com/adl-slams-chief-rabbi-for-likening-black-people-to-monkeys/ ; https://www.timesofisrael.com/chief-rabbi-compares-african-americans-to-monkeys/

156 . CNN: https://twitter.com/CNNTonight?t=1&cn=ZmxleGlibGVfcmVjc18y&refsrc=email&iid=3746797917b84d4bbdf8a8f78326dfc1&uid=250773421&nid=244+276893709

157 . Russel Neiss, «We U.S. Jews Promised to Protect Darfur's Genocide Survivors. Now Israel's Expelling Them, and We Don't Care», *Haaretz* , 27 de noviembre de 2017: https://www.haaretz.com/opinion/1.825206

158 . B. Michael, «The Sick Historical Precedent for Israel's Asylumseeker Expulsion Push», *Haaretz* , 11 de enero de 2018.

159 . Ilan Lior, «El Al Pilots say they won’t fly deported asylum seekers to Africa», *Haaretz* , 22 de enero de 2018.

160 . Editorial, *The Guardian* , 8 de julio de 2018: https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/jul/08/the-guardian-view-on-forcibleintegration-in-denmark-this-cannot-end-well

1 . Gabriel Zucman, «The desperate inequality behind global tax dodging», *The Guardian* , 8 de noviembre de 2017.

2 . Jean Fourastié, *Les Trente Glorieuses, ou la révolution invisible de 1946 à 1975* , Fayard, París, 1979.

3 . Cálculos elaborados por el Nuffield Trust, véase *The Guardian* , 1 de febrero de 2016: https://www.theguardian.com/society/2016/feb/01/ageing-britain-two-fifths-nhs-budget-spent-over-65s

4 . Hasta 1989 no hay datos disponibles de contribuyentes, pero véase Tom Clark y Andrew Dilnot, *Long-Term Trends in British Taxation and Spending* , The Institute for Fiscal Studies, nota informativa n.º 25, 2002: https://www.ifs.org.uk/bns/bn25.pdf ; para datos de contribuyentes, véase HM Revenue & Customs: https://www.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/616435/Table_2.1.pdf

5 . Véase Ha-Joon Chang, «The myths about money that British voters should reject», *The Guardian* , 1 de junio de 2017: https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/jun/01/myths-money-british-voterseconomy-britain-welfare

6 . Franklin D. Roosevelt, discurso en el Madison Square Garden, Nueva York, 31 de octubre de 1936: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=15219

7 . Terry H. Anderson, *The Pursuit of Fairness: A History of Affirmative Action* , OUP, 2004, p. 124.

8 . Véase el vídeo con la promesa de «no más impuestos nuevos»: https://www.youtube.com/watch?v=0MW44jsYi0g

9 . Peter Edelman, «The Worst Thing Bill Clinton Has Done», *The Atlantic Monthly* , vol. 279, n.º 3, marzo de 1997. El autor fue subsecretario de la administración Clinton y dimitió como muestra de protesta cuando el presidente firmó la ley.

10 . Bill Ayres, «The Poorest of the Poor: The Clinton Legacy?», *Huffington Post* , blog del 22 de abril de 2016, actualizado el 23 de abril de 2017: https://www.huffingtonpost.com/bill-ayres/the-poorest-of-thepoor_b_9756770.html

11 . Joseph Stiglitz, «Capitalist Fools», *Vanity Fair* , enero de 2009: https://www.vanityfair.com/news/2009/01/stiglitz200901-2

12 . Véase reportaje de la BBC: http://www.bbc.co.uk/news/worldus-canada-36020717 . Sobre datos de cárceles, véase la base de datos mundial de prisiones en el Institute for Criminal Policy Research, Birkbeck, University of London: http://www.prisonstudies.org/highest-to-lowest/prison_population_rate?field_region_taxonomy_tid=All

13 . George Klosko, *The Transformation of American Liberalism* , OUP 2017, p. 229. El libro en conjunto es un excelente estudio de la evolución de las políticas sobre bienestar en Estados Unidos y sus implicaciones filosóficas.

14 . *CEO pay remains high relative to the pay of typical workers and highwage earners* , Economic Policy Institute, informe de Lawrence Mishel y Jessica Schieder, 20 de julio de 2017: https://www.epi.org/publication/ceo-pay-remains-high-relative-to-the-pay-of-typical-workers-and-highwage-earners/ ; véase también Diane Ravitch, «Big Money Rules», *New York Review of Books* , 7 de diciembre de 2017.

15 . Alastair Gee, «America's homeless population rises for the first time since the Great Recession», *The Guardian* , 6 de diciembre de 2017.

16 . Véase el informe de Good Jobs Nation, Washington D. C., junio de 2018: «The Offshoring of American Jobs Continues»: http://goodjobsnation.org/content/uploads/2018/08/Broken-Promises2.pdf

17 . Robert Reich, «A New Year's update for Trump voters. Have Trump's promises come to fruition?», *Salon* , 1 de enero de 2018: https://www.salon.com/2018/01/01/new-years-update-for-trump-voters_partner/

18 . Martin Wolf, «Trump declares trade war on China», *Financial Times* , 9 de mayo de 2018.

19 . Jason Beckfield y Nancy Krieger, «Epi-demos-cracy: Linking Political Systems and Priorities to the Magnitude of Health Inequities – Evidence, Gaps, and a Research Agenda», *Epidemiologic Reviews* , vol. 31, 2009, p. 166: https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/19474091

20 . Nicholas Timmins, «The “welfare state” should be something we’re proud of. Not a term of abuse», *The Guardian* , 2 de noviembre de 2017; Timmins es el autor de *The Five Giants: A Biography of the Welfare State* , actualizado en 2017.

21 . Andrew Ellson, «City traders getting away with abuse of markets. Insider deals by white-collar criminals ignored», *The Times* , 19 de enero de 2018: https://www.thetimes.co.uk/article/city-traders-getting-away-withabuse-of-markets-3czm07nkp . Sobre el fraude fiscal, véase Vanessa Houlder, «HMRC steps up prosecutions for tax cheating», *Financial Times* , 29 de septiembre de 2017.

22 . Chris Giles, «PFI discredited by cost, complexity and inflexibility», *Financial Times* , 26 de septiembre de 2017: https://www.ft.com/content/4c52dde0-a2c1-11e7-9e4f-7f5e6a7c98a2

23 . Margaret Hodge, «Labour is right to rule out PFI rip-offs in future», *The Guardian* , 26 de septiembre de 2017.

24 . Rajeev Syal, «Taxpayers to foot £200bn bill for PFI contracts – audit office», *The Guardian* , 18 de enero de 2018: https://www.theguardian.com/politics/2018/jan/18/taxpayers-to-foot-200bn-bill-for-pfi-contractsaudit-office

25 . https://www.theguardian.com/business/2018/feb/06/carilliondirector-mp-executives-collapse

26 . Nick Pratley, «Entire system failed Carillion, not just directors at the top», *The Guardian* , 16 de mayo de 2018: https://www.theguardian.com/business/nils-pratley-on-finance/2018/may/16/entire-system-failedcarillion-not-just-directors-at-the-top

27 . Véase el informe del Centre for Health and the Public Interest, *P.F.I. Profiting From Infirmaries* , agosto de 2017: https://chpi.org.uk/papers/reports/pfi-profiting-from-infirmaries/

28 . Denis Campbell, «NHS hospital trusts to pay out further £55bn under PFI scheme», *The Guardian* , 12 de septiembre de 2019.

29 . Chris Ham *et al* ., «The NHS under the coalition government: Part one», 6 de febrero de 2015: https://www.kingsfund.org.uk/publications/nhs-under-coalition-government

30 . https://www.theguardian.com/society/2017/feb/20/nhs-trustsengland-post-unsustainable-886m-third-quarter-deficit

31 . OCDE, «Health at a Glance: Europe 2016. State of Health in the EU Cycle», sobre camas de hospital, p. 167; médicos, p. 159; tiempo de espera para cirugía, p. 175; véase informe completo en: http://dx.doi.rg/10.1787/9789264265592-en

32 . Laurent Fabius, *Le coeur du futur* , Calman-Lévy, París, 1985, p. 207.

33 . Pierre-Alain Muet y Alain Fonteneau, *Reflation and Austerity. Economic Policy under Mitterrand* , Berg, Oxford, 1990, pp. 198-204.

34 . Pierre Favier y Michel Martin-Roland, *La Décennie Mitterrand* , vol.1, *Les ruptures* , Éditions du Seuil, París, 1990, p. 114.

35 . Pierre Biacabe, «Les mésaventures du franc», en Michel Massenet *et al* ., *La France socialiste. Un premier bilan* , Hachette, París, 1983, pp. 125-126.

36 . Citado en Gérard Grunberg, «Le cycle d'Épinay», *Intervention* , n.º 13, julio-septiembre de 1985, p. 83.

37 . Alain Touraine, «Fin de Partie», *Intervention* , n.º 13, julio-septiembre de 1985, p. 17.

38 . Nicole Questiaux (ed.), *Les Français et leurs revenus: le tournant des années 80* , informe del Centre d'Étude des Revenus et des Coûts, la Documentation Française, París, 1989.

39 . Ian Davidson, «Prudent policies beginning to bear fruit», *Financial Times* , estudio sobre Francia, 17 de junio de 1991, p. ii.

40 . https://www.margaretthatcher.org/document/112006

41 . Daniel Vernet, «Mitterrand, l'Europe et la réunification allemande», *Politique étrangère* , vol. 68, n.º 1, 2003, pp. 176-177; Frédéric Bozo, «Mitterrand, la fin de la Guerre froide et l'unification allemande: de Yalta à Maastricht», Odile Jacob, París, 2005, p. 417.

42 . «The sick man of the euro», *The Economist* , 3 de junio de1999: http://www.economist.com/node/209559

43 . Véase la investigación de Francis Beckett, David Hencke y Nick Kochan, *Blair Inc. The Money, the Power, the Scandals* , John Blake, Londres, 2016, la cita se encuentra en la p. 87.

44 . Sumi Somaskanda, «Rich Germany Has a Poverty Problem», *Foreign Policy* , 5 de mayo de 2015: http://foreignpolicy.com/2015/05/05/rich-germany-has-a-poverty-problem-inequality-europe/

45 . Göran Therborn, «Twilight of Swedish Social Democracy», *New Left Review* , n.º 113, septiembre-octubre de 2018, p. 7.

46 . Peter Garpenby, «The Transformation of the Swedish Health Care System, or the hasty rejection of the rational planning model», *Journal of European Social Policy* , vol. 2, n.º 1, 1992, pp. 17-31.

47 . *Financial Times* , estudio sobre Suecia, 21 de diciembre de 1993.

48 . William J. Clinton, discurso ante la sesión conjunta del Congreso sobre el Estado de la Unión, 23 de enero de 1996: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=53091

49 . Maurice Savin (ed.), *Alain. Propos* , Gallimard Bibliotèque la Pléiade, París, 1956, p. 983.

50 . http://www.lemonde.fr/election-presidentielle-2017/article/2017/02/15/macron-qualifie-la-colonisation-de-crime-contre-l-humanitetolle-a-droite-et-au-front-national_5080331_4854003.html#lujhWZ1oseuU14ZI.99

51 . Véase el reportaje de la cadena de noticias francesa BFMTV «Macron, Toujours perçu comme le "président des riches"»: http://www.bfmtv.com/politique/macron-toujours-percu-comme-le-president-des-riches1284861.html

52 . *Le Monde* , «L'optimisme post-élection de Macron s'est dissipé», 10 de julio de 2018.

53 . Véase *Le Monde* : https://www.lemonde.fr/les-decodeurs/article/2017/08/30/que-change-la-reforme-de-l-isf-d-emmanuel-macron_5178657_4355770.html

54 . Reportaje de Maryline Baumard, *Le Monde* , 16 de diciembre de 2017: http://www.lemonde.fr/immigration-et-diversite/article/2017/12/16/en-france-une-politique-migratoire-d-une-durete-sans-precedent_5230634_1654200.html#qTZSIcA4MlGdoFoI.99

55 . Didier Fassin y Anne-Claire Defossez, «France and the Rise of the Gilets Jaunes», *New Left Review* , n.º 115, enero-febrero de 2019, pp. 77, 79, 81-82.

56 . *Le Monde* , «La stratégie étriquée de Laurent Wauquiez», 27 de octubre de 2017: http://www.lemonde.fr/idees/article/2017/10/27/lastrategie-etriquee-de-laurent-wauquiez_5206739_3232.html#3aOhFk6cQVPFzBVk.99

57 . Sondeo de YouGov realizado el 31 de julio de 2017: https://yougov.co.uk/opi/surveys/results?belboon=031b3908984b04d39d00589b,4711849,subid=44681X1528610Xc24e8118512e587cc62b0abf42ef6ec4&pdl.rlid=203577#/survey/99a54e9c-75d9-11e7-9cf7-e99b3b3f7f23/question/bce819ac-75d9-11e7-9c86-f7b9b9a93fd3/politics

58 . Diferencia entre logros reales y percepciones examinada por Polly Toynbee y David Walker en *Better of Worse? Has Labour Delivered?* , Bloomsbury, Londres, 2005.

59 . Andrew Hood y Tom Waters, *Living standards, poverty and inequality in the UK: 2017-18 to 2021-22* , Institute for Fiscal Studies, noviembre de 2017, p. 19; véase también Patrick Butler, «Child poverty in UK at highest level since 2010, official figures show», *The Guardian* , 16 de marzo de 2017.

60 . Child Poverty Action Group, *Child poverty facts and figures* : http://www.cpag.org.uk/child-poverty-facts-and-figures

61 . The Joseph Rowntree Foundation Analysis Unit (Helen Barnard), «UK Poverty 2017», 4 de diciembre de 2017: https://www.jrf.org.uk/report/uk-poverty-2017

62 . Chris Williamson, «This is how neoliberalism, led by Thatcher and Blair, is to blame for the Grenfell Tower disaster», *The Independent* , 4 de agosto de 2017.

63 . Gordon Brown, discurso en Mansion House, 22 de junio de 2006: https://www.theguardian.com/business/2006/jun/22/politics.economicpolicy

64 . Gordon Brown, *My Life, Our Times* , The Bodley Head, Londres, 2017, p. 344.

65 . Robert Shrimsley, «Boris Johnson's Brexit explosion ruins Tory business credentials», *Financial Times* , 25 de junio de 2018: https://www.ft.com/content/8075e68c-7857-11e8-8e67-1e1a0846c475

66 . «Boris Johnson: The EU wants a superstate, just as Hitler did», *Sunday Telegraph* , 15 de mayo de 2016.

67 . http://www.feedingamerica.org/research/hunger-in-america/

68 . *Business Insider UK* : http://uk.businessinsider.com/trump-goptax-reform-bill-analysis-economic-growth-2017-12

69 . Datos de la Oficina del Censo de Estados Unidos: https://www.census.gov/library/publications/2017/demo/p60-259.html

70 . Joseph Stiglitz, «Overselling Globalization», The Paul A. Volcker Prize Lecture, Washington D. C., 6 de marzo de 2017, p. 19: https://www8.gsb.columbia.edu/faculty/jstiglitz/sites/jstiglitz/files/Volcker%20Award%20Speech%20Paper.pdf

1 . Habrían coseguido incluso más si hubieran esperado un poco; véase Bloomberg News: «Goldman Missed Out on $800 Million After Selling Dong Shares», por Christian Wienberg, 12 de octubre de 2017: https://www.bloomberg.com/news/articles/2017-10-12/goldman-missed-outon-800-million-upside-as-dong-shares-surged

2 . Peter Wise y Ben Hall, «Portugal: a European path out of austerity?», *Financial Times* , 10 de abril de 2019.

3 . Anshel Pfeffer, «How Netanyahu Has Betrayed the Jews», *Haaretz* , 27 de octubre de 2017.

4 . Sue Surkes, «Far-right Austrian party chief visits Israel, tours Yad Vashem», *The Times of Israel* , 12 de abril de 2016: https://www.timesofisrael.com/far-right-austrian-freedom-party-chief-visits-israel/

5 . *Prague Monitor* , 23 de octubre de 2017.

6 . http://uk.reuters.com/article/uk-czech-election-farright/farright-scores-surprise-success-in-czech-election-idUKKBN1CQ0T1

7 . «A neo-nazi win»: https://www.economist.com/blogs/easternapproaches/2013/11/slovakia

8 . «Slovakian Prime Minister says “Islam has no place in this country” – weeks before it takes over EU presidency», *The Independent* , 27 de mayo de 2016: http://www.independent.co.uk/news/world/europe/islamhas-no-place-in-this-country-says-slovakian-prime-minister-weeks-before-it-takes-over-eu-a7052506.html

9 . Partido Socialista Europeo (PES): https://www.pes.eu/export/sites/default/Downloads/Policy-Documents/Democracy/PES_declaration_after_Paris_.pdf_403131312.pdf

10 . Gábor Győri, «The political communication of the refugee crisis in Central and Eastern Europe», FEPS and Policy Solutions, Bruselas, 2016, p. 9: http://www.feps-europe.eu/assets/3f672c37-1e17-4332-976bac395bc30ddd/

11 . Estadísticas de la UE en la European Migration Network: http://emn.ie/index.jsp?p=128&n=229

12 . Sobre las consecuencias negativas de las políticas de austeridad en España, Italia y Portugal, véase Philipp Engler y Mathias Klein, «Austerity measures amplified crisis in Spain, Portugal, and Italy», *DIW Economic Bulletin* , vol. 7, n.º 8, 2017, pp. 89-93.

13 . Véase Beat Balzli, «How Goldman Sachs Helped Greece to Mask its True Debt», *Spiegel Online* , 8 de febrero de 2010: http://www.spiegel.de/international/europe/greek-debt-crisis-how-goldman-sachs-helpedgreece-to-mask-its-true-debt-a-676634.html

14 . Daniel Finn, «Erdoğan Cesspit», *New Left Review* , n.º 107, septiembre-octubre de 2017, p. 6, y Shadi Hamid, «How Much Can One Strongman Change a Country?», *The Atlantic* , 26 de junio de 2017: https://www.theatlantic.com/international/archive/2017/06/erdogan-turkey-islamist/531609/

15 . Kapil Komireddi, «Five more years of Narendra Modi will take India to a dark place», *The Guardian* , 21 de mayo de 2019; véase también su libro *Malevolent Republic. A Short History of the New India* , Hurst Publishers, Londres, 2019.

16 . F. S. Aijazuddin, «Annual Amnesia», *Dawn* , 28 de diciembre de 2017: https://www.dawn.com/news/1379201

17 . Michael Richley, «Why Japan Will Lose 20 Million People by 2050 Bring in the robots, immigrants, and women!», 7 de febrero de 2017: https://www.tofugu.com/japan/population-decline/ ; véase también Robin Harding, «Japan suffers record decline in population», *Financial Times* , 5 de julio de 2017.

18 . Gideon Long, «Alan García joins lamentable list of Peru's former presidents», *Financial Times* , 23 de noviembre de 2018.

19 . https://www.amnesty.org/en/latest/news/2018/07/nicaragua-represion-estatal-ha-llegado-a-niveles-deplorables/

20 . Joseph E. Stiglitz, «When it comes to the economy, Britain has a choice: May's 80s rerun or Corbyn's bold rethink», *Prospect* , octubre de 2017; véase también Joseph Stiglitz, «Of the 1 %, by the 1 %, for the 1 %», *Vanity Fair* , mayo de 2011, y su *The Price of Inequality* (2013).

21 . Jonathan D. Ostry, Prakash Loungani y Davide Furceri, «Neoliberalism: Oversold?», *IMF , Finance & Development* , junio de 2016, vol. 53, n.º 2, pp. 38-40.

22 . Larry Elliott, «IMF tax stance is music to Labour economists' ears», *The Guardian* , 11 de octubre de 2017.

23 . Lista de multimillonarios de Bloomberg Billionaire: https://www.bloomberg.com/billionaires/ ; véase también *The Guardian* , 27 de diciembre de 2017: https://www.theguardian.com/inequality/2017/dec/27/worlds-richest-500-see-increased-their-wealth-by-1tn-this-year

24 . Estudios económicos de la OCDE, Suecia. Febrero de 2017, resumen p. 2: https://www.oecd.org/eco/surveys/Sweden-2017-OECDeconomic-survey-overview.pdf

25 . Fuente: David Leonhardt, «Our Broken Economy, in One Simple Chart», *New York Times* , 8 de agosto de 2017 / archivo propio.

26 . «The World Inequality Report 2018», escrito y coordinado por Facundo Alvaredo, Lucas Chancel, Thomas Piketty, Emmanuel Saez y Gabriel Zucman: http://wir2018.wid.world/files/download/wir2018summary-english.pdf see esp. p.7

27 . Danny Dorling, *Do We Need Economic Inequality?* , Polity, Cambridge, 2018, p. 2.

28 . Danny Dorling, «Inequality in Advanced Economies», *The Oxford Handbook of Economic Geography* , OUP 2018, p. 44.

29 . Dorling, «Inequality in Advanced Economies», cita p. 40 de T. Cowen, *The Great Stagnations* (2012) y A. Atkinson, *Inequality* (2015).

30 . Véase texto completo en *The Guardian* , 7 de octubre de 2002: https://www.theguardian.com/politics/2002/oct/08/uk.conservatives2002

31 . http://www.dailymail.co.uk/news/article-5624355/PM-holdstalks-horrendous-treatment-Windrush-immigrants.html#ixzz5CwltrUoR

32 . David Cameron, discurso del 25 de marzo de 2013: https://www.gov.uk/government/speeches/david-camerons-immigration-speech

33 . «UK wrongly ordered thousand of foreign students to leave country», *Financial Times* , 2 de mayo de 2018.

34 . Julian Jackson, *De Gaulle* , Haus Publishing, Londres, 2003, p. 65.

35 . D. R. Thorpe, *Supermac: The Life of Harold Macmillan* , Random House, Londres, 2010, cap. 16.

36 . El discurso ha quedado para la posteridad en un vídeo de YouTube: https://www.youtube.com/watch?v=FOx8q3eGq3g

37 . https://www.theguardian.com/politics/2013/oct/01/benefit-reforms-iain-duncan-smith-unemployed

38 . http://www.dailymail.co.uk/news/article-2538052/Nick-Cleggcompares-Tory-child-benefit-plans-MAOIST-CHINA-Deputy-PM-objects-Chinese-style-family-policy-restricting-handouts-two-children.html

39 . http://www.resolutionfoundation.org/media/blog/its-crunch-timefor-universal-credit-and-big-changes-are-needed/ . Véase también artículo principal en *The Guardian* : https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/sep/29/the-guardian-view-on-universal-credit-brake-dontaccelerate

40 . «Anger after Harriet Harman says Labour will not vote against welfare bill», *The Guardian* , 12 de julio de 2015: https://www.theguardian.com/politics/2015/jul/12/harman-labour-not-vote-against-welfare-billlimit-child-tax-credits

41 . Peter Kellner, «Why Tessa Jowell is Labour's best hope in London», 17 de junio de 2015: https://yougov.co.uk/news/2015/06/17/whytessa-jowell-labours-best-hope-london/

42 . Estudio realizado por Tim Bale; véase «Grassroots, Britain's Party Members» [PDF 1,755KB], publicado por Mile End Institute at Queen Mary University of London, enero de 2018.

43 . http://www.telegraph.co.uk/news/2017/08/08/sir-lynton-crosbysfirm-paid-4million-conservative-party-2017/

44 . Andy Beckett, «How the Tory election machine fell apart», *The Guardian* , 26 de junio de 2017: https://www.theguardian.com/politics/2017/jun/26/tory-election-machine-fell-apart-negative-tactics

45 . Estudio de Craig Brown sobre Tim Shipman, *Fall Out: A Year Of Political Mayhem* , en *The Mail on Sunday* , 17 de diciembre de 2017.

46 . Terra Nova, *Le bilan redistributif du Sarkozysme* , 6 de marzo de 2012: http://tnova.fr/notes/le-bilan-redistributif-du-sarkozysme

47 . Sobre los efectos del desempleo, véase *Le Monde* , 11 de marzo de 2009, «La défiscalisation des "heures sup" a accéléré la hausse du chômage»: http://www.lemonde.fr/economie/article/2009/03/11/la-defiscalisationdes-heures-sup-a-accelere-la-hausse-du-chomage_1149534_3234.html#RfFk4hx2bcr2diUi.99

48 . Daniel Boffey, «Polish government widely condemned over morning-after pill law», *The Guardian* , 26 de junio de 2017.

49 . Irma Allen, «Solidarity according to Polish women in 2017», openDemocracy, 25 de julio de 2017: https://www.opendemocracy.net/can-europe-make-it/irma-allen/solidarity-according-to-polish-women-in-2017

50 . http://www.pewforum.org/2015/04/02/religious-projection-table/2010/percent/all/

51 . Neal Ascherson, «Diary», *London Review of Books* , vol. 39, n.º 20, 19 de octubre de 2017.

52 . http://www.bbc.co.uk/news/world-europe-41958199

53 . Bloomberg News, 8 de diciembre de 2017: https://www.bloomberg.com/news/articles/2017-12-08/poland-approves-court-revamp-billscuppering-eu-reboot-chances

54 . Weronika Grzebalska y Andrea Pető, «The gendered modus operandi of the illiberal transformation in Hungary and Poland», *Women's Studies International Forum* , 2017: https://doi.org/10.1016/j.wsif.2017.12.001

55 . https://www.ft.com/content/223b1e26-fead-11e7-9650-9c0ad2d7c5b5

56 . https://www.politico.eu/list/politico-28/viktor-orban/

57 . Sobre el «capitalismo clientelista» de Orbán, véase Neil Buckley y Andrew Byrne, «Orban's oligarchs», *Financial Times* , 22 de diciembre de 2017.

58 . Véase el discurso íntegro: http://abouthungary.hu/speeches-andremarks/viktor-orbans-speech-at-the-28th-balvanyos-summer-open-university-and-student-camp/

59 . *The Budapest Beacon* , 7 de julio de 2017: https://budapestbeacon.com/can-shuffle-george-soros-face/ . *The Budapest Beacon* es un periódico en línea publicado por la estadounidense Real Reporting Foundation.

60 . Shaun Walker, «Hungarian leader says Europe is now “under invasion” by migrants», *The Guardian* , 15 de marzo de 2018: https://www.theguardian.com/world/2018/mar/15/hungarian-leader-says-europe-isnow-under-invasion-by-migrants

61 . En *Hu-24* , periódico en línea: https://24.hu/kozelet/2017/10/17/aradszki-andras/

62 . *The Independent* , 21 de agosto de 2016: http://www.independent.co.uk/news/world/europe/muslim-refugees-pigs-heads-border-fenceshungarian-mep-islam-comments-a7202651.html

63 . Maayan Lubell, «Why Does Israel Pour Billions Into West Bank Jewish Settlements?», *The Forward* , 24 de junio de 2014.

64 . https://www.theguardian.com/world/2017/nov/09/israeli-policequestion-benjamin-netanyahu-in-corruption-inquiry

65 . Chemi Shalev, «Rivlin Blasts Netanyahu's Dangerous Putsch and Likud's Profiles in Cowardice», *Haaretz* , 24 de octubre de 2017.

66 . Véase reportaje de Judith Maltz en *Haaretz* , 22 de enero de 2018: https://www.haaretz.com/israel-news/.premium-jewish-agency-chiefwarns-young-u-s-jews-more-turned-off-to-israel-1.5751616 ; véase también el informe de Pew del 1 de octubre de 2013, «A Portrait of Jewish Americans», pp. 81-84: http://assets.pewresearch.org/wp-content/uploads/sites/11/2013/10/jewish-american-full-report-for-web.pdf

67 . Raphael Ahren, «Loathed by Jews, Germany's far-right AfD loves the Jewish stat», *The Times of Israel* , 24 de septiembre de 2017.

68 . Ian Black, «Why Israel is quietly cosying up to Gulf monarchies», *The Guardian* , 19 de marzo de 2019.

69 . https://www.reuters.com/article/us-mideast-netanyahu-sarkozy/sarkozy-tells-obama-netanyahu-is-a-liar-idUSTRE7A720120111108

70 . Reuters: https://www.reuters.com/article/us-usa-israel-statement/u-s-israel-sign-38-billion-military-aid-package-idUSKCN11K2CI

71 . John O. Brennan, @JohnBrennan, 21 de diciembre de 2017.

72 . Véase *Haaretz* , 22 de octubre de 2017: https://www.haaretz.com/jewish/1.812401

73 . Reportaje de la CBN: http://www1.cbn.com/cbnnews/world/2018/may/jeffress-prays-for-the-peace-of-jerusalem-after-being-called-bigot

74 . *Huffington Post* , 9 de mayo de 2009: https://www.huffingtonpost.com/2009/04/08/avigdor-lieberman-roundup_n_184806.html

75 . «Israeli Defense Minister: Between ISIS and Hamas, Iran Remains Israel's Biggest Threat», *Haaretz* : https://www.haaretz.com/israelnews/.premium-1.731733

76 . «Lieberman calls Arab MKs who meet with Hamas “collaborators”», *The Jerusalem Post* , 4 de mayo de 2006.

77 . *Huffington Post* , 9 de mayo de 2009: https://www.huffingtonpost.com/2009/04/08/avigdor-lieberman-roundup_n_184806.html

78 . Orlando Crowcroft, «Zion's women of rage: Israel's hardliners who reject the gentle touch», *International Business Times,* 23 de mayo de 2015.

79 . Centro de Investigaciones Pew, «Israel's Religiously Divided Society», 8 de marzo de 2016, p. 148: http://www.pewforum.org/files/2016/03/Israel-Survey-Full-Report.pdf

80 . *Times of Israel* , 11 de mayo de 2005.

81 . Sefi Rachlevsky, «A Racist, Messianic Rabbi Is the Ruler of Israel», *Haaretz* , 1 de julio de 2011.

82 . Véase *The Times of Israel* , 16 de noviembre de 2015: https://www.timesofisrael.com/controversial-rabbi-says-paris-attacks-punishment-forholocaust/

83 . Alexander Fulbright, «Echoing Netanyahu, Labor chief says leftists “forgot what it means to be a Jew”», *Times of Israel* , 19 de octubre de 2017.

84 . Gil Hoffman, «Party leader Gabbay forces Zionist Union to back expulsion of migrants», *The Jerusalem Post* , 20 de noviembre de 2017.

85 . *The Jerusalem Post* , 1 de enero de 2019.

86 . Véase el informe de la comisión independiente de investigación establecida (por la ONU) conforme a la resolución S-21/1 del Consejo de Derechos Humanos del 23 de junio de 2015, A/HRC/29/CRP.4.

87 . Donald J. Trump, @realDonaldTrump, 14 de julio de2019.

88 . @SenBobCorker, 15.13 hs, 8 de octubre de 2017, y: https://www.hollywoodreporter.com/news/michael-wolff-my-insane-year-insidetrumps-white-house-1071504 ; la cita «You can't make this s--- up» («No puedes inventar esta m-----») se atribuye a Sean Spicer, exsecretario de Prensa de la Casa Blanca. La cita de Comey, *A Higher Loyalty: Truth, Lies and Leadership* , apareció en *The Washington Post* : https://www.washingtonpost.com/news/worldviews/wp/2018/04/13/comey-said-workingwith-trump-reminded-him-of-the-mob-lets-break-that-commentdown/?noredirect=on&utm_term=.d2ddee058176

89 . Stuart Hermitage, «Trump's Top Trumps», *The Guardian* , 30 de diciembre de 2017.

90 . Matthew Rosenberg, «New CIA Deputy Director, Gina Haspel, Had Leading Role in Torture», *The New York Times* , 2 de febrero de 2017; véase también Heather Digby Parton, «New report on CIA nominee Gina Haspel may rescue her: But it shouldn't», *Salon* , 16 de marzo de 2018: https://www.salon.com/2018/03/16/new-report-on-cia-nominee-ginahaspel-may-rescue-her-but-it-shouldnt

91 . *The Times* , 15 de marzo de 2018: https://www.thetimes.co.uk/article/trump-names-tv-pundit-larry-kudlow-as-chief-economic-adviserpgnfpc2b2

92 . Charlie Savage, «What It Means the Indictment of Manafort and Gates», *The New York Times* , 30 de octubre de 2017.

93 . «US Labour Secretary Alex Acosta resigns over Epstein case»: https://www.bbc.co.uk/news/world-us-canada-48967419

94 . Bob Woodward, *Agenda. Inside the Clinton White House* , Simon & Schuster, Nueva York, 2011, p. 324.

95 . https://www.theguardian.com/politics/2019/mar/21/cabinet-ministers-believe-risk-of-no-deal-brexit-now-very-real

96 . Maquiavelo, *El príncipe* , cap. 22.

97 . Véase la audiencia judicial del Senado: https://www.youtube.com/watch?v=r7r1jrZ2Qxg

98 . CNN, «House Republicans release redacted Russia report», 28 de abril de 2018: https://edition.cnn.com/specials/politics/congress-capitolhill

99 . «Russian Intervention in American Election Was No One-Off», *The New York Times* , 6 de enero de 2017: https://www.nytimes.com/2017/01/06/us/.../russian-hacking-election-intelligence.html

100 . Robert Shrimsley, «Alexander Nix, a fake Bond villain obscuring the real mastermind», *Financial Times* , 22 de marzo de 2018; el «verdadero genio» es Mark Zuckerberg; véase también William Davies, «Short Cuts», *London Review of Books* , n.º 7, 5 de abril de 2018, pp. 20-21.

101 . Véase «Database Tracks History Of U.S. Meddling In Foreign Elections», por Dov Levin (Universidad Carnegie Mellon): https://www.npr.org/2016/12/22/506625913/database-tracks-history-of-u-s-meddling-in-foreign-elections ; véase también Doug Bandow, *Forbes* , 22 de diciembre de 2016, «Interfering In Democratic Elections: Russia Against The U.S., But U.S. Against The World»: https://www.forbes.com/sites/dougbandow/2017/08/01/interfering-in-democratic-elections-russia-against-the-u-s-but-u-s-against-the-world/4/#741862559cf8

102 . «Barack Obama says Brexit would leave UK at the “back of the queue” on trade», 22 de abril de 2016: https://www.bbc.co.uk/news/uk36115138

103 . https://www.bbc.co.uk/news/uk-northern-ireland-47979214

104 . http://www.spiegel.de/politik/ausland/richard-grenell-willkonservative-in-europa-staerken-breitbart-interview-a-1210970.html

105 . https://www.thesun.co.uk/news/6766531/trump-may-brexitus-deal-off/

106 . Véase reportaje de Nilo Tabrizy, «Sheldon Adelson's Influence on Trump's Israel Policy»: https://www.nytimes.com/video/us/politics/100000005590948/sheldon-adelson-trump-israel-policy.html

107 . Reportajes en la revista alemana *Spiegel* y *Bild am Sonntag* , véase *The Daily Telegraph* , 27 de octubre de 2013: http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/northamerica/usa/10407089/US-operates-80-listeningposts-worldwide-19-in-Europe-and-snooped-on-Merkel-mobile-20022013.html

108 . Datos de Edison Research para ABC News, AP, CBS News, CNN, Fox News, NBC News, sitio web de BBC «Reality Check: Who voted for Donald Trump?», 9 de noviembre de 2016: http://www.bbc.co.uk/news/election-us-2016-37922587 ; sobre el apoyo a Trump entre los cristianos evangélicos, véase Centro de Investigaciones Pew: http://www.pewresearch.org/fact-tank/2017/04/26/among-white-evangelicals-regularchurchgoers-are-the-most-supportive-of-trump/

109 . Barnett, *The Lure of Greatness* , p. 14.

110 . Michael C. Behrent, «Un Cyrus américain? Trump contre les Républicains», *Esprit* , n.º 440, diciembre de 2017, p. 16.

111 . Sam Rosenfeld, *The Polarizers* , University of Chicago Press, 2018, p. 285.

112 . Susanna Barrows, *Distorting Mirrors. Visions of the Crowd in Late Nineteenth-Century France* , Yale University Press, 1981, p. 162.

113 . https://www.theguardian.com/world/2003/sep/07/usa.theobserver

114 . Thomas Frank, «The media's war on Trump is destined to fail. Why can't it see that?», *The Guardian* , 21 de julio de 2017; véase también *Listen, Liberal: or, what ever happened to the party of the people?* , Picador, Londres, 2017.

115 . El 19 de mayo de 1968, durante las revueltas estudiantiles, el primer ministro Georges Pompidou informó de que De Gaulle había dicho «sí a la reforma» pero «no *à la chienlit* » (literalmente, «cagarse en la cama»), una expresión ramplona apenas utilizada en la época.

116 . Fuentes: https://www.youtube.com/watch?v=nALb4lEbSbA ; Fox News: https://www.youtube.com/watch?v=Fpubu0yJIvM ; *Washington Post* , 7 de octubre de 2016: https://www.washingtonpost.com/politics/trump-recorded-having-extremely-lewd-conversation-about-women-in2005/2016/10/07/3b9ce776-8cb4-11e6-bf8a-3d26847eeed4_story.html?utm_term=.7045f3607c63

117 . «Trump derides protections for immigrants from “shithole” countries», *The Washington Post* , 12 de enero de 2018: https://www.washingtonpost.com/politics/trump-attacks-protections-for-immigrants-fromshithole-countries-in-oval-office-meeting/2018/01/11/bfc0725c-f71111e7-91af-31ac729add94_story.html?utm_term=.f9ba2a2e16ea&wpisrc=al_news__alert-politics--alert-national&wpmk=1

118 . https://www.washingtonpost.com/news/fact-checker/wp/2018/01/02/president-trump-has-made-1949-false-or-misleadingclaims-over-347-days/?utm_term=.234354079bcd

119 . La lista completa de las 424 personas, lugares y cosas a los que Trump ha insultado en Twitter: https://www.nytimes.com/interactive/2016/01/28/upshot/donald-trump-twitter-insults.html ; véase también Peter Barker, «The Presidency», *The New York Times* , 31 de diciembre de 2017: https://www.nytimes.com/2017/12/31/us/politics/trump-reinventing-presidency.html

120 . John McWhorter, «How to listen to Donald Trump Every Day for Years», *The New York Times* , 21 de enero de 2017.

121 . Véase, entre otros: http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/1545282/Chirac-in-quotes.html ; http://www.liberation.fr/evenement/1995/05/09/gaffes-et-derapages_133848

122 . http://articles.latimes.com/1991-07-23/news/wr-223_1_puppet-show y *New York Times* : http://www.nytimes.com/1991/07/24/world/anti-japan-din-in-france-softens-a-bit.html?mcubz=3

123 . *The Telegraph* , 8 de diciembre de 2015.

124 . Véase el vídeo: http://videos.leparisien.fr/video/premiers-pasmouvementes-de-sarkozy-au-salon-de-l-agriculture-casse-toi-pauvre07-06-2013-x10o8id

125 . https://www.youtube.com/watch?v=7Qqj_ynEzfE

126 . Véase más al respecto aquí: http://www.bbc.co.uk/news/worldeurope-15642201

127 . Discurso público en Cabiate, cerca de Como, 26 de julio de 1997, véase *La Repubblica* , 23 de enero de 2002; para «ce l'abbiamo duro», véase el vídeo: https://www.youtube.com/watch?v=XZwjBU-73XM

128 . *L'Europeo* , 14 de septiembre de 1990, citado en Laura Balbo y Luigi Manconi, *Razzismi. Un vocabolario* , Feltrinelli, Milán, 1993, p. 44.

129 . Henri Deleersnijder, «La dérive populiste en Europe centrale et orientale», *Hermès* , 2005/2, n.º 42, y *Libération* , 28 de junio de 2002.

130 . http://www.elperiodico.com/es/internacional/20160810/dutertellama-hijo-de-puta-y-homosexual-al-embajador-de-eeuu-en-filipinas-5316848

131 . Emily Rauhala, «Duterte makes lewd threat to female rebels in Philippines», *The Washington Post* , 12 de febrero de 2018.

132 . Hannah Ellis-Petersen, «Philippine president Duterte needs psychiatric evaluation, says UN chief», *The Guardian* , 9 de marzo de 2018.

133 . Fakir S. Aijazuddin, «Waiting for Godot», *Dawn* , 5 de octubre de 2017. Tras ser imputado, Ishaq Dar huyó a Londres.

134 . http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/vladimir-putin/11588182/Fifteen-years-of-Vladimir-Putin-in-quotes.html

135 . Oleg Kashin, «Will Russia's Only Opposition Leader Become the Next Putin?», *The New York Times* , 3 de julio de 2017.

136 . http://www.telegraph.co.uk/news/2017/11/02/michael-fallonresigned-hours-woman-came-forward-unwanted-sexual/

137 . *The Guardian* , «How a racist joke became no laughing matter for Ann Winterton»: https://www.theguardian.com/uk/2002/may/06/race.conservatives ; *Daily Telegraph* , «Howard sacks MP for cockle tragedy joke»: http://www.telegraph.co.uk/news/uknews/1455356/Howard-sacks-MP-for-cockle-tragedy-joke.html ; http://news.bbc.co.uk/1/hi/england/4284762.stm

138 . El término se popularizó a raíz del libro escrito por los periodistas Sergio Rizzo y Gian Antonio Stella *La casta. Così i politici italiani sono diventati intoccabili* (*La casta. De cómo los políticos se volvieron intocables*), un éxito de ventas en 2007.

139 . Introducción del libro de Ghita Ionescu y Ernest Gellner (eds.), *Populism. Its Meaning and National Character* , Weidenfeld and Nicholson, Londres, 1969, p. 1.

140 . Ana Rita Ferreira, *The Portuguese Government Solution. The 'Fourth Way' to Social-Democratic Politics?* , FEPS (Foundation for European Progressive Studies), Bruselas, 2017, p. 52.

141 . Entrevista a Pablo Iglesias, «Understanding Podemos», *New Left Review* , n.º 93, mayo-junio de 2015, p. 12.

142 . «Si hay una palabra que defina a nuestra candidatura es “patriótica”», *El Diario* , 6 de junio de 2016: http://www.eldiario.es/politica/PabloIglesias-Ritz-candidatura-patriotica_0_523897662.html

143 . Para un análisis más extenso, véase Donatella Della Porta, Joseba Fernández, Hara Kouki y Lorenzo Mosca, *Movement Parties Against Austerity* , Polity Press, Cambridge, 2017.

144 . Guy Debord, *La société du spectacle* , Buchet/Chastel, París, 1967; la frase inicial de *El capital* de Marx reza: «La riqueza de las sociedades en las que impera el régimen capitalista de producción se nos aparece como un inmenso arsenal de mercancías» («The wealth of societies in which the capitalist mode of production prevails appears as an immense collection of commodities»).

145 . Rosie Fletcher, «Nick Clegg: not the best, not the worst. Just what we’re stuck with», *New Statesman* , 21 de abril de 2015.

146 . https://www.independent.co.uk/news/uk/politics/id-be-proudto-follow-blair-and-browns-lead-says-burnham-1981113.html

147 . Alistair Darling, «Why I’m backing Liz Kendall for Labour leader», *The Guardian* , 19 de julio de 2015: https://www.theguardian.com/commentisfree/2015/jul/19/why-im-backing-liz-kendall-for-labour-leaderalistair-darling

148 . http://www.bbc.co.uk/news/uk-politics-33625612

149 . *Journalistic Representations of Jeremy Corbyn in the British Press* , por Bart Cammaerts, Brooks DeCillia, João Magalhães y César Jimenez Martínez: http://www.lse.ac.uk/media@lse/research/pdf/JeremyCorbyn/Cobyn-Report-FINAL.pdf ; véase esp. pp. 8 y 12. El informe de la Media Reform Coalition cubre el mismo aspecto y llega a conclusiones similares: «The Media's Attack on Corbyn: Research Shows Barrage of Negative Coverage», 26 de noviembre de 2015: http://www.mediareform.org.uk/press-ethics-and-regulation/the-medias-attack-on-corbyn-research-showsbarrage-of-negative-coverage

150 . Véase: http://www.medialens.org/index.php/alerts/alert-archive/2019/897-the-fake-news-nazi.html

151 . Allison Pearson, «Citizen Corbyn is behaving like a brat», *Daily Telegraph* , 16 de septiembre de 2015.

152 . Martin Amis, «Amis on Corbyn: Undereducated, humourless, third rate», *The Times* , 25 de octubre de 2015.

153 . *Sunday Express* , 20 de septiembre de 2015: https://www.express.co.uk/news/politics/606509/Socialist-family-fortune-evil-monsterhaunts-Corbyn-past?dclid=CP2nmaLV590CFVSNGwod2ogCDw

154 . Estas perlas y las siguientes están extraídas de dos brillantes compendios: Mark Perryman (ed.), *The Corbyn Effect* , Lawrence and Wishart, Londres, 2017, y Richard Seymour, *Corbyn: The Strange Rebirth of Radical Politics* , Verso, Londres, 2016; véase también la extensa lista de artículos anticorbynistas de *The Guardian* en el blog de Tony Greenstein: http://azvsas.blogspot.com/2017/11/the-guardian-and-jonathan-freedlands.html

155 . Sobre estas citas, véase Alex Nunns, «How *The Guardian* Changed Tack on Corbyn, Despite Its Readers», un extracto de su libro *The Candidate. Jeremy Corbyn's Improbable Path to Power* , OR publications, 2016: http://novaramedia.com/2017/01/08/how-the-guardian-changedtack-on-corbyn-despite-its-readers/

156 . Martin Kettle, «My advice to Jeremy Corbyn: create a Labour of all the talents», *The Guardian* , 28 de diciembre de 2017: https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/dec/28/jeremy-corbyn-labour-brexit

157 . Véase *Sunday Express* , 13 de septiembre de 2015.

158 . Jonathan Freedland (*The Guardian* , 24 de julio), Suzanne Moore (*The Guardian* , 16 de septiembre), Anne Perkins (*The Guardian* , 22 de julio), Andrew Rawnsley (*The Observer* , 19 y 26 de julio), Allister Heath (*The Telegraph* , 30 de septiembre).

159 . Web de la BBC: http://www.bbc.co.uk/news/uk-politics-eu-referendum-36430606

160 . Angela Phillips, «How the BBC's obsession with balance took Labour off air ahead of Brexit», *The Conversation* , 14 de junio de 2016: https://theconversation.com/how-the-bbcs-obsession-with-balancetook-labour-off-air-ahead-of-brexit-62393

161 . Tristram Hunt y Alan Lockey, «English radicalism and the Annihilation of the “Progressive Dilemma”», *The Political Quarterly* , vol. 88, n.º 1, enero-marzo de 2017, p. 117.

162 . Actualización del modelo de Ashcroft: mayorías potenciales y estimaciones por escaños; martes, 6 de junio de 2017: http://lordashcroftpolls.com/2017/06/ashcroft-model-update-potential-majorities-seatseat-estimates/

163 . Programa del Partido Conservador, 2017, *Forward, Together. Our Plan for a Stronger Britain and a Prosperous Future* , pp. 9, 18, 36, 49.

164 . Theresa May, discurso en el Congreso del Partido Conservador, texto completo: https://blogs.spectator.co.uk/2016/10/full-text-theresamays-conference-speech/

165 . William Davies, «Home Office Rules», *London Review of Books* , n.º 21, 3 de noviembre de 2016.

166 . Anuncio hecho el 11 de enero de 2018: http://www.bbc.co.uk/news/science-environment-42651480

167 . Kate Alexander Shaw, «Baby Boomers versus Millennials: rhetorical conflicts and interest-construction in the new politics of intergenerational fairness», p. 18, SPERI (Sheffield Political Economy Research Institute), Universidad de Sheffield; disponible en: http://www.feps-europe.eu/assets/ac7db50e-59bd-4f3e-aff6-e4e8cbc26619/final-feps-speri-baby-boomersmillennialspdf.pdf

168 . Tom Hazeldine, «Revolt of the Rustbelt», *New Left Review* , n.º 105, mayo-junio de 2017, pp. 75-76.

169 . Véase el trabajo de investigación de Alia Middleton, de la Universidad de Surrey, *Criss-crossing the country: did Corbyn and May's constituency visits impact on their GE17 performance?* : http://blogs.lse.ac.uk/politicsandpolicy/constituency-visits-impact-on-ge2017/ (9 de agosto de 2017).

170 . Rafael Behr, «I knew that many people don’t vote. I should have asked why», *The Guardian* , 3 de enero de 2018.

171 . Para más ejemplos, véase Nick Cohen, «It’s far easier to be hoodwinked if you really think they’re out to get you», *The Observer* , 31 de marzo de 2019.

172 . Peter Oborne, «I was a strong Brexiteer. Now we must swallow our pride and think again», openDemocracy, 7 de abril de 2019: https://www.opendemocracy.net/en/opendemocracyuk/i-was-strong-brexiteernow-we-must-swallow-our-pride-and-think-again/

173 . Tom Quinn, «Jeremy Corbyn has left Labour unelectable»: https://capx.co/jeremy-corbyn-has-left-labour-unelectable/

174 . Laura Kuenssberg, «The triumph that wasn't»: http://www.bbc.co.uk/news/resources/idt-sh/General_election

175 . *Daily Telegraph* , «Tory-DUP deal: The agreement in full», 26 de junio de 2017: http://www.telegraph.co.uk/news/0/tory-dup-deal-agreement-full/

176 . http://researchbriefings.parliament.uk/ResearchBriefing/Summary/SN05125#fullreport

177 . http://www.independent.co.uk/news/uk/politics/conservativeparty-membership-numbers-grant-shapps-theresa-may-tory-membersdavid-cameron-a8143956.html

178 . Citado en Andy Beckett, «How the Tory election machine fell apart», *The Guardian* , 26 de junio de 2017; en 2017, citando a Geoffrey Wheatcroft, *The Strange Death of Tory England* .

179 . Paul Webb, Monica Poletti y Tim Bale, «So who really does the donkey work in multi-speed membership parties? Comparing the election campaign activity of party members and party supporters», *Electoral Studies* , vol. 46, abril de 2017, p. 67: «Grassroots, Britain's Party Members» [PDF 1,755KB], The Mile End Institute at Queen Mary University of London, enero de 2018.

180 . https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/jul/29/thetzu-rule-and-other-iron-laws-that-always-apply-until-they-do-not

181 . *The Guardian* , 21 de febrero de 2017: https://www.theguardian.com/politics/2017/feb/21/peter-mandelson-i-try-to-undermine-jeremycorbyn-every-day . Se puede escuchar una grabación de las palabras del propio Mandelson.

182 . «Crawling back to Corbyn: The Labour rebels eating their words after benefiting from Jeremy Corbyn's popularity», *Daily Telegraph* , 10 de junio de 2017.

183 . Enlace al divertido vídeo: https://www.standard.co.uk/news/politics/former-danish-pm-schools-husband-labour-mp-stephen-kinnockahead-of-tv-interview-a3697521.html

184 . La cita completa es: «Nec eventus modo hoc docet, stultorum iste magister est, sed eadem ratio, quae fuit futuraque, donec res eaedem manebunt, immutabilis est» («No solo nos guía la experiencia, porque es la maestra de los necios, sino también la razón, porque es y seguirá siendo inmutable»). *Ab urbe condita* , libro 22, cap. 39.

185 . Mike Rustin, «Are real changes now possible: where next for Corbyn and Labour?», *Soundings 66* : https://www.lwbooks.co.uk/sites/default/files/s66_02rustin.pdf

186 . Sobre Europa, véase el texto del discurso de Corbyn: «The EU referendum is era-defining moment for workers' rights», Londres, 2 de junio de 2016: http://labourlist.org/2016/06/fighting-ttip-defending-workersrights-and-protecting-refugees-corbyns-eu-speech/

187 . Véase el informe elaborado por Nick Ritchie y Paul Ingram, «Trident in UK Politics and Public Opinion», British American Security Information Council, julio de 2013.

188 . Sobre el folletín de la franquicia de la Costa Este, véase Andrew Adonis, «Chris Grayling's East Coast bailout echoes the errors of New Labour», *The Guardian* , 7 de febrero de 2018: https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/feb/07/chris-grayling-east-coast-bailout-virginstagecoach?CMP=Share_iOSApp_Other

189 . https://www.theguardian.com/environment/2017/mar/22/thames-water-hit-with-record-fine-for-huge-sewage-leaks ; https://www.theguardian.com/business/nils-pratley-on-finance/2017/jun/14/thames-waterneeds-a-drain-financial-penalties-ofwat ; https://www.theguardian.com/business/2013/jun/10/thames-water-no-corporation-tax

190 . Louise Ridley, «Jeremy Corbyn's Policies More Popular Than The Tories' – But Only If They Aren't Linked To Labour, Poll Suggests», *The Huffington Post* , 13 de octubre de 2016.

191 . Gary Younge, «We were told Corbyn was ‘unelectable’. Then came the surge», *The Guardian* , 6 de junio de 2017; pero véase también su atenta y larga evaluación de los resultados: «A shock to the system: how Corbyn changed the rules of British politics», *The Guardian* , 16 de junio de 2017.

192 . El vídeo con los cánticos se puede ver en: https://www.theguardian.com/politics/video/2017/jun/12/oh-jeremy-corbyn-how-peoplestarted-chanting-the-labour-leaders-name-video

193 . Polly Toynbee, «Corbyn is rushing to embrace Labour's annihilation», *The Guardian* , 19 de abril de 2017, y «Corbyn's uniting words on Brexit sealed the deal», *The Guardian* , 27 de septiembre de 2017.

194 . Rob Merrick, «Gordon Brown backs Jeremy Corbyn as Labour leader: “People want to see change”», *Independent* , 10 de noviembre de 2017.

195 . Philip Collins, «What Corbyn shares with Mugabe and Mladic», *The Times* , 24 de noviembre de 2017; véase también el informe de Human Rights Watch sobre las bajas de los bombardeos de la OTAN sobre Serbia: https://www.hrw.org/legacy/reports/2000/nato/Natbm200-01.htm

196 . Costas Douzinas, *Syriza in Power* , Polity, Cambridge, 2017, p. 45.

197 . Véase Yanis Varufakis, *Adults in the Room: My Battle with Europe's Deep Establishment* , The Bodley Head, Londres, 2017, pp. 443444, 464-470.

198 . Yanis Varufakis en la BBC, 31 de enero de 2015: http://www.bbc.co.uk/news/av/world-europe-31070329/greek-finance-minister-it-snot-about-who-will-blink-first

199 . https://www.npr.org/2018/07/09/627417425/greece-is-one-offew-nato-members-to-have-met-defense-spending-goal?t=1531405660886

1 . Véase Anderson, *The H-Word. The Peripeteia of Hegemony* , p. 72, y el capítulo 6 sobre los teóricos de las relaciones internacionales estadounidenses.

2 . Cifras de gasto militar de 2018 publicadas por el Stockholm International Peace Research Institute, «SIPRI Military Expenditures Database»: https://www.sipri.org/media/press-release/2019/world-military-expenditure-grows-18-trillion-2018 .

3 . Alfred W. McCoy, «How the heroin trade explains the US-UK failure in Afghanistan», *The Guardian* , 9 de enero de 2018.

4 . Texto original: «Brzezinski: ‘Oui, la CIA est entrée en Afghanistan avant les Russes ...», *Le Nouvel Observateur* , 15-21 de enero de 1998, p. 76: http://www.voltairenet.org/article165889.html

5 . Marc Lacey, «Look at the Place! Sudan Says, “Say Sorry,” but U.S. Won’t», *The New York Times* , 20 de octubre de 2005.

6 . Christopher Hitchens, «They bomb pharmacies, don’t they?», *Salon* , 23 de septiembre de 1998.

7 . Aidan Hehir, «How the West Built a Failed State in Kosovo», *The National Interest* , 31 de agosto de 2016.

8 . Jeffrey Goldberg, «The Obama Doctrine», *The Atlantic* , abril de 2016: https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2016/04/the-obamadoctrine/471525/

9 . UN News Centre, 14 de noviembre de 2017: http://www.un.org/apps/news/story.asp?NewsID=58084#.Wk4WR3nLiUk

10 . https://www.theguardian.com/global-development/2017/oct/12/yemen-cholera-outbreak-worst-in-history-1-million-cases-by-end-of-year

11 . United Nations News Centre, «UN agency chiefs call for immediate lifting of humanitarian blockade in Yemen»: http://www.un.org/apps/news/story.asp?NewsID=58101#.WhFa43lpGUl

12 . Reuters: https://www.reuters.com/article/us-usa-politics-iran/clinton-says-u-s-could-totally-obliterate-iran-idUSN2224332720080422

13 . Micah Zenko, «The Big Lie About the Libyan War», *Foreign Policy* , 22 de marzo de 2016.

14 . William J. Broad, «Reduction of Nuclear Arsenal Has Slowed Under Obama, Report Finds», *The New York Times* , 26 de mayo de 2016.

15 . Jo Becker y Scott Shane, «Secret “List” Proves a Test of Obama’s Principles and Will», *The New York Times* , 29 de mayo de 2012.

16 . Kathryn Olmsted, «Terror Tuesdays. How Obama Refined Bush's Counterterrorism Policies», *The Presidency of Barack Obama* , Julian E. Zelizer (ed.), Princeton University Press, 2018, pp. 216-218.

17 . Micah Zenko, «Obama's Final Drone Strike Data», 20 de enero de 2017: https://www.cfr.org/blog/obamas-final-drone-strike-data

18 . Micah Zenko y Jennifer Wilson, «How Many Bombs Did the United States Drop in 2016?», entrada del blog del 5 de enero de 2017: https://www.cfr.org/blog/how-many-bombs-did-united-states-drop2016 (según cifras del Pentágono).

19 . John Haltiwanger, «Trump Has Dropped Record Number of Bombs on Middle East», *Newsweek* , 19 de septiembre de 2017. Véase también Jennifer Wilson y Micah Zenko, «Donald Trump Is Dropping Bombs at Unprecedented Levels», *Foreign Policy* , 9 de agosto de 2017: http://foreignpolicy.com/2017/08/09/donald-trump-is-dropping-bombs-at-unprecedented-levels/

20 . Véase el reportaje de la BBC sobre el terreno: http://www.bbc.co.uk/news/world-asia-39705128

21 . Sobre el índice de homicidios en Al Raqa, véase el informe de Amnistía Internacional publicado el 25 de abril de 2019: https://www.amnesty.org/en/latest/news/2019/04/syria-unprecedented-investigation-revealsus-led-coalition-killed-more-than-1600-civilians-in-raqqa-death-trap/

22 . Sobre Brasil, véanse las revelaciones del principal periódico brasileño *O Globo* : «Gravação revela que Kennedy pensava em invadir o Brasil», 6 de enero de 2014: https://oglobo.globo.com/brasil/gravacao-revela-quekennedy-pensava-em-invadir-brasil-11218793#ixzz4xMgbUVsd ; más generalmente, véase Stephen G. Rabe, *The Most Dangerous Area in the World: John F. Kennedy Confronts Communist Revolution in Latin America* , University of North Carolina Press, 1999.

23 . Peter Riddell, «The Crumbling of Camelot», *London Review of Books* , vol. 13, n.º 9, 10 de octubre de 1991, citando a Michael Beschloss, *Kennedy v. Khrushchev: The Crisis Years 1960-63* , y a Thomas Reeves, *A Question of Character: A Life of John F. Kennedy* ; véase también Seymour Hersh, *The Dark Side of Camelot* .

24 . Discurso de toma de posesión del presidente John F. Kennedy, 20 de enero de 1961: https://www.jfklibrary.org/Research/Research-Aids/Ready-Reference/JFK-Quotations/Inaugural-Address.aspx .

25 . Véase Ludo de Witte, *The assassination of Lumumba* , Verso, Londres, 2001, y *Death in the Congo: Murdering Patrice Lumumba* , por Emmanuel Gerard y Bruce Kuklick, Harvard UP, 2015.

26 . Dwight Eisenhower, discurso ante la American Society of Newspaper Editors, 16 de abril de 1953: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=9819

27 . Robert S. McNamara, *In Retrospect: The Tragedy and Lessons of Vietnam* , Times Books Random House, 1995, p. 35.

28 . Eliot A. Cohen, «The Worst Secretary of State in Living Memory», *The Atlantic* , 1 de diciembre de 2017.

29 . Charles Hirshman, Samuel Preston y Vu Manh Loi, «Vietnamese Casualties During the American War: A New Estimate», *Population and Development Review* , vol. 21, n.º 4, diciembre de 1995, p. 806.

30 . McNamara, *In Retrospect* , *op. cit* ., p. xvi.

31 . Documentos de conversaciones y correspondencia entre Eisenhower y John F. Kennedy: http://www.paperlessarchives.com/FreeTitles/Eisenhower-JFKContact.pdf . Para una denuncia mordaz, hasta hoy insuperable, de la administración Kennedy y la guerra de Vietnam, véase David Halberstam, *The Best and the Brightest* , Barrie & Jenkins, Londres, 1972. Véase también McNamara, *In Retrospect* , *op. cit* ., p. 37.

32 . *Department of State, Foreign Relations of the United States 19641968* , vol. IV, *Vietnam* , 1966: https://1997-2001.state.gov/about_state/history/vol_iv/154_174.html

33 . Roxanne Lynn Doty, *Imperial Encounters: The Politics of Representation in North-South Relations* , University of Minnesota Press, 1996, p. 177; sobre la «falta de brillantez» de Westmoreland, véase Halberstam, *The Best and the Brightest* , *op. cit* ., pp. 465, 549.

34 . Max Hastings, *Going to the Wars* , Pan Macmillan, Londres, 2012, p. 110; véase también su artículo «Wrath of the Centurions, a review of Howard Jones», *My Lai: Vietnam, 1968 and the Descent into Darkness* , en *London Review of Books* , vol. 40, n.º 2, 25 de enero de 2018.

35 . Lewis Sorley, *Westmoreland: The General Who Lost Vietnam* , Houghton Mifflin Harcourt, Nueva York, 2011, p. 96; véase también Halberstam, *The Best and the Brightest* , *op. cit* .

36 . McNamara, *In Retrospect* , *op. cit* ., pp. 238, 243.

37 . Halberstam, *The Best and the Brightest* , *op. cit* ., p. 550.

38 . Norman F. Dixon, *On the Psychology of Military Incompetence* , Random House, Nueva York, 1994, edición revisada, 1.a edición, 1976, pp. 396-397.

39 . Halberstam, *The Best and the Brightest* , *op* . cit., p. 665.

40 . Louis B. Zimmer, *The Vietnam War Debate: Hans J. Morgenthau and the Attempt to Halt the Drift into Disaster* , Lexington Books, 2011, p. xxi, p. 341.

41 . No parece haber una explicación satisfactoria de por qué no se cerró: «Why Obama Has Failed to Close Guantánamo», *The New Yorker* , 1 de agosto de 2016.

42 . Para el texto completo del discurso de Donald Trump del 6 de julio de 2017 en Polonia, véase: http://www.nbcnews.com/politics/donaldtrump/here-s-full-text-donald-trump-s-speech-poland-n780046

43 . Transcripción completa: http://www.bbc.co.uk/news/entertainment-arts-42600486

44 . Véase Thomas Lynch, «President Donald Trump: A Case Study of Spectacular Power», *The Political Quarterly* , n.º 4, vol. 88, octubre-diciembre de 2017.

45 . Gallup, *Rating Worlds Leaders 2018. The U.S. vs. Germany, China and Russia* , véanse pp. 2, 4, 10: http://news.gallup.com/reports/225587/rating-world-leaders-2018.aspx

46 . Texto completo en la CNN: «Britain's Prime Minister Tony Blair addressed a joint meeting of the U.S. Congress on Thursday, July 17, 2003»: http://edition.cnn.com/2003/US/07/17/blair.transcript/

47 . Niall Ferguson, *Colossus* , citado en Anderson, *The H-Word. The Peripeteia of Hegemony* , p. 159.

48 . *Huffington Post* , «The U.S. Illiteracy Rate Hasn't Changed In 10 Years», 6 de septiembre de 2013, actualizado el 27 de noviembre de 2017: https://www.huffingtonpost.com/2013/09/06/illiteracy-rate_n_3880355.html

49 . National Institute of Drug Abuse: https://www.drugabuse.gov/drugs-abuse/opioids/opioid-overdose-crisis , revisado en junio de 2017.

50 . *Drug Overdose Deaths in the United States, 1999-2016* , U.S. Department of Health and Human Services, Centers for Disease Control and Prevention, National Center for Health Statistics Data Brief, n.º 294, diciembre de 2017: https://www.cdc.gov/nchs/data/databriefs/db294.pdf

51 . Véase reportaje de CBS News por Stephanie Condon, 27 de marzo de 2012: https://www.cbsnews.com/news/why-is-congress-a-millionairesclub/ . Véase también, aunque con cifras distintas, Larry M. Bartels, *Unequal Democracy: The Political Economy of the New Gilded Age* , Princeton UP, 2009, p. 281; Thomas J. Hayes, «Senators of both parties respond to the preferences of the wealthy, and ignore those of the poorest»: http://blogs.lse.ac.uk/usappblog/2013/10/01/senator-preferences-wealthy/#Author

52 . Nick Bryant, «The time when America stopped being great», 3 de noviembre de 2017: http://www.bbc.co.uk/news/world-us-canada-41826022

53 . Fuente: Brennan Center for Justice at New York University Law School, *Crime in 2017: A preliminary analysis* , 2017, p. 2, por Ames C. Grawert y James Cullen / archivo propio.

54 . Erica L. Smith y Alexia Cooper, *Homicide in the U.S. Known to Law Enforcement, 2011* , U.S. Department of Justice, Bureau of Justice Statistics, diciembre de 2013: https://www.bjs.gov/index.cfm?ty=pbdetail&iid=4863

55 . Gun Violence Archive: http://www.gunviolencearchive.org/

56 . Datos extraídos de «Global Study on Homicide 2013», United Nations Office on Drugs and Crime, pp. 122-133: https://www.unodc.org/documents/gsh/pdfs/2014_GLOBAL_HOMICIDE_BOOK_web.pdf

57 . 6 de noviembre de 2012, @realDonaldTrump.

58 . Véase el texto completo de la opinión del juez Leon M. Basile en *Virginia Encyclopedia* : https://www.encyclopediavirginia.org/Opinion_of_Judge_Leon_M_Bazile_January_22_1965

59 . Véase el informe de Equal Justice Initiative «Lynching in America: Confronting the Legacy of Racial Terror», 3.ª edición, 2017: https://lynchinginamerica.eji.org/report/

60 . Véase, entre otros, Daniel Smith, «A Pound a Glimpse», *London Review of Books* , vol. 39, n.º 22, 16 de noviembre de 2017, evaluación de *A Smell of Burning: The Story of Epilepsy* , por Colin Grant, y *The End of Epilepsy?: A History of the Modern Era of Epilepsy, 1860-2010* , por Dieter Schmidt y Simon Shorvon.

61 . Takashi Tsuchiya, «Eugenic Sterilizations in Japan and Recent Demands for Apology: A Report», *Newsletter of the Network on Ethics and Intellectual Disability* , vol. 3, n.º 1, otoño de 1997.

62 . CBS Los Angeles Report, «Couple Charged In Perris Torture Case», 18 de enero de 2018: http://losangeles.cbslocal.com/2018/01/18/perris-torture-case/

1 . Eric Hobsbawm, *The Age of Revolutions 1789-1848* , The New American Library, Nueva York y Toronto, 1962, p. 163.

2 . Credit Suisse Research Institute, «Global Wealth Report», noviembre de 2017, p. 55.

3 . Leopold von Ranke, *History of the Latin and Teutonic Peoples* , George Bell & Sons, Londres, 1887, p. 5.

4 . Larry Wolff, «Voltaire's Public and the Idea of Eastern Europe», *Slavic Review* , vol. 54, n.º 4, 1995, p. 936.

5 . Voltaire, *Histoire de l'Empire de Russie sous Pierre le Grand* , en *Œuvres complètes* , Dupont éditeur, París, 1823, p. 122.

6 . Charles de Secondat Montesquieu, *De l'Esprit des lois* , vol. I, Gallimard, París, 1995, p. 180.

7 . Michael Adas, *Machines as Measures of Men: Science, Technology and Ideologies of Western Dominance* , Cornell University Press, Ithaca, 1989, pp. 79-81.

8 . Georg W. F. Hegel, *Lectures on the Philosophy of World History* , vol. 1, *Manuscripts of the Introduction and The Lectures of 1822-23* , edición y traducción inglesa por Robert E. Brown y Peter C. Hodgson, Clarendon Press, Oxford, 2011, p. 212.

9 . Texto en Ssu-yü Teng y John K. Fairbank (eds.), *China's Response to the West. A documentary survey 1839-1923* , Harvard UP, 1961, p. 199.

10 . Discurso de Jacques Delors ante el Parlamento Europeo (17 de enero de 1989), *Bulletin des Communautés européennes* , 1989, n.º Supplément 1/89. Luxembourg: Office des publications officielles des Communautés européennes: http://www.cvce.eu/obj/discours_de_jacques_delors_devant_le_parlement_europeen_17_janvier_1989-fr-b9c06b95-db974774-a700-e8aea5172233.html

11 . Jules Michelet, *Le Peuple* , Calmann Levy, París, 1877, pp. 277-278.

12 . Ernest Lavisse, «L'Histoire», *Nouveau Dictionnaire de Pédagogie et d'instruction primaire* , edición de Ferdinand Buisson, Hachette, París, 1911, edición electrónica (1911): http://www.inrp.fr/edition-electronique/lodel/dictionnaire-ferdinand-buisson/

13 . Emmanuel Macron: «Le récit national n'est pas un roman totalitaire», 9 de marzo de 2017: https://www.franceculture.fr/histoire/emmanuel-macron-le-recit-national-nest-pas-un-roman-totalitaire

14 . Michael Gove, Cámara de los Comunes, 9 de junio de 2014, Hansard: https://www.publications.parliament.uk/pa/cm201415/cmhansrd/cm140609/debtext/140609-0001.htm

15 . Michael Gove: «All pupils will learn our island story»: http://conservative-speeches.sayit.mysociety.org/speech/601441

16 . Ofsted, *School Inspection Handbook* , octubre de 2017: https://www.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/654625/School_inspection_handbook_section_5.pdf

17 . Véase reportaje en *The Guardian* : https://www.theguardian.com/politics/2007/feb/27/immigrationpolicy.race

18 . George Bernard Shaw, «Common Sense About the War», *The New York Times* , 15 de noviembre de 1914: https://archive.org/details/commonsenseabou00shawgoog (p. 18).

19 . Texto de la carta en la página web de Amnistía Internacional: https://www.amnesty.org.uk/blogs/belfast-and-beyond/paper-trail-northern-ireland%E2%80%99s-hooded-men-cia%E2%80%99s-global-torture

20 . Véanse los dos informes del Intelligence and Security Committee of Parliament: «Detainee Mistreatment and Rendition: 2001-2010» y «Detainee Mistreatment and Rendition: Current Issues»

21 . Aengus Carroll y Lucas Ramón Mendos, *State sponsored homophobia. A World Survey of Sexual Orientation Laws* , 12.ª edición, Ginebra, mayo de 2017: http://ilga.org/downloads/2017/ILGA_State_Sponsored_Homophobia_2017_WEB.pdf

22 . https://www.theguardian.com/world/2002/aug/21/iraq.richardnortontaylor

23 . Hilary Benn, 2 de diciembre de 2015, Cámara de los Comunes: https://www.publications.parliament.uk/pa/cm201516/cmhansrd/cm151202/debtext/151202-0005.htm

24 . Comisión de Defesa de la Cámara de los Comunes, *UK military operations in Syria and Iraq* , segundo informe de sesiones 2016-2017: https://www.publications.parliament.uk/pa/cm201617/cmselect/cmdfence/106/106.pdf (p. 22, 62, 19, 49).

25 . James Wharton, «I was the Army's gay "trailblazer", but this recruitment campaign is a gross distortion of soldiering», *The Daily Telegraph* , 11 de enero de 2018.

26 . Informe de Amnistía Internacional, Reuters: «Iraq and allies violated international law in Mosul battle: Amnesty»: https://www.reuters.com/article/us-mideast-crisis-iraq-civilians-idUSKBN19W0CR . Véase también: https://www.theguardian.com/world/2017/may/25/us-mosulairstrikes-deadliest-attack-iraq-2003

27 . Jared Malsin, «The Islamic State Is Gone. But Raqqa Lies in Pieces», *Time* : http://time.com/syria-raqqa-liberated/

28 . https://www.amnesty.org/en/latest/news/2018/06/syria-raqqain-ruins-and-civilians-devastated-after-us-led-war-of-annihilation/

29 . Mark Hookham, «Major-General Rupert Jones lays bare grim cost of beating Isis», *The Sunday Times* , 24 de septiembre de 2017.

30 . Discurso de aceptación del premio Nobel, Barack H. Obama, Oslo, 10 de diciembre de 2009: https://www.nobelprize.org/nobel_prizes/peace/laureates/2009/obama-lecture_en.html

31 . Iain Duncan Smith, «The Nazis, Maggie, the euro... our business bosses always get it wrong», *Daily Mail* , 28 de junio de 2018.

32 . Madeline Albright, *Fascism: A Warning* , HarperCollins, Londres, 2018.

33 . Entrevista en *The Atlantic* con el editor jefe, Jeffrey Goldberg, 2 de abril de 2018: https://www.theatlantic.com/international/archive/2018/04/mohammed-bin-salman-iran-israel/557036/

34 . Sobre la grave situación económica de Cornualles, véase el informe «Corwall's Vital Issues 2017», The Cornwall Foundation: http://www.cornwallfoundation.com/assets/documents/Vital%20Signs/Cornwall's%20Vital%20Issues%202017.pdf

35 . Sobre *Rule Britannia* de Du Maurier, véase BBC, «Did Daphne du Maurier predict Brexit?», 17 de agosto de 2016: http://www.bbc.co.uk/news/uk-england-36904536

1 . Karl Marx, *El capital* , vol. 1, Progress Publishers, Moscú, 1965, p. 176.

2 . Reportaje de CNBC: https://www.cnbc.com/id/42099554

3 . Frank Rich, «The Brightest Are Not Always the Best», *The New York Times* , 6 de diciembre de 2008.

4 . Jonathan Steele y Suzanne Goldenberg, «What is the real death toll in Iraq?»: https://www.theguardian.com/world/2008/mar/19/iraq

5 . Carter Malkasian, *Illusions of Victory . The Anbar Awakening and the Rise of the Islamic State* , Oxford UP, 2017, p. 29, citando un sondeo de Oxford Research International de marzo de 2004.

6 . Malkasian, *Illusion of Victory* , *op. cit* .; y Emma Sky, *Unraveling: High Hopes and Missed Opportunities in Iraq* , PublicAffairs, Nueva York, 2015.

7 . Jonathan Steele, «Chilcot Report: Foreign Office», *The Political Quarterly* , vol. 87, n.º 4, octubre-diciembre de 2016, p. 484; véase también en este mismo número Emma Sky, «Chilcot Report: Post-Invasion Planning».

8 . Gordon Brown, *My Life, Our Times* , *op. cit* ., p. 250.

9 . http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/europe/2687403.stm

10 . Robert Kagan, *Of Paradise and Power: America and Europe in the New World Order* , Knopf Doubleday, Nueva York, 2007, p. 3.

11 . Robert Kagan, *Of Paradise and Power: America and Europe in the New World Order* , Alfred Knopf, Nueva York, 2003, pp. 3-4.

12 . La cita original es: «I suppose it is tempting, if the only tool you have is a hammer, to treat everything as if it were a nail», en Abraham Maslow, *The Psychology of Science* , Harper and Row, 1966, p. 16.

13 . BBC, «Ukraine crisis: Transcript of leaked Nuland-Pyatt call», 7 de febrero de 2014: http://www.bbc.com/news/world-europe-26079957

14 . Cifras de 2018, Eurostat: http://appsso.eurostat.ec.europa.eu/nui/show.do?dataset=earn_mw_cur&lang=en

15 . Así lo indica la empresa de sondeos evangélica Barna, con sede en California, citada por Albert Mohler, «The Scandal of Biblical Illiteracy: It's Our Problem»: https://www.christianheadlines.com/columnists/almohler/the-scandal-of-biblical-illiteracy-its-our-problem-1270946.html

16 . *Cultures croisées* , Département des Études de la Prospective et des Statistiques: http://www2.culture.gouv.fr/deps/fr/cefr08.pdf

17 . Comisión Europea, «Public opinion in the European Union», Standard Eurobarometer 86, otoño de 2016: https://ec.europa.eu/finland/sites/finland/files/eb86_first_en.pdf

18 . Véanse los sondeos de YouGov: https://yougov.co.uk/news/2016/06/27/how-britain-voted/ ; para más datos sobre el *brexit* : http://blogs.lse.ac.uk/politicsandpolicy/brexit-and-the-left-behind-thesis/

19 . http://www.independent.co.uk/news/uk/politics/eu-referendumresult-7-graphs-that-explain-how-brexit-won-eu-explained-a7101676.html

20 . Kamal Ahmed, «How to make sense of those pesky Brexit forecasts»; BBC: http://www.bbc.co.uk/news/business-42872829

21 . «Too High a Price? The cost of Brexit – what the public thinks», informe de Global Future, abril de 2018: http://ourglobalfuture.com/wpcontent/uploads/2018/04/GlobalFuture-Too_high_a_price.pdf

22 . Véase David Marquand, «Blair for EU? Nonsense from start to finish», openDemocracy, 6 de noviembre de 2009: https://opendemocracy.net/ourkingdom/david-marquand/blair-for-eu-nonsense-from-start-tofinish

23 . David Butler y Uwe Kitzinger, *The 1975 Referendum* , Macmillan, Londres, 1976, p. 176.

24 . Alan Watkins, *A Conservative Coup: The Fall of Margaret Thatcher* , Duckworth, Londres, 1991, p. 142.

25 . Margaret Thatcher, debate en la Cámara de los Comunes (30 de octubre de 1990), columna 873: https://publications.parliament.uk/pa/cm198990/cmhansrd/1990-10-30/Debate-1.html

26 . Geoffrey Howe, debate en la Cámara de los Comunes, 13 de noviembre de 1990, vol. 180, cc461-5: http://hansard.millbanksystems.com/commons/1990/nov/13/personal -. El discurso está disponible en YouTube, con la metáfora del críquet en el minuto 16.40: https://www.youtube.com/watch?v=6DHzv6LQRxU

27 . Stephen Castle, «Major says three in Cabinet are bastards», *The Independent* , 24 de julio de 1993.

28 . Véase el texto íntegro: https://www.theguardian.com/politics/2007/may/10/labourleadership.labour2

29 . Stiglitz, «Overselling Globalization», *op. cit* ., p. 8: https://www8.gsb.columbia.edu/faculty/jstiglitz/sites/jstiglitz/files/Volcker%20Award%20Speech%20Paper.pdf

30 . Gordon Brown, discurso en la gala de Lord Mayor, 16 de noviembre de 2009: http://www.911forum.org.uk/board/viewtopic.php?p=141571&sid=086415ccb70d5b9763a5d52cb9544887 ; citado en Pauline Schnapper, «The Labour Party and Europe from Brown to Miliband: Back to the Future?», *Journal of Common Market Studies* , n.º 1, vol. 53, 2015, pp. 157173.

31 . Gordon Brown, discurso en la gala de Lord Mayor, 12 de noviembre de 2007: http://webarchive.nationalarchives.gov.uk /+/http:/www.number10.gov.uk/Page13736

32 . Gordon Brown, *My Life, Our Times* , *op. cit* ., pp. 174-175.

33 . Esta es una constante en la historia del partido conservador según su historiador, también conservador. Véase John Ramsden, *An Appetite for Power: A History of the Conservative Party Since 1830* , HarperCollins, 1998.

34 . David Davis, «Trade deals. Tax cuts. And taking time before triggering Article 50. A Brexit economic strategy for Britain»: http://www.conservativehome.com/platform/2016/07/david-davis-trade-deals-taxcuts-and-taking-time-before-triggering-article-50-a-brexit-economicstrategy-for-britain.html , publicado el 11 de julio de 2016 (con una segunda publicación el 14 de julio).

35 . Jim Pickard, «Brexit secretary admits there are no impact papers», *Financial Times* , 6 de diciembre de 2017.

36 . https://www.independent.co.uk/voices/brexit-deal-eu-liam-foxboris-johnson-a7851656.html

37 . https://www.gov.uk/government/speeches/secretary-of-state-update-to-the-house-of-commons-on-eu-negotiations

38 . Daniel Boffey, «Irish report shows lack of respect in EU for UK's handling of Brexit», *The Guardian* , 23 de noviembre de 2017.

39 . BBC Newsnight, 28 de octubre de 2015: https://www.youtube.com/watch?v=NNJGtFUZgi0

40 . http://johnredwoodsdiary.com/2016/07/17/getting-out-of-theeu-can-be-quick-and-easy-the-uk-holds-most-of-the-cards-in-any-negotiation/

41 . John Redwood, «Time to look further afield as UK economy hits the brakes», *Financial Times* , 3 de noviembre de 2017.

42 . Véase @theresa_may, 13 de enero de 2018, y la respuesta de Blanchflower, @D_Blanchflower.

43 . Véase editorial en *The Guardian* , «Theresa May's government: divided they drift»: https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/jan/26/the-guardian-view-on-theresa-mays-government-divided-theydrift

44 . Peter Mair, «Ruling the Void?», *New Left Review* , n.º 42, noviembre-diciembre de 2006, p. 26.

45 . Mair, «Ruling the Void?», *op. cit* ., p. 36.

46 . Fuente: Pascal Delwit, «The End of Voters in Europe? Electoral Turnout in Europe since WWII», *Open Journal of Political Science* , vol. 3, nº. 1, 2013 / archivo propio.

47 . Filip Kostelka, «The State of Political Participation in Post-Communist Democracies», *Europe-Asia Studies* , vol. 66, n.º 6, 2014.

48 . Banco Mundial, informe sobre desarrollo mundial, «Governance and the Law», 2017, p. 228: https://qz.com/899586/global-voter-turnoutis-dropping-dramatically-across-the-world/

49 . Enoch Powell, *Joseph Chamberlain* , Thames and Hudson, Londres, 1977, p. 151.

1 . Machiavelli, *Le Opere* , Editori Riuniti, Roma, 1973, *Istorie fiorentine* , pp. 417-419, originalmente, libro III, capítulo 5.

2 . *Why People Don't Trust Government* , de Joseph S. Nye, Philip Zelikow y David C. King (eds.), Harvard University Press, 1997.

3 . http://news.gallup.com/poll/5392/trust-government.aspx

4 . Centro de Investigaciones Pew, «Public Trust in Government Remains Near Historic Lows as Partisan Attitudes Shift», 3 de mayo de 2017: http://www.people-press.org/2017/05/03/public-trust-in-governmentremains-near-historic-lows-as-partisan-attitudes-shift /

5 . Fuente: Sondeo del Centro de Investigaciones Pew, 16 de octubre de 2017 / archivo propio.

6 . Sondeo Ipsos Mori del 22 de enero de 2016: https://www.ipsos.com/ipsos-mori/en-uk/politicians-are-still-trusted-less-estate-agentsjournalists-and-bankers

7 . Claire Malone, «Americans Don’t Trust Their Institutions Anymore», 16 de noviembre de 2016: https://fivethirtyeight.com/features/americans-dont-trust-their-institutions-anymore/

8 . Gallup, *What Happiness Today Tells Us About the World Tomorrow* : http://news.gallup.com/file/reports/220601/What_Happiness_Today_Tells_Us_About_The_World_Tomorrow_Report.pdf ; esp. pp. 3, 8-9.

9 . Statistics Finland, actualizado el 30 de enero de 2018: https://www.stat.fi/ajk/satavuotiassuomi/suomimaailmankarjessa_en.html ; sobre la condición de Finlandia como «país más feliz del mundo», véase «2018 World Happiness Report».

10 . John F. Helliwell, Richard Layard y Jeremy Sachs, «World Happiness Report 2018»: https://s3.amazonaws.com/happiness-report/2018/WHR_web.pdf

11 . Office of National Statistics, «Methodology: Personal Well-being frequently asked questions»: https://www.ons.gov.uk/peoplepopulationandcommunity/wellbeing/methodologies/personalwellbeingfrequentlyaskedquestions#how-does-ons-measure-personal-well-being

12 . Office of National Statistics, «Personal well-being in the UK: April 2016 to March 2017»: https://www.ons.gov.uk/peoplepopulationandcommunity/wellbeing/bulletins/measuringnationalwellbeing/april2016tomarch2017

13 . Richard Stone, «Counting the Cost of London's Killer Smog», *Science* , vol. 298, n.º 5.601, diciembre de 2002, pp. 2.106-2.107.

14 . Véase estudio en *The Lancet* , «Mortality in the Democratic Republic of Congo: a nationwide survey», por Benjamin Coghlan, Richard J. Brennan, Pascal Ngoy, David Dofara, Brad Otto, Mark Clements y Tony Stewart, vol. 367, 7 de enero de 2006, así como el reportaje de la BBC cuestionando la cifra más alta: http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/africa/8471147.stm (20 de enero de 2010).

15 . Reportaje de la ABC por Brian Ross y Rehab el Buri, 13 de marzo de 2018: http://abcnews.go.com/Blotter/DemocraticDebate/story?id=4443788&page=1

16 . De *Front Rouge* , por Louis Aragon, publicado originalmente en 1931, en *Littérature de la Révolution mondiale* (Órgano Central de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios, Moscú, 1931). La policía francesa se incautó de la edición y Aragon fue acusado de incitación a la violencia anarquista y condenado a cinco años de cárcel. Tras una campaña llevada a cabo por intelectuales, los cargos fueron retirados.

17 . Joseph Stiglitz, «The coming great transformation», *Journal of Policy Modeling* , vol. 39, n.º 4, 2017, p. 627.

18 . Martin Wolf, «Davos 2018: The liberal international order is sick», *Financial Times* , 23 de enero de 2018.

[*] Antonio Gramsci, *Quaderni del Carcere* , Quaderno 3 (XX), párr. 34.

[*] En las democracias basadas en el sistema Westminster, el llamado «gabinete en la sombra» es un gobierno alternativo formado por diputados de la oposición cuya función es vigilar o criticar la acción del gobierno electo. (*N. del t* .)

[*] La expresión *hang them and flog them brigade* se emplea en la política británica para designar a la extrema derecha que está a favor de la pena capital, el castigo corporal y la derogación de determinados derechos humanos. (*N. del t* .)

* Los versos originales son: «There was a young fellow from Ankara / Who was a terrific wankerer / Till he sowed his wild oats / With the help of a goat / But he didn't even stop to thankera». (*N. del t* .)

[*] Fonéticamente, el eslogan puede significar «Trabajando por el Reino Unido» o «El Partido Laborista, en la UE por el Reino Unido». (*N. del t* .)

[*] Así llamaban en la URSS, durante el estalinismo, a los intelectuales judíos no leales al proyecto soviético. (*N. del t .*)

[*] «The international ideal / Unites the human race / Let no one build walls to divide us / Walls of hatred nor walls of stone / Come greet the dawn and stand beside us.» Versión de *La Internacional* revisada por el cantautor británico Billy Bragg en 1990. (*N. del t* .)

Primera edición: enero de 2020

Síntomas mórbidos. Anatomía de un mundo en crisis
Donald Sassoon

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Morbid Symptoms. An Anatomy of a World in Crisis*

© Donald Sassoon, 2020
International Rights Management: Susanna Lea Associates

© de la traducción, Héctor Piquer Minguijón, 2020

© del diseño de la cubierta, Francesca Leoneschi/The World of Dot

© Editorial Planeta S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-9199-195-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com